



*Rompiendo las*  
**REGLAS**  
*Libro 2*

Nisa Arce

# Créditos

El contenido de esta obra es ficción. Aunque contenga referencias a hechos históricos y lugares existentes, los nombres, personajes y situaciones son ficticios. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, empresas existentes, eventos o locales, es coincidencia y fruto de la imaginación de la autora.

© 2024, *Rompiendo las reglas*, libro 2

© 2024, Nisa Arce

© Lectoras cero: Patricia García Agüero /Nury Misú / Paula Ruiz de Apodaca / Alexandra Almodóvar Garau / Vanesa R.S. / Cristina Cardona

© 2024, Diseño de portada: Lucía Arca (Adopta una portada)

<https://www.instagram.com/adoptaunaportada/>

Has adquirido una obra publicada mediante autoedición. Gracias por apoyar el trabajo de los autores independientes.

<http://www.Nisa-Arce.net>

Instagram: @nisarce

# Escucha la playlist

Acompaña la lectura de esta historia con la *playlist* de canciones disponible en Spotify. La puedes encontrar buscando mi perfil de usuario (Nisa Arce) o escaneando este código (desde la app para móviles, ve a la opción buscar y en el icono de la cámara, apunta a la imagen).



# No van a parar

*Y en tu corazón  
no se termina.  
Y es que ya fue  
suficiente sangre.  
Y en tu desazón  
yo me recuerdo.  
Sombras que  
se esconden  
en el aire.  
No van a parar.  
Nadie va a parar.  
No vas a parar.*

*No van a parar, Peces Raros*

# Previa del partido

Mientras luchaba contra la somnolencia en la cama junto a Andrei, ambos recubiertos por el edredón nórdico bajo el que se habían resguardado tras pasar por la ducha, Xabi aguzó el oído.

—¿Oyes eso? —preguntó con un hilo de voz.

El defensa del Juventud, amodorrado contra su cuerpo desnudo, atinó a responder:

—¿El qué?

—Ha dejado de llover.

Andrei, tras prestar atención, constató el final del aguacero que había estado cayendo sobre Madrid desde su regreso a la capital.

—¿Y cuánto dices que ha durado la lluvia?

—Casi dos días. Sin parar.

—Pues sí que ha debido de caer fuerte como para impresionar a un gallego —susurró Andrei mientras le acariciaba el antebrazo.

—Que no soy gallego. Nací en *Madriz* —exageró a posta el acento.

—Tú ya me entiendes. —Andrei, mirándole a los ojos con los rostros de ambos próximos, le rozó la punta de la nariz con la suya—. Es que en Terrassa no nos enteramos del mal tiempo.

—¿No será que has estado muy ocupado haciendo vida social? —se la devolvió Xabi, acariciándole a su vez.

—Quizás...

—Qué suerte. Al menos tu Navidad no ha sido un muermo.

—Piensa que ya estamos juntos, y que podremos celebrar de tranquis la Nochevieja.

—Ya, de tranquis con los marsupiales dándolo todo en el karaoke improvisado en el salón —rio Xabi.

—Pero si lo vamos a pasar genial... —Aunque llevaban dos horas sin salir prácticamente del lecho y podría haber seguido así unas cuantas más, Andrei hizo una propuesta—: ¿Vamos al pub a tomar algo? Por eso de aprovechar que ha escampado.

—¿No te da pereza salir?

—Anda, vamos. Seguro que nos ponen nuestra canción si se lo pido al camarero de siempre.

—O si no, le escribes a tu madre y le dices que te llame, para que suene —replicó Xabi.

Andrei se echó a reír, pues seguía usando *Runaway*, de los Corrs, como tono cuando lo reclamaba Cristina Vega.

—Venga, solo un rato —volvió a insistir—. Nos tomamos una pinta, una *zero* o lo que sea, y volvemos.

—Para una vez que tenemos el piso para nosotros solos... —siguió protestando Xabi.

—Luego aprovechamos un poco más las ventajas de no tener que medirnos con el ruido —insinuó, jugueteando, mientras le mordisqueaba el labio inferior.

Aquella promesa de continuar más tarde dándole rienda suelta al deseo acumulado logró que Xabi claudicase. Se hizo un poco más el remolón, hasta el punto de que, entre risas, Andrei tuvo que tirar de él para sacarlo de la cama. Una vez ambos en pie, se besaron.

Sus labios se buscaron un par de veces más mientras se vestían: vaqueros, botas de piel,

camisetas desenfadadas, gruesos abrigos. Y en sus muñecas, las pulseras con los colores de la bandera arcoíris que ambos lucían desde que Xabi las compró en un arrebato. Andrei no se quitaba la suya ni para competir, y su imagen luciendo el abalorio durante los partidos del Juventud y de la sub-21 había dado la vuelta al mundo.

Ya en el marco de la puerta, tras asegurarse de que llevaban con ellos la triada carteras-móviles-llaves, volvieron a besarse. El frío gélido de la noche los recibió en la calle, y empezaron a caminar por las aceras desiertas tomados de la mano.

El pub no quedaba lejos, a unos diez minutos andando, pero aun así decidieron recurrir a un atajo y desviarse por una calle secundaria. Seguían tomados de la mano, contándose anécdotas de las jornadas que habían pasado separados por las celebraciones navideñas con sus respectivas familias, cuando escucharon una voz masculina y desconocida a sus espaldas:

—Putos maricones...

—Hasta los cojones me tienen ya —dijo una segunda voz—. Ahora todo el mundo es marica, ni que estuviera de moda.

Andrei y Xabi intercambiaron una mirada, y como si se hubiesen puesto de acuerdo apretaron el paso.

—Ey, palomos, ¿dónde vais tan rápido? Es de mala educación no responder a un saludo. — El tipo que había hablado el primero los adelantó, interponiéndose. Su expresión varió al reconocer a uno de los dos jóvenes—: ¡Hostia, que es Puig!

—¿Quién?

Xabi, nervioso, giró todo lo discretamente que pudo el rostro y, por el rabillo del ojo, comprobó que aquel tío estaba acompañado de otros cuatro. A juzgar por las latas de cerveza que había acumuladas en el suelo junto a un portal, debían de estar pasándose por el forro la normativa municipal que prohibía los botellones.

—¡Sí, coño! Puig, el del Juventud. Al que le petó la patata no, el otro. El bujarrón.

Andrei, sin amilanarse, le sostuvo la mirada y preguntó:

—¿Qué queréis?

—Nada, hombre. Solo saludar. ¿Un autógrafo?

—Vale, pero luego nos dejáis en paz, por favor.

El que había hablado en segundo lugar también se situó delante de la pareja, y con un ademán brusco los sujetó de las muñecas, provocando que las manos de ambos se separasen.

—¿No te quitas nunca la mierda esta? —se burló, en alusión a la pulsera.

—Suéltale —se revolvió Xabi.

—¿Cómo dices?

—Que no le toques.

Andrei, notando que se le disparaba el pulso, trató de imponer calma:

—Venga, ¿a quién le firmo? ¿Queréis una *selfie* también?

Pero el tipo, sin perder ni un segundo, le propinó a Xabi un empujón que le hizo trastabillar.

—Que no le toque, dice... A vosotros no os tocaría ni con un palo.

Xabi, pese a recurrir a toda su sangre fría, no pudo morderse la lengua:

—Qué casualidad, porque el sentimiento es mutuo.

El comentario hizo que aquel chico, que no debía de ser mucho mayor que ellos, lo mirase

con furia y volviera a empujarle:

—Tú a mí no me hables, comepollas.

Para cuando Andrei pudo darse cuenta, los estaban rodeando.

—Toda la pasta que tienes no te sirve ahora para nada, ¿verdad? —se burló el supuesto líder—. Las mariconas sois todas iguales: vais de valientes por la vida, pero a la hora de la verdad sois unas lloronas. —Con un movimiento rápido y certero, le propinó un puñetazo al novio del futbolista en la boca del estómago.

Este, sin poder evitarlo, se dejó caer al suelo.

—¡Xabi! —exclamó Andrei, horrorizado.

—Eso, de rodillas, que seguro que se te da bien. ¿A que sí? —preguntó a los demás.

El comentario arrancó una risa generalizada salvo en el defensa, que arremetió contra él:

—Te vas a arrepentir de esto, cabrón —advirtió mientras le propinaba otro empujón con ambas manos sobre el pecho.

—No, el que se va a arrepentir eres tú. A ver si aprendes a tener un poco de decencia y no ir dando asco por ahí. Que te ven hasta los niños, joder.

Andrei, acostumbrado a verse envuelto en forcejeos rudos con otros atletas, sintió que la adrenalina que agudizaba sus reflejos durante los partidos era sustituida por el aturdimiento del pánico al presenciar cómo otro de aquellos tipos, a la orden del líder, le propinaba una patada a Xabi también en el estómago.

Lo último que vio antes de perder el control sobre sí mismo fue la imagen de su novio hecho un ovillo, retorciéndose de dolor.

—¡Dejadle! —bramó mientras se abalanzaba sobre sus agresores.

Como respuesta, recibió un puñetazo en el rostro que lo dejó aturdido. Luego otro. Y otro.

Cayó al suelo. Más patadas a las costillas, al abdomen. Los ruidos de la paliza que le estaban propinando a Xabi se mezclaron con los de la que estaba recibiendo él mismo. El sabor metálico de su propia sangre inundándole la boca.

Dejó de oír. Llegó un punto en el que dejó también de sentir los golpes. A su mente acudió el recuerdo de aquella tarde de septiembre en la que Xabi le regaló la pulsera.

A punto de perder la consciencia, Andrei se dijo que si en ese momento hubiese sabido que aquello iba a ocurrir, habría lucido esos colores igualmente.

Con el mismo orgullo. Con el mismo convencimiento. Incluso con ese miedo atroz y la impotencia que ahora lo embargaban.

# Primera parte

# Capítulo 1

Hacía un día estupendo de finales de verano en las inmediaciones de la sierra madrileña, excusa más que suficiente para que los miembros de aquella peculiar familia decidieran, por goleada, celebrar el cumpleaños de Marina en el jardín de sus anfitriones. O, mejor dicho, en su piscina.

Recostado sobre un enorme flotador rosa en forma de flamenco, con el rostro vuelto hacia lo alto, gafas de sol y sujetando a duras penas el vaso de mojito que Valentina le había preparado, Andrei se dijo que aquello era lo más cercano que se podía estar del paraíso.

Desde el arranque del campeonato dos semanas atrás se había esforzado para adaptarse a la metodología de Saulo, el nuevo míster del primer equipo. Si bien era cierto que lo conocía por haber estado a sus órdenes en calidad de segundo, el cambio era obvio. Se notaba en el vestuario otro ambiente, como si la totalidad de los jugadores, así como de la entidad en general, estuviera a la expectativa.

Andrei no iba a mentir: echaba de menos al míster, pero, al mismo tiempo, debía reconocer que agradecía, y mucho, el haber recuperado a Dani en el plano personal. Dejar de verle como a su superior era un alivio, por mucho que le admirase y le estuviera eternamente agradecido por haberle dado la oportunidad de dar el salto hacia la profesionalización haciéndole debutar. Y es que por algo le conocía desde que iba en pañales y lo consideraba parte de su familia.

De hecho, si estaba ahí, en bermudas, tomando el sol como si tal cosa en la piscina privada del domicilio del susodicho, era porque ya no estaba a sus órdenes, pues de haber seguido siendo su entrenador, no se habría tomado tantas confianzas.

—¿Cuántos van ya? —escuchó que le preguntaba Xabi, tan amodorrado como él y recostado sobre otro flotador gigante, solo que en forma de unicornio, igual o más hortera que el suyo.

—Dos. Y tranqui, que es el último.

—Aprovecha que hoy es tu día libre —replicó su novio, quien tras un leve suspiro musitó —: Hoy no me saca nadie de aquí...

Andrei tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no delatarse y aguantarse la risa, pues nada más Xabi hubo dicho aquello, vio que una sombra se aproximaba. De hecho, reconoció de quién se trataba, y con la certeza de lo que iba a ocurrir, se mantuvo impertérrito.

Tras apenas unos segundos, Xabi cayó al agua después de que otro de los «tíos» de Andrei lo volcase.

—Sergio Mínguez, haciendo el gilipollas en piscinas ajenas desde el amanecer de los tiempos —afirmó Dani, entre la solemnidad y el hartazgo, tras presenciar la escena desde el bordillo.

—Y espera a que no te haga caer accidentalmente también a ti, *capi* —se la devolvió el exdefensa madrileño.

Andrei, tras partirse de la risa, contempló cómo Xabi emergía de las aguas empapado y con las gafas de sol puestas.

—Ea, ya estás bautizado oficialmente, chaval —lo felicitó Sergio, acompañando la afirmación con una sonora palmada en la espalda.

—¡G-Gracias! —logró replicar, sintiéndose aún un poco intimidado siempre que estaba

rodeado de tantos astros del balompié.

—Pa, déjalo en paz —lo regañó Marina, quien, luciendo bikini deportivo y también desde el bordillo, tomó impulso y se lanzó a lo bomba, tal y como había aprendido de su padre. Tras asomar la cabeza y mirándole a los ojos, añadió—: Además, hoy no me puedes llevar la contraria.

—Ni hoy ni nunca, princesa. —Antes de que la mayor de sus hijas protestase por que volviera a llamarla de esa manera, la achuchó, exagerando a propósito—. ¡Diecinueve añazos ya! Parece que fue ayer cuando tu madre me hizo salir del avión aunque estaba con todo el equipo a bordo y listo para salir a Santiago.

—Santander... —lo corrigió Dani.

—Va, qué más da... ¡Pues eso, que diecinueve! Menos mal que no has salido a tu padre, que yo a tu edad era un cabra loca.

Marina rio cuando escuchó que Dani carraspeaba sonoramente.

—En verdad, menos mal que tampoco has salido a tu madre, que por lo que sé tampoco es que fuera muy...

—¡Vale, vale, no quiero oír nada más! —lo hizo parar Marina, y tras robarle las gafas de sol a Xabi le pidió a este—: Ayúdame a subir, que me toca un rato el unicornio.

Su amigo obedeció. En cuanto a Andrei, siguió a lo suyo tomando el sol y bebiendo.

—¿De dónde los habéis sacado? —preguntó Xabi, en referencia a los nada discretos flotadores.

—Eran de Silvia y Luna. Mis tíos los tenían aún guardados en la caseta del jardín —replicó Marina.

—¿Y ellas no los usan?

Como toda respuesta, Marina giró el rostro en dirección hacia donde se encontraban sus hermanas. Ambas ocupaban una hamaca y vestían, además de grandes gafas de sol, una voluminosa pamela. Como llevaban haciendo desde el mismo momento en que llegaron a la casa, no se despegaben de sus respectivos teléfonos móviles y apenas habían intercambiado un par de palabras con los demás.

—Ya... —murmuró Xabi; de último, interactuar con las gemelas era misión imposible.

—Mira que las quiero, pero no hay quien las soporte... —suspiró Sergio tras apoyar la nuca en el bordillo. Al notar que Dani se sentaba junto a él, metiendo las piernas en el agua, añadió—: En verdad, ha sido una suerte para vosotros no haber tenido hijos, porque menudo coñazo lo de la adolescencia. De menuda os habéis librado el *argento* y tú.

Apenas Sergio hubo dicho aquello, Dani escuchó que se abría la puerta trasera de la casa que daba al jardín y que por ella salían Cris, Valentina y Mateo. Los ojos celestes del bonaerense buscaron los suyos, y como si ambos supieran lo que el otro estaba pensando, se sostuvieron la mirada en silencio.

Y es que no le habían contado a nadie, ni siquiera a sus íntimos, que llevaban casi un mes inmersos en gestiones con una agencia nacional de adopción.

—Ya hablaré con ellas después.

—Suerte, Pepito Grillo.

—O, mejor, les confisco los teléfonos.

Como si hubieran tenido la antena puesta en segundo plano, las gemelas, horrorizadas, se

quejaron:

—¡Tío Dani, no!

—Venga, fuera móviles y al agua. Que en nada se acaba la temporada de piscina y luego son todo lloriqueos —replicó él, inflexible.

Sergio esbozó una sonrisa socarrona, disfrutando por ver cómo sus benjaminas sufrían en sus propias carnes el mismo trato que experimentó él de niño, adolescente y, para qué negarlo, adulto.

Luna y Silvia, tras protestar, le entregaron los teléfonos a su madre, que con una mano a la cadera y la otra extendida tampoco mostró piedad.

—Ya escucharon: no más celular. Ahora la vamos a pasar rebién juntos en la celebración de su hermana —dijo la exmodelo.

Cuando ambas adolescentes acabaron de despojarse de los sombreros, gafas y demás complementos, el novio de su hermana, su favorito de los gemelos Puig, se situó entre ambas, pasándoles un brazo por los hombros.

—Venga, yo me meto también con vosotras —trató Niko de aligerar el ambiente.

Ellas, coquetas, accedieron, y mientras observaba cómo los tres se metían primero bajo la ducha de jardín para luego bajar por la escalerilla, Marina sonrió. Adoraba ver a Niko con ellas, cómo era capaz de metérselas en el bolsillo a la primera de cambio cuando con todos los demás solo ponían cara de póker.

Asimismo, le gustaba verle de buen humor. Como ese día radiante de finales de verano que estaban disfrutando, y que se le antojó más luminoso si cabía después de la tormenta que habían soportado a lo largo del último año.

Al hacer recuento de todo lo transcurrido en los últimos doce meses, Marina se estremeció. Y es que cuando cumplió la mayoría de edad y, eufórica como estaba, soñaba despierta con cómo sería el futuro, jamás habría concebido su presente: ella, a punto de marcharse a su primera concentración con la selección femenina absoluta a las órdenes de Daniel Hernández; Niko, retirado no solo de la competición, sino del deporte en general, tras haber sufrido una insuficiencia cardíaca que le había puesto un final abrupto a su carrera.

Pero la vida era así, se dijo. Llena de imprevistos. De subidas y descensos. Larga y breve a la vez, a juzgar por lo que sus padres y tíos afirmaban, pues no dejaban de repetir que los últimos treinta años habían volado.

Sacudió la cabeza, como para alejar tales pensamientos.

Que esperase el futuro, pues ese día cumplía uno más y estaba feliz ahí, en remojó, rodeada de buena parte de su familia, y con Niko abrazándola por la cintura tras acercarse a ella.

—¿Dónde te habías metido? —le preguntó contra sus labios.

—Estaba hablando con mi padre —se disculpó él, para a continuación besarla.

—Si hubieseis desaparecido los dos a la vez, habría pensado que vuestra ausencia se debía a otra cosa... —se cachondeó Andrei por lo bajo.

Su hermano, aprovechando que lo tenían peligrosamente cerca, lo zarandeó por una pierna.

—Mira quién habla —se la devolvió.

—¿Eh? —intervino Xabi, como intuyendo que, de alguna forma, la conversación le implicaba.

—Siempre estás en la parra —se mofaron Luna y Silvia.

Y mientras los más jóvenes seguían divirtiéndose en el agua, Sergio aprovechó para salir y tumbarse sobre una toalla en el césped.

—Qué gusto, por favor... Encima la semana que viene no toca currar —suspiró, puesto que no había campeonato de liga hasta que se disputasen los encuentros de los internacionales con sus respectivas selecciones.

—Pues como nos vaya bien en la clasificatoria, se te acabaron los parones —insinuó Dani.

—Cuento con ello —se la devolvió sin perder la sonrisa, y confiando en que, finalmente, la cadena comprase los derechos de las retransmisiones de la selección femenina.

Mientras ellos hablaban, Mateo se incorporó para comprobar la cocción de la ronda de empanadas que estaba horneando, así como para preguntarle a Leti si ya estaban de camino, pues, como de costumbre, su hermana, cuñado y su madre serían los últimos en llegar.

Nada más hubo perdido de vista la rubia cabeza del argentino, Cris se arrimó hacia la melliza de este.

—¿Le ocurre algo a tu hermano?

—¿Por? —replicó Tina, vistiendo una de las pamelas de sus hijas y sus propias gafas de sol.

—Es que antes, cuando salimos, juraría que él y Dani se estaban dedicando una de sus miraditas, ya sabes... —Rememorando el momentazo de tensión sexual no resuelta entre ambos que presenció sin quererlo también junto a una piscina, tanto tiempo atrás, añadió—: Digamos que los tengo calados.

Valentina suspiró.

—Sé que algo no me quiere contar, pero, ¿viste?, no voy a insistir. Bastante tengo ya con lo que hay en casa.

Cris esbozó una sonrisa mientras dirigía la mirada brevemente hacia las gemelas.

—¿Tanta guerra os dan? Si parecen buenas niñas...

A modo de respuesta, Valentina resopló.

—Si fuera solo eso, boluda...

—¿Necesitas otro mojito para desembuchar? —la picó su amiga.

Tina se recolocó sobre la tumbona y añadió, en voz baja:

—¿Vos dormís bien?

Cris hizo un mohín con los labios, pensativa.

—*Psché*. Por temporadas.

—Pues yo no. Da igual cuanto haga, lo tarde o temprano que me vaya a la cama, que a las dos y media en punto, ojos abiertos, ¡pum! —Enfatizó, golpeándose la palma de la mano con el otro puño—. Y no hay manera de volver a cerrarlos.

—¿No has probado a despertar a tu esposo y que te dé un meneo? O no despertarlo y te encargas personalmente del asunto, ya me entiendes... Es mano de santo, nunca mejor dicho —insinuó Cris, divertida.

—Dale, obvio que sí, pero mientras que él sigue luego durmiendo como lirón, yo no lo consigo —murmuró, frustrada.

—Serán las hormonas... —insinuó Cris.

Tina, melancólica, añadió contemplando a la mayor de sus hijas, a la que había parido casi dos décadas atrás:

—Nos hacemos mayores, amiga...

—Y a mucha honra. —Cris, sin querer pensar demasiado en que estaba ya bastante cerca de los cincuenta, hizo ademán de incorporarse—. Voy a por mojitos. Y de paso le encasqueto otro al rubio, a ver si consigo tirarle de la lengua.

Tina le rozó la mano en un gesto de agradecimiento y siguió tomando el sol mientras Marina contemplaba la escena en su conjunto: Sergio y Dani hablaban a saber de qué; sus hermanas tonteaban con Niko, que les seguía la corriente encantado; Andrei y Xabi se dedicaban arrumacos, tanto que le entraron ganas de tirar ella misma a su amigo al agua para usurparle el flamenco; su tío Mateo regresaba de la cocina anunciando que en breve llegaba el resto de la comitiva.

Su móvil sonó, y el propio Mateo se lo tendió. Tras apoyarse en el bordillo y ver quién la reclamaba, Marina volvió a sonreír.

—Hola, espagueti.

—¿En serio me vas a llamar igual que tu padre?

Marina rio al escuchar la voz de Joan al otro lado.

—Es broma.

—Felicidades.

—Muchas gracias.

—Siento no estar hoy ahí, pero es que me apetecía más pasarme doce horas metido en un avión —ironizó el exdelantero catalán.

—Tranquilo, ya me lo compensarás. —Marina escuchó ruido de fondo y preguntó—: ¿Ya estáis en Barajas?

—Sí, salimos dentro de poco —replicó Joan desde el aeropuerto—. Espera, te paso con el culpable de que esté a punto de embarcar con destino San Francisco otra vez.

La joven delantera volvió a sonreír cuando poco después escuchó otra voz familiar:

—Feliz cumpleaños, Marina.

—Gracias, Gorka.

—Espero que pases un gran día y que el partido vaya genial. —Tras una pausa, el vasco añadió—: Tú no te dejes intimidar por el mister.

Ella rio. Lo cierto es que estaba bastante inquieta ante la perspectiva de tener que separar facetas, tal y como Niko había tenido que hacer en el Juventud.

—Y vosotros pasadlo bien y sacadle muchas fotos a Izan. Y que yo las vea, claro.

—Eso está hecho. Te dejo, que mi marido está de pesado para que nos pongamos ya en la cola del embarque.

—Espera, no cuelgues aún. —Marina puso el manoslibres y anunció—: Deseadle buen viaje a los ausentes.

—¡Buen viajeeeee! —replicaron al unísono.

—Espagueti cabrón, sigues siendo un puto desertor, siempre lo mismo —añadió Sergio por su parte.

—*A pastar fang.*

—Pon, ¿qué ha dicho este en código? —preguntó el madrileño.

—Que te vayas a tomar por saco —replicaron Andrei y Niko a la vez.

Marina volvió a reír cuando su padre le arrebató el móvil para, tras quitar el manoslibres, seguir intercambiando «insultos cariñosos» con su actual compañero de trabajo.

Poco después llegaron sus otros tíos y su abuela. La algarabía, las conversaciones a varias bandas, la añoranza por los que no estaban —no solo el matrimonio, sino también su abuelo Carlos, y sus primos, que residían en Buenos Aires—; la comida, el inevitable soplo de las velas.

Pidió un deseo que esperaba que se cumpliera. Más abrazos. Besos. Los labios de Niko.

Y aunque se lo estaba pasando en grande en compañía de los suyos, no veía el momento de que cayera la noche para continuar la fiesta..., solo que con sus guerreras. Esas con las que seguía luchando codo con codo por obrar un cambio en la élite del fútbol no solo femenino, sino en el deporte en general.

## Capítulo 2

Marina se sobresaltó cuando escuchó que llamaban a su puerta con insistencia.

Aturdida, su primera reacción nada más incorporarse en el lecho fue comprobar la hora en el despertador; eran las siete y cuarto de la mañana. Debía de haber sonado por lo menos cuatro veces, pero no se había dado cuenta. Ni ella ni Niko, que dormía a pierna suelta boca abajo, desparramado.

—¿Sí? —atinó a preguntar.

—¡Arriba, leona! —escuchó que replicaba desde el otro lado Sabina, la novia de Bea.

Marina cerró los ojos y se dejó caer nuevamente sobre la cama.

—Cinco minutos más... —murmuró.

—¿Estáis presentables? —insistió Sabina.

La delantera, tras tirar del edredón para cubrir no solo su desnudez, sino también la de su acompañante, replicó con un «sí», y atinó, apenas unos segundos antes de que Sabina abriese la puerta, a esconder los bóxers de Niko, que a juzgar por los indicios habían permanecido tirados de cualquier forma sobre la cama toda la noche.

—¡Muy buenas! Es que como dijisteis que mañana a las siete todo el mundo en planta y me ha costado lo suyo despertar a mi chica, pensé que igual os vendría bien una ayuda —se justificó.

—¡G-Gracias! Enseguida salimos.

—Menuda juerga anoche, ¿eh? —rio Sabina.

Marina, arrepintiéndose de haberse ido de madre a pesar de lo bien que se lo había pasado celebrando su cumpleaños con sus amigas más cercanas del equipo, volvió a asentir, y a insinuar que podía cerrar y darles un poco de intimidad.

Sabina, captando la indirecta, anunció que iba a hacer café. Escuchó un ruido y añadió:

—Aprovecha, que Bea acaba de salir de la ducha. —Guardó silencio unos instantes y observó con sorna—: Niko está fulminado.

Marina sonrió y le clavó un dedo al susodicho en un brazo.

—Koala... —lo llamó.

Él seguía sin enterarse de nada.

—Koaaaala... —volvió a llamarle, solo que ahora tocándole con el pico del ornitorrinco de plástico que descansaba sobre la mesita de noche.

—¿Qué? ¡Hostia! ¿Ya es de día? —balbució.

—En fin... —Sabina contuvo la risa a duras penas—. ¡No tardéis si queréis que os lleve a la concentración antes de irme a clase!

Marina hizo un mohín de desagrado ante el ruido del portazo, que pareció estrujarle los sesos. En cuanto a Niko, escondió la cabeza bajo la almohada.

—No voy a volver a beber nunca más... —murmuró.

—Siempre dices lo mismo. —Marina, tras incorporarse y recuperar su ropa interior, se la puso a toda pastilla—. ¿Te metes conmigo bajo el grifo? Pero solo ducha y nada más, en plan rápido.

—Tranqui, que me temo que ahora mismo no se me levanta ni aunque se lo ruegue... —

siguió murmurando Niko.

Cerca de quince minutos después estuvieron los dos de regreso en el dormitorio, algo más operativos. Al menos, en el caso de ella, lo suficiente como para vestirse con el chándal oficial de la selección y comprobar que llevaba todo lo necesario en la maleta para pasar fuera los próximos días.

—¿Algún último consejo que puedas darme?

Niko, sentado en el borde de la cama mientras se ataba las zapatillas, esbozó una sonrisa.

Sabía que Marina estaba tan nerviosa como ilusionada, y que la causa de ambas emociones era, en esencia, la misma.

—Juega como siempre lo haces —replicó.

En el rostro de ella se dibujó otro mohín, solo que esta vez entre divertido y recriminatorio.

—Eso está ya muy trillado.

—Pero es que es lo que tienes que hacer: dejar de comerte el tarro, asimilar que te va a dar caña y jugar al fútbol.

—¿Te imaginas que me traiciona el subconsciente y en medio del vestuario lo llamo «tío Dani»? —Con cara de espanto, Marina agregó—: Sería una cagada épica.

—Mientras no le pidas que te haga la coleta para sujetarte el pelo... —siguió Niko divirtiéndose a su costa.

—Idiota —se la devolvió, de mejor humor.

Intercambiaron una mirada en silencio, luego un breve beso en los labios.

Y entonces, Niko se limitó a ser sincero. Pero dicha sinceridad, apenas dos palabras, se clavaron en el corazón de Marina como una daga ardiendo:

—Te envidio.

Ella lo sabía. ¿Cómo obviarlo? Por supuesto que sabía que él habría dado lo que fuera por estar en su lugar, por volver a los terrenos, por recuperar su antigua vida. Las promesas de futuro, sus sueños truncados.

Pero era imposible. Y nadie mejor que Niko era más consciente de ello.

Quizás por eso admiraba tanto la fortaleza que estaba demostrando tener, aunque Marina fuese la principal espectadora de sus momentos de debilidad.

—Te prometo que lo daré todo —susurró tras apoyar la frente sobre la suya.

—No tienes que prometerme nada —contestó él en igual tono, y tras acariciar su mejilla suavemente con un pulgar, añadió—: Solo a ti misma.

—Entonces, me prometo que lo daré todo. Que voy a aprender de esta nueva experiencia y que venceré a mis miedos.

—Eso está mejor. —Niko esbozó una sonrisa y añadió—: Suerte, ornitorrinco.

—Gracias, Niko-koala.

Nuevos aporreos en la puerta se cargaron el momento.

—¡Vamos a empezar a desayunar, con vosotros o sin vosotros! —anunció Bea esta vez.

Ambos rieron, y tras echarse al hombro sus respectivos equipajes —la bolsa de deporte ella; la mochila que se llevaba a clase él—, se unieron a la otra pareja en la cocina. Allí compartieron cafés, tostadas e impresiones sobre la fiesta, que se había prolongado hasta las dos de la mañana.

—Entre que un cuarto del equipo está en la convocatoria y que las demás tenían

mantenimiento a las nueve, me temo que hoy vamos a estar todos con cara de zombi —reconoció Bea.

—Yo tengo ahora Estadística Avanzada... —rezongó Niko—. No me voy a enterar de nada, ya veréis...

—¡Pero si tienes apuntador personal! —ironizó Marina, en referencia a Xabi—. Paso un momento al baño y ya estoy.

—Ídem —replicó Bea. Luego tomó aire todo lo profundo que pudo y lo soltó despacio—. Me comen los nervios.

—Irá bien, ya verás —la tranquilizó su chica—. Ahora que no tienes a un misógino retrógrado y paleta en el vestuario, podrás demostrarles a todos de lo que eres capaz.

—Es que el míster es una leyenda... ¿Y si lo defraudo?

—Confía en ti.

Niko elevó las cejas en un gesto empático y resignado. Podría haberle dado algún consejo partiendo de la experiencia personal, tal y como había hecho con Marina, pero prefirió dejarlo estar.

Centrarse en su rutina. En asistir a todas las clases esa semana. En seguir dándole vueltas a cómo llenar ese hueco, o a la sensación de no estar haciendo suficiente que le invadía cada vez que Xabi llegaba al piso a última hora de la tarde, tras haber encadenado la jornada lectiva en la facultad con las horas de prácticas que, como becario, hacía en el departamento jurídico del Juventud.

Salieron los cuatro del piso, y una vez en la calle se dispuso a despedirse.

—Escríbeme de vez en cuando —le pidió a su novia.

Marina, tras un último beso, procedió a meterse en la parte de atrás del coche de Sabina. Él permaneció ahí, en la acera, y se despidió tanto de la conductora como de Bea con un gesto. Sabina correspondió con un último toque de claxon, y una vez perdió de vista el turismo, que aún lucía la señal de «L» en la luneta trasera, suspiró y puso rumbo a donde había dejado estacionado la noche anterior su propio vehículo.

Encendió la radio, y mientras escuchaba las noticias puso rumbo a la universidad. Tal y como hacían, en aquellos momentos, miles de estudiantes en todo el país.

\*

Dani abrió la botella de agua que le habían dejado sobre el estrado en la sala de conferencias con la que contaba el hotel. Era una estancia no demasiado amplia, pero luminosa, semejante a otras tantas por las que había pasado a lo largo de su vida.

De hecho, si hacía memoria, recordaba haber pisado una por primera vez cuando tenía once o doce años, en las concentraciones con las divisiones infantiles de la selección española. Por aquel entonces, si bien estaba decidido a llegar a profesional, nunca habría imaginado que estaría ocupando en esos momentos aquel puesto, con las jugadoras a las que él mismo había elegido tras un minucioso y exhaustivo estudio, esperando a que la coordinadora las hiciese entrar.

La puerta de la sala se abrió, y por ella vio desfilar a las veintitrés mujeres que representaban a la élite del fútbol femenino español. Todas llegadas de distintos puntos de la geografía del país, desde Canarias hasta Galicia, pasando por Barcelona y, cómo no, Madrid. Muchas de ellas eran veteranas con la absoluta, pero otras tantas se enfrentaban a su primer llamamiento. En verdad, si lo pensaba bien, aquella situación era tan nueva para las que contaban con experiencia previa como para las que no; tan nueva como para él mismo.

Así que se instó a ejercer como entrenador y principal responsable del equipo de la misma manera que había cumplido con su papel en los anteriores por los que pasó: mostrándose cercano, aunque profesional a la vez.

—Hola a todas. Id ocupando las butacas, por favor —les pidió.

Las jugadoras así hicieron, y constataron que en vez de sentarse al otro lado del estrado, sobre la tarima, estableciendo una división de posiciones, se quedó a ras del suelo, de pie, apoyándose en el canto de la mesa.

Como iguales.

Los cuchicheos fueron cesando, hasta que el silencio se apoderó de la sala. Una vez el segundo entrenador estuvo presente, el seleccionador dio un trago a la botella y se dispuso a volver a lanzarse a la piscina de cabeza; a lo grande.

—Buenos días.

—Buenos días, míster —respondieron ellas al unísono.

—Antes que nada, formalismos cero, por favor —pidió él—. Nada de tratarme de usted. Llamadme Dani o míster, me da igual.

Marina, quien ocupaba un asiento de la segunda fila junto a Bea y algunas de las compañeras de ambas en el Juventud, esbozó una sonrisa.

—Como esta es nuestra primera toma de contacto, seré breve. —Bebió un trago más de agua, y tras dejar el botellín sobre la mesa fue al grano—: No estoy aquí para deciros cómo tenéis que jugar al fútbol, porque eso lo sabéis hacer de sobra. Mi misión no es otra que la de tratar de que este equipo funcione lo mejor posible en su conjunto, para perseguir un objetivo.

Hizo una pausa, notando que todas las jugadoras clavaban en él sus miradas, expectantes. Sin querer dejarlas ni un segundo más en la incertidumbre, Dani proclamó:

—Ganar el próximo Mundial. Y para ello, tenemos que desgranar ese objetivo en objetivos más pequeños, y esforzarnos y trabajar por ir cumpliéndolos uno a uno, paso a paso.

Las jugadoras contuvieron el aliento. Sí, claro que todas soñaban con alzarse campeonas del planeta, pero oírlo así, de forma tan directa, les dejó las emociones a flor de piel.

—El principal para esta temporada es clasificarnos, y no como segundas de grupo. —Dani, quien pese a las canas que le salpicaban el cabello y las líneas de expresión visibles alrededor de sus ojos cada vez que gesticulaba parecía el mismo de sus años como capitán del Juventud, agregó, insuflándoles entusiasmo y comedimiento a partes iguales—: Vamos a clasificarnos como líderes. Y para eso, tenemos que conocernos bien. Sé que muchas jugáis juntas en vuestros equipos, o que os habéis enfrentado a las demás en distintas competiciones, pero no me refiero a eso, sino a que tenemos que formar una piña, interiorizar cada uno de vuestros estilos y formar entre todas una maquinaria en la que todas las piezas sean esenciales.

Buscó con la mirada a la coordinadora, y una vez esta le hubo tendido un *dossier*, le dio las gracias y procedió a explicarles el *planning*:

—Esta tarde tendremos una nueva charla, pero técnica, en la que os quiero hablar de las estrategias que voy a plantearos. Será a las cuatro en punto, sed puntales, por favor. Una vez hayamos acabado, tenéis tiempo libre. Podéis hacer lo que os apetezca, ir a donde queráis, pero actuad como las profesionales que sois. —Tras una nueva pausa, Dani concretó—: Todas sois adultas y tanto yo como el resto del equipo técnico tenemos cosas más interesantes que hacer que estar pasando lista como si esto fuese una excursión de fin de curso, así que haceros responsables de descansar de forma adecuada, que mañana a las nueve tenemos la primera sesión de

entrenamiento y a mediodía nos marchamos a Gijón.

Aquel comentario, el de que tenían vía libre incluso para abandonar las instalaciones del hotel si querían, hizo que las jugadoras veteranas intercambiasen alguna que otra mirada significativa, algún cuchicheo mal disimulado.

—Empezamos bien, menuda diferencia... —dijo una.

—Y sin que nadie venga a abrir las puertas a ver si ya hemos apagado las luces —ironizó otra.

—Lo único que os pido para hoy en vuestro tiempo libre —retomó Dani el turno de palabra, proyectando la voz para hablarles sin necesidad de micrófono— es que os organicéis para que mañana me comunicéis cuál es la decisión del vestuario sobre quién llevará la capitán. ¿Alguna pregunta?

Las jugadoras guardaron silencio. Algunas movieron la cabeza en un signo de negación.

—Bien. Entonces, si os parece, vamos a hacer el reparto de habitaciones. Luego tiempo libre hasta el almuerzo y la charla.

Antes de que las jugadoras empezaran a incorporarse y una cacofonía de voces entusiasmadas se apoderase del ambiente, provocada por la curiosidad de ver con quién iba a dormir cada una durante aquella temporada en las concentraciones, Dani las volvió a reclamar:

—¡Una última cosa!

Ellas se giraron, y pudo ver en sus rostros el brillo de la ilusión, el entusiasmo, la adrenalina contenida de los desafíos. Pero también el alivio, la confianza.

Y se prometió a sí mismo que no iba a fallarles.

—Por favor, no dudéis en acudir a mí por cualquier problema que tengáis en el que os pueda ayudar, o por cualquier duda que os surja. Nunca olvidéis que yo también estuve donde lo estáis vosotras.

Las jóvenes volvieron a sonreír. Una de ellas, la que desde que había accedido a aquella estancia se había recordado la necesidad de separar facetas, se dijo que nunca se había sentido tan orgullosa de él.

Y es que con una sola frase, Daniel Hernández, el mítico 5 del equipo cuya camiseta ella sudaba, les había dicho que estaban entre iguales. Entre futbolistas. Sin distinguir entre división masculina y femenina.

Un alegre caos se apoderó de la sala mientras jugadoras y equipo técnico, a excepción de los coordinadores, se iban yendo, y Marina escuchó que la reclamaban:

—¡Hola! Antes no pude presentarme, que llegué de las últimas, pero parece que nos toca juntas.

Se giró y, entonces, la vio.

Era alta como ella, de figura espigada y grandes ojos castaños. Sus facciones, enmarcadas por una melena negra y lisa que le caía sobre los hombros, eran armoniosas. Y sus labios, finos y vestidos por una capa de brillo, dieron paso a una sonrisa amable, radiante.

No tardó en identificarla: Elisa Mediavilla, la centrocampista de la división femenina del Turia. Nunca se habían enfrentado, pues su equipo acababa de subir de categoría y aquella era la primera vez en que la convocaban para la absoluta, pero la había visto jugar a través de vídeos y le parecía una fuera de serie.

—¡Hola! Encantada, Elisa —procedió a culminar la presentación con dos besos.

—Eli —concretó ella, devolviéndoselos—. ¿Vamos? Nos toca en la 401.

Marina correspondió a la sonrisa y asintió. Comprobó que Bea y las demás también iban emparejándose, y en grupitos fueron hasta los ascensores, a fin de instalarse y hacer tiempo antes de bajar para el almuerzo.

Y lo hizo sin saber aún que sus compañeras la elegirían esa misma tarde, y por unanimidad, responsable de llevar el brazalete de capitán ese año. Y que Eli había llegado a su vida para quedarse.

## Capítulo 3

Tras echarle un vistazo al reloj en el móvil, y comprobar que apenas le quedaba una hora para empezar su turno como becario en la sección jurídica del Real Atlético Juventud, Xabi suspiró, resignado.

El curso lectivo acababa de empezar y ya era consciente de que iba a tener que apretarse las tuercas si quería sacar todas las asignaturas y no perder la beca, compaginándolo con su quehacer en las oficinas del equipo. Y es que aunque Andrei le había recalcado varias veces que no se agobiase, que podía costearle la matrícula de la uni si lo necesitaba, Xabi seguía empecinado en no depender económicamente de nadie, salvo de sí mismo.

Así que en cuanto el profesor de Macro II dio la clase por terminada, se afanó por recoger libros, apuntes y demás y sacó el sándwich que se había preparado aquella misma mañana, a fin de comérselo de camino al metro.

—Oye, vamos a quedar para ver el próximo partido de Champions en el bareto de siempre —le comentó Ulises, uno de sus compañeros de clase más cercanos.

Xabi frunció el ceño, extrañado.

—Aún quedan dos semanas para eso...

—Lo sé, pero te lo digo ya para que te organices. Que como parece que hay que pedirte cita previa para verte fuera de clase... —se la devolvió.

Xabi esbozó una sonrisa. Aquel verano había quedado con ellos una sola vez, y después de que Uli y compañía le insistieran hasta la saciedad para que se les uniese en el *tour* por sus bares preferidos. Por un lado sentía que estaba descuidando la amistad que había surgido entre ellos, pero por otro no le quedaba más remedio que ser sincero:

—No sé si podré ir... La verdad es que suelo ver los partidos en casa con Niko.

—Pues dile que venga también.

—Díselo tú —insinuó Xabi—, que hoy no ha venido porque le coincidía con otra cosa, pero mañana digo yo que estará aquí, sentado en este mismo banco.

—*Mmm*, vale, se lo comentaré. ¿Te vas ya?

Xabi asintió, y mientras le daba el primer bocado al tentempié se despidió. Luego se fue abriendo paso por el atestado pasillo.

No, no le había mentado a Uli, solo había omitido cierta información. Y es que sentía que no era de su incumbencia revelar que la falta de Niko aquella mañana se debía a que tenía terapia. Tampoco le apetecía recalcar que dudaba que su amigo, cuñado y compañero de piso fuese a aceptar, porque la perspectiva de ver un encuentro rodeado de hinchas del Juventud en un lugar público no debía de resultarle demasiado tentadora.

Pese a todo, era Niko quien debía decidirlo. Como mínimo, que supiera que la invitación estaba ahí. Que aquellos chicos le estaban instando a que se integrase, que hiciera vida social.

Se acabó el sándwich de un último mordisco y sacó el abono de transporte para meterse en el metro. Pilló el primer tren que pasó, perteneciente a la línea circular, y mezclándose con los demás pasajeros bebió un trago de agua de su botella metálica mientras disfrutaba del anonimato. Y es que prefería seguir siendo eso, anónimo, aunque no hubiera día en que alguien, sobre todo cuando se bajaba en la parada más cercana a la Ciudad Deportiva del Juventud, se lo quedase mirando, entre la duda y la suspicacia.

«Sí, soy yo. El novio de Andrei Puig. Fijo que has visto por ahí fotos que alguien sacó sin nuestro consentimiento», le daban ganas de responder, pero se contenía.

Avanzó a buen paso hasta el acceso al edificio y volvió a comprobar la hora: las tres menos cuarto. Aún tenía quince minutos, así que decidió acceder al centro comercial y pedirse un café de vainilla, de esos que costaban una obscenidad, pero que eran su pequeño placer culpable.

Lo pidió para llevar, y mientras daba pequeños sorbos al vaso de papel, se detuvo ante el escaparate de una tienda. Lo que había llamado su atención eran dos pulseras, de esas hechas con hilo, lo suficientemente gruesas como para resultar vistosas.

Dejándose llevar por un impulso, entró y las compró.

A sus labios asomó una sonrisa mientras notaba cómo el rubor le encendía el rostro. Las guardó en un compartimento de la mochila, le dio otro sorbo al café y regresó sobre sus pasos hasta el edificio del Juventud, en donde le mostró su documentación al guardia de la entrada. Luego fue directo al servicio, y una vez se hubo cepillado los dientes, se dispuso a entrar en faena.

—Buenas tardes —saludó.

—Buenas tardes —respondieron los trabajadores del turno de tarde.

Y así, sin más, Xabi se zambulló en las tareas repetitivas y monótonas que tenía asignadas; esperó a que alguien lo reclamase y, con un poco de suerte, le enseñase una nueva; dedicó los tiempos muertos a investigar, curiosear, indagar.

Le gustaba la vida de los despachos, el intrincado laberinto de la burocracia. Lo había hablado con su supervisora, y esta le había dicho que si se enteraba de alguna plaza vacante para hacer prácticas más adelante en el departamento de contabilidad, lo recomendaría.

Sin duda, llevar aquel ritmo era agotador, pero estaba feliz por aprender, por subir a diario un peldaño más en esa escalera empinada que Niko y él habían puesto ante ellos, y que los conduciría hacia su propio negocio.

Las horas se le fueron volando, y cuando estaban a punto de dar las seis, escuchó que alguien llamaba a la puerta del despacho.

—¡Hola! Supuse que aún seguirías por aquí. ¿Te dejo en casa?

Xabi elevó la vista y sonrió al ver quién le estaba reclamando.

—Si no te importa, te lo agradezco. ¿Qué haces por aquí, tan tarde?

—Una reunión que se alargó más de la cuenta, ya ves... —Robert Puig, el mítico defensa del Juventud e integrante de la igualmente mítica cuadrilla de la muerte, se dirigió a su yerno con la afabilidad habitual y su ligero acento, ese que se resistía a perderse pese a llevar la práctica totalidad de su vida en Madrid—. Te espero fuera.

—Vale.

El antaño defensa intercambió algunas frases con los demás oficinistas, y Xabi, tras subir al servidor unos documentos y fichar, recogió sus pertenencias y se le unió.

—¿Qué tal la reincorporación tras las vacaciones? —se interesó Puig.

—Bien. El lunes acabé destruido, pero voy pillando el ritmo.

—Poco a poco.

Siguieron charlando mientras se dirigían al *parking* privado para trabajadores. Una vez Puig arrancó y Xabi, ocupando el asiento del copiloto, se hubo abrochado el cinturón de seguridad, se lanzaron al tráfico de Madrid mientras prolongaban la conversación:

—¿Cómo están tus padres?

—Como siempre. Fui a verlos el domingo.

—Tenemos pendiente organizar algo en casa todos juntos.

—Claro, sería estupendo.

Robert guardó silencio unos segundos. Aunque Cris y él tenían una comunicación fluida con sus hijos y no había semana en la que no los vieran, era consciente de que, en esos momentos, Xabi era la persona que más contacto tenía con los gemelos. En especial con quien más le preocupaba.

—¿Y... Niko?

—Le vi antes, mientras desayunábamos. Luego me fui a clase, él tenía sesión hoy.

—Lo sé —replicó Puig.

—Le noto mejor. Está como más centrado. —Xabi, algo incómodo por tener que hablar de su amigo precisamente con el padre de este, que a su vez era el padre de su novio, añadió—: Estudia mucho, fijo que para diciembre ya se queda con primero limpio cuando recupere las que le quedan.

«Las asignaturas a las que no se presentó porque casi no lo cuenta», se dijo en la intimidad de sus pensamientos.

Robert esbozó una sonrisa, y mientras paraba en un semáforo en rojo lanzó otra pregunta que hizo que el rubor volviera a apoderarse del rostro del joven:

—¿Y con Andrei? ¿Qué tal os va?

—M-Muy bien también.

—Creo que no te lo he dicho nunca, pero me alegra de corazón que no estéis ocultando lo vuestro. —Con la voz teñida por la nostalgia, Puig añadió—: Ya he visto sufrir a demasiadas personas que me importan por tener que mantener una relación en secreto.

Xabi calló. Sabía a quiénes se estaba refiriendo, vaya que sí.

Se debatió consigo mismo, pero finalmente optó por contestar siendo sincero:

—Por un lado no me arrepiento de haber salido del armario, pero, por otro...

Robert, con la mirada fija en la carretera, lo aleccionó a seguir:

—Puedes contarme lo que quieras. Estamos en confianza.

Xabi asintió.

—Tengo miedo, ¿sabes? Miedo de que le pueda ocurrir algo malo a Andrei. No por su rendimiento en el equipo, que él es un *crack* y se la suda lo que diga la gente mientras está en los terrenos..., sino por lo que pueda ocurrir fuera.

Puig fue sincero también:

—Cris y yo también tenemos miedo, pero estamos orgullosos de vosotros. De los tres. No lo olvidéis.

Xabi desvió la mirada hacia lo que había más allá de su ventanilla. Quería a sus padres, y siempre había tenido una relación abierta al diálogo con ellos, pero oír aquello en ese contexto tan íntimo, con todo lo que había ocurrido en los últimos doce meses, le reconfortaba.

Ocuparon el resto del trayecto con charla más bien banal, intercambiando impresiones sobre el funcionamiento de sus respectivos departamentos, y para cuando se encontraron ante el edificio donde estaba el piso de los gemelos, se despidieron.

Xabi hizo un último gesto con la mano antes de abrir el portal con su juego de llaves, y accedió al inmueble cuando el vehículo se hubo alejado. Repitió la operación ya ante la puerta del piso, y una vez dentro se encontró a Niko instalado en la barra de la cocina ante un mar de apuntes.

—Muy buenas...

Su amigo correspondió elevando la barbilla, sin dejar de teclear en su portátil.

Xabi esbozó una sonrisa y puso rumbo hacia el dormitorio que compartía con Andrei. Una vez se hubo puesto las zapatillas de andar por casa y dejó la mochila a buen recaudo, se sentó en un taburete y esperó a que el hermano de su novio hubiese concluido.

—Perdona, es que estaba concentrado —se excusó este.

—¿Estadística?

—La odio —resopló.

—Ya sabes que si necesitas que te eche un cable, por mí no hay problema.

—Tranqui, que ya tienes bastante con lo tuyo.

—¿Lo mío?

Niko lo miró con esas facciones tan similares a las de Andrei, pero que Xabi era capaz de distinguir.

—Sí, lo tuyo... Que te sigues esforzando un montón entre la uni y las prácticas.

Xabi siguió sosteniéndole la mirada y volvió a sonreír. A esas alturas también sabía, sin dudar un ápice, cuándo su amigo no encontraba la manera de decir lo que realmente quería expresar.

—¿Qué te remuerde la conciencia, Nikolai?

—¿A mí?

Xabi se acomodó en el asiento y se estiró. Se notaba entumecido; quizás debería plantearse lo de apuntarse al gimnasio.

—Sí, a ti.

—Nada.

—¿Seguro?

Niko suspiró. Había estado dándole vueltas a lo mismo desde aquella mañana, en concreto desde que terminó la sesión con su terapeuta. Y tras mascararlo en soledad, se animó a compartirlo:

—Siento que no estoy poniendo suficiente de mi parte en nuestro proyecto.

Xabi elevó ambas cejas, incrédulo.

—Tío, te estás dejando los codos empollando.

—Tú también.

—Ya, es lo que toca, pero...

—Te esfuerzas un montón por ir conociendo el mundillo en el que nos queremos meter desde dentro —insistió Niko—. Y vale que estoy empollando como si se me fuera la vida, pero siento que no es suficiente. Que yo también debo ir allanando el camino.

Xabi volvió a sonreír. Una de esas sonrisas cálidas y afectuosas que hacían que Niko tuviese claro por qué su gemelo se había enamorado de él.

—Ya encontrarás la manera de ir metiéndote tú también. Pero, por ahora, hazme caso y

céntrate en quedarte limpio de asignaturas pendientes.

—En ello estoy. —Niko ahogó una especie de carcajada irónica y añadió—: Ya salieron las fechas de la convocatoria de diciembre. ¿Sabes que el último examen es justo ese día?

—¿Qué día?

—¿Cuál va a ser? El del primer aniversario de mi último partido. Del último que jugué entero, quiero decir.

Xabi sintió que se le ponía la piel de gallina. Aun así, mantuvo la compostura.

—¿Llevas bien las materias?

—Más o menos.

—Pues cuando a Andrei le toque irse fuera con el equipo, aprovechamos y montamos campamento de repaso, ¿te parece?

—¿De esos con la cafetera funcionando a tope y maratón de películas cutres por la noche, por compensar que las neuronas no dan para más? —le siguió Niko el rollo.

—De esos, sí.

Su amigo iba a añadir algo más cuando escucharon el repiquetear de las llaves contra la cerradura de la entrada. Irremediablemente, el gesto de ambos se iluminó, pero fue Niko quien cedió el turno:

—Todo tuyo. —Le guiñó un ojo.

Xabi, sin demorarse un segundo, se incorporó.

Desde su posición en la barra de la cocina Niko contempló cómo Andrei y Xabi se recibían el uno al otro primero con un abrazo, luego con uno de sus largos besos. Su hermano, recién llegado tras pasarse fuera todo el día primero en los entrenamientos y sesiones técnicas con el equipo, puesto que no había parón para los no convocados con las selecciones absolutas masculinas; luego, en las diferentes tutorías mensuales en la universidad donde cursaba, a distancia, segundo año de Periodismo.

Cuando ambos llegaron a su altura tomados de la mano, se dispuso a saludar a su gemelo:

—¿Qué tal te ha tratado el mundo hoy?

—Estoy para el arrastre...

—Ya somos tres —proclamó Niko—. Voy a ducharme. ¿Preparamos la cena y vemos un par de capis?

—Vale —aceptó Andrei la propuesta.

Xabi tampoco puso objeción, y una vez Niko hubo recogido sus enseres y puso rumbo a la habitación que le correspondía, se dispuso a entregarle a Andrei el obsequio.

—¿A ti cómo te ha ido? —se interesó el defensa.

—Bien, sin mucha novedad. Bueno, sí: cuando fui al centro comercial antes de entrar a la oficina...

—Fuiste a por un *macchiato* de esos de los que me gustan sin mí, ¿verdad? —lo interrumpió Andrei, jugueteón, mientras depositaba ambas manos alrededor de su cintura.

—Exacto. Soy un traidor —se la devolvió.

—¿Qué fue lo que pasó?

—Pues que vi algo que me hizo pensar en ti más de lo que ya lo hago —siguió diciéndole Xabi contra los labios— y lo tengo en el bolsillo izquierdo, esperando a que me metas mano para

sacarlo.

Andrei rio, y mientras tanteaba y, de paso, le palpaba descaradamente el trasero, extrajo el regalo. No tardó en constatar de qué se trataba: dos pulseras de la bandera LGBT.

Presa del entusiasmo, Andrei exclamó:

—¡Me encantan!

—No tenemos por qué ponérmolas —se apresuró a concretar Xabi—. Las podemos dejar en la habitación para decorar, o...

—¿Cómo que no vamos a ponérmolas? —Andrei se separó, lo justo para extender el brazo derecho—. ¿Me la atas?

Xabi, sin poder evitar que sus labios se curvaran en otra sonrisa, no tardó en ceder. Cuando le hubo puesto a Andrei la suya, extendió el brazo izquierdo.

—Por si me molesta al escribir —se justificó.

Andrei le ató la pulsera, y una vez luciéndolas ambos, entrelazaron los dedos. Sus ojos, velados por un brillo especial, se encontraron primero; sus labios después.

—¿Te gusta? —susurró Xabi.

—No me gusta. Me encanta.

—Tu padre me ha dado hoy una especie de charla, ¿sabes? Me trajo en coche.

—¿Ah, sí? —replicó contra su boca entre beso y beso.

—Me dijo que está orgulloso de los dos. De ti y de mí.

—Razón de más para que luzcamos esto, ¿no te parece? Es una señal del destino.

Xabi rio. Él era más de pensar que las casualidades eran así de quisquillosas, y no fruto de intrincados planes cósmicos.

Qué más daba. Lo único importante era que se sentía dichoso, feliz. Y lo suficientemente seguro de sí mismo y de su relación sentimental como para lucir un símbolo como aquel, con todo lo que implicaba.

«Será mi escudo para enfrentarme a los monstruos», se dijo.

Siguieron contándose sus respectivas jornadas hasta que Niko se les unió. Entre los tres prepararon tortillas francesas y ensalada, vistieron la mesa auxiliar ante el sofá y encadenaron tres capítulos de la serie de fantasía a la que, por insistencia de Andrei, se habían enganchado.

Pasaban de las diez cuando la pareja anunció que se retiraba, con la excusa de que Andrei debía descansar las horas suficientes de cara al entrenamiento matutino. Niko les deseó buenas noches, pero en lugar de poner rumbo él también a su cuarto, se quedó ahí, en el salón, tumbado en el sofá en penumbras. La tele apagada, solo él y la visión del techo, sumido en sus pensamientos.

Bueno..., solo él y los sonidos que, delatores, no tardaron en llegarle desde el dormitorio principal.

Escuchó primero el murmullo lejano de una conversación, luego risas. Y luego...

Se resignó.

Podría haberse puesto los cascos para darles «privacidad», pero a esas alturas no iba a espantarse.

Le echó un vistazo al móvil y sintió un pinchazo en el pecho. Marina no le había respondido aún al mensaje que le había mandado horas atrás. Pensó en mandarle otro para desearle a ella

también las buenas noches, pero no quería ser insistente.

Siguió mirando al techo mientras de fondo, amortiguados pero no lo suficiente como para pasar desapercibidos, le llegaban ecos de gemidos, el golpeteo del cabecero de la cama contra una pared.

«Los envidio», se dijo.

Envidiaba la relación que tenían Andrei y Xabi, esa en donde tenían lugar tanto los arrumacos y muestras de amor empalagosas y continuas como el «sexo guarro», según lo denominaba Marina.

Y si esas dos palabras a Niko le ardían en el pecho, era porque de guarradas iban bien servidos, y para nada pretendía cambiar a su novia, porque ella, desde que la conocía, siempre había sido así, pero a veces se preguntaba qué se sentiría teniendo otra dinámica con ella.

Suspiró. Los ruidos delatores cesaron. Silencio. Luego más risas.

Decidió calentarse un vaso de leche, por si ayudaba a que el sueño fuera haciendo acto de presencia, y acababa de meterlo en el microondas cuando escuchó un nuevo ruido a sus espaldas que le hizo girarse.

Se topó con el rostro de Xabi, enrojecido y resplandeciente, demudado por el pudor.

—H-Hola... No sabía que aún estabas aquí...

Niko esbozó una sonrisa, como queriendo decirle que estuviera tranquilo, y tras accionar el electrodoméstico, abrió la puerta de la nevera.

—¿Agua fresca?

—Hay que ver qué bien me conoces —rió suavemente.

Xabi se sirvió un vaso, y tras vaciarlo lo volvió a llenar, solo que para llevárselo a quien le esperaba en la cama.

—Oye... —lo llamó Niko, sujetando la taza de leche en la mano.

—Dime.

—Creo que ya sé lo que puedo ir haciendo. Lo de ir allanando el camino, quiero decir. —Sostuvo la mirada franca y limpia de Xabi, y armándose de valor para expresarlo con palabras, como si así no tuviera otro remedio que ir a por ello, se lo hizo saber—: Las relaciones públicas. Ir tanteando el panorama, dar a conocer lo que queremos montar y todo eso.

Xabi sonrió.

—Pues mira, es buena idea.

Tras dar un sorbo a la leche, Niko añadió:

—Podría hablar con Sergio. Mis padres y Marina siempre dicen que se conoce a todo el mundo.

Xabi asintió, y tras depositar sobre su hombro la mano en la que llevaba puesta la pulsera en un gesto cariñoso, procedió a marcharse:

—Vale, pero no le des más vueltas ahora y ve a descansar. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

La puerta del dormitorio principal se cerró, y Niko, tras acabarse la leche en penumbras, fregó la taza y la dejó dentro del lavaplatos, en donde la loza que ya había terminado de lavarse hacía rato iba secándose. Antes de meterse él también en su propia cama para leer un rato, le echó un último vistazo al móvil.

La pantalla le indicó que tenía un mensaje.

Era de Marina. Un simple *gif* de un koala con gorro de dormir.

Sonrió.

Antes de cerrar los ojos, deseó que esa envidia que encerraba en lo más profundo de su corazón se evaporase, que no se quedara ahí, enquistada, porque lo enquistado podía acrecentarse.

Y todo lo que crecía en el interior de uno, tal y como había aprendido a lo largo de aquel último año, terminaba por estallar de la manera menos sospechada, con un resultado demoledor.

## Capítulo 4

Aunque ya llevaban tres días en la concentración, Eli aún tenía que observar su reflejo cuando llevaba puesta la equipación de la absoluta para creerse que estaba ahí.

Ella, quien hasta hacía apenas unos meses era una total desconocida. Ella, acostumbrada desde la niñez a hacer malabarismos para compaginar las clases, los entrenamientos y partidos con los equipos modestos en los que había hecho carrera, así como ayudar en el negocio familiar, a fin de no dar lo del fútbol como un sueño imposible.

Aquella tarde, justo cuando acababa de tomar asiento en la sala de audiovisuales donde el míster les iba a dar la última charla, fue uno de esos momentos: se contempló a sí misma vestida con la equipación de paseo —pantalón largo de chándal rojo con el escudo de la Federación en un lateral, camiseta a juego y chaqueta deportiva blanca, también con el emblema y largas franjas rojas remarcando las mangas—, y su rostro, despejado tras haberse atado el pelo en una cola de caballo, mostró la misma emoción, incredulidad y nerviosismo que la tarde en que recibió la llamada.

«Buenas tardes, Elisa», le dijo una voz que le resultó familiar. «Soy Daniel Hernández, el seleccionador nacional. Me pongo en contacto contigo para anunciarte que estás en la lista de convocadas».

Esbozó una sonrisa mientras recordaba cómo había tenido que tomar asiento en un taburete de la cocina de la casa de sus padres por la impresión. Durante un par de segundos se dijo que aquello tenía que ser una broma, pero no. No lo era.

Una semana más tarde, ya rodeada de compañeras a las que admiraba y respetaba, supo que el entrenador, por ser su primera incursión, había querido encargarse personalmente de darle la noticia a las elegidas. Asimismo, supo, tras mantener una breve charla en privado con él, que si había sido convocada era porque creía en ella.

«Tienes un sexto sentido para anticiparte a los movimientos de las demás», había afirmado el míster. «Vamos a trabajar codo con codo para perfeccionarlo, porque quiero que seas la columna vertebral del juego de este equipo».

En aquel momento le habían temblado las piernas, tanto o más que cuando se enteró de que le tocaba compartir habitación aquella temporada —si es que volvían a convocarla— nada más y nada menos que con Marina Mínguez.

Marina, la capitana del Juventud. La peor pesadilla de todas las defensas que jugaban en la primera división española, y ahora también de las defensas de las selecciones extranjeras a las que se enfrentarían.

Marina, heredera de todo un legado familiar íntimamente ligado al fútbol.

Ella, quien pese a tener todas las cartas para saberse poseedora de cierto estatus, le pareció de lo más maja y divertida. Y también, para qué negarlo, preciosa.

Porque Eli había roto con su última novia hacía ya diez meses, poco antes de que Jimena, también jugadora en el equipo regional en el que ambas se habían conocido, decidiera retirarse y abandonar la práctica del fútbol.

En un principio Eli se había tomado a la tremenda que ella tirase la toalla, pero la comprendía. No era fácil arañar tiempo de donde fuera, sacudirse el cansancio de los estudios y el trabajo —porque, por ese entonces, ambas eran semiprofesionales— para acudir a los

entrenamientos; soportar los insultos machistas que recibían desde las gradas, por escaso que fuera el público que acudía a verlas; encontrarle un sentido a tanto sacrificio cuando, en el fondo, tenían clavado en el pecho el mensaje de que «el fútbol femenino no iba a llegar nunca a más que eso».

Pero Eli no se había rendido. Tras la ruptura decidió centrarse en sí misma y en su círculo más íntimo, en el equipo y en bordar la temporada, y obtuvo recompensas.

No, no se había rendido. Y ahí estaba, entre las mejores del país, ansiosa por saltar al estadio que, en aquellas tierras asturianas, las acogería para disputarse tres puntos de la tabla clasificatoria; sentada a la espera de que el míster terminase de preparar una presentación que iba a proyectar. Y justo cuando las luces de la sala se apagaron, aquella a la que le había estado guardando un asiento apareció.

—¡Gracias! Me entretuve hablando por teléfono y casi no llego —cuchicheó Marina.

Eli sonrió y devolvió la atención al frente. Mientras el míster empezaba a mostrarles algunas de las jugadas que caracterizaban a sus rivales, a fin de recalcar en lo teórico las estrategias que habían estado practicando, la observó de reojo.

Marina hablaba por los codos y tenía cientos de anécdotas que contar, todas ellas relacionadas con el mundo del balompié. Eli, fascinada, podía pasarse las horas escuchándola, pidiendo más detalles, riendo con sus ocurrencias.

Y también preguntándose cómo sería la otra cara de la moneda, pues si meditaba al respecto, suponía que no debía de ser nada fácil para su compañera y nueva amiga llevar tanta presión a las espaldas. Que todo el mundo esperaba grandes cosas de ella, que el portar dos apellidos tan íntimamente ligados a la élite debía de ser una carga constante, tanto o más que la vinculación personal con el entrenador de ambas.

—Míster, ¿y si no conseguimos que el balón circule? —preguntó de pronto Marina, seria y con voz firme.

—Eli se encargará de redistribuir todas las veces que sean necesarias —replicó Dani—. Patry y Paula pivotarán cerca de ella, será misión de las tres buscar huecos.

—¿Y si aun así el balón no nos llega a Lexa y a mí? —insistió la delantera centro.

El leonés, de pie y apoyado, como era costumbre, sobre el canto de la mesa en la que estaba su portátil, la miró con perspicacia y replicó:

—Ahí es cuando contamos contigo, capitana.

Eli volvió a estremecerse cuando Marina esbozó otra media sonrisa y, tras hacer crujir los nudillos de su mano derecha, asintió con un cabeceo.

Esa confianza en sí misma la deslumbraba. Y se dijo que si de veras quería dejar huella en aquel equipo, tenía que empezar a creérselo ella también.

Cuarenta minutos después, el seleccionador dio la sesión por concluida:

—Tenéis tiempo libre. Lo de siempre: nos han reservado el comedor a las ocho, para quien quiera cenar aquí. Sea como sea, mañana a las siete y media en el desayuno. Saldremos pronto al estadio para entrenar ahí antes del partido.

—Sí, míster —respondieron ellas al unísono.

—Si tenéis alguna duda o consulta que hacer, preguntadle a Nury o a Cristina, por favor —pidió, citando a las coordinadoras—, que yo en breve me voy y es posible que llegue tarde.

La totalidad del equipo ya había roto filas, y un alegre caos de conversaciones se adueñó del

ambiente para cuando Marina le pidió a Eli y las demás que la esperasen.

—Míster —lo llamó tras acercarse a él.

—Dime, capitana.

La joven, bajando un poco la voz y mirándole a los ojos como si tal cosa, añadió:

—¿Por casualidad vas a quedar ahora con tu marido?

Dani, sosteniéndole la mirada y procurando mantenerse, al igual que ella, impertérrito, dijo la verdad:

—Sí. Ha venido a la ciudad para ver el partido mañana, pero se aloja en otro hotel. Por cumplir todos las normas, ya sabes.

Marina, tomándose a guasa lo fácil que habría sido comentarle que antes había hablado «con el tío Mati» por teléfono y que este le había pedido que le hiciera llegar cierto objeto a través de él, se ciñó al protocolo:

—Me preguntaba si podrías darle esto. —Le tendió una pequeña bolsa.

Dani, resignado y sabiendo perfectamente que el objeto en cuestión era una novela que Marina se había terminado de leer la noche anterior, replicó:

—Lo haré. Pero que sea la última vez.

Marina se permitió el lujo de esbozar un mohín divertido, el cual Dani supo interpretar como un «a mí qué me cuentas, dile a él que no te use de salvoconducto», y procedió a despedirse:

—Gracias. Hasta mañana, míster.

Él, conteniendo a duras penas un suspiro, se despidió también:

—Hasta mañana.

Poco después, Marina se reunió con sus compañeras. Una vez la totalidad del equipo hubo abandonado la sala de audiovisuales, las charlas se prolongaron por el pasillo. Las jugadoras iban decidiendo, en pequeños grupos, qué hacer. Algunas se decantaron por volver a sus habitaciones a descansar; otras, por probar el *spa* del hotel. La gran mayoría optó por dar un paseo.

—¿Os apuntáis? —preguntó Vane, la portera suplente.

Eli y Marina se miraron, y tras intercambiar una sonrisa asintieron.

Salieron todas vistiendo la equipación oficial, y sin más se lanzaron a recorrer las calles de aquella ciudad donde lo verde se mezclaba con el mar. Rieron, hablaron, se sacaron alguna que otra foto y también firmaron un par de autógrafos. Se detuvieron en una cafetería, disfrutando de aquella libertad de la que habían carecido durante el mandato del anterior seleccionador, y cuando se disponían a regresar a la concentración, Marina vio a lo lejos la explanada de hierba de un parque público, así como a un grupo de chicas jugando un partidillo de fútbol.

—No sé tú, pero yo tengo mono de más cuero.

Eli se la quedó mirando, y dejando que aflorase su sentido del humor, ese que la llevaba a sacarle dobles sentidos a prácticamente cualquier frase, insinuó:

—Eso ha sonado un poco raro, ¿sabes?

Marina, tras captarlo, se echó a reír y concretó:

—Raro y fetichista, ¿no?

—Algo así. —Como las demás ya se habían alejado unos metros, elevó la voz—: ¡Volved vosotras, nosotras nos quedamos un poco más!

Sus compañeras elevaron una mano en un gesto afirmativo, y ellas se acercaron hasta las anónimas futbolistas.

—¡Hola! ¿Podemos unirnos? —preguntó la delantera.

Las chicas, asombradas al comprobar de quiénes se trataban, no tardaron en darles la bienvenida. Marina y Eli se olvidaron de sus respectivos roles, de lo que representaban, y se centraron en divertirse, en regresar a las raíces del fútbol. Unos orígenes que estaban en la calle, y que mantenían vivo aquel deporte en prácticamente cualquier rincón del planeta, ajeno al tráfico de influencias, sin mancharse por el dinero y el poder.

Eli, recurriendo a lo ágil de sus piernas y a su habilidad para ver huecos donde parecía imposible, logró que la pelota burlara una y otra vez a las rivales, y que Marina, con una facilidad pasmosa, acogiera cada balón y terminase por estrellarlo contra las redes.

Hasta ese momento habían practicado jugadas en los entrenamientos, y puesto que el de la jornada anterior concluyó con un partidillo en el que les tocó ser rivales, aquella era la primera vez en que se buscaban la una a la otra adivinando intenciones, improvisando.

Marina era consciente de que las jóvenes que las rodeaban tenían un nivel notoriamente inferior al de ellas, y que en un encuentro real las cosas serían distintas, pero se sintió tan cómoda, recibiendo el balón justo donde lo quería una y otra vez para rematar la faena, que se dijo que nunca había experimentado una conexión tan poderosa y espontánea en los terrenos con otra jugadora.

Tras lanzar nuevamente a puerta, el balón dio contra el larguero y Marina se dejó caer sobre la hierba, exagerando por haber fallado y rompiendo luego a reír.

—Ha sido genial, pero deberíamos irnos —insinuó Eli, dirigiéndose a las demás.

Las respuestas atropelladas no se hicieron de rogar:

—¡Claro!

—¿Nos podemos sacar una foto antes?

—¡Vamos a ir todas al partido, no nos lo perderemos por nada del mundo!

Marina sonrió, y diciéndose que Eli llevaba razón y que era mejor regresar al nido —y llenarse el estómago, porque estaba muerta de hambre—, se dispuso a incorporarse.

—Gracias por ir a apoyarnos. Lo daremos todo, prometido.

—Vaya que sí, pero antes, a hacernos todas juntas esa foto, capitana —le recordó Eli.

Marina, aún tirada sobre la hierba, vio cómo ella, de pie y sonriente, le tendía la mano para ayudarla a incorporarse.

Su figura atlética y estilizada. Sus ojos brillantes. Su sonrisa deslumbrante.

Marina se la devolvió y, aferrándose a ella, se puso en pie.

Una de las chicas sacó la foto con su móvil y la colgó en las redes sociales. Poco después, las jugadoras de la Roja pusieron rumbo, esta vez sí, al hotel de concentración.

Lo hicieron sin saber que muchos años antes, también en un punto de la costa del norte, un partidillo improvisado había derivado en una historia de amor que rompió los moldes del fútbol profesional.

Y que ambas formaban parte de un círculo que aún no se había cerrado del todo.

## Capítulo 5

Eran apenas las cinco y cuarto de la mañana, pero Mateo llevaba ya una hora en pie. Tras dar vueltas y más vueltas en la cama, optó por bajar al salón, a fin de no despertar a quien, agotado, sí que había logrado conciliar el sueño en cuanto ambos se retiraron al dormitorio.

No era para menos. Dani había llegado a última hora de la tarde, tras regresar a Madrid con el resto de la comitiva que formaba la absoluta femenina: jugadoras, coordinadoras, responsables de prensa y un largo etcétera. Mateo podría haberse unido a ellos, pero en todo momento prefirió respetar la distancia que su compañero de vida, fiel a la ética profesional, delimitaba como requisito indispensable para sobrellevar su nuevo rol en la Federación.

Por ello había viajado a Asturias por su cuenta y había pasado dos noches a solas en un hotel situado en la otra punta de Gijón; solo le había visto en persona para compartir una cena frugal en un restaurante que les quedaba a ambos a medio camino de sus alojamientos; se había resistido, con todas sus fuerzas, a aprovechar la coyuntura para «jugar a un poco», proponerle que se hicieran pasar por «desconocidos que acababan teniendo un encuentro fugaz y apasionado para no volver a verse», pero decidió no ponerle en el aprieto.

Y, cómo no, había presenciado el partido desde el palco de autoridades, lejos de la zona de banquillos. Disfrutando como el que más, coreando los goles que marcó su sobrina, y observándole. Los ojos le brillaban de orgullo y sufrimiento, porque sufría, cómo no hacerlo, al verle ahí, de pie durante todos y cada uno de los minutos de encuentro, atento a las jugadas, lanzando indicaciones, creando fútbol desde la retaguardia.

Mateo, la persona que mejor conocía al actual seleccionador, era plenamente consciente de lo mucho que se estaba esforzando, de cuánto se exigía a sí mismo. Confiaba en él, en su talento y capacidad de trabajo, en la experiencia forjada tras toda una vida dedicada a aquel deporte, pero temía no estar a la altura cuando le necesitase. Mejor dicho, temía no saber cuándo Dani podía necesitarle.

Le preocupaba que el antaño capitán del Juventud no supiera gestionar bien la nueva realidad que se abría ante ambos, una en la que Dani iba a contar con más tiempo libre del que había tenido en toda su vida. Ya que los partidos de la liguilla clasificatoria estaban espaciados, y que salvo imprevistos no habrían demasiados cambios en la lista de convocadas durante lo que quedaba de año, literalmente iba a pasarse varios meses ocioso.

Dicha incertidumbre ante lo desconocido se sumaba a la ansiedad y el pesimismo que, aunque trataba de ocultar con todas sus fuerzas, Mateo llevaba semanas arrastrando.

Dicho pesimismo se acrecentó cuando las imágenes que llegaban desde Buenos Aires al televisor, gracias a la retransmisión de una cadena argentina, proclamaron lo que las encuestas vaticinaban: un vuelco hacia la extrema derecha en las elecciones generales.

El candidato, futuro presidente de la república en cuanto tomase posesión del cargo, saludaba con su sonrisa de dientes blancos y perfectos, su cabello cano e impecable, su ropa de diseño. Una lluvia de *flashes* lo recibió con devoción, al igual que los miles de sus compatriotas que se habían decantado por él en las urnas.

Aún sentado en el sofá ante el televisor, Mateo suspiró, derrotado. Apoyó los codos en las piernas, la cabeza en las manos.

Temor, temor y más temor. Por un retroceso en los avances; por cambios radicales en leyes;

por nuevos cercos al colectivo.

Miedo por ser consciente de que la ola de odio y la radicalización se estaba extendiendo a nivel global, pero que aquello estuviese ocurriendo en su propio país lo sumió en una profunda tristeza.

«De qué sirvió tanto esfuerzo, tanto alzar la voz», se preguntó en la intimidad de sus pensamientos.

Se sintió inútil. Por primera vez desde que había dado comienzo su andadura como activista, la duda lo asaltó, voraz e inmisericorde.

¿Y si, en efecto, era inútil? ¿Y si su trabajo no servía de nada, ni el empeño por hacer del mundo un lugar mejor?

Permaneció así, con el rumor de la retransmisión de fondo durante un tiempo que no supo concretar, hasta que una voz lo sobresaltó:

—Mati, ¿estás bien?

Dani, alarmado al no encontrarle en la cama durante un desvelo, se decidió a bajar por saber que durante la madrugada, por la diferencia horaria, había tenido lugar el recuento de papeletas en Argentina. Ni se fijó en la pantalla; le bastó con verle para saber qué había ocurrido.

—No. No lo estoy... —musitó Mateo como respuesta.

Dani tomó el mando a distancia y, tras apagar el televisor, se arrodilló ante él, de forma que pudo tomar su rostro entre las manos.

—Mírame.

Mateo hizo un esfuerzo por obedecer. Aunque estaban en penumbras, Dani pudo ver los cercos oscuros que había bajo sus hermosos ojos celestes; la falta de brillo de estos.

—Todo va a salir bien, ¿me oyes? —insistió el leonés con voz suave.

Él, tras sostenerle la mirada unos segundos, replicó:

—¿Y si no sale bien? ¿Y si no hay esperanza?

—Siempre hay esperanza. —Dani, sin soltarle ni dejar de mirarle, afirmó—: Porque tienes todo el derecho a derrumbarte hoy, mañana y cuantas veces haga falta, pero te tienes que volver a levantar.

Mateo esbozó una leve sonrisa al escuchar de sus labios las palabras que él mismo tantas veces le había dicho.

Lo sabía. Era consciente de que tenía que volver a incorporarse tras asimilar el golpe, lamerse las heridas y continuar en la lucha, pero estaba tan cansado, tan harto...

—Y si necesitas que alguien te ayude a ponerte en pie, solo tienes que pedirlo —añadió Dani; acto seguido, se incorporó.

Mateo esbozó otra sonrisa cuando vio que él le tendía la mano.

A ella se aferró.

Dejó que Dani tirase suavemente de él. Luego se dejó envolver por su abrazo, sintiendo que aquel calor, aquel olor, le devolvía las energías perdidas y le hacía recordar quién era. Por qué no podía tirar la toalla. Por qué no podía perder la fe en sí mismo ni en el hombre que estaba a su lado.

En ellos. En la vida que se habían construido. En el futuro, también incierto, que estaban perfilando.

—Gracias, mi amor.

—Gracias, nada. Quiero café a cambio —hizo ademán de bromear.

Mateo esbozó otra sonrisa y volvió a tomarle de la mano, solo que esta vez para poner rumbo a la cocina. Los dos en pijama, con signos evidentes de no haber descansado en condiciones y estar resignados a empatar con la jornada.

Al menos, uno de ellos, porque el leonés, salvo algo de papeleo, no tenía absolutamente nada que hacer.

—He estado pensando —empezó a decir mientras le daba los primeros sorbos a la bebida— que ya que no tengo planes más allá de mirar a las paredes, por qué no mirar a las paredes de Londres en lugar de a estas, que las tengo muy vistas.

—¿Queres venir conmigo? —le cuestionó Mateo, sorprendido.

Dani se encogió de hombros.

—¿Por qué no?

Y Mateo supo que ese era el quid de la cuestión: que no había motivo que impidiese que su marido se le uniera al viaje que tenía previsto hacer esa misma tarde, a fin de resolver algunos asuntos en la sede que la fundación tenía en la ciudad donde había pasado sus mejores años como futbolista.

Las nubes negras seguían flotando sobre sus ánimos, pero la perspectiva de una escapada juntos las disipó, lo justo y necesario para que le rodease la cintura con ambos brazos, encarándole en un gesto cómplice.

—Estará rebién eso, pero solo si prometemos hacer el esfuerzo por desconectar. Desconectar de verdad.

Dani dejó la taza a medio vaciar sobre la encimera y le retiró un rubio mechón del rostro; Mateo llevaba tiempo dejándose crecer el pelo, y aunque distaba de tener la misma longitud que cuando le conoció, sentir el roce sedoso de sus cabellos rebeldes era como regresar a casa.

Como regresar a casa incluso estando ya en su casa. Como confirmar que daba igual dónde se encontrasen, pues el uno era hogar para el otro.

—Desconectaremos —le prometió—. En cuanto estés fuera de la oficina, solo nosotros. Como cuando me las ingeniaba para fugarme a verte y cada minuto que podíamos pasar juntos valía oro.

Mateo rio suavemente al recordar dicha etapa a distancia de su noviazgo.

—Qué tiempos aquellos...

—Quién sabe, igual es la última vez que nos podemos ir de viaje improvisado los dos solos —dejó caer Dani.

El gesto de Mateo de nuevo se ensombreció. Y es que se había instado a sí mismo a no hacerse más ilusiones de las estrictamente necesarias. Si no esperaba a cada minuto que sonase el teléfono por una llamada de la agencia de adopción, más fácil sería encajar la amargura si lo de convertirse en padres no era posible. Si no le ponía rostros en su imaginación a los niños y niñas que aguardaban una familia, más sencillo sería resignarse a renunciar a ellos.

—Llamaré a Tom para que amplíe la reserva del hotel —cortó el hilo de sus pensamientos citando a uno de sus compañeros en la delegación inglesa.

—Y que me saque el billete, ya que estamos.

—Obvio, *mi capitán*.

Dani ahogó un amago de risa irónica.

—Se me hace rarísimo que me sigas llamando así, ahora que todo el mundo me llama míster —reconoció.

—Hay cosas que mejor que nunca cambien, ¿cierto? —Mateo, más tranquilo, apuró el café —. ¿Preparamos ya el equipaje?

—Vale. Total, no tengo nada mejor que hacer.

—Che, dicho así sonó como si fuera una tortura —bromeó el argentino.

Y Dani, deseando poder seguir borrando cada huella de desánimo que detectara en él, afirmó antes de buscar una última vez sus labios:

—La mejor tortura del mundo.

## Capítulo 6

Joan era cada vez más consciente de que la edad iba pasándole factura cuando tomaba un vuelo intercontinental.

Lo que antes era un trámite molesto pero llevadero, ahora le dejaba como mínimo un día en K.O. técnico, con los efectos del *jet lag* y el entumecimiento haciéndole mella de los pies a la cabeza, en especial en lo que tenía dentro de ella.

«Esto es peor que uno de los resacones míticos de mi época de encadenar juergas», se dijo mientras accedía al edificio que la cadena para la que retransmitía encuentros seguía teniendo a las afueras del sector norte de Madrid.

Había hecho ademán de quitarse las gafas de sol nada más aparcar su vehículo, pero cambió de opinión al sentir que la luz acentuaba los pinchazos de la jaqueca. Para colmo de males, que estuviera aturdido no ayudó a darse cuenta de que alguien se le acercaba, dispuesto a hacerse notar.

—¡Ya está aquí el espagueti yanki desertor!

Joan no supo qué le sobresaltó más: si el volumen con el que Sergio profirió el saludo, o el manotazo en pleno centro de la espalda con el que lo había acompañado.

—Joder... —protestó, para a continuación farfullar por lo bajo una sarta de palabras malsonantes que su viejo amigo interpretó como *código*.

Sergio, jactándose de que siguiera insultándole en catalán —o en italiano, a saber—, afirmó:

—Pareces un vampiro de esos modernos llevando gafas de sol aquí dentro, pero al menos no me hablas en inglés... ¿Y estas pintas? —siguió cachondeándose, y añadió, tirando suavemente de la ajustada camiseta sin mangas, y de estridente estampado, que Joan llevaba puesta—: ¿Se la has robado a algún californiano de veinte años?

—Pues a mí me gusta —siguió farfullando entre dientes.

—Creo que a alguien le vendría bien que lo invite a un chute de cafeína —insinuó Sergio, quien lo agarró por el codo en el que llevaba tatuada una estrella de estilo tribal y tiró de él—. ¿Qué tal el enano?

Joan, sin demasiadas ganas de hablar, se limitó a contarle lo evidente: que el crío estaba bien, y que había crecido un montón durante los meses en los que no lo habían visto en persona. Se abstuvo de agregar que se había pasado prácticamente todos aquellos días de minivacaciones en los parques públicos de San Francisco, y que lo más salvaje que Gorka y él habían hecho durante su estancia en la ciudad había sido meterse con Izan en una heladería donde los demás clientes tenían una pinta rara de narices.

«Esos sí que parecían vampiros modernos», ironizó para sus adentros.

—Pero alegre esa cara, hombre —insistió Sergio una vez accedieron a la cafetería del edificio, atestada de trabajadores de la cadena—. Que parece que si nos han llamado de recursos humanos, es para la cláusula nueva del contrato.

Joan se acabó el *espresso* de golpe mientras pensaba en pedir otro. Como siempre, el que fuera a recibir una retribución mayor por aumentar las horas que pasaba delante de las cámaras se la traía floja, pero debía reconocer que tenía ganas de empezar a retransmitir juntos, además de los partidos de liga correspondientes, los de la selección femenina absoluta, ahora que era oficial que la cadena había comprado los derechos hasta el futuro Mundial, si es que las chicas de

la Roja llegaban a clasificarse.

—¿Te puedo hacer una pregunta personal? —cambió Joan de tema.

Sergio, extrañado, se quedó mirando a su amigo después de que este se quitara las lentes. Y tuvo que aguantarse la risa.

—Joder, macho, tienes los ojos inyectados de sangre. ¿Seguro que no le has mordido el cuello a alguien? ¿Qué estuviste haciendo? ¿De canguro por el día y de juerga en juerga por la noche?

—Mis ganas... El avión, que cada vez me sienta peor.

—Bueno, con un poco de suerte en nada se te acaba lo de meterte entre pecho y espalda doce horas a velocidad de crucero como si te fueras de excursión a Segovia —continuó Sergio tratando de animarle, con su habitual tono jocoso—. ¿Alguna novedad sobre eso?

—Parece que va en serio que la empresa abre delegación en Madrid y que los van a destinar aquí —replicó Joan, en referencia a Julen y Ari.

—Pues con el nieto en la misma ciudad sí que podréis fardar de yayos.

Aquella afirmación hizo que a Joan se le revolviera el estómago.

Decidió no pedir el segundo café.

—Tío, ¿tú te sientes mayor? —le preguntó a bocajarro.

El madrileño, tras llevarse la taza a los labios, exageró un mohín pensativo, como si de veras estuviese reflexionando.

—Hombre, a ver... Tengo tres hijas en el mundo, una de ellas independizada, me duele la espalda si duermo más de siete horas seguidas y aunque conservo mi «cara bonita», estas patas de gallo no las oculto ni con filtros del móvil, pero supongo que *no*. No me siento un carca. ¿Por?

Joan suspiró.

—Porque es que últimamente me cuesta hasta seguirle el ritmo a Gorka.

Sergio se le acercó un poco más, y mientras movía las cejas en un gesto sugerente preguntó, en voz baja:

—Vamos, que tu media banana no necesita *ayudas químicas* para cumplir, ¿eh? Y sigue cumpliendo que da gusto, nunca mejor dicho...

—¡No me refería a eso, *collons*!

—Ah... Pues si en la cama vas «sin problemas, Houston», ¿a qué viene tanto lloriqueo?

—Es... No sé explicarlo.

—Sí que debes de estar zombi para no encontrar las palabras, con la labia que siempre has tenido... Yo creo que lo que te vendría bien es rodearte de sangre fresca.

—Deja de llamarme Drácula.

—¡Y adivina! —siguió Sergio a lo suyo—. Tengo la solución a tus males.

Nada más le hubo soltado aquello, Joan se arrepintió sobre la marcha de haberle sacado el tema.

—¿En qué berenjenal me vas a meter ahora? —protestó con desgana.

—¡En ninguno, si es por una buena causa! Resulta que un chaval repleto de energía me pidió que le echara un cable porque quiere hacer contactos, y, claro, ¿quiénes se conocen a todo quisqui en el mundillo del fútbol de los estadios para dentro?

—A mí no me metas en el saco...

—¿Cómo que no? Anda, no me seas modesto... Además, será divertido tener de nuevo un *minion*. Y lo podremos pervertir entre los dos. —Hizo una pausa, como replanteándose lo que acababa de decir, y puntualizó—: Bueno, supongo que pervertido ya está, y de sobra.

—Por favor, ve al grano —protestó Joan; el dolor de cabeza lo estaba matando.

Sergio no tuvo que concretar con más palabras, porque por la puerta de la cafetería, puntual, apareció el implicado. Y Joan, tras reconocerle, volvió a farfullar en su lengua materna.

—Pues con la «sangre fresca», no sé, pero con su madre sí que debería quedar más a menudo, porque no tenía ni idea de que iba a venir.

—Tranqui, que dudo que Cris lo sepa, esto es algo entre mi yerno y yo. Y tú, claro. —Sergio, con una gran sonrisa, lo instó a sentarse con ellos—. ¿Cómo va eso, Niko?

—¡Hola! Bien, gracias por la invitación. Hola a ti también, Joan.

Él le sonrió, esta vez con ganas. Cómo no hacerlo, si había visto crecer a aquel chaval.

«Podría ser tu propio hijo», se recordó.

Pero no lo era, sino el hijo de dos de sus mejores amigos. Uno que había estado jodido, jodido de verdad. Por eso, a pesar de que Sergio le hubiera tendido otra de sus clásicas encerronas, no podía negarse a participar.

—Hola, Niko. A ver, desembucha, que no tenemos todo el día: ¿qué puede hacer este par de carcamales por ti?

Sergio, complacido, se repanchigó en su asiento. En cuanto al joven exfutbolista, trató de vencer al pudor, más que nada porque se instó a verlos no como a sus tíos, sino como a probables socios. Mejor dicho, como hombres de negocios de los que podía aprender.

—Ya sabéis que Xabi y yo estamos planeando montar una agencia de representación...

—Buena idea, sí.

—Si es que eres un *crack* —añadió Sergio.

Haciendo oídos sordos al elogio, Niko continuó:

—Él se está esforzando un montón con las prácticas en oficina, para ir aprendiendo a desenvolverse y todo eso, y yo había pensado que... Pues...

—Sin rodeos —insistió Joan.

Niko tomó aire profundamente, y mirándolos a ambos a la cara lo soltó:

—¿Podéis dejar que vaya con vosotros a alguna retransmisión? No a lo que es la retransmisión en sí, me refiero a estar presente en las horas previas. Así podré...

—¡Como si te conviertes en nuestra sombra! —lo interrumpió Sergio, entusiasmado, y tras echarle un vistazo a su reloj de pulsera se incorporó—. ¿Quieres café? Cortado, ¿verdad? Voy a pedírtelo, que tenemos los tres reunión con los de arriba en quince minutos.

—¿C-Cómo que reunión? —se espantó Niko—. Pero si me dijiste que solo íbamos a...

Pero el espigado exdefensa pareció no escuchar al novio de la mayor de sus hijas, porque se dirigió, raudo como el viento y ágil como en sus días de deportista profesional, hacia la barra para hacer el nuevo pedido y abonar la cuenta.

Joan, esbozando una sonrisa resignada, lo felicitó:

—Enhorabuena: Sergio Mínguez te la acaba de meter doblada.

—¿Eso es bueno? —dudó Niko.

Y mientras pensaba que su viejo amigo seguiría siendo incorregible hasta el último de sus días, Joan añadió, sarcástico aunque reconfortado:

—Eso significa que ya estás oficialmente en el barco.

# Capítulo 7

Aunque no llegaba al extremo de adorarla, como era el caso de Mateo, Londres le seguía pareciendo a Dani una ciudad especial.

Quizás porque había sido testigo de buena parte de su historia. Quizás porque de ella atesoraba grandes recuerdos, o porque cuando estaban en plena cresta de la ola tras haber hecho pública su relación, habían disfrutado en sus calles de un anonimato relativo.

Así que en esos momentos, cuando su popularidad mediática estaba, posiblemente, en su pico más bajo al no acaparar tantos titulares en la prensa internacional como antaño, se supo libre paseando por sus calles como uno más. Las manos en los bolsillos, la mirada puesta en sus edificios, en su luz grisácea y lo variopinto de la gente, llegada de todas partes ya fuera para visitarla durante unos días o labrarse ahí una vida nueva. Nadie lo paraba. Nadie lo miraba. Nadie lo juzgaba. Nadie le dejaba anónimos, ni tampoco pintadas en la fachada de la casa que se convirtió también en su refugio.

Mateo se había marchado del hotel a primera hora para asistir a varias reuniones. En cuanto a él, se lo había tomado con calma, y el largo paseo con el que había llenado las horas lo llevó justo ahí, a las puertas del edificio donde la fundación seguía teniendo su sede británica.

Optó por entrar y esperarle. Nada más acceder, recibió decenas de sonrisas por parte de los que no tardaron en darle la bienvenida.

Él, reconociendo más y más rostros también, les devolvió el gesto. Se dejó invitar a un té, encadenó alguna que otra charla informal, recibió felicitaciones por la nueva etapa en la que estaba inmerso. Y cuando recaló junto a la mesa de Steve, uno de los miembros más veteranos del equipo, este comentó, como si tal cosa:

—A ver si luego pillo libre a Mateo, que tengo que contarle algo que podría hacerle ilusión.

—¿De qué se trata?

El activista, que al igual que él lucía una alianza de casado en la mano derecha, lo miró sin perder la sonrisa.

—Hace unos días nos llegó un *email* de una chica. Decía que es escritora, que acaba de publicar un libro nuevo y nos preguntaba si sería posible hacerle llegar un ejemplar dedicado a través de la fundación.

—¿Soléis recibir peticiones así? —se interesó Dani antes de darle un nuevo sorbo al té.

—Alguna que otra, pero esta es especial. Verás..., el asunto es que en el correo también contaba que fue de las primeras personas que estuvieron en los pisos de acogida que abrimos, cuando empezamos a batallar con la fundación. —Steve, tras rebuscar en la bandeja de entrada, localizó el correo—. ¿Quieres leerlo? Es bastante emotivo.

Dani asintió y se incorporó para situarse tras él. Luego, leyó en silencio.

De hecho, guardó tanto silencio que a Steve le extrañó.

—¿Podrías hacerme un favor? —dijo el exdefensa español.

—Sí, claro.

—Contacta con ella, pero pídele su teléfono, que me gustaría llamarla. Y no le digas nada a Mateo por el momento.

Steve no puso objeción y tecleó un nuevo correo electrónico.

Veinte minutos después, cuando Dani estaba aprovechando para leer la prensa en un ordenador que alguien le cedió, Steve le pasó un pósito con el número apuntado.

—Se llama Iris —añadió mientras le guiñaba un ojo.

Dani le agradeció el gesto con una nueva sonrisa, y a continuación, tras tomar aire profundamente —porque aunque se había acostumbrado a hablar en aquel idioma, el cerrado acento escocés lo intimidaba—, marcó los dígitos en la terminal telefónica que había en el escritorio que estaba ocupando.

Apenas unos segundos más tarde, y desde tierras del norte, obtuvo respuesta.

\*

Aquellas últimas jornadas en la ciudad habían sido como un bálsamo. No porque el ritmo de reuniones, consultas y decisiones a tomar no hubiese sido agotador, sino porque también habían encontrado espacio para ellos dos.

Para cenar juntos en sus restaurantes favoritos, o incluso para ir a ver algún espectáculo. O para salir a correr a última hora de la tarde por la ladera del Támesis, disfrutando de un aire húmedo y frío que olía a otoño; de la tranquilidad de no tener decenas de ojos puestos en ellos, de robarse algún que otro beso cuando se detenían en los lugares que, antaño, recorrían en sus paseos clandestinos, esos que la prensa sensacionalista consiguió inmortalizar gracias a los teleobjetivos de sus cámaras.

No era que el mundo los hubiese olvidado, ni mucho menos, pero el foco de la fama deportiva estaba ahora puesto en las jóvenes estrellas, esas que llegaban arrasando, creando furor dentro y fuera de los estadios gracias a la explosión de las redes sociales.

Un mundo que se movía deprisa, demasiado deprisa. Tanto que, a veces, Mateo agradecía poder bajarse y, simplemente, limitarse a ser. A estar.

Y ese presente los había llevado a Dani y a él a las inmediaciones del puente Golden Jubilee, los dos vistiendo ropa deportiva, creando ligeras columnas de vaho por sus respiraciones agitadas tras cuarenta minutos de carrera.

Se detuvieron, y tras apostarse en la barandilla contemplaron la hermosa estampa de la silueta del Big Ben y las casas del Parlamento recortándose en el cielo, incendiado de rojos y naranjas en pleno atardecer. El uno junto al otro, hombro con hombro.

—¿Sabés que este sigue siendo mi lugar favorito de toda la ciudad? —le contó Mateo, con su voz transformada en apenas un susurro.

Dani esbozó una sonrisa, y sin apartar la mirada del paisaje buscó el roce de su mano.

—El mío también.

—¿Y cómo es eso?

—Porque fue aquí donde te sacaste aquella foto, la que me mandaste al móvil, ¿recuerdas? Cuando decidiste empezar a dar la cara al mundo —recordó Dani con nostalgia—. Aquel día, aunque yo aún estaba a años luz de seguir tus pasos, supe que algo había cambiado. Que habías hecho historia.

Mateo esbozó también una sonrisa y pensó en sí mismo en aquella época. Más joven, más soñador. Menos apaleado por los embates de la realidad, menos desencantado por la perspectiva del futuro.

—Si en ese entonces me hubiese visto como estoy ahora, acá..., quizás me habría decepcionado —murmuró, pensando más bien en voz alta.

Dani echó un discreto vistazo al reloj inteligente que llevaba en la muñeca. No había sido casual que le sugiriese que fueran a correr precisamente esa tarde por la zona, y que hicieran un alto justo ahí, a las seis en punto.

Agradeció que la persona con la que había quedado en secreto fuera puntual, pues avanzando por el otro extremo del puente, y dirigiéndose hacia ellos, la vio. Era tal y como se había descrito a sí misma a través de la conversación telefónica, la misma joven a la que, movido por la curiosidad, buscó en Internet.

De corta estatura, complexión delgada y larga melena, tan roja como el ocaso que vestía el cielo; el vestido de tela de tartán también en tonos rojizos, combinado con un jersey y botas; sus ojos azules, la piel lechosa salpicada de pecas, un vistoso *septum* de plata en la nariz. Y constató que había aceptado la sugerencia de ir con acompañante, porque seguía avanzando, tomando de la mano a otra joven, hacia donde Mateo y él se encontraban.

No tuvo que preguntarles para confirmar identidades, pues la otra chica, también de largos aunque oscuros cabellos, vestimenta igualmente llamativa y ojos pardos, se lo quedó mirando con asombro.

—Qué fuerte, sí que son ellos... —exclamó en español.

Dani elevó una ceja, y creyendo reconocer su acento preguntó:

—No me lo digas: ¿de Castilla?

—De Valladolid —confirmó ella, algo cohibida.

Mateo, pensando que se trataba de dos fans, se dispuso a intervenir y, con toda la amabilidad que siempre había mostrado hacia quienes lo reclamaban, firmar un autógrafo o lo que fuera. Pero entonces reparó en que la muchacha pelirroja lo miraba fijamente, transmitiendo una energía que, estuvo seguro, ya había sentido antes.

—Me resultas familiar... —le dijo en inglés—. ¿Nos conocemos de algo?

La joven buscó entonces la mirada de Dani, quien esbozó una sonrisa e hizo un gesto de asentimiento, como instándola a que hablase. A que le contase a Mateo, esta vez de forma directa, lo que le había narrado a él mismo a través del teléfono.

—Hola. Me llamo Iris —le dijo al argentino—. Ella es Gádor, mi novia.

—¡Hola! —replicó la aludida, de nuevo en español.

—Verás —recuperó Iris el turno de palabra—, no sé si me recuerdas..., pero cuando fuiste a visitar los primeros pisos tutelados que abriste aquí, en Londres, para interesarte por cómo estábamos los acogidos...

Iris no pudo acabar la frase, porque Mateo, con una sonrisa radiante y los ojos bien abiertos, la interrumpió:

—Eras la única que estaba ahí en ese momento, ¿verdad? Los demás habían salido. Hablamos mucho.

La joven, dichosa y aliviada por que él la hubiese reconocido, contestó:

—Sí, era yo. Supongo que esto ayuda a no pasar desapercibida —ironizó, atusándose la melena. Luego, armándose de valor, siguió mirándole a los ojos y añadió—: Verás, Mateo..., soy escritora.

—¡Es la mejor! —afirmó Gádor, esta vez en inglés—. Escribe unas historias preciosas.

—No le hagáis mucho caso, que no es imparcial —rio Iris suavemente. Al notar que Gádor volvía a sujetar su mano, insuflándole fuerzas, se lo hizo saber—: Mi vida por ese entonces era

un caos. Me habían echado de casa, llegué a la ciudad desde Escocia y estaba desesperada, buscando trabajo de lo que fuera para no acabar viviendo en la calle.

Gádor notó que un nudo le atenazaba la garganta, como cada vez que Iris le hablaba de esa parte de su pasado.

—De hecho, pasaba un montón de tiempo en el metro porque era la opción más barata para estar a cubierto, y fue ahí donde vi el anuncio. —Sin dejar de mirarlo a los ojos, afirmó—: Me cambiaste la vida. Me diste un lugar seguro desde el que volver a empezar. Y luché, con uñas y dientes, como todos los que estábamos compartiendo aquel piso, ¿sabes? Además, fue ahí donde empecé a escribir.

Mateo, tratando de procesar todo aquello, tampoco apartaba los ojos de los de la joven. De pronto sintió el roce de la mano de Dani contra la suya, y sin necesidad de mirarle supo que su marido tenía que ver en aquel encuentro «fortuito».

—Me marché cuando pude costearme una habitación por mí misma, y lo hice sintiéndome más segura, sin miedo a mostrarme como soy. Y decidida a perseguir mi sueño de contar historias. —Sonrió ampliamente, y tras rebuscar en la *totebag* que Gádor llevaba al hombro, en la que se podía leer la frase «Me alimento de libros», sacó uno—. Sé que no es mucho, y que igual te parece una tontería, pero... quería dártela. Es la última novela que he publicado.

—¡Es su décimo libro! —recalcó Gádor, orgullosa.

—Está dedicada, y no hace falta que la leas por compromiso —insistió Iris—. Solo quería que la tuvieras para que supieses que no lo habría conseguido sin ese apoyo inicial que me diste. —Aunque intentó mantener la emoción a raya, notó que le temblaba la voz cuando añadió—: Gracias a que alguien me recordó que soy una persona igual de válida que las demás, que merezco un sitio digno donde vivir, y rodearme de gente que me aprecia por ser tal y como soy, hoy vivo otra vez en mi tierra, me gano la vida haciendo lo que me gusta y tengo a mi lado a una mujer increíble.

Gádor, tratando a su vez de disimular el rubor, sonrió con la mirada clavada en el suelo mientras los transeúntes, ajenos a lo que estaba ocurriendo, los pasaban a los cuatro de largo, y el sol iba acercándose más y más a la línea del horizonte.

—Lo que hiciste fue relevante, y lo que haces es relevante —insistió Iris—. Así que solo puedo darte las gracias.

Mateo, con lágrimas en los ojos, tomó el libro.

—Gracias.

—No, gracias a ti. Y a ti, Dani, por insistir para que viniéramos —le dijo al excapitán del Juventud—. La verdad es que me ha hecho ilusión dárselo en mano.

Ante aquella mención, el argentino giró el rostro hacia el de su marido e inquirió, en la lengua materna de ambos:

—Pero boludo, ¿vos tramando a mis espaldas?

—He aprendido de ti, que eres especialista en que no me cosque de nada. —Volviendo al inglés para no dejar a Iris fuera de la conversación, añadió—: Díselo de nuevo, por favor. Que se lo crea.

La joven pelirroja volvió a sonreír, y dirigiéndose al antaño astro argentino, afirmó:

—Lo que haces es relevante. Gracias por darme una oportunidad cuando los demás no hacían sino cerrarme puertas.

—¿Te puedo dar un abrazo? —preguntó Mateo.

—Sí, por favor —replicó ella.

Gádor se secó el rabillo del ojo cuando los vio a ambos aferrarse el uno al otro. Tras soltarle lentamente, Iris volvió a buscar en la *totebag*.

—¡Y toma, que mi señora es muy tímida aunque no lo parezca y le da apuro dar el suyo también!

—Pero *duendecilla*... —murmuró Gádor en un ademán de rechiste, recalcando el apelativo en español.

Esta vez fue Dani el que tomó el libro y leyó en voz alta su título:

—*Duelo en las Highlands*...

—¡¡No tenéis por qué leerlo!! —insistió Gádor, roja como un tomate.

—Quedaos también con la bolsa. Bueno, nosotras ya nos vamos —anunció Iris tomándola de la mano, cortando cualquier posibilidad de que su novia pudiese recuperar el ejemplar de la que era su primera novela—. En serio, gracias por todo.

—De nada. Y disfrutad de la estancia —replicó Dani, quien había costado de su bolsillo tanto el vuelo desde Aberdeen como tres noches en una doble de hotel para ambas.

—Gracias, Iris —añadió Mateo por su parte.

Se despidieron con gestos de la mano, y mientras contemplaban cómo las jóvenes se alejaban en dirección a la otra orilla del Támesis, Mateo se preguntó si esa mujer llegaría a ser consciente de lo mucho que aquello había significado para él.

Le había devuelto esa fe que creía perdida, le había recordado por qué había decidido luchar en un principio: darle voz a quienes no la tenían; poner de su parte para que, algún día, la discriminación y el discurso del odio se diluyesen, hasta quedar sepultados por la libertad de amar a quien cada cual quisiera.

—Ahora sí que ya puedes volver a levantarte —afirmó Dani.

Mateo buscó su abrazo. Luego sus labios.

Se besaron ahí, con el manto de la noche cayendo sobre Londres, en el que estaba destinado a seguir siendo el rincón favorito de ambos en toda la ciudad. No solo por ese nuevo momento que acababan de experimentar juntos, sino por el que se produjo poco después.

Uno que iba a cambiarles la vida para siempre.

—Vaya, qué oportuno... —protestó Dani cuando su reloj, ese que, además de registrar constantes y logros deportivos estaba conectado al móvil, le indicó que tenía una llamada entrante.

Mateo contempló cómo la expresión le cambiaba al comprobar quién lo estaba reclamando.

Y al escuchar cómo Dani lo ponía en conocimiento, el corazón le dio un vuelco.

—Es de la agencia...

## Capítulo 8

Aunque se sentía un privilegiado por poder tener una carrera como futbolista profesional de alto nivel y atesoraba cada minuto que pasaba con el equipo, ya fuera en las instalaciones de la Ciudad Deportiva para entrenar, en los desplazamientos o en los partidos, Andrei debía reconocer que pocas cosas le gustaban más que apoltronarse en el sofá de su casa.

Solos él y el mando de la consola.

Mentira: él, el mando de la consola y un mando extra en las manos de la que era su mayor rival en eso de los videojuegos.

—Has mejorado, joven *padawan* —trató de picarlo Marina mientras machacaba botones y, de paso, intentaba machacarlo a él en el juego de lucha en el que llevaban como una hora encadenando combates.

Andrei consiguió que el personaje al que controlaba esquivase el ataque en el último segundo.

—Muchas horas de práctica con tu novio.

—¿Y con el tuyo? —se interesó Marina.

—*Nah*.

—¿Xabi sigue siendo un paquete?

—No podía ser bueno en todo —insinuó Andrei mientras seguía manejando la cruceta del mando.

Aquella indirecta hizo que Marina esbozase una sonrisa.

—Hay que ver cómo son las cosas... Hace un año andaba dándote consejitos porque aún no habíais dado el «paso definitivo», y ahora se te ve la mar de feliz con tu vida de casado.

—Que no nos llames «casados» —rio él.

Marina logró atraparlo y, tras lanzarlo en picado al suelo desde la zona superior de la pantalla, se alzó vencedora.

—Mierda, no hay manera —farfulló el defensa.

—Quien gana, hace las preguntas —expuso ella—. ¿Y bien? ¿Qué tal con tu amorcito?

Andrei suspiró, resignado, aunque en el fondo le encantaba mantener aquel tira y afloja verbal con su mejor amiga.

—Bien. Muy bien.

—Ya. Eso supuse a juzgar por lo que me ha contado Niko.

—¿Qué te ha dicho?

—Pues lo obvio: que las paredes no están insonorizadas. —Marina, al percatarse de su gesto de apuro, soltó una carcajada—. Venga ya, como si no nos hubieras escuchado tú a nosotros.

Andrei la miró con una ceja más alta que la otra.

—¿En serio, nunca? Tendremos que ponerle más ganas la próxima vez que me quede aquí a pasar la noche... —siguió Marina divirtiéndose a su costa.

—Sabes perfectamente que claro que os he escuchado, y que he tenido que intervenir para que nadie os «interrumpiera» —le recordó Andrei.

—Gracias, oh, preciada emancipación —celebró ella—. ¿Y bien? ¿Cómo va ese máster

amatorio?

Andrei, sabiendo que no lo iba a dejar en paz hasta que no soltase prenda, y resignado a que sus respectivos novios les hubiesen dado plantón, pese a que habían quedado en verse los cuatro ahí para pasar la tarde juntos, se recolocó en el sofá hasta quedar sentado con las piernas cruzadas y puso en marcha un nuevo combate en el videojuego.

—La práctica hace a los maestros —afirmó, solemne.

—Creo que alguien le ha pillado el gusto al asunto... —volvió a insinuar Marina mientras elegía, otra vez, a su personaje preferido.

—Solo hay un pequeño problema... —añadió Andrei, en voz tan baja que, por un segundo, esperó que ella no lo hubiese oído.

—¿Y es...?

La partida dio comienzo justo cuando Andrei confesó una nueva intimidad:

—Que a los dos nos gusta ser... Eh...

—¿El que da?

—Qué burra eres —la amonestó.

—¿Para qué andar con florituras?

Andrei hizo un mohín de contención, y al tiempo que su personaje empezaba a encadenar patadas, dijo la verdad:

—No. Lo contrario.

—¿A los dos os gusta ser el que recibe? —pidió ella que le confirmase, sin despegar los ojos de la pantalla.

—Pues sí... Y vale que nos turnamos, pero...

—Pues usad la imaginación —le restó Marina importancia—. Como si no hubiera dildos dobles.

Él pausó la partida y la miró, horrorizado.

—¡¡Tía!!

—¿¿Qué??

—¿Pero tú te oyes? ¡Que sigues sin tener filtro! A veces pienso que has visto más porno gay que yo...

Aguantándose a duras penas la risa, Marina insistió:

—Explora, sé creativo. Habla con Xabi, seguro que le mola la idea.

—Ya. Tú todo en la cama lo solucionas hablando.

—¡Claro, y tú deberías hacer lo mismo! Encima que seguro que accede a experimentar...

—¿A Niko le has...?! —dejó la pregunta en el aire, cada vez más espantado.

Marina, tras sostenerle seria la mirada unos instantes, se empezó a tronchar de la risa.

—No, no le he hecho ninguna «propuesta rara» a tu hermanito, pero por ganas que no sean. —Tras calmarse, y dejando que se manifestase la capa de dolor que aún la recubría, de la que posiblemente nunca llegaría a desprenderse, reconoció—: Bastantes emociones fuertes ha tenido como para forzarle a vivir otra.

Andrei bajó la mirada. Aunque de último, e instados por el propio Niko, procuraban evitar todo lo referente a lo cerca que había estado su gemelo de no contarle, era inevitable tener la desgracia presente. Quitó la pausa y preguntó, mientras retomaban el combate:

—No sería tan raro, ¿verdad?

—¿El qué?

—Lo de... los juguetes.

—Claro que no, hombre. Si muchas parejas los usan.

Andrei pareció meditar en silencio. Y también en silencio recibió una nueva llave que lo dejó en K.O. técnico.

—Es desesperante enfrentarse a ti —protestó.

—Soy la ama —se autoproclamó Marina.

—Pues igual se lo propongo —dijo en un tono apenas audible.

—Como si lo viera: los dos en la camita, con el portátil, mirando tiendas *online* con sistema de envío «discreto y fiable» —se cachondeó la delantera.

Para cuando ambos parecieron llegar al acuerdo silencioso de apagar la consola, pues estaban saturados, Marina comentó:

—Por cierto, me encanta la pulsera.

Andrei sonrió mientras alzaba la muñeca para mostrársela de cerca.

—Me la regaló Xabi.

Ella, dándose cuenta de que últimamente no hacía sino sentirse orgullosa de los miembros del colectivo que la rodeaban, lo achuchó con todas sus fuerzas.

—No te la quites nunca.

Andrei, dejándose estrujar pese a que tenía más fuerza que ella —aunque no tanta—, replicó sin perder la sonrisa:

—Solo cuando esté roída y haya perdido los colores.

—¿Habéis vuelto a hablar Bea y tú sobre lo de colaborar con la fundación?

—La verdad es que no, y Mateo tampoco me ha dicho nada.

—Ya lo hará —exculpó a su tío.

Se formó un silencio entre ambos, que acentuó el pitido por el que la capitana de la absoluta femenina supo que le acababa de entrar un mensaje en el móvil. Tomó el teléfono y el rostro se le iluminó; tanto que no pasó desapercibido para Andrei.

—¿Es mi hermano avisando de que por fin ya vienen?

—No —contestó ella, y mientras tecleaba una respuesta añadió—: Es Eli.

—¿Eli? ¿Qué Eli?

—Mediavilla.

—¿La centrocampista?

—Sí. Nos tocó compartir habitación en Asturias y es una tía genial.

—La verdad es que hicisteis un partidazo —afirmó Andrei—. El equipo, en general, pero vosotras dos parecíais en sintonía.

—Y tiene una colección de *stickers* para partirse. ¡Mira este! ¡Y este que me mandó ayer! Me los estoy guardando todos.

Andrei observó la pantalla del móvil. Aunque trató de ser lo más discreto posible y centrarse en las susodichas pegatinas digitales, lo que realmente captó su atención fue que el chat que Marina tenía con la otra futbolista era kilométrico.

—A ver si cuando juguéis el siguiente de la clasificatoria aquí en Madrid nos la presentas.

—Eso está hecho. —Marina, tras dejar el teléfono sobre la mesita, resopló—. ¿Dónde estarán metidos estos dos? Que no me puedo quedar mucho más.

Andrei se encogió de hombros.

Siguieron matando el tiempo, y veinte minutos después escucharon el repiqueteo de unas llaves contra la cerradura. Por la puerta principal entraron Xabi y Niko, quienes parecían estar inmensos en una intensa conversación:

—¿Pero no crees que es muy pronto para lanzarle el anzuelo? —preguntó el primero.

—¡Para nada! Cuanto antes nos ganemos su confianza, mejor. ¿Y si pega el pelotazo cuando ya la tenemos en cartera? —insistió el segundo.

—Hola y esas cosas —saludó Marina desde el sofá.

Xabi, con cara de apuro, dejó la mochila en el suelo y se dirigió hacia ellos.

—Perdón, perdón, perdón... Se nos ha hecho tardísimo.

—No es nada, solo te has perdido que la señorita aquí presente te machacase sin piedad jugando a la *Play* —lo tranquilizó Andrei.

Xabi lo besó en los labios a él, en la mejilla a ella. Luego se dejó caer cuan largo era sobre el sillón.

—No puedo con mi alma...

—¡Pues mañana, más! —proclamó Niko, vigoroso.

—Dudo que aguante. Todo para ti —murmuró Xabi con la cabeza recostada sobre el regazo de su novio.

—Es que Segio y Joan nos dijeron que fuésemos con ellos a la inauguración de la nueva sala de la redacción, porque venían periodistas de otros medios y gente del mundillo, ¡y ha sido la caña! —se dirigió Niko a Marina.

Ella, aunque se sentía feliz por encontrarle tan motivado, no pudo morderse la lengua:

—Últimamente mi padre te ve más el pelo que nosotros, ¿eh? —Como queriendo suavizar el comentario, le dio también un beso en los labios.

—Lo siento... Me apetecía un montón pasar la tarde juntos, pero...

—No tienes que justificarte, koala —replicó Marina con una sonrisa—. Estáis trabajando un montón en el proyecto, y os vamos a apoyar todo lo que haga falta.

Niko sonrió también. Aun así, se sentía en deuda con ellos.

—¿Cena y peli? —propuso.

—Yo me tengo que ir en breve —repuso Marina—, que os dije que me venía bien quedar hoy temprano porque no quiero volver tarde a casa, que mañana tengo clase, entreno y luego desplazamiento.

—Y yo... —añadió Andrei por su parte.

—Cambia entreno y desplazamiento por prácticas, y un trabajo de la optativa que me dio por coger este año y que tengo que acabar este finde sí o sí —se sumó Xabi a las lamentaciones.

Niko, resignado, lo dejó estar. Él no tenía que irse a otra ciudad para disputar un encuentro de liga, y tampoco había pillado optativas ese cuatrimestre porque tenía que presentarse a las que le quedaban de primer año. Comprendía que los tres tuvieran un ritmo más acelerado que el suyo, pero no pudo evitar sentirse algo molesto por la perspectiva de que, en breve, se irían cada

uno por su lado.

O, mejor dicho, Andrei y Xabi a lo suyo, Marina a su piso. Él a su habitación.

—¿Y cena rápida con vídeos chorra en YouTube? —insistió.

—Haber llegado a la hora acordada —replicó la delantera con voz cantarina. Al ver la culpabilidad asomando a su rostro, se incorporó y tiró de sus manos para que la imitase—. Anda, ven. Pasemos aunque sea un ratito a solas.

Xabi y Andrei silbaron, medio en broma, medio en serio, y Niko, dejando que su novia lo condujera al dormitorio, les sacó la lengua al tiempo que les dedicaba una peineta.

Una vez en la estancia, amplia y luminosa, Niko cerró la puerta.

—De veras que quería estar con vosotros... —volvió a musitar—, pero es que...

—Que no te disculpes. No pasa nada, de verdad.

—¿Seguro?

—Seguro.

Niko, tras rodearle la cintura con ambas manos, apoyó la frente en el hueco entre su cuello y el hombro; le encantaba el olor de Marina.

—¿Y no hay posibilidades, por mínimas que sean, de que pases la noche aquí y mañana te llevo a primerísima hora a casa?

—Ninguna, Niko-koala. Tengo que estudiar y preparar el equipaje.

—*Vaaaale*. Asumo las consecuencias de mis actos.

—¿La insistencia a qué viene? ¿A que me echas de menos, o más bien *cierto amigo mío* que yo me sé?

Niko ahogó una carcajada aún sobre el cuello de ella al sentir que Marina le rozaba, sin sutileza alguna, la entrepierna con el muslo.

—Te echamos de menos los dos.

—Dile a tu amigo que podemos pasar juntos ahora unos *minutos de calidad*...

—Mi amigo dice que encantado, pero... ¿y yo? —le siguió el juego.

—Contigo puedo dormir el domingo. Vendré directa en cuanto regrese con el equipo.

El joven exdefensa ronroneó cuando las caricias se hicieron más certeras, y dio su conformidad por parte doble:

—Nos parece bien.

—Estupendo. Pues al grano, que lo digo en serio: no quiero irme tarde.

Niko rio. Aunque apenas unos días atrás se había cuestionado cómo sería la relación de ambos si Marina mostrase a menudo su lado más romántico, lo cierto era que le gustaba que fuera tan directa.

Y le ponía muchísimo. Para qué mentir.

—¿Sabes qué? Antes tuve una conversación muy amena con Andrei... —le dijo ella al oído tras mordisquearle el lóbulo, y sin dejar de frotarse contra él.

—¿Ah, sí...?

—Me han entrado ganas de hacer un experimento... Ya sabes, yo siempre tan curiosa.

—Lo que quieras. Soy todo tuyo.

Ella no se hizo de rogar, y tras besarle con ímpetu lo condujo hacia la cama. Antes de

hacerle sentarse en el borde del lecho, se desnudaron el uno al otro. Luego le separó las piernas y se arrodilló en el suelo, entre ellas, con la erección de Niko apuntando hacia el techo y el cajón donde guardaban los preservativos y demás complementos abierto.

—¿Confías en mí?

—Como Jasmine en Aladdín —replicó Niko.

Marina rio, complacida por que él le hubiera seguido el juego, y depositó ambas manos en sus caderas para atraerlo.

—Ven, ponte un poco más al borde.

Él, excitadísimo, obedeció. Cuando Marina empezó a recorrer su erección con la punta de la lengua tuvo que hacer un esfuerzo por ahogar un gemido.

—Tú relájate, eso es... —lo instó ella.

Durante un par de minutos Niko se concentró en la deliciosa sensación de perderse entre sus labios, en la calidez de su boca. Tan entregado estaba, tan extasiado, que no se percató de que ella había tanteado en el cajón hasta tomar el tubo del lubricante y que, tras depositarse una cantidad generosa en la mano derecha, lo calentó y dirigió el dedo corazón hacia cierta región de su anatomía.

Niko, sorprendido, dio un respingo.

—¿Qué haces?

—¿Me dejas? —preguntó ella con voz traviesa.

Él tragó saliva ruidosamente, y sin dejar de mirarla asintió con enérgicos cabeceos.

—Relájate... Y si prefieres que pare, avísame —indicó ella mientras empezaba a acariciarle en círculos, todo ello mientras volvía a engullirle.

Niko ahogó otro gemido cuando ella, con lentitud pero sin duda, empezó a penetrarle. Era una sensación extraña. Punzante..., pero placentera.

Poco después se supo al límite por la combinación de ambos estímulos. Abrió los ojos, y lo que causó que se dirigiese sin remedio hacia el orgasmo no fue la visión de ella haciéndole desaparecer en su garganta y explorando terrenos hasta ese momento vedados, sino constatar que, con la mano que tenía libre, Marina se estaba dando placer a sí misma.

—Me... voy a...

Ella, en lugar de retirarse, intensificó el quehacer de todos sus dedos y el de sus labios. Niko cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás al tiempo que se derramaba en su boca, y escuchaba cómo ella resoplaba, de esa manera que él tanto conocía y que le hizo saber que también se había corrido.

—Ha sido... —balbuceó.

Marina sacó el dedo con cuidado y le puso ambas manos sobre el pecho para tumbarlo. Luego se recostó sobre él.

—¿Ha sido qué? —jugueteeó un poco más, provocándole.

Niko le pasó la mano por la nuca para atraerla y besarla. Probarse a sí mismo de sus labios era algo que lo excitaba muchísimo.

—Increíble.

—Pues dile a tu colega que aguante, que quiero abusar un poco más de su amistad.

Niko ahogó otra risa, luego un nuevo jadeo cuando Marina, tras coger un condón, se lo puso

y se sentó a horcajadas, aprovechando que la erección aún no había remitido. Se dejó montar mientras ella volvía a masturbarse con movimientos certeros, gimiendo sin medirse. Él no dejó de mirarla, de pellizcarle los pezones, de susurrarle que continuara, que se corriera cuanto deseara.

Y ella se estremeció dos veces más, encadenando un orgasmo con otro, dejándolo a él más que satisfecho pese a no haberle podido seguir el ritmo.

—¿De verdad que no quieres repetir tú también? —le preguntó la delantera mientras ambos se vestían.

—Tranquila. Con haberte visto a ti pasarlo a lo grande ya tengo de sobra para fantasear.

Marina rio; aún tenía el rostro enrojecido.

—Esas son las palabras bonitas para decir que te vas a pasar el finde matándote a pajas con el recuerdo de lo que acaba de ocurrir aquí —lo provocó.

—Básicamente.

Al ver que la erección de Niko se resistía a desaparecer, Marina insinuó:

—No hace falta que me acompañes a la calle.

—¿Seguro?

—Seguro. —Le dio un último beso en los labios, fue al baño privado con el que contaba la habitación, recompuso sus ropas, volvió a atarse la melena en una coleta más fuerte y procedió a despedirse—: Mándame un mensaje para saber si te animaste a hacer tú también «experimentos».

Niko rio con ganas. Vale que no resultaba lo que se decía muy romántico, pero que su novia acabara de soltarle, sin cortarse un pelo, que la mantuviera al tanto si probaba a hacerse un dedo mientras se la cascaba pensando en ella, le resultó de lo más divertido. Y erótico, desenfadado.

Tan de ella...

—Buena suerte, ornitorrinco —le deseó.

—Gracias, koala.

Tras un último beso, Marina recaló en el salón y comprobó que no había rastro de Andrei y Xabi.

«Quizás estén haciendo búsquedas en internet», se congratuló.

Salió al exterior y se dirigió hacia donde había aparcado su coche. Antes de ponerse el cinturón de seguridad, comprobó de un último vistazo que Eli acababa de mandarle otro mensaje. Volvió a sonreír. Se guardó el nuevo *sticker* en la galería, y tras conectar el móvil al equipo de música, reprodujo una de sus *playlist*.

No fue consciente de ello, pero la sonrisa no se le borró de los labios durante la duración del trayecto hasta casa.

## Capítulo 9

Cris se despidió de la paciente a la que acababa de atender y se estiró para desentumecerse. Luego consultó la agenda y suspiró. Solo le quedaba uno más y podría dar la jornada por completa.

A veces se preguntaba si valía la pena el esfuerzo de seguir ejerciendo como fisio, cuando lo cierto era que, a nivel económico, no lo necesitaba. Pero tan pronto como dicha duda surgía en su cabeza, la desechaba, porque le encantaba su profesión: el contacto con otras personas, en especial con las que llevaban años poniéndose en sus manos; ayudarlos a mejorar su salud, escucharlos, tanto en forma de palabras como a través del lenguaje mudo de sus músculos, que decían mucho más de lo aparente.

También algún que otro colega de profesión le había insinuado, al coincidir en congresos, si no se había planteado abrir una consulta en la capital; que era una pena que, estando la suya en un núcleo más bien apartado, no aspirase a más.

Y ella contestaba con una sonrisa que no. Que le gustaba todo tal y como estaba, aunque a veces acabase rendida. Pero necesitaba contar con esa dinámica, tener algo propio, ser independiente, mantenerse ocupada ahora que ni sus propios hijos la necesitaban como antes.

El interfono sonó. Era Sandra, su secretaria desde hacía más de una década.

—¿Ya entra el señor Gutiérrez?

—No, aún no ha llegado, pero estará al caer. Tienes una llamada del catalán.

Cris sonrió por el apelativo y dio por hecho que se trataba de Joan.

—Pásamela.

En cuanto escuchó el chasquido por el cambio de la línea, lo saludó:

—Hola, *carinyet*.

Tras unos segundos de silencio, la voz que estaba al otro lado respondió con sorpresa:

—Vaya..., llevamos juntos toda la vida y nunca me habías llamado así.

Cris rio al reconocer a su marido.

—Perdona, creía que el que me llamaba era tu paisano. —Se apoyó en su escritorio y miró por la ventana, desde la que tenía unas preciosas vistas a la sierra—. ¿Qué tal, ya has terminado?

—Casi. Mando un par de *emails* y lo dejo por hoy. —Puig, desde su despacho en las oficinas del Juventud, fue al meollo de la cuestión—: Oye, que me ha llamado Dani antes para preguntarme si teníamos planes esta tarde, y que si los invitábamos a Mateo y a él a un café en casa.

Cris, agradada por la perspectiva de la visita, siguió sonriendo.

—Claro. ¿Qué le dijiste?

—Que lo consultaba antes contigo.

—Qué bobo eres, Robert —hizo ademán de regañarle, aunque su voz sonó más cálida que nunca—. Ahora le escribo a Dani. ¿Le digo que sobre las cinco?

—Sí, perfecto. Nos vemos en un rato.

—Ten cuidado al volante. Hasta luego, cariño —se despidió ella.

Tras obtener réplica, Cris sacó su móvil personal del bolso y tecleó el mensaje en cuestión.

No habían pasado ni tres minutos cuando le llegó la confirmación definitiva, casi al mismo tiempo en que el interfono volvió a sonar.

—Ahora sí es el señor Gutiérrez.

—Dile que pase. Gracias, Sandra.

Cris recibió al paciente y lo atendió con el esmero habitual. Luego, tras dejar a Sandra a cargo de cerrar la consulta, se metió en su coche y condujo los escasos kilómetros que la separaban de su vivienda, esa casa terrera acogedora y amplia en la que Robert y ella llevaban viviendo desde que se casaron con apenas veinte años. También eran muchos los que les habían preguntado si no les había dado nunca por cambiar de domicilio, pero ellos lo tenían claro: les gustaba aquella calma, la tranquilidad que se respiraba en ese rincón perdido del norte de Madrid.

Aunque la casa se le antojase demasiado grande después de que Niko y Andrei se independizaron. Aunque a veces, cuando miraba hacia algún rincón aleatorio, tuviese la sensación de haber regresado al pasado y los veía a los dos dando sus primeros pasos, o poniendo perdidas las paredes con rotuladores y mil diabluras más.

—Hola, precioso mío —saludó al nuevo habitante, que salió raudo a recibirla en cuanto puso un pie en el salón.

El perro, un *golden retriever* de largos cabellos color caramelo, movió el rabo mientras recibía mimos.

—Hoy retrasamos el paseo, ¿vale? Que vamos a tener invitados y seguro que les apetece unirse —le dijo al perro, que la miraba con ojos brillantes y pareció comprenderla.

Cris se cambió de ropa y aprovechó la quietud para leer un rato, hasta que escuchó que la puerta del garaje volvía a abrirse. Sin embargo, no fue solo su marido quien apareció por la puerta que lo conectaba con la sala de estar, sino la otra pareja.

—¡Ya estamos aquí! —anunció Puig.

Dani, que había aparcado también en el garaje por haber llegado los tres prácticamente al mismo tiempo, se tomó con filosofía que el perro, tras darle un rápido recibimiento a su dueño, fuera directo hacia él.

—Che, aunque no lo querés reconocer, tenés *feeling* con los animales —afirmó Mateo.

—Bájate, Cruyff. —Tras conseguir que el perro le hiciera caso, Dani le acarició la cabeza y se quedó mirando a su viejo amigo—. Manda huevos que le hayáis llamado así, ¿eh?

—Por seguir la estela de Schuster, ya sabes... —se justificó Puig.

—Schuster, qué relindo era... —recordó Mateo al anterior perro del matrimonio.

Cris se acercó y los saludó con sendos besos. Dos para el leonés, uno para el argentino. Y otro en los labios para su catalán.

—¿Queréis café?

—Yo siempre quiero café, como si no lo supieras —replicó Dani.

Ella rio, y Puig los hizo pasar. Poco después estuvieron los cuatro en el salón, ocupando por parejas dos sofás en torno a una mesita auxiliar.

—Se te echa de menos por allá —afirmó Puig, dirigiéndose al exentrenador del Juventud.

—¿Tú crees?

—En el fondo él también los extraña a ustedes —le guiñó Mateo un ojo.

—¿Cómo llevas el nuevo ritmo de vida? —se interesó Cris por su parte.

Dani, tras darle un sorbo a la bebida, fue sincero:

—Ahí voy. Intento mantenerme ocupado, pero a veces me desespera no tener nada que hacer.

—Hazte un curso de jardinería —insinuó ella, haciendo un esfuerzo por no reírse.

—Lo he pensado, no te creas... Pero en verdad mejor estar tan libre, porque nos va a venir de perlas si...

Dani dejó la frase en el aire y se quedó mirando a Mateo, quien pudo leer en sus ojos la inquietud, el nerviosismo. Los mismos que lo invadían a él, y que los había llevado a tomar la decisión de acudir a ellos, dos de sus amigos más íntimos, parte de su familia, antes que a nadie. Antes siquiera que a sus hermanos de sangre y a sus padres.

Porque Cristina y Robert habían pasado antes por una situación por la que ellos querían pasar también. Y para eso necesitaban compartir sus dudas, escuchar sus consejos.

Mateo le sonrió; Dani le devolvió la sonrisa. Luego tomó aire y, dirigiéndose a la pareja, quienes formaban parte de su vida desde que era un crío, los puso en conocimiento:

—No es que no nos guste venir a veros sin tener un motivo, que conste, pero... si estamos hoy aquí, es porque necesitamos consultaros algo.

Puig y Cris intercambiaron una rápida mirada. Luego depositaron toda la atención en sus invitados.

—Claro, cielo, lo que sea —replicó ella.

—¿De qué se trata? —se preocupó él.

Mateo se mordisqueó ligeramente el labio inferior y se apoderó del turno de palabra:

—¿Recuerdan aquella vez, cuando nos reunimos todos donde Sergio y Tina, antes de que yo me fuera al Westhound?

Ellos asintieron.

—Vos nos preguntaste a Tina y a mí qué habríamos sentido si de chicos nos hubiesen separado —siguió Mateo.

Cris esbozó una sonrisa nostálgica.

—Lo recuerdo como si fuera ayer... Nos dijisteis que os habríais muerto de pena.

—La respuesta que os dieron os ayudó a decidir que ibais a adoptar a Niko y Andrei —recapituló Dani.

Puig asintió con un cabeceo. Seguía expectante, sin olerse por dónde iban los tiros. Por el contrario, el corazón de su mujer hacía rato que bombeaba con fuerza.

—¿No estaréis...? —musitó Cris, dejándose llevar por la intuición.

Mateo notó que la mirada se le vidriaba mientras sostenía la de su amiga. Y fue incapaz de seguir ocultándose:

—Recién tuvimos una entrevista en la agencia... Hay un niño que...

Tal y como Sergio había hecho aquella lejana noche nada más enterarse de la noticia, Cris dejó la taza sobre la mesa y se abalanzó sobre su amigo. Mateo correspondió al abrazo con todas sus fuerzas. Luego, tras soltarse, buscó el abrazo de Dani.

—Espera, espera... —Tratando de no emocionarse él también, Dani la separó con suavidad. Mirándola a los ojos a ella, luego a Robert, que se había quedado clavado en el sitio, continuó—: El asunto es...

—Decid que sí —replicó Puig, tajante.

—Pero...

—No os lo penséis, en serio.

—La situación es complicada, Robert.

Su compañero de aventuras y desventuras, como siempre que él lo llamaba por su nombre de pila, se estremeció.

Cris, tras regresar a su asiento, buscó la mano de su marido hasta que quedaron los dedos de ambos entrelazados.

—Explicadnos por qué es complicada —les pidió con todo el tacto que fue capaz de reunir.

Mateo tomó aire profundamente. Ya habían transcurrido varias horas desde que la mencionada entrevista terminó, y en su interior giraba un torbellino de sentimientos contrapuestos.

—Tiene seis años. Ya pasó antes por dos trámites de acogimiento preadoptivo.

—Vaya, que las otras familias no siguieron adelante con la adopción cuando llevaba un tiempo con ellos —concretó el leonés.

El exdelantero argentino, al escuchar aquello de sus labios, sintió que el corazón se le hacía añicos. Otra vez.

—Nos dijeron que eso lo afectó mucho, que apenas confía en los adultos...

—... y tiene una discapacidad. —Dani, tras una pausa, se ciñó a la verdad—: Es ciego de nacimiento.

Cris y Puig se mantuvieron neutrales, tratando, cada uno a su manera, de guiarlos en cuanto a cómo enfocar lo que sentían.

—¿Os han dicho en la agencia por qué os han hablado precisamente de ese niño? —preguntó ella.

Dani y Mateo volvieron a mirarse. Fue el primero quien respondió:

—Más o menos... La verdad es que nos ha pillado por sorpresa que nos llamaran tan pronto, porque no llevamos ni dos meses con trámites, pero...

—Casi nadie quiere a los «mayores» —concretó Mateo con un rictus tirante—. Los que no son ya bebés, viven demasiado tiempo en los centros esperando, o pasan de mano en mano por familias como si fueran juguetes rotos...

—... y desde servicios sociales creen que por nuestro perfil...

—Por vuestra situación económica —apuntó Puig.

Dani asintió con un cabeceo y añadió:

—Pero sospechamos que también se amparan en la evidencia: los dos somos mayores que la media de los que están en la lista de espera, y sabemos que no vamos a tener muchas más oportunidades.

—En resumen: que creéis que os han llamado porque tienen un caso muy difícil y esperan que podáis ser la última esperanza de ese niño —apuntó Cris.

Al escuchar aquello, Mateo tuvo que cerrar los ojos. Dani, sabedor de lo mucho que todo aquello le estaba afectando, más que nada porque él estaba igual aunque no lo expresase, le tomó de la mano para entrelazar los dedos con los de él, tal y como sus amigos seguían haciendo.

—¿Y cómo os sentís? —preguntó Cris.

Mateo, tras recomponerse, fue sincero:

—Aún no lo conocimos, y ya sé que no lo podemos dejar atrás.

Ella esbozó una sonrisa. En cuanto a Dani, se tragó el nudo que lo oprimía y murmuró:

—A mí me preocupa la situación...

—¿Por qué?

—Porque no sé si voy a ser capaz de conectar con él.

Robert, tras arrimarse un poco hacia adelante, le dijo:

—Dani, ¿te cuento un secreto?

—Dispara.

—He conocido a padres de todo tipo. —Puig empezó a enumerar—: Padres que tuvieron a sus hijos biológicos tras buscarlos, padres que los tuvieron por sorpresa, como Sergio y Gorka, padres que lo han sido después de los cuarenta, padres que fueron a por sus hijos a un orfanato aquí, en España, o en el extranjero... ¿Y sabes qué? Todos, to-dos —enfaticó— me comentaron lo mismo: que se habían preguntando si serían capaces de conectar con la personita que les puso el mundo del revés.

Dani siguió sosteniendo su mirada y acabó por esbozar una sonrisa.

—Decid que sí —insistió el menudo exdefensa catalán—. Nunca va a ser el momento adecuado y no va a ser fácil. De hecho, va a ser lo más duro por lo que hayáis pasado jamás.

—Pero si de veras queréis dar este paso, será lo mejor de vuestras vidas —concluyó Cris.

Mateo, sin poder contenerse por más, se secó las lágrimas.

—¿Llamás vos o lo hago yo? —le preguntó a Dani.

Este lo besó en la frente, y tras responder que se encargaba él, se dirigió a la otra pareja:

—Por favor, que esto no salga por ahora de aquí. Sigue siendo *top secret*, solo lo sabéis vosotros.

Cris, con los ojos brillantes, asintió con un cabeceo. En cuanto a Robert, se incorporó para recoger las tazas usadas.

—¿Salimos a darle un paseo a Cruyff? Nos vendrá bien tomar un poco el aire.

Mateo, aún con el rostro congestionado, asintió. En cuanto a Dani, se puso en pie.

—Voy saliendo, así aprovecho para darle ya un toque a la de la agencia.

Intercambiaron una nueva mirada, una sonrisa cómplice, cargada de significado. Poco después, cuando Dani se hubo marchado al jardín seguido por el perro y Robert estaba en la cocina, metiendo el menaje usado en el lavaplatos, Cris aprovechó para sentarse junto a su amigo.

—Mateo, solo te voy a dar un consejo, porque en esto de los hijos cada cual lo hace lo mejor que puede y a su manera.

—Te lo agradezco.

Ella, luchando por mantenerse serena, se lo sacó de dentro:

—Nunca olvidéis que tenéis que cuidar vuestra relación. En cuanto os hayáis convertido en padres, todo va a girar en torno a vuestro hijo, y es muy fácil olvidarte de quién eres, de quién es tu pareja, de lo que formáis entre los dos.

Él la escuchó con atención, en silencio.

—Tener hijos saca lo mejor y lo peor que llevas dentro. Vais a estar sometidos a un montón

de estrés, situaciones nuevas, reajustes continuos... Vais a discutir, y llegarás a preguntarte por qué tuviste que meterte en un follón tan grande..., pero habrá momentos preciosos también, y es un camino que vais a recorrer juntos, Dani y tú. Nunca lo olvides, ¿vale? Nunca lo olvides a él, ni te olvides a ti. —Cris le regaló una sonrisa temblorosa—. Os quiero tanto a los dos... No sabes cuánto me alegro, y lo que me emociona que hayáis acudido a nosotros para...

Mateo atrajo hacia sí a su amiga y la estrechó con fuerza. Se mantuvieron así hasta que ella, con las emociones a flor de piel, lo instó a salir:

—Venga, vamos a dar ese paseo, que creo que mi marido salió discretamente afuera con el tuyo.

El argentino rio y la siguió. En efecto, ya los estaban esperando.

—El lunes, a las tres de la tarde —le comunicó Dani.

Mateo asintió. El fin de semana se le iba a hacer eterno; por suerte, tenían dos partidos de liga del Juventud, tanto en la primera división femenina como en la masculina, que ver y con los que evadirse.

Aprovecharon que las temperaturas aún eran agradables para recorrer el pinar que había a escasos cien metros de la vivienda. Mientras observaba cómo Cruyff iba marcando cuantos árboles encontraba a su paso, Puig comentó:

—¿Habéis pensado en adoptar también un perro? Si el niño no les tiene miedo, podría ser un buen compañero para él y lo ayudaría a adaptarse a la casa.

Mateo y Dani se miraron. A los azules ojos del primero asomó la chispa del entusiasmo; a los oscuros iris de segundo, el terror.

—Pensadlo, y si os animáis os podemos pasar el contacto de la protectora —agregó Cris por su parte.

Antes de que pudiera replicar, Dani suspiró, resignado, mientras veía cómo Mateo le lanzaba una rama al perro para que fuera a buscarla.

Y con ironía recordó aquella tarde de tantos años atrás, cuando, tras darse cuenta de que algo no iba bien con Joan, su mejor amigo le había echado en cara «que hasta él estuviese jugando a las casitas, viviendo en su chalet perfecto con su novio perfecto».

Dedicándole un pensamiento, se prometió que los pondrían al tanto de la situación a Gorka y a él lo antes posible. Y que se la iba a devolver, insinuándole que ya podía cachondearse de él a gusto por el combo «marido perfecto, chalet perfecto, hijo perfecto y perro perfecto».

Antes de animarse a lanzarle el palo a Cruyff también, se reafirmó en la creencia de que el concepto de la perfección era inútil y vacío. Hiriente.

Y se encomendó al caos. Ese que, a todas luces, estaba a punto de desatarse en sus vidas.

# Capítulo 10

Aquel siempre había sido el lugar favorito de Rubén desde que tenía uso de razón. Le gustaba que lo dejaran sentarse ahí después de llegar del colegio, y que nadie, ni siquiera sus compañeros de habitación, lo molestase. Los otros niños lo dejaban tranquilo, quizás porque consideraban que dedicar el tiempo libre a sentarse sobre la hierba del pequeño jardín era una idiotez.

Pero a él le gustaba estirar las piernas, apoyar las manos sobre el césped y sentir su tacto. Notar cómo el sol, de forma cada vez más tenue, le acariciaba el rostro. El arrullo del viento cuando soplabla la brisa, los sonidos amortiguados de la ciudad.

Pronto empezarían a indicarle que solo podía salir si se abrigaba, y durante ratos cada vez más cortos. Luego, cuando el invierno cayera sobre Madrid, directamente lo tendría prohibido. «No vayas a enfermar», le recordaban los cuidadores.

Él obedecía. Se dejaba llevar.

Ya no protestaba. Para qué, si no iba a servir de nada.

Cuando ya había asimilado que tendría que despedirse de su rincón favorito para irse a otro lugar, y cuando ya empezaba a acostumbrarse a la familia que se lo llevó y que tanto entusiasmo mostró al principio, tuvo que aguantar una sarta de «lo sentimos», «perdónanos», lágrimas y pucheros por parte de los adultos que le comunicaron que ya no iba a seguir viviendo con ellos, que regresaba al centro en el que había crecido.

Los oyó cuchichear después de que le dieran la noticia, como si dieran por hecho que él no iba a enterarse, y parecían sorprendidos «por lo bien que se lo había tomado». Que no hubiera rabietas ni lloros por su parte. «Qué frío, ¿no? Igual es que tampoco quería seguir aquí con nosotros». «Bueno, mejor para todos».

No era que no quisiera seguir con ellos, sino que había aprendido que si no te hacías grandes ilusiones, luego tampoco dolía tanto cuando te decepcionaban.

Y le quedaba su rincón en el patio. Desde que estaba de nuevo ahí, si por él fuera se pasaría todas las tardes en el césped. Sin tener que hablar con más cuidadores y especialistas, sin aguantar las mofas de los otros internos, que le repetían que si lo habían devuelto dos veces, ya nadie, nunca más, lo iba a sacar del orfanato.

Rubén sabía que si tanto se burlaban de él, era porque en verdad los abusones le tenían un pánico atroz a la situación. Porque eran conscientes de que a ellos tampoco nadie los iba a sacar, que cada semana y mes que pasaba, cada año que cumplían, los alejaba del sueño de tener una familia.

Ninguno quería ser como Tony, el que había vivido en el ala contraria del centro hasta que al cumplir los dieciocho se largó a un piso tutelado. Todos tenían pesadillas con las que rompían la quietud de las noches, malos sueños de los que luego no querían hablar, en los que el subconsciente les repetía hasta la saciedad que nadie los iba a querer.

A Rubén ya le daba igual. Solo quería estar ahí tranquilo, dejar que su imaginación volase libre. Sin interactuar con nadie, sin hacerse expectativas. De hecho, esa mañana, antes de subir al autobús escolar, cuando le dijeron que una pareja iría por la tarde a conocerle, no sonrió. Ni siquiera hizo un gesto de asentimiento.

Para qué. Seguro que eran como los anteriores. O como los primeros, esos de los que no se acordaba.

El sol estaba empezando a decaer, cada vez le calentaba menos las mejillas. La brisa le agitó el pelo y le trajo el murmullo de una voz que conocía. Los niños del colegio a veces le preguntaban si era verdad eso de que tenía un oído prodigioso, si era capaz de escuchar como los superhéroes. Él se encogía de hombros; no tenía ni idea de cómo escuchaban los superhéroes, solo sabía que, si se concentraba, podía reconocer matices, dicciones. Quizás los otros niños, si prestaran atención, también fueran capaces. O no.

A lo mejor él sí que era un superhéroe y nadie se había enterado, y por eso había regresado al patio del centro, sobre ese césped que necesitaba que alguien lo cortase, pues al tacto le pareció que estaba muy largo.

—Aquí está. —Terminó de reconocer la voz; era Marisa, la directora—. Rubén, ¿recuerdas que te dijimos que hoy vendría una pareja a conocerte?

Él, sin variar un ápice su postura, respondió:

—Sí.

—Te dejo con ellos, ¿vale? Estaré junto al portal por si me necesitas.

Rubén asintió. Sabía de qué iba la cosa: Marisa se mantendría a unos cuantos metros, dejándoles privacidad pero vigilante; los nuevos se presentarían, luego no volvería a saber de ellos hasta que, de buenas a primeras, los cuidadores le pidieran que recogiese sus cosas, porque se marchaba.

«¿No estás contento?», le preguntarían con insistencia los adultos del centro.

«Hala, qué suerte», rezongarían los de su habitación. Otros, los más crueles, dirían a sus espaldas: «Eso es porque les ha dado pena, que si no, seguro que me habrían elegido a mí».

Pero no. Rubén no estaba contento, ni consideraba que tenía suerte ni que daba pena.

Solo quería quedarse en su rincón favorito. Sin expectativas. Sin ilusiones.

Escuchó ruidos, pasos. Y una voz de hombre:

—Hola, Rubén. Me llamo Dani. ¿Puedo sentarme contigo?

Asintió con un cabeceo. Más ruidos.

—Yo soy Mateo. ¿Me puedo unir a ustedes?

Aquello sí que llamó su atención: que la segunda voz fuera también masculina, pero, sobre todo, su pronunciación.

—Hablas raro —afirmó.

Más ruidos. Luego esa voz de dicción extraña, más cerca.

—Eso es porque soy de la Argentina, aunque llevo muchos años acá, en España.

—A mí también me costó entenderle la primera vez que hablé con él, no te creas.

La conversación se detuvo por espacio de varios segundos. La brisa seguía soplando.

—Rubén, hemos venido hoy a conocerte porque, si tú quieres, nos gustaría que vinieras a vivir con nosotros —añadió el tal Dani.

Giró el rostro hacia él.

«Si tú quieres».

Era la primera vez que un adulto parecía tener en cuenta su voluntad.

—No quiero irme —replicó en voz baja.

Otro silencio.

—¿Y por qué no querés?

Era una pregunta fácil de responder. De hecho, ya se la había contestado a la psicóloga. Aun así, le llevó tiempo expresarla en palabras:

—Porque no quiero tener que volver.

Más silencio. La brisa; el calor del sol, que seguía debilitándose. Y de nuevo aquel acento peculiar:

—No tenés que decidir ya, y nadie te va a obligar a nada, pero si nos lo permitís, Dani y yo te prometemos que vamos a venir cada tarde acá, a visitarte y hablar, o lo que vos querás, hasta que nos des una respuesta.

—Hasta que nos digas que no vengamos más, o lo contrario —precisó el aludido.

Rubén se lo pensó.

No esperaba nada de aquellas dos personas, pero sentía curiosidad. Porque se preguntó si ellos de veras serían capaces de cumplir esa promesa.

—Vale.

—¿Podemos venir entonces de visita?

—Sí.

—La pasaremos rebién, ya verás... ¿Por qué te gusta estar acá?

Frunció un poco el ceño; era divertido escucharle.

—Una vez nos llevaron de excursión a la montaña —les contó—. Me gustó mucho. Cuando estoy en este patio me imagino que estoy de nuevo allí.

—Nosotros vivimos casi en la sierra, ¿sabes?

—El jardín es bien grande, también nos gusta pasar tiempo allá.

La curiosidad se acrecentó.

—¿Solo sois vosotros? —les preguntó—. ¿No hay una mujer?

Ellos, tras otra pausa, concretaron:

—No, solo nosotros. Mateo es mi marido.

—Y Dani el mío. ¿Eso es un problema para vos?

Rubén se encogió de hombros.

—No. Es distinto. Como tu forma de hablar.

—¿Y qué te gusta hacer?

Otro encogimiento de hombros.

—Me gusta escuchar historias.

—Oh, nosotros tenemos muchas que contar, ¿sabés?

—Mati, creo que se refiere a cuentos... Perdona, Rubén, no sé por qué no te he preguntado directamente a ti... ¿Te refieres a eso?

—Me da igual. Me gustan las historias.

—Insisto, historias sí que tenemos... Che, toda una vida viajando por el fútbol y tantas sobrinas y sobrinos, ¡hay mucho que contar!

—¿Fútbol?

—Es que Mateo y yo éramos futbolistas, ¿sabes? —Una pausa; luego un matiz de duda en la voz—: ¿Te gusta el fútbol?

Ahí sí que pudo dar una respuesta categórica:

—No.

Luego, una risa espontánea. Tan divertida que a Rubén se le contagió.

—Normal que a vos no te guste, ¡si es un deporte bien aburrido! Decime, ¿vos escuchaste alguna vez cómo suena el público entero de un estadio?

Rubén sonrió y negó con la cabeza.

—¡Es algo bárbaro! Son miles de personas cantando a la vez.

La brisa seguía soplando, agitándole el corto flequillo. Escuchó pasos a su espalda; Marcos, uno de los cuidadores, que le trajo la chaqueta y le indicó que se la pusiera. Una hora de reloj transcurrió veloz. Y así, sin apenas darse cuenta, acabó la primera de las tantísimas charlas que iba a mantener con esas dos personas en ese mismo rincón. Solo que aún ignoraba que ellos iban a remover cielo y tierra para no faltar ni a una sola.

Cuando Marisa se les acercó para indicar que debían despedirse y que él tenía que ir a hacer las tareas de clase, se incorporó. Llegar hasta la sala de estudio era fácil: treinta pasos, luego subir los cinco peldaños de la escalera; seguir recto diez pasos más, girar a la derecha. Cincuenta y siete pasos, la segunda silla de la mesa a la izquierda.

—Hasta mañana —se despidió antes de iniciar la ruta que llevaba grabada a fuego en la memoria.

Y empezó a caminar, sin ser consciente de cuánto significaban esas dos palabras para el matrimonio que había querido conocerle esa tarde. Y sin ser consciente, a su vez, de que uno de los integrantes de la pareja se cuestionaba, en su fuero interno, cómo demonios iba a conectar con aquel chiquillo que no solo no tenía ni puñetera idea de quiénes eran en el ámbito deportivo y público, sino que, además, tampoco parecía tener maldito interés por averiguarlo.

# Capítulo 11

Mientras agitaba en la mano las llaves de la casa de la playa, Joan no dejaba de preguntarse a santo de qué sus anfitriones se habían empeñado en que pasasen juntos en Cádiz ese fin de semana.

No es que les viniera mal, todo lo contrario: la cadena había televisado el partido del sábado por la tarde desde Sevilla, así que en cuanto acabaron sus respectivos compromisos laborales, Gorka y él alquilaron un turismo y se echaron a la carretera. El realizador llevaba cerca de hora y media al volante, conduciendo por las pistas tranquilas a la luz de las farolas y con música puesta, cuando le hizo la inevitable pregunta:

—¿Qué hacemos, subimos a Madrid el lunes con ellos?

Joan suspiró y se recolocó en el asiento del copiloto mientras se guardaba las llaves en el bolsillo de la chaqueta; seguía llevando el traje que Sergio y él siempre vestían para las retransmisiones. Por los altavoces del vehículo sonaba *Here Comes Your Man*, de los Pixies.

—Por mí nos quedamos tú y yo unos días más. —Observando el paisaje que se adivinaba por la ventanilla, e intuyendo la línea de la costa gaditana a lo lejos pese a que ya había caído la noche, Joan agregó en un murmullo—: No me vendría mal desconectar.

Gorka, tras guardar silencio unos segundos, bajó el volumen de la música.

—Cariño, ¿hay algo de lo que quieras hablar?

—No. ¿Por?

—Es que últimamente te noto... —El vasco, tras buscar la palabra adecuada, añadió—: Irritable.

Joan volvió a suspirar.

—No es nada en concreto, es solo que... No sé, es como si siempre estuviera cansado, ¿sabes a qué me refiero?

—Y tanto —rio suavemente Gorka—. Viví en un estado permanente de agotamiento de los veinte a los cuarenta.

—¿Estás incluyendo también los primeros años en que ya estábamos juntos? Menuda puñalada trapería —ironizó, sacando a relucir su humor negro.

—Son rachas. Además, entre una cosa y otra tampoco es que hayamos parado quietos últimamente.

—Ya, pero antes siempre estaba como una rosa —murmuró, hablando más bien para sí mismo.

—Antes, ¿cuándo?

Intuyendo que Gorka iba a meter el dedo en la llaga, el exdelantero catalán se fue por la tangente:

—Pues antes.

—Joan..., todos cambiamos. El nivel de energía también, es lo que hay.

—Acabas de llamarme «viejo» con palabras elegantes.

—Viejo, no, pero sí que estoy diciendo la verdad: que las pilas se van gastando. —Gorka volvió a subir el volumen del equipo de música—. Es ley de vida.

—Te recuerdo que solo tienes tres años más que yo.

—Ventaja suficiente para estar seguro de lo que estoy diciendo. —Sin apartar la mirada de la carretera, Gorka buscó el roce de su mano—. Quedémonos entonces hasta el miércoles o el jueves.

—¿Y pasamos de acompañar a nuestras hadas madrinas en su regreso a la capital?

—No sería la primera vez.

Ahí Joan tenía que darle la razón, y es que desde que Dani les había hecho entrega de una copia de las llaves de la vivienda, se habían acogido a su ofrecimiento de darle uso todo lo a menudo que les era posible.

La perspectiva de pasarse varias jornadas tirado junto a él en la arena aunque ya se encontrasen a principios de noviembre, leyendo y escuchando música mientras aprovechaba cada rayo de sol, se le antojó de lo más apetecible. Y durmiendo. A pierna suelta y sin alarmas de por medio.

—Vale, pues nos quedamos hasta el jueves.

—Ninguna objeción, su señoría.

Ambos dejaron la conversación en el aire mientras el ambiente seguía llenándose de aquella mezcla de *rock* alternativo de los 90. Joan, de nuevo pensando más bien en voz alta, comentó:

—Yo lo que creo es que en el fondo echo de menos las emociones fuertes... Quizás debería volver a tatuarme. O a perforarme.

—Haz lo que te apetezca.

—Maldita la hora en que Tommi decidió regresar a Finlandia —rezongó, mencionando a su tatuador de confianza mientras se toqueteaba la alianza de tinta que llevaba grabada en el anular derecho.

Gorka se abstuvo de opinar al respecto y se centró en la última etapa del trayecto. Para cuando llegaron a la explanada de arena donde solían aparcar, los alrededores de la casa estaban desiertos. El viento soplaba de levante y arrastraba consigo el húmedo e inconfundible aroma del océano, revitalizándole. Sacaron las maletas del portabultos, y una vez Joan hubo abierto la puerta principal, encendieron las luces y comprobaron que todo estaba como correspondía.

—Avísales de que ya estamos aquí. Yo iré deshaciendo el equipaje —pidió Joan.

Gorka se sacó el móvil y mandó un mensaje al grupo que tenían los cuatro. Luego se tomó la libertad de abrir la nevera, y tras cerciorarse de que estaba hasta los topes, pues los encargados de mantener la casa obraron con la efectividad de siempre, sacó dos botellines.

—Deja eso y ven.

Joan se asomó desde el marco de la puerta de la habitación que, por costumbre, ocupaban cuando pernoctaban ahí. Al ver que Gorka estaba apoyado sobre la encimera de la cocina con una cerveza en la mano y hacía amago de tenderle otra, esbozó una sonrisa.

«A la mierda», se dijo a sí mismo.

Así que abandonó las maletas abiertas sobre la cama, apagó la luz del dormitorio y se le unió. Al sentir el frío del cristal en cuanto tomó el botellín, supo que la escapada ahora sí que daba comienzo.

—Hola, marido —lo saludó con voz suave, como si no hubiesen estado el uno junto al otro durante las últimas horas.

—Hola, marido —se la devolvió Gorka mientras alzaba levemente su botellín para proponer

un brindis.

Joan los hizo entrechocar, y tras darle el primer sorbo a la bebida buscó sus labios.

—Soy un coñazo de tío, ¿verdad? —le preguntó, a escasos milímetros de su boca.

—Tienes tus momentos, como todo el mundo —replicó Gorka.

—Pues ya verás como sea cierto eso de que con la vejez a uno se le agria el carácter —le siguió el juego.

—A mí me parece que estás más cañón a cada año que pasa —se la devolvió.

Joan rio suavemente. Sin duda, Gorka era único subiéndole la moral.

«La moral y otras cosas», volvió a decirse para sus adentros.

Escucharon el ruido de un motor acercándose.

—Deben de ser ellos.

—Sí. —Gorka, tras darle otro sorbo a la cerveza, le hizo un gesto para salir al porche trasero.

Joan accedió, y tras apoyarse en una columna de madera, muy cerca de la hamaca donde había dormido una de las peores resacas de toda su vida, esbozó una sonrisa primero; se mostró cínico después:

—Estáis perdiendo facultades, tortolitos... ¿Qué horas son estas de llegar?

Mateo, tras descender del vehículo, hizo ademán de disculparse:

—¿Esperaron mucho? Lo sentimos, salimos con el tiempo justo...

—No le hagas caso, si son solo las diez y media —le restó Gorka importancia.

Dani, quien había hecho la última mitad del trayecto por carretera desde Madrid, se les acercó tras haber sacado una única maleta.

—Buenas. ¿Qué tal fue la retransmisión?

—¿En serio no la habéis visto por la tele? Os estáis echando a perder —arremetió de nuevo Joan.

—Vete a la mierda —replicó el excapitán del Juventud a modo de saludo.

—Que te den. —Nada más hubo dicho aquello, el catalán rio con ganas—. Anda, pasad. Como si estuvierais en «vuestra casa».

Esta vez fue Mateo el que soltó una carcajada.

—¿Queréis? Las acabamos de abrir —señaló Gorka el botellín.

Los recién llegados asintieron, y así, apenas quince minutos después, se apoltronaron en las sillas de mimbre del porche delantero, el que daba a la playa, con los botellines abiertos y la cena informal que también les habían dejado preparada sobre la mesita auxiliar.

Brindaron, y como si aquella fuese una de las tantas escapadas conjuntas que los cuatro habían disfrutado juntos, iniciaron una conversación. Solo que Dani y Mateo sabían que aquella no iba a ser una escapada más.

De hecho, iba a ser la última que pudieran llevar a cabo en esos términos.

—Que conste que, como siempre, se agradece la invitación, ¿pero por qué justo hoy? —lanzó Joan la primera piedra.

—Nos ha venido de fábula —agregó por su parte Gorka—. Estábamos pensando en quedarnos unos días más, si no os importa.

—Claro, lo que queráis —replicó Dani—. Nosotros es que tenemos que estar el lunes en

Madrid sí o sí.

—Ni que tuvieras un equipo al que entrenar a primera hora en la Ciudad Deportiva del Juventud... —siguió Joan dando coba.

Mateo le dio un largo sorbo a su cerveza. Luego, tras hacer desaparecer el sándwich del que se había apropiado en un visto y no visto, decidió sacudirse parte de la presión que cargaba sobre los hombros. Y es que no llevaba nada bien mantener en secreto el que era, posiblemente, el mayor cambio que iba a experimentar en su vida. Y había pasado por unos cuantos, todos ellos trascendentales.

—Chicos, les tenemos que contar algo.

—Eso suena serio... —observó Gorka.

—Y tanto. —Dani bebió también, y tras buscar la mirada del argentino le preguntó—: ¿Disparas tú o lo hago yo?

—Empiezo yo y seguís vos. —Dirigiéndose a la otra pareja, Mateo se lanzó—: Hoy salimos tarde de Madrid porque teníamos una cita a la que no podíamos faltar.

—De hecho, llevamos sin faltar como un mes. Todos los días, a las tres en punto —concretó Dani.

Esta vez fue Joan el que frunció el ceño, preocupado.

—¿Otra vez problemas de salud? ¿Algún tratamiento o algo así...?

—No, boludo, nada de eso. —Mirando a los ojos verdes del otro exdelantero, Mateo esbozó una sonrisa que, pese a tenue, parecía abarcar el mundo entero—. Nos comprometimos con alguien a ir a visitarlo cada día. Recién acabamos, vinimos para acá.

—Este fin de semana tenía una convivencia fuera de la ciudad con los de su grupo, así que por eso os propusimos venir, porque no íbamos a tener otro momento —añadió Dani.

Joan y Gorka seguían en las mismas.

—Explicádmelo en catalán, a ver si me entero de algo —ironizó el primero.

—Os diría que probéis en euskera conmigo, pero cada vez estoy más oxidado —reconoció el segundo.

Dani iba a hacer una apreciación, pero Mateo se le adelantó:

—Por favor, no digan nada de esto a nadie. Ni Tina sabe aún...

—Tu hermana te va a matar —afirmó Dani sin inmutarse.

—Che, muchos secretos le guardé, aún está en deuda. Este..., verán, es que...

El excapitán del Juventud, poco amigo de andarse con rodeos, lo soltó sin más:

—Estamos en trámites de adopción. Llevamos desde septiembre visitando al niño al que optamos, y si todo va bien, quizás en enero ya...

—Espera, espera, espera —lo cortó Joan, sin dar crédito—. ¿Cómo que estáis en...?

Gorka dejó el botellín sobre la mesa y empleó las manos libres en acentuar el entusiasmo que, de súbito, se apoderó de él.

—¡Hostia, qué noticia! —exclamó.

—En serio, ¿¡qué me he perdido!? Pero si vosotros no queráis... No tenías pensado... —prácticamente balbuceó Joan.

—Las cosas cambian —esgrimió Dani como argumento irrevocable.

«Todos cambiamos», recordó Joan la reciente conversación en el coche.

Mientras él seguía en *shock*, Gorka pidió detalles:

—¿Cómo se llama? ¿Cuántos años tiene? ¿De dónde es? Perdón, demasiadas preguntas seguidas.

Mateo, mirándolo con los ojos brillantes por la ilusión y la emotividad, fue respondiendo:

—Rubén. Seis años.

—Nació en Torrejón de Ardoz. Madrid, vaya —concretó Dani.

—¿Y cuándo empezasteis los trámites?

—En julio —volvió a replicar Dani.

—Pues sí que os han llamado rápido —se congratuló Gorka.

Joan, que seguía el diálogo a tres bandas como si fuera el árbitro de un partido de voleibol, recalcó eso último:

—Ya te digo, que la Cris y Puig estuvieron, ¿cuánto? ¿Casi un año esperando?

Mateo y Dani volvieron a intercambiar una mirada.

—Veréis..., es un caso delicado. Los de servicios sociales nos llamaron porque, en su opinión, éramos los más adecuados para darle lo que necesita.

Joan dejó también su botellín sobre la mesa, y escuchó. A medida que Dani los ponía al corriente, una sensación extraña le nació en el centro del pecho.

Desconcierto, sorpresa, inquietud. Y orgullo.

—Cada vez habla más —añadió Mateo; los ojos seguían brillándole—. Se muestra más confiado, aunque aún no nos dijo qué decidió.

—Es que desde el principio le pedimos que fuera él quien decidiera si quería venir o no con nosotros. Que no se lo impongan y ya —concretó Dani.

—Pero os habrán dado un plazo aproximado, ¿no? —dudó Gorka.

—Para enero podríamos terminar los trámites.

—¿Y ya lo adoptaríais directamente? —se interesó Joan.

—No. Primero será una acogida temporal.

El realizador asintió con un cabeceo, atando cabos:

—Y ahí es donde le ha ido mal con las anteriores parejas...

Mateo se lo quedó mirando con un rictus amargo en el rostro.

—Por eso nos tomamos tan en serio lo que le prometimos, ¿saben...? Queremos que sienta que de verdad deseamos que esto pueda ser, que...

—... forméis los tres una familia —terminó Gorka la frase por él.

Dani, sabiendo que si de normal Mateo era un *sentimental sin remedio*, en esas condiciones apenas iba a poder mantener la emoción a raya, depositó una mano sobre su rodilla, como si le pidiera que le cediese el turno de palabra.

—Insisto: le hemos recalcado que decida él. Sabemos que solo es un niño, pero ha pasado ya por tanto que...

Mateo reparó entonces en cierto dato que aún no habían mencionado:

—¡Oh! Este... Hay algo más.

—¿El qué? —preguntó Joan, intrigado.

—Es invidente.

—Ciego, vaya —concretó Dani.

El exdelantero catalán no pudo evitar que otra mueca de asombro se apoderase de su rostro.

—*Collons*... —musitó.

Gorka, tras unos segundos de silencio que puso de relieve también su asombro, hizo más preguntas:

—¿Y qué tenéis pensado hacer? ¿Os vais a mudar a una casa mejor preparada o algo así?

Mateo esbozó una sonrisa al pensar en Cris. «Vais a discutir, y llegarás a preguntarte por qué tuviste que meterte en un follón tan grande», le había dicho su amiga. Y si sonrió, fue porque ella había estado en lo cierto: vaya que si habían discutido; pero gracias a ello, habían llegado a una serie de conclusiones.

—Al principio, yo solo veía esa opción —confesó Mateo.

—Joder, ya te digo... Estaba emperrado, ¿eh? No sabéis la lata que me dio con el tema —apuntó Dani.

—Pero luego de hablarlo, nos dimos cuenta de que no tendría sentido —siguió Mateo—. Porque si nos convertimos en los tutores de Rubén, nuestra misión será que llegue a ser una persona independiente. Que pueda enfrentarse solo a lo que hay allá afuera.

—Y si ya desde los comienzos hacemos «trampa», en lugar de adaptar la casa en lo posible, pues mal iríamos... —concluyó Dani.

Gorka movió la cabeza en un gesto que podría interpretarse como una negación, pero que ellos supieron dotar de significado. Y es que en la mente del vasco solo había un pensamiento:

—Qué valientes sois los dos... Lleváis toda la vida teniendo el mundo en contra, y en vez de ir por la vía fácil, os estáis preparando para una nueva batalla.

Mateo rio por lo bajo, aunque dicha risa le supo amarga.

—Va a ser bien duro, sí, pero ¿saben qué? Desde el principio supimos que no lo íbamos a dejar marchar.

Joan siguió guardando silencio, reflexionando.

«La vía fácil», acababa de decir Gorka.

Era más que consciente de que ellos podían permitirse económicamente, y sin despeinarse, acudir a Estados Unidos. Buscar una gestación subrogada. Tener descendencia, uno o dos críos prácticamente a la carta, legarles sus genes. No serían los primeros ni los últimos en optar por ese camino.

Pero los conocía, y demasiado bien. A Dani, desde que los dos eran unos enanos. A Mateo, desde hacía más de veinte años. Y estuvo seguro de que ellos, desde el principio, solo habían contemplado meterse en esa «nueva guerra».

Así que volvió a pecar de bocazas. A decir lo que pensaba y sentía sin cortarse un pelo, porque supo, con más certeza que nunca, que llevaba razón:

—Decidlo bien.

Dani, desconcertado, le preguntó:

—¿A qué te refieres?

—A que lo digáis bien. —Y Joan, mirándolos a los ojos, como en todos los momentos trascendentales que primero los tres, luego los cuatro, habían compartido, añadió—: No vais a ser los tutores de Rubén. Vais a ser sus padres. Y punto.

Con esa sencilla afirmación, todos los esfuerzos que Mateo había hecho por no emocionarse cayeron en saco roto.

—Qué pena que mi querido compañero de retransmisiones no sepa nada de esto, o habría apostado de nuevo a que ibas a ser el primero en llorar cuando nos lo contarais, rubiales —hizo ademán de bromear por aligerar el ambiente.

Dani, mientras le pasaba a su marido una servilleta, se lo quedó mirando, también con los ojos brillantes, aunque con la voz tomada por un velo de amenaza:

—Ni una palabra, ¿eh? Que se lo queremos contar a la familia solo cuando esto sea totalmente oficial.

—¿Y nosotros no somos familia? —observó Joan con sorna.

—¿A ti qué te parece?

Y el de Terrassa, dibujando una sonrisa que acentuó esas patas de gallo que tanto odiaba, replicó, mientras Gorka se incorporaba para darle un sentido abrazo al argentino:

—A mí me parece, Daniel, que además de tu familia, seguiré siendo tu puñetera válvula de escape hasta el fin de mis días.

## Capítulo 12

Tras la sesión de confidencias, los cuatro parecieron acordar que lo mejor era centrarse en disfrutar del momento. La madrugada los halló arremolinados entre el salón y la cocina, en donde Mateo, mientras se prolongaban las conversaciones y el ambiente distendido, dejó preparada masa de panqueques a fin de que reposase durante varias horas en la nevera. Se retiraron a sus respectivas habitaciones rozando las dos, y para cuando Dani notó que la claridad empezaba a entrar por los ventanales, comprobó de un vistazo en la pantalla del móvil que eran apenas las siete y media.

Aprovechó para ir al servicio, y cuando estuvo de vuelta se metió otra vez entre las sábanas y mantas. Mateo, adormilado, pegó el torso a su espalda y le pasó un brazo por la cintura.

Como él no dijo nada, Dani lo dejó estar; daba por hecho que aún tardaría un buen rato en espabilarse, y lo cierto era que aquella quietud, con el batir del mar de fondo y el calor de su cuerpo contra el suyo, era deliciosa.

Sin poderlo evitar, le asaltó el pensamiento de que, en breve, aquellos instantes de paz serían escasos. O quizás no. Tal vez Rubén no fuese un niño tan demandante como daba por hecho.

Tal vez, incluso, la acogida previa y adopción posterior no llegaran a materializarse.

Cerró los ojos con fuerza para apartar dicho pensamiento. Tenían que mantenerse positivos, ser flexibles. Confiar en el devenir de los acontecimientos, adaptarse.

Y dicha adaptación pasaba por recordarse que se habían recorrido media España para procurarse un descanso. Para cuidarse, tanto el uno al otro como lo que seguía uniendo a ambos.

—Buenos días... —le susurró Mateo al oído.

Dani aferró un poco más los dedos contra los suyos.

—Buenos días. ¿Qué tal has dormido?

—De maravilla...

—Pues no hay prisa alguna, podemos remolonear todo lo que nos dé la gana.

Mateo lo besó en el hombro. Dani, al notar el roce inconfundible de su erección matutina, atinó a girarse hasta quedar confrontados. Observó su rostro somnoliento, las líneas de expresión, los cabellos rebeldes. Todo ello gracias al caudal cada vez más notorio de luz.

—No sabes cuánto he echado de menos tus pelos de loco por las mañanas —afirmó con voz suave.

Mateo le regaló una de sus brillantes sonrisas.

—Si tanto los extrañaste, ¿por qué no me dijiste antes que me los volviera a dejar crecer?

—Eso es cosa tuya. No soy nadie para insinuarte qué o qué no hacer con tu aspecto.

—¿Pero...? —le lanzó la pregunta, juguetón.

—Pero me alegra que hayas vuelto a la senda.

—Dale, sí. Encima que puedo... —se rio.

—Ya te digo, que tres cuartas partes de los de nuestra quinta están como una bola de billar.

—Che, espero que aunque un día yo también me quede calvo, me sigás mirando como lo hacés ahora —susurró, perdiéndose en sus iris oscuros.

—Lo mismo digo —replicó Dani por su parte. Luego, tras unos segundos, se atrevió a

romper el silencio para sacar un tema que, debía reconocerlo, le preocupaba—: ¿Puedo hacerte una pregunta?

—¿A estas alturas seguís pidiendo permiso, *mi capitán*?

—Es que será abrir un melón de los grandes... —Diciéndose que era absurdo tener reservas al respecto precisamente con él, se lanzó—: ¿Tú crees que si nos dan la custodia del niño y empezamos a vivir los tres juntos en casa, nos las ingeniaremos bien?

—Dani, ya tuvimos mil veces esta conversación...

—Lo sé, pero no me refiero a lo de cómo nos vamos a organizar, sino a... —Exasperado, farfulló—: Joder. —Tras darse cuenta de lo que se le acababa de escapar, puntualizó—: Pues mira, a eso mismo me refería.

Mateo, creyendo ver por dónde iban los tiros, le preguntó a su vez:

—¿Te referís a si nos las ingeniaremos bien para tener sexo?

—Eso mismo.

Mateo reaccionó como si le hubiese contado el mejor chiste de la historia, y Dani, haciendo un esfuerzo por no contagiarse, le dio un manotazo en el hombro.

—No te rías, que lo digo en serio.

—Pero boludo, no es un bebé. No se va a despertar cada tres horas, va a tener su propia pieza desde el principio. Digo yo que la intimidad no la vamos a perder del todo.

—Ya, pero..., ¿lo has pensado en serio? Van a ser muchos cambios de golpe. —Dani, sin dejar de mirarle a los ojos, empezó a enumerar—: La adaptación, el estrés... Las primeras semanas estaremos tensísimos por si le pasa algo hasta que se acostumbre a la casa, y muertos de cansancio.

Los labios de Mateo terminaron por adoptar una suave curva. Sus dedos acariciaron el antebrazo contrario.

—Obvio que como en todos los comienzos, al principio será difícil. Y que tardaremos un tiempo en adaptarnos, pero ¿viste?, todo el mundo consigue encontrar el momento. ¿Por qué no íbamos nosotros también?

—Qué irónico: ahora que es cuando más tiempo libre tenemos, seguro que será cuando más pasemos de sequía.

—Dale, para eso está la familia también. Seguro que todos querrán llevarse a Rubén de cuando en cuando.

—Eso, ya se le podría ver el detalle a Sergio, que anda que no habrán echado polvos Tina y él a nuestra salud cuando apechugábamos con las niñas —siguió farfullando Dani.

Aquella mención a la otra pareja hizo que el gesto de Mateo variase apenas un ápice, pero lo justo para que quien estaba a su lado se percatase.

—¿Qué pasa ahora?

—Pasó que yo también tengo un... ¿cómo dicen ustedes? Ah, sí. Un melón que partir.

Dani suspiró y se lo quedó mirando con una sonrisa resignada.

—No aguantas más, ¿verdad?

—Lo siento, pero no. No soporto ni un segundo más tanto secretismo. Les tengo que decir a mis hermanas.

El exdefensa asintió con un cabeceo. En un principio a ambos les había parecido que lo más

sensato era no contar nada hasta que la acogida previa a la adopción fuera inminente, pero a medida que habían ido poniendo al corriente a sus amistades más cercanas, cada vez resultaba no solo más complicado callar, sino también absurdo.

—Vale. Empecemos con los Vicovic, ¿te parece? Bueno, con los Vicovic-Mínguez, ya me entiendes.

—¿Cuándo?

—Nada más volver a Madrid.

La sonrisa de Mateo regresó con fuerza.

—¿Y los Hernández?

—Hablaré primero con Álvaro. Dejemos de momento a mis padres al margen.

—Che, ¿por qué? —hizo ademán de protestar, pues daba por hecho que a sus suegros les iba a ilusionar la noticia.

—Quiero que cuando se enteren, sea algo realmente especial para ellos.

Mateo aceptó. Ambos volvieron a mantenerse la mirada en silencio; luego se buscaron con los labios. Habían encadenado unos cuantos besos cuando Dani rompió su mutismo:

—¿Se mantendrá hoy la tradición de *sexo, desayuno en la cama y paseo hasta el faro*?

Mateo se volvió a reír con ganas.

—Pelotudo, ¿tan necesitado estás que no hacés sino lanzar «indirectas»?

—Qué quieres —se justificó—. Será que se me han pegado las paranoias de Peter Pan de Joan y *mi sombra* quiere dejar bien claro lo joven que se siente.

Mateo volvió a reírse al comprender a qué se estaba refiriendo. Y al notar la dureza de *la sombra* también.

—¿Sabés? Algo sí que aprendí bien en mi desastrosa época de estudiante.

—¿El qué?

Mateo, mientras se incorporaba sobre los codos para posicionarse sobre él, proclamó, antes de besarle en los labios:

—El orden de los factores no altera el producto.

—¿Y eso quiere decir...?

—Que se mantiene la tradición, pero... —Le dio un nuevo beso—. Primero vamos a desayunar en la cama. —Le besó el cuello—. Luego nos vamos a quedar un *laaaargo* rato acá...

—Otro beso más; de paso, se restregó contra él—. Y después, si a ellos les apetece, daremos los cuatro juntos ese paseo por la playa.

—Vale. Pero no tardes.

Mateo rio una última vez y se puso en pie. Dani, incapaz de no fijar su atención en el más que evidente bulto que se le marcaba en los pantalones largos de pijama que llevaba puestos, optó por quedarse como estaba y esperar.

El argentino, tras una rápida visita al cuarto de baño, recaló en la cocina desierta. Se puso a silbar la melodía principal de *A Sky Full of Stars* mientras sacaba de la nevera el bol con la masa. Puso la cafetera al fuego y peló y trocó varias frutas. Para cuando el primer cucharón de masa empezó a burbujear sobre la sartén ya caliente, escuchó que alguien se le unía.

—Buenas, rubiales...

Mateo giró el rostro y sonrió. Joan, vestido también con un pijama largo y cara de estar aún

en los dominios de Morfeo, fue directo a su objetivo.

—Con tu permiso me sirvo ya, que no soy persona.

—Dale, claro.

Joan, tras llenarse una taza de café recién hecho, le dio un sorbo.

—¿Sabés? No conozco a nadie más que vos que lo tome así —observó, pues el catalán seguía prefiriendo no echarle ningún tipo de endulzante.

—Se te quedó bien grabado, ¿eh? La primera vez que me cebaste.

Mateo esbozó una sonrisa nostálgica. Habían pasado muchos años desde aquel 1 de enero en que, también en esa cocina, preparó panqueques y acabó llevándole unos cuantos como ofrenda de paz.

—¿Hago ya también los de Gorka y vos?

—Sí, si no te importa.

—Obvio que no.

Joan siguió bebiendo a pequeños sorbos mientras le observaba maniobrar. Aquel aroma que poco a poco se iba apoderando de la estancia hizo que le rugieran las tripas.

—Me vas a tener que enseñar a hacerlos. Para cuando Izan se quede en casa, ya sabes...

Al argentino se le iluminó el rostro ante la mención del otro niño:

—¡Cierto, que pronto tendrán de vuelta a Julen y Ari!

—En teoría su empresa abre la sucursal de Madrid para mayo o así. Digo yo que dentro de poco empezarán a buscar piso y toda la pesca. —Joan se acabó el café y añadió, sarcástico—: Mejor dicho, dentro de poco empezaremos nosotros a buscarles piso.

—Me alegra que lo vayan a ver crecer.

—Ya. Y a mí me alegra no tener que volar cada dos por tres a tomar por culo. —Joan, de nuevo con regusto irónico, se mofó de sí mismo—: Y pensar que antes no veía el momento de hacer una maleta y largarme cuanto más lejos, mejor.

—Son épocas —replicó Mateo—. Ahora la vida te está pidiendo una etapa más pausada.

—*Collons*, entre nosotros de yayos y vosotros de *papis*, pausada sí que pinta... Aunque no sé yo, que los críos dan una guerra...

Mateo sacó un panqueque de la sartén y se lo puso delante en un plato. Joan, sin demorarse ni un segundo, fue a por él. Se lo comió despacio, confirmando a cada bocado que sabía exactamente igual que el primero que, entre lágrimas de impotencia, se zampó en el porche trasero colgado de la hamaca.

—Al final nos vamos a quedar sin limar asperezas tú y yo, ¿eh? Porque, sinceramente, no nos veo en el tema en cuanto nos convirtamos en asiduos a los parques infantiles —siguió Joan ironizando—. Quién me ha visto y quién me ve, estoy mayor.

Mateo, tras sacar la última sartenada del fuego y dejar los panqueques apilados sobre dos platos, apagó la placa y lo encaró.

Sabía de sobra que cuando algo lo agobiaba o preocupaba, su amigo era como un disco rayado. Que las nubes negras no le dejaban ver más allá, aunque tuviese un cielo azul justo delante de las narices. Así que se dispuso, una vez más, a intervenir.

—Quizás en una realidad alternativa donde mi... ¿cómo lo llamás vos?

—¿A quién?

—A Dani.

—Ah. Tu señor esposo.

—Eso. Donde mi señor esposo fuese más receptivo a lo de abrir la pareja...

—Porque en esta realidad, como le insinúes lo de hacer un trío o similares, te soltaría algo así como «por encima de mi cadáver», o «ni muerto» —terminó Joan la frase por él.

Mateo se empezó a tronchar de risa.

—Exacto —le dio la razón—. En otra realidad alternativa, quizás, pero algo se podrá hacer en esta, digo yo, por quitarnos la vieja espina.

Aquello hizo que Joan se lo quedase mirando, intrigado y mosqueado a partes iguales, con sus llamativos ojos verdes puestos en los suyos.

—¿Qué es lo que pretendes, rubiales?

—¿Vos seguís pensando que un beso no se considera infidelidad?

—Por supuesto.

Y Mateo, arrinconándole contra la encimera, lo tomó del rostro con ambas manos y susurró:

—Che, qué casualidad... Yo lo pienso también.

Joan, sorprendido en un primer momento por el roce de sus labios contra los suyos, se dejó hacer. Y correspondió, vaya que sí lo hizo, con lengua, dientes y todas las ganas acumuladas a lo largo de las últimas dos décadas. Porque una cosa era que el bonaerense se hubiese convertido en uno de sus amigos más íntimos, y otra que no tuviera ojos en la cara, y que todos los órganos de su anatomía funcionasen a la perfección, como para afirmar que seguía siendo, posiblemente, el tío más macizo que había visto en su puñetera vida.

—Te voy a decir tres cosas, boludo —susurró Mateo cuando se hubo separado.

—Adelante —jadeó él, recuperando el aliento.

—La primera: quitate ya de la cabeza eso de que te sentís viejo, ¿oíste? No, ya no somos pibes, y menos mal. Nunca estuviste mejor que ahora. ¿Te lo vas a creer?

Joan tuvo que esbozar una sonrisa.

—La segunda: besás mucho mejor de lo que imaginé.

—No todo van a ser besos de la muerte...

—Y la tercera: por fin me cobré la venganza por lo de Roma.

Al oír aquello, Joan no se lo pudo creer:

—¿En serio aún nos la tenías jurada a Dani y a mí por lo de aquella vez?

—Obvio. —Mientras disponía sobre un par de bandejas los platos con los panqueques y fruta troceada, servilletas, cubiertos y tazas de café, Mateo añadió, pletórico—: La venganza como mejor se sirve, es fría.

—En serio, nadie me cree cuando afirmo que en el fondo eres un cabronazo —rio Joan por lo bajo—. Y lo de «fría», ni de coña. Ten al menos la decencia de reconocer que te has puesto cachondo.

Mateo rio también. Luego le tendió una bandeja ya equipada para que se la llevase a su habitación.

—Por suerte, me están esperando ahí dentro para ponerle remedio. —Volvió a guiñarle un ojo, y mientras ponía rumbo al otro dormitorio, agregó, como si tal cosa—: Oh, ¿quedamos a las diez y media para ir los cuatro de paseo al faro?

—Qué arte tienes para cambiar de tema cuando te interesa —se jactó—. Vale, a las diez y media. Pero solo si traéis vuestra cara de polvo en todo su esplendor.

—Lo mismo para ustedes.

Joan negó suavemente, divertido, mientras lo veía abrir la puerta y desaparecer tras ella. Luego inspiró profundo, tomó la bandeja y se dispuso a hacer lo mismo. Aunque en sus años mozos seguramente lo habría considerado una ofensa, en esos momentos que Mateo Vicovic le hubiese dicho que estaba «mejor que nunca» le había supuesto un chute de moral.

Además, para qué negarlo, el «encontronazo» le había puesto a tono a él también.

Y dando por fin limadas las viejas asperezas, se dispuso a regresar a la cama y darse un homenaje con Gorka.

O, mejor dicho, un homenaje con y de Gorka.

## Capítulo 13

Aquella tarde, tras el comienzo del tiempo libre de las jugadoras de la selección absoluta, la Ciudad del Fútbol de Las Rozas se sumió en la calma. Marina, que llevaba un buen rato tirada en su cama en la habitación que compartía con Eli, anunció tras recibir un mensaje en el móvil:

—Niko dice que ya están llegando.

Su compañera asintió. Se encontraba observando el cielo por el ventanal que daba a los campos de entrenamiento.

—Parece que va a llover... A ver si tenemos suerte el viernes y no nos cae una buena, con la ilusión que me hace jugar en el estadio del Rayecano.

Marina, curiosa, se incorporó hasta sentarse con las piernas cruzadas sobre el colchón.

—¿Y eso?

—Mi abuelo paterno es hinch. Es de aquí, de Madrid, aunque se fue a Valencia de joven.

—¡Oh! ¿Vendrá a verte?

—Ojalá pudiera, pero ya está mayor. La cabeza le rige perfecta, pero dice que el resto no acompaña. —Con una sonrisa, agregó—: Lo verá en la tele con los demás, no se lo perdería por nada del mundo.

Aquel comentario hizo que a Marina le acometiera la nostalgia.

—Bueno, pero aún le tienes. Al mío seguro que le habría encantado vernos jugar con la Roja.

Eli se sentó junto a ella. A veces le costaba horrores asimilar que su amiga era, ni más ni menos, que Marina Mínguez-Vicovic. Como buena parte de las amantes del fútbol, sobre todo de las que lo practicaban a nivel semiprofesional o profesional, no solo la admiraba, sino que estaba al tanto de muchos aspectos de su vida. Algunos, porque la propia Marina se los había contado; otros, quizás demasiados, porque eran de «dominio público».

Por ejemplo, sabía que sus abuelos por vía paterna seguían vivos, pero que tenía relación nula con ellos. De igual forma, estaba al tanto de que su abuelo materno había fallecido hacía unos años, más que nada porque la prensa había extendido la noticia, redactándola en torno a la figura de su tío, flamante bicampeón del mundo con la albiceleste.

—¿Tu abuela vendrá? —se atrevió a preguntarle.

—Por supuesto. Todo el regimiento en peso. Hasta mis abuelos de León —se jactó Marina.

Eli tuvo que hacer un esfuerzo para no reírse. Y es que supo que se estaba refiriendo, nada más y nada menos, que a los padres del mister. Como siempre que salía a relucir la figura del entrenador de ambas más allá del ámbito deportivo, optó por callarse.

—¿Tu familia no viene? —le preguntó Marina.

Ella se encogió de hombros.

—Les habría gustado, pero son muchos gastos. Y están a tope con la recogida antes de que empiece el invierno.

Marina se la quedó mirando con cierta vergüenza. Aunque se consideraba alguien con los pies en la tierra, era fácil olvidar que no todas sus compañeras tenían un estatus económico como el suyo, que las fichas en sus clubes de origen eran de lo más humilde en comparación con las de la sección femenina del Juventud. O que la inmensa mayoría de las familias del país, al contrario

que la suya, sudaba la gota gorda para llegar, más o menos holgados, a fin de mes.

—Estos van a flipar cuando sepan a qué os dedicáis, ya verás —se jactó—. ¿Vamos bajando?

Eli enrojeció, apurada.

—¿Tú crees que es buena idea que me una? —dudó—. Quizás preferís estar a solas. Encima que vienen hasta aquí para hacerte una visita...

—¿Cómo no va a ser buena idea? ¿Estás tonta, o qué? —rebatió, sin perder la deslumbrante sonrisa—. Si tienen muchas ganas de conocerte.

Eli volvió a sonreír. El ruido de las primeras gotas de lluvia rompiendo contra el cristal de la ventana lo inundó todo; luego, el pitido del móvil de Marina.

—Ya han aparcado.

Al ver que la delantera se ponía en pie, Eli tomó aire profundamente y la imitó. Las dos, vestidas con la equipación de paseo de la absoluta y con el cabello atado en una coleta, se calzaron las deportivas, comprobaron que llevaban encima los teléfonos y la tarjeta llave de la habitación, y se dispusieron a bajar por las escaleras que llevaban a la zona del comedor, anexo a una cafetería.

—¿Les pondrán problemas para entrar? —volvió a dudar Eli.

—No debería... Entre que dejé apuntados sus nombres en la lista de visitantes y que uno de ellos también se deja caer a menudo por aquí...

Eli no pudo reprimir una risita.

—Sí que estoy tonta, tía.

—Bueno, te quiero igual —bromeó Marina guiñándole un ojo, y en cuanto llegaron a la cafetería observó, para a continuación vociferar—: Mira, ahí están mis petardos favoritos. ¡Ey, en esa mesa no!

Eli los distinguió a lo lejos y el rubor le subió al rostro.

«Que son ellos, ¡ellos!», se repitió para sus adentros, histérica.

Se instó a mantenerse asertiva, neutral. No debía olvidar que ella misma también formaba parte de la élite del fútbol español. Que ahora estaban en condición de iguales, al menos en lo que a la teoría respectaba. Por mucho que los admirase y respetase, viajaban en el mismo barco.

Al menos, uno de ellos.

De pronto, entró en pánico.

«¿Y qué le digo ahora a...?».

Estaba tratando de encontrar las palabras exactas cuando Marina, con su habitual jovialidad, cortó el hilo de sus pensamientos:

—¡Eli, te presento a Niko-koala!

Vio que Marina, tras besar a su novio en los labios, se dirigía a ella con otra sonrisa radiante y los dedos de la mano de él entrelazados a los suyos.

Y ahí estaba. Nikolai Puig, al que también había admirado desde pequeña mientras seguía sus pasos, pues era apenas unos meses mayor que él. El nerviosismo se disipó cuando Niko se acercó para darle dos besos.

—Hola, Eli, encantado de conocerte. Ornitorrinco no deja de hablar de ti.

Ella le devolvió los besos y, extrañada a la par que divertida, replicó:

—Encantada yo también. ¿Qué es eso de ornitorrinco?

Andrei se empezó a reír.

—¿No te había dicho que ese es su *mote romántico*? Desde luego... —El actual defensa central del Juventud y compañero de la selección española, solo que en la sub-21, se dispuso a presentarse también—. Encantado, Eli.

—Lo mismo digo, Andrei. —Le dio dos besos sin poder reprimir una sonrisa—. Tú eres Xabi, ¿verdad?

Él, tras quedarse en un discreto segundo plano, asintió y sonrió también.

—Me encanta tu estilo, es una pasada cómo distribuyes el juego —afirmó después de intercambiar los besos de rigor.

Eli, de nuevo ruborizada, agradeció el halago. En cuanto a su compañera de habitación, los instó a sentarse en una de las mesas del fondo.

—No tenemos mucho tiempo, pero bueno... ¡Gracias por hacer la excursión hasta aquí!

—Pues sí, no veas el marrón que fue recoger a mi hermano en su casa para poder venir los tres juntos en mi coche —hizo Andrei ademán de mofarse.

—Idiota —se la devolvió Niko.

—Es que viven los tres juntitos. Son como Epi, Blas y Elmo —concretó Marina.

—Y tú eres el Monstruo de las galletas —se la devolvió Andrei.

Eli rio, contagiándose sobre la marcha de la camaradería que se respiraba, del clima de confianza absoluta que reinaba entre esas cuatro personas.

De pronto notó que tenía los ojos oscuros de Niko puestos en los suyos, y armándose de valor le dijo lo que de corazón quería expresar:

—Siento tanto lo que te ocurrió... Pero quiero que sepas que me pareces muy valiente por haber seguido adelante como lo estás haciendo.

Él esbozó otra sonrisa, y como de último venía siendo habitual —tanto que Xabi tuvo que disimular un suspiro de hartazgo—, replicó:

—Te lo agradezco. Por cierto, ¿tienes agencia de representación?

Su futuro socio carraspeó, y se acercó un poco a él para concretar en voz baja:

—Nos queremos especializar en un grupo de deportistas en concreto, ¿no?

Niko, al reparar en su error, volvió a mirar a Eli, y gesticulando concretó:

—¡Perdona! Sí, Xabi tiene razón: queremos especializarnos en deportistas que formen abiertamente parte del colectivo. Te lo he preguntado por inercia, no porque piense que todas las futbolistas seáis *queer* o algo así.

Marina se empezó a reír con ganas.

—¿Cómo que no, koala? Todo el mundo sabe que en la absoluta femenina no hay ni una hetero —ironizó, divertida—. ¿Cómo es eso que dicen? Porque es imposible que una «mujer de verdad» sea buena dándole a la pelota.

—He metido la pata hasta el fondo, pero no era la intención —siguió Niko disculpándose.

—Tranquilo, no pasa nada. De todos modos, ¡no me has dejado responder! Tengo agente, pero me encantaría que me representara una agencia especializada como la vuestra. —Eli, sin perder la sonrisa pese a que la invadió un regusto amargo, se quedó mirando las pulseras de la bandera arcoíris de Andrei y Xabi—. Me parece una pasada que siempre las llevéis puestas,

sobre todo tú, Andrei... Yo le sugerí a mi ex exactamente eso, que nos comprásemos unas, y ella no solo se negó porque no quería que lo nuestro se supiese, sino que rompió conmigo poco después.

Marina rozó el hombro de su amiga con el suyo, y con voz dulce indicó:

—Eso no me lo habías contado. Lo de que rompiste con Jimena sí —concretó—, pero no lo de la pulsera...

—Ya ves... Dejé el fútbol, ya ni juega como *amateur*. Pero parece que le va bien. —Instándose a celebrar sus propios logros, añadió—: Diría que a mí también me ha ido bien, o si no, no estaría ahora aquí, con vosotros.

Enterarse así, de una forma tan sencilla pero íntima, de que Eli también era «abanderada», como lo llamaban ellos en *petit comité*, hizo que a Andrei le naciera una simpatía instantánea hacia ella; equiparable a la incomodidad que le provocó su hermano cuando este no tardó en volver a lanzar el anzuelo:

—¡Pues ya sabes! Aún estamos estableciéndonos, pero cuenta con nosotros para llevar tu carrera a lo más alto —insistió Niko.

Xabi, por disimular también que aquello le hacía sentir cierto rechazo, le dio un sorbo al refresco que se había pedido. Su mirada se topó con la de Marina, y ambos supieron que estaban pensando lo mismo.

«Lo siento, es monotemático», pareció decir él.

«Déjalo, encima que está ilusionado por algo», replicó ella, también sin palabras.

—¿Qué, Andrei? —cambió Marina de tema—. ¿Te trae recuerdos de Vietnam estar aquí?

Él rio, pues conocía bien esas instalaciones.

—Un poco... ¿En qué habitación os han puesto?

—En la 101 —replicó Eli.

—¿¡En serio!? —volvió a reír Andrei—. ¡Pero si me tocó con Raúl en esa hace dos semanas!

—Menuda casualidad —corroboró su novio.

—¿Ya han arreglado el enchufe que hay entre las mesas de noche, o sigue suelto? —se interesó el defensa.

—Sigue suelto —confirmó Marina.

—Pues quéjate a la Federación. Pero sin montar un escándalo internacional, a poder ser —siguió Andrei.

—Ja, ja, qué gracioso —ironizó ella.

—O quéjate al míster —siguió Andrei picándola.

Al escuchar la mención al superior de ambas, Niko se sumó al juego:

—¿Qué, Eli? ¿Cómo te trata el seleccionador?

—De lujo. Estoy aprendiendo muchísimo y pienso darlo todo por la confianza que ha puesto en mí.

—¿Y tú, Marina?

En cuanto los azules iris de su novia buscaron, rabiosos, los suyos, se echó a reír. Luego Niko intentó esquivar el sobre de azúcar que ella le lanzó a la cabeza.

—Yo también estoy aprendiendo de lo lindo y dejándome el culo para demostrar por qué me

ha seleccionado, y para que este equipo llegue a lo más alto —replicó, mordaz.

—Es que se pasa mal, ¿sabes? —le cuchicheó el exdefensa a Eli—. Por lo de tener que separar facetas, quiero decir.

La centrocampista, sin perder la sonrisa pero al mismo tiempo sin amilanarse, se limitó a responder:

—Bueno, pero Marina es una gran profesional. Es perfectamente capaz de mantener todo lo no deportivo al margen.

—Gracias, hermana. —Marina alzó la mano para que Eli se la chocara, gesto que su amiga no tardó en llevar a cabo—. A eso lo llamo yo apoyo moral, no como lo que me dais vosotros, panda de desgraciados, que no hacéis sino reiros de mí.

—Como si tú no lo hubieras hecho con nosotros en su momento —contraatacó Niko.

—Ya, pero no es lo mismo.

—Claro que no. A nosotros el mister nunca nos ha hecho pein... —Andrei no acabó la frase, pues Marina lo fulminó con la mirada.

Niko se rio. Lo estaba pasando realmente bien, algo que, de último, no le pasaba lo que se decía a menudo, y menos con alguien ajeno a su círculo de confianza. Pero si Eli era amiga de Marina, ya la consideraba su amiga. Y estaba seguro de que Andrei y Xabi pensaban y sentían lo mismo.

—¿Y qué hay de ti? —dijo mirando a la centrocampista—. Cuéntanos algo, que somos todo oídos. Nosotros cuatro nos tenemos demasiado vistos.

Ella esbozó una sonrisa y se lanzó. Les habló de su familia, de cómo llevaban varias generaciones explotando una parcela de la huerta valenciana. De cómo creció entre campos de cultivo jugando al fútbol con sus hermanos, primas y primos. De lo pronto que destacó en los equipos del colegio a los que consiguió, tras mucha insistencia, que sus padres la dejaran apuntarse. En que, hasta hacía apenas cuatro años, estaba convencida de que su futuro estaba en las cooperativas ocupando algún puesto logístico, transportando mercancía de aquí para allá. En el cambio radical que había supuesto para ella poder entregarse en cuerpo y alma a aquel deporte, y poder profesionalizar su pasión aunque todavía no se hubiese independizado.

—Pero lo haré pronto. De hecho, en cuanto vuelva a Valencia quiero empezar a buscar piso.

—¿Para ti sola o para compartir? —se interesó Marina.

—Para compartir, seguramente. Igual se lo comento a alguna compi de mi equipo, como tú y Bea.

—¿Cuántos años tienes? —se interesó Xabi.

—Cumpló veinte en mayo.

—Entonces, eres la veterana de la mesa —sentenció Andrei.

Niko seguía atendiendo, prestándole todo su interés, pero aunque el ambiente era distendido y la charla amena, tenía que hacer esfuerzos continuos para que no se le notase que se moría de envidia porque él no había podido intentar cargar el móvil en un enchufe medio suelto en aquella ciudad deportiva, pues cuando su nombre sonaba con fuerza para entrar en la próxima lista de convocados de la Sub-19, ocurrió lo que ocurrió. Para que no se le notase que el miedo y la ansiedad, esos que creía haber empezado a dejar atrás cada vez que iba a ver un partido de fútbol en directo, se iban acrecentando como un remolino en el centro de su pecho, ante la perspectiva de ir a ver jugar a la Roja en su siguiente partido de la liguilla clasificatoria junto al resto de la familia.

Y también para que no se le notase la decepción cuando Marina, tras echarle un vistazo a la hora, insinuó:

—No es que os queramos perder tan pronto de vista, pero en nada nos tenemos que ir a cenar. Y luego a descansar, que tenemos doble entreno mañana.

Andrei, sabedor de lo importante que era hacer vida de grupo durante las concentraciones, fue el primero en incorporarse.

—Vosotras a por todas. —Mirando a su amiga, añadió—: Tú marca un par de goles, que ya nos encargaremos nosotros de pensar una forma de dar el cante desde la grada, para que nos distingas.

—¿A que no te atreves a llevar la peluca violeta de aquellos carnavales? —lo retó ella.

—Sujétame el cubata... —murmuró Xabi por lo bajo, sabiendo que su novio no iba a tardar en aceptar.

—¿Cómo que no me atrevo? —replicó Andrei.

—Trato hecho —afirmó Marina, extendiendo la mano.

El defensa del Juventud se la estrechó. Eli rio; Xabi los dio por imposibles; Niko se puso la sudadera y se despidió de Eli.

—Me ha encantado conocerte —afirmó, dándole dos besos.

—¡Lo mismo digo! —replicó ella.

—Mucha suerte. ¿Nos acompañas al coche, ornitorrinco?

—Sí, claro. Eli, ¿me pillas sitio? Voy enseguida, no tardo.

—Claro. —Intercambió besos también con la pareja y añadió—: ¡Gracias a vosotros también por haber venido!

Marina tomó de la mano a Niko, y tras enlazar los dedos con los de él empezó a caminar a su lado hasta el vehículo.

—Creo que los tortolitos están tomándoselo con mucha calma a posta para dejarnos un ratito a solas —observó, divertida.

—Pues aprovechemos... Vamos adentro, que nos vamos a calar —propuso Niko, pues no había dejado de llover.

Una vez hubo abierto con el juego de llaves de Andrei, ocuparon los asientos traseros.

—Oye, estaba pensando que cuando termines tus exámenes de diciembre, podríamos hacer algo especial los dos juntos —propuso ella—. No sé, irnos a un hotel con *spa*, quedarnos una noche o así.

Aunque el plan era tentador, Niko se ciñó a la verdad:

—No sé si dará tiempo... Este año seguramente nos vayamos a Terrassa por Navidad antes de lo normal.

—Pues vamos una noche de estas al cine, a cenar, yo qué sé... Pero algo, tú y yo solos. ¿Vale? Como hacíamos antes.

«Antes», se repitió Niko para sus adentros.

Dicho así, parecía como si hubiese pasado una eternidad desde que habían tenido su última cita. ¿Cuánto había transcurrido? ¿Tres meses? No lo sabía con exactitud, pero sí, era demasiado tiempo.

Esbozó una sonrisa y respondió:

—Vale.

—¿Solo eso? Qué soso eres —se burló Marina.

—Sí, salgamos, por favor. Te echo muchísimo de menos.

Marina, pese a que se sintió desarmada por aquella última frase, le devolvió la sonrisa.

—Promesa de marsupiales —afirmó, tendiéndole el meñique derecho.

Niko, percatándose de que ella no le había dicho lo mismo de vuelta, y aun así dejándolo correr, entrelazó el dedo con el suyo.

—Promesa de marsupiales —replicó.

Luego se abrazaron; sus labios se buscaron para robarse varios besos encadenados, hasta que unos ruidos en la ventanilla rompieron el ambiente.

—A ver, vosotros dos, no os vayáis a marcar un *Titanic* en mi coche —pidió Andrei.

Marina, mordaz, no tardó en responder en cuanto él y Xabi ocuparon los asientos del piloto y el copiloto:

—Serás cortarrollos... Íbamos a dejarlo todo petado de vaho, para luego dejarte manos por todas partes. Hasta podría haber restregado mis tetas por la luna trasera.

—¡Tía, ese filtro!

—¿Te vas ya, no? —evitó Xabi entrar en la conversación, y dirigiéndose a ella.

Marina, como toda respuesta, se puso el cinturón de seguridad al tiempo que preguntaba:

—¿Me podéis dejar fuera del recinto? Hay un bazar junto a la rotonda, quiero entrar un momento.

—Vale, pero llévate el paraguas —indicó Andrei.

—Gracias, *papi*.

Niko mantuvo la sonrisa durante los pocos minutos que duró el trayecto, hasta que ella se apeó del coche bajo un aguacero. Andrei insistió en que la esperarían para dejarla de nuevo en la Ciudad del Fútbol, pero ella los instó a marcharse.

—Suerte para el viernes —le deseó a Marina.

—Y vosotros tened cuidado volviendo a casa. ¡Mandad mensajes al grupo para saber que llegasteis bien!

—Lo mismo para ti —recalcó Xabi.

Niko, aún con el sabor en los labios del último beso que se habían dado, la contempló a través del cristal mientras ella accedía al bazar. Luego Andrei arrancó, y pusieron rumbo al centro de Madrid.

En cuanto a la jugadora, veinte minutos después estuvo de regreso en el comedor, en donde sus compañeras ya la esperaban con sus platos a rebosar.

—¿Dónde te habías metido? —le preguntó Eli, que ya se había terminado la sopa.

—Fui a por una cosa... ¿Vas a servirte el segundo? Ven, que te la quiero enseñar.

Ella se incorporó, y mientras Marina tomaba del bufet del hotel lo que le apetecía servirse, distinguiendo a lo lejos la figura del seleccionador y demás equipo técnico ocupando otra de las mesas, se sacó del bolsillo lo que había ido a comprar fuera de las instalaciones.

—No pretendo que te la pongas ya, sino cuando tú quieras. Que nadie te diga que no puedes hacerlo, ¿de acuerdo? —Marina, tras tomar de la mano a su amiga, puso sobre la palma abierta de esta una pulsera de hilo con los colores de la bandera arcoíris; tan parecida a las de Andrei y

Xabi que podría hasta decirse que eran las mismas—. Espero que te ayude a sentirte siempre orgullosa de ser quien eres.

Eli se quedó mirando el regalo sin dar crédito, hasta que notó que se le emborronaba la visión por las lágrimas.

—Jo, tía, que no quería hacerte llorar —se apuró Marina, quien optó por darle un abrazo—. ¿Te gusta?

Eli rio, y al tiempo que asentía con varios cabeceos se secó las lágrimas. Luego elevó la muñeca hacia ella.

—¿Me la pones?

—Por supuesto.

Y ahí, en medio de aquel ruidoso comedor y delante de una bandeja de merluza a la plancha, Eli se supo la mujer más feliz del planeta mientras Marina Mínguez le colocaba ese abalorio que tanto significaba para ella, y que representaba el comienzo de una nueva etapa.

# Cuadrilla de la muerte

*Yo: A ver, caballeros, emergencia. Repito: emergencia*

*Pon: ¿Qué ha pasado?*

*Yo: Necesito que hagamos entre todos un poco de memoria histórica*

*Espagueti: ¿Tú eres consciente de las horas que son?*

*Yo: Venga ya, si tú siempre has sido el trasnochador oficial*

*Espagueti: Sí, pero algunos curramos mañana porque cierto capullo se empeñó en que hiciese horas extra retransmitiendo los encuentros de la Roja. No sé si te suena...*

*Pon: Yo también estoy despierto, ¿en qué podemos ayudarte?*

*Yo: Eso es un colega. A ver si aprendes de él*

*Espagueti: Suéltalo ya, Sergio, que me quiero ir a dormir*

*Pon: Yo también debería ir pensando en irme a la cama...*

*Yo: Va, va... A ver. ¿Vosotros recordáis a qué edad me fui yo por primera vez de farra?*

*Pon: ¿Diecisiete?*

*Espagueti: Collons, Puig... A los diecisiete este ya se había recorrido la mitad de los garitos de Madrid*

*Yo: Concéntrense, caballeros, que es cuestión de vida o muerte*

*Espagueti: Dieciséis si me apuras, que es cuando nos empezamos a fugar cada dos por tres de la resi*

*Pon: Siempre he tenido curiosidad por ver el agujero de la verja por el que os escapabais...  
Debería mandar a que lo tapien, que los...*

*Yo: ¡¡Deja ese agujero como está, que fue nuestro legado a las nuevas generaciones!! A ver, no es por nada, Pon, pero me fio más de la palabra del italianini*

*Espagueti: Sigo esperando a que te dignes a explicar por qué esto es cuestión de vida o*

*muerte...*

*Yo: Porque mi estatus como padre depende de esto, de dar cifras exactas*

*Pon: ¿¿?? No entiendo nada*

*Yo: Las niñas, Pon, las niñas. Que se fueron a un cumpleaños de una de la clase y han aparecido como cuatro horas después del toque de queda. ¡¡Y tajadas!! No ha hecho ni falta que confesasen, que el «eau Malibú con limón» lo reconocería a kilómetros*

*Yo: ¿Es que nadie va a decir nada?*

*Espagueti: Lo siento, pero me estoy descojonando... Mi marido no deja de mirarme y pregunta qué es tan gracioso*

*Yo: Que esto es muy serio, espagueti cabrón... ¡Tienen quince años! ¡¡Quince!!*

*Pon: Qué mal, ¿no? La verdad es que Andrei y Niko siempre fueron buenos en ese aspecto, nunca dieron guerra ni hicieron demasiadas locuras*

*Yo: Que tú sepas*

*Pon: Ya. Pero al menos a esa edad no me consta*

*Espagueti: El karma te la ha metido doblada, querido*

*Yo: ¿Cómo que el karma?*

*Espagueti: Venga, Sergio, no me jodas...*

*Yo: Solo sé que seguimos sin concretar a qué edad me pillé yo mi primera cogorza, y me voy a quedar con las ganas de montar una buena bronca, de esas estructuradas y serias, para echarla mañana por la mañana, en cuanto amanezcan sobrias*

*Espagueti: Bronca que tampoco sabes cómo darla, porque tu primogénita también te salió ejemplar... Si es que Tina y tú estáis malacostumbrados...*

*Yo: ¿Dónde estará el capi cuando más lo necesito? Fijo que él sabría decirme hasta el día exacto, y la hora si me apuras*

*Pon: Hombre, digo yo que tendrá cosas más importantes que hacer ahora mismo, con el clasificatorio a la vuelta de la esquina, que estar pendiente del chat de grupo...*

*Espagueti: Lo llevas claro, Sergio*

*Pepito Grillo: ...*

*Yo: ¡¡Lo hemos invocado!! Qué mala baba tenéis, coño, qué poca fe*

*Espagueti: Me voy a quedar dormido esperando a que Dani termine de escribir...*

*Yo: Capi, ¿a qué edad llegué yo tajado por primera vez a la resi?*

*Pepito Grillo: ...*

*Pon: Chicos, yo me retiro ya, que no puedo con mi alma*

*Espagueti: Bona nit*

*Yo: ¿Y bien?*

*Pepito Grillo: Sergio, llámame*

*Espagueti: Yo me piro también, pero quiero detalles mañana. Bona nit, míster, prometo criticarte a saco mañana delante de las cámaras*

*Pepito Grillo: ...*

*Yo: Mira, te llamo ya, o sí que nos van a dar las tantas...*

# Capítulo 14

Álvaro observaba el ir y venir de personal técnico, acreditados de prensa y un largo etcétera que se había apropiado de la zona mixta del estadio del Rayecano. Aún quedaban tres horas para el comienzo del encuentro, pero podía palparse en el aire una tensión especial, algo que, en sus inicios en el mundillo profesional del fútbol hacía ya casi tres décadas, nunca hubiera pensado que pudiese producirse en la antesala de un encuentro de la selección femenina.

Pero los tiempos estaban cambiando. Habían cambiado, de hecho. Y se sintió orgulloso. De las jugadoras; de toda esa gente que, anónima para el gran público, trabajaba con ahínco para que aquello fuese posible; de los espectadores que iban a llenar el recinto al haberse agotado las entradas, y de los que verían el encuentro retransmitido por una de las principales cadenas televisivas nacionales.

Y, sobre todo, se sintió orgulloso de quien se había unido a aquel grupo estando en uno de los momentos álgidos de su carrera como entrenador.

La persona que acaparaba sus pensamientos apareció por la zona del vestuario y lo buscó con la mirada. Los ojos de ambos se encontraron y Álvaro volvió a sonreír. Dani estaba igual que siempre; era obvio que el paso del tiempo le había dejado alguna que otra huella, como a él mismo, pero su energía seguía siendo apabullante.

Aun así, nunca dejaría de ser su hermano pequeño.

—¿Qué tal, enano? —lo saludó sin perder la sonrisa.

Dani, resignado, se acercó para abrazarle. Hacía ya unos cuantos meses que no se veían en persona. De hecho, era la primera vez que se encontraban en persona desde que ambos habían mantenido una larga conversación un par de semanas atrás.

—Gracias por venir, aunque no tengo mucho tiempo.

—Tranquilo. ¿Y el gustazo que ha sido mostrarle la acreditación a los de seguridad y decir que «el seleccionador nacional me está esperando»?

Dani volvió a sonreír, pero acto seguido se obligó a centrarse:

—Oye, quería comentarte algo.

—¿Ahora? Pero si me voy a quedar todo el finde...

—Ya, pero es que tengo que abordar a papá y mamá después, y así ya sé a qué atenerme. ¿Os importaría venir a Madrid este año por Navidad en vez de subir al pueblo?

Álvaro se lo quedó mirando con expresión divertida. Desde que la relación sentimental de su hermano se había afianzado, no habían fallado ni una vez a la tradición de pasar las fiestas en León. De no ser porque era consciente de que tenían un muy buen motivo para pedir aquel cambio, le hubiese resultado de lo más extraño.

—Dani, no estarás planeando traer por Nochebuena a tu novio secreto para salir del armario después, ¿verdad? —hizo ademán de cachondearse.

Él elevó las cejas ante la mención de la que había sido, muy posiblemente, la Navidad más agitada que había vivido hasta la fecha.

—No, joder... Son las circunstancias.

—Ya, ya... Imagino que después de llevar todo este tiempo visitando a Rubén a diario, no querréis faltar justo en Navidad.

—Tú mismo lo has dicho.

Álvaro siguió mirándole a los ojos. Una franca y emotiva sonrisa acudió a su rostro.

—Aún no me puedo creer que me vayas a hacer tío.

—Sé discreto, ¿eh? Que todavía no se lo he contado a papá y mamá.

—Me lo supuse, porque me ha parecido raro que mamá no me haya comentado aún la jugada por teléfono... ¿Pero no me dijiste que si no hay imprevistos con el papeleo, para enero el crío se va a casa con vosotros? —se extrañó Álvaro.

Dani hizo otro mohín, como indicando que, en principio, así era.

«Aunque él aún no nos ha dicho si quiere», se recordó para sus adentros.

—Pues, joder, enano, ¿qué quieres que te diga? No te marques un «armario blindado versión 2.0» y díselo ya a los viejos, que siempre son los últimos en enterarse de todo.

—¿Los viejos? ¿A estas alturas vas a empezar a hablar como mi marido?

—Más quisieras tú... En serio, ponte las pilas. Que los vas a hacer abuelos... Bueno, que ellos llevan años rodeados de nietos, ya me entiendes, entre Aitor, las de Sergio y Tina y los de Leti, pero esto es distinto.

Dani suspiró.

—Por ahora, guárdanos el secreto, ¿vale? Pensaba esperar a Navidad, pero lo vamos a hacer mañana.

—Hacía años que no os guardaba secretitos a mi cuñado y a ti... No me hace demasiada gracia, pero vale.

—Ni una palabra ahora durante el partido, por favor —le rogó—. Los demás ya lo saben, pero serán discretos.

—Oído cocina. Y ya te vale, en serio te lo digo...

—No me des más la brasa, que bastante tengo encima —hizo ademán de protestar.

Álvaro aceptó darle tregua, pero aun así no se resistió a cobrarse su particular venganza:

—¿Sabes qué? Vas a probar en tus carnes tu propia medicina, porque te voy a soltar otra perla antes de que te marches al vestuario.

—¿De qué hablas? —se extrañó el seleccionador.

—Pues que os lo iba a contar a todos también este finde, con Amaia presente por videollamada, pero te lo voy a adelantar en exclusiva. Solo a ti, para que no se lo cuentes *a nadie por el momento*. —Le puso una mano en el hombro y, solemne, anunció—: El 30 de junio os quiero a los tres en Barcelona.

—Cuando dices a los tres, ¿te refieres a...?

—Mateo, el niño y a ti.

—¿Y el motivo es...?

—Vas a ser uno de los dos testigos de mi boda.

Dani, tras procesarlo, se sorprendió:

—Hombre, enhorabuena. Ya era hora.

—Casándome a mis cincuenta y dos tacos, ¿eh? No está mal —se volvió a mofar de sí mismo.

—El 30 de junio... Joder, por poco no me pisas mi aniversario.

—Elegimos la fecha con eso en mente, que conste. Es que verano es buena época, y después

de que haya terminado la temporada —se justificó Álvaro.

—Lo sé. —Puesto que tenía que ir marchándose, pero también porque se alegraba por la noticia, Dani buscó su abrazo—: Felicidades, que lo de formalizarlo nunca viene mal.

—En verdad es una excusa para tener quince días más de vacaciones y poder hacer un viajecito por ahí —replicó Álvaro mientras le devolvía el gesto.

—En fin, seré una tumba. Tú también con lo mío, ¿eh? —hizo ademán de amenazarle tras separarse.

—Que sí, pesado... Te lo perdono si hacéis un partidazo.

—Eso díselo al equipo, que ellas son las únicas protagonistas.

Álvaro le dedicó una última sonrisa. Aún recordaba, como si hubiera sido ayer, el momento en que su hermano le había contado que estaba pensando en sacarse la licencia para entrenar.

—Suerte, míster.

—Gracias —se despidió él con un gesto.

Y mientras el seleccionador nacional desaparecía y la zona mixta seguía siendo un hervidero de gente que iba y venía, Álvaro se dispuso a comprobar si ya podía ir accediendo al palco del estadio; quizás se pasase por la zona de prensa para saludar a los «pringados» antes de que también entraran en faena con la retransmisión.

De cualquiera de las formas, se dijo que aquel momento era de los que marcaban un antes y un después.

\*

Por enésima vez desde que se puso al volante, Tina miró a sus hijas menores a través del espejo retrovisor aprovechando que se había detenido en un semáforo. Ahí, en los asientos traseros del vehículo, Luna y Silvia miraban cada una por la ventanilla que les correspondía, ambas con los brazos cruzados sobre el pecho y caras largas.

—¿Es que ya ni se van a alegrar por ver a su hermana jugando con la absoluta? —insinuó.

Las adolescentes suspiraron. Entre que habían despertado con resaca y que antes de ir a clase les había caído una bronca considerable tanto por vía paterna como materna, no estaban teniendo lo que se decía un buen día. Para colmo de males, no contaban con que los adultos les hubiesen organizado el fin de semana a sus espaldas.

—¿Por qué tenemos que dormir hoy donde el tío Mati? —volvió a protestar Silvia.

—Eso. ¿Por qué no podemos ir a su casa mañana directamente, como todo el mundo? —se sumó Luna a la moción.

Tina, armándose de paciencia, respondió mientras metía la primera para volver a ponerse en marcha:

—Porque Dani y él quieren pasar tiempo a solas con ustedes dos. Ya saben que vienen cambios, y ninguno lo vamos a tener fácil de ahora en adelante.

Silvia volvió a suspirar; le dolía la cabeza.

—¿No nos podíais castigar sin salir, como la gente normal? —protestó de nuevo Luna.

La madre de ambas contó mentalmente hasta diez para no perder los papeles. Luego, tratando de ponerse en su lugar y recordar cómo se sentía a la edad de ellas, se instó a decirles todo lo que llevaba dentro.

Aunque no fuera fácil.

—Nenas, *pa* y yo no tenemos ninguna intención de castigarlas por lo que ocurrió ayer.

Aquella declaración consiguió que las miradas de las jóvenes se posaran en ella. Mejor dicho, sobre el espejo. Valentina, de un breve vistazo, las volvió a mirar.

Habían crecido mucho aquel año. Eran altas y esbeltas. Llevaban el pelo, de un tono rubio oscuro, largo hasta los hombros; sus iris castaños, heredados de su padre, resaltaban gracias a las capas de rímel con las que habían vestido sus pestañas.

Tina sintió un ramalazo de nostalgia al recordar cómo había sido crecer con su mellizo. Y deseó con todas sus fuerzas que sus hijas pudieran contar la una con la otra siempre, aunque sus vidas tomaran rumbos muy distintos.

—Los castigos no sirven de nada, porque ni *pa* ni yo, ni Marina ni los tíos, los abuelos ni nadie vamos a poder estar con ustedes las veinticuatro horas, ¿entienden? —recalcó—. Lo único que podemos hacer es darles toda la información y confiar en que ustedes van a tomar sus propias decisiones con responsabilidad.

Las gemelas intercambiaron una mirada.

—Entonces..., ¿seguro que no nos vamos a casa del tío Mati y el tío Dani castigadas? —dudó Luna.

—Che, ¿y por qué iba a ser tal cosa? —replicó la exmodelo—. Solo sé que ellos les quieren proponer algo, no sé más.

—Pues vale —volvió Silvia a cruzarse de brazos.

Tina suspiró. No era la primera vez que tenía *la charla* con ellas, pero se dijo a sí misma que el mensaje les tenía que calar. Permear hasta dejarles huella. Y confiar en que las ayudase a forjarse un criterio propio con el que levantarse cada vez que se cayesen, porque se caerían, y aprender de los errores, porque iban a cometerlos.

Ojalá pudiera protegerlas para siempre de todo lo que acechaba en el mundo, pero su deber como madre no era ese, sino estar ahí para cuando ellas la necesitasen; dejarlas volar soltando cada vez más el amarre, hasta que el hilo se cortase.

Así que se dispuso a abochornarlas un poquito más, por la buena causa. Y lo hizo recordándose que ojalá alguien, cuando tenía la edad de ellas, le hubiese dicho las cosas igual de claras y directas:

—A partir de ahora, van a llevar siempre en el bolso el kit, ¿entendieron?

Las gemelas miraron al unísono hacia el retrovisor, horrorizadas.

—*Ma*, eso ahora no... —se quejaron.

—Ahora, sí. Porque como les dije antes, no voy a estar las veinticuatro horas con ustedes y necesito saber que lo comprenden todo a la perfección. —Mientras conducía por las calles de Madrid en dirección al estadio del Rayecano, Tina empezó a encadenar preguntas, como una maestra a sus dos mejores alumnas—: Las gomas de sabores. ¿Para qué se usan?

Luna volvió a suspirar y frunció el ceño con los brazos cruzados.

—¿En serio tenemos que responder?

—Si lo prefieren, lo hago yo —replicó la madre de ambas.

Silvia, con tal de no escucharla, pues le daba un corte terrible, contestó:

—Para el sexo oral.

—¿Porque...? —dijo pie Tina.

—Porque aunque con el oral no te quedas embarazada, no es buena idea hacerlo a pelo con

cualquiera —refunfuñó Luna.

—Si al chico no le gusta, le dan puerta —siguió Tina, tajante—, porque lo principal, siempre, es que es el cuerpo de ustedes. Solo ustedes deciden cuándo y con quién, y si alguien las llama «estrechas», aburridas o lo que sea, ¿a ustedes qué?

—Nos da igual... —murmuró Silvia.

—No oigo.

—¡Que nos tiene que dar igual! Que digan y piensen lo que les dé la gana, yo hago lo que quiero con mi cuerpo y nadie me tiene que obligar —replicó su hija.

—Y al revés —añadió su hermana—. Si queremos hacer lo que nos dé la gana con nuestro cuerpo, nadie nos tiene que llamar «zorra», «puta» y cosas así. Y si lo hacen, allá ellos.

Tina, experimentando al mismo tiempo inquietud y satisfacción, asintió con la cabeza.

—Las barreras de látex —siguió con el repaso—. ¿Para cuándo?

—*Ma...* —volvieron a protestar las adolescentes.

—Cuando practiquen con ustedes el oral, o si lo van a hacer con otra mujer —siguió Tina sin inmutarse—. Y si no tienen, ¿qué pueden improvisar?

—Cortamos un condón —respondió, con voz cansina, Luna.

—Lubricante. ¿Cuál es el que llevan y por qué mejor usar ese siempre?

—El de base agua —contestó Silvia.

—¿Por?

—Porque no estropea el látex de los condones y es más difícil que se rompan —concretó Luna de forma mecánica.

—¿Y los forros a usarlos cuándo?

—*Sieeeeempre* —replicaron las gemelas al borde del hartazgo.

—En todas las penetraciones, sean como sean. Porque no solo es un embarazo, que también hay gonorrea, herpes, VIH, clamid...

—¡Que ya lo sabemos, *ma!* —protestó Silvia—. Si les hemos dado un curso intensivo a todas nuestras amigas y flipan.

—Ninguna tenía ni idea de que existían los condones para mujeres —añadió Luna.

Tina, disimulando una sonrisilla satisfecha, se apresuró a concretar:

—Esos por ahora mejor no los usen, los dejamos para cuando tengan más experiencia.

Sin perder ni un segundo, las hermanas recitaron, como una cantinela:

—*Porque su hermana mayor vino al mundo por un descuido con uno de esos, y ocurrió cuando yo ya era veinteañera* —dijeron, imitando el acento de su madre.

—Eso es.

—Pero *pa* y tú acabasteis juntos por ese descuido, ¿no? —observó Silvia.

—Tan mal no os fue —añadió por su parte Luna.

—No, no nos fue mal, pero créanme, ahora no tienen edad para descuidos. Y si ocurre, porque siempre puede haber accidentes, pues no tengan nunca miedo a hablar con *pa* y conmigo. —Tina, sujetando con fuerza el volante, tuvo que luchar para que no se le atenazara la garganta—. Nunca olviden que ustedes son lo máspreciado para nosotros. Siempre, pase lo que pase, estaremos acá para ustedes.

Las gemelas, aunque algo conocían de la historia familiar y las desavenencias entre su

madre y su ya fallecido abuelo Carlos, permanecieron en silencio. El estadio del Rayecano ya se veía a lo lejos cuando Silvia atinó a decir:

—*Ma...* Vale que es un rollo que siempre nos estés diciendo lo mismo, pero... gracias.

—A muchas de nuestras amigas sus madres solo les cuentan lo básico, así que... —murmuró Luna.

Tina esbozó una sonrisa y las miró una última vez por el retrovisor. Luego, mientras atinaba a abrir la guantera para sacar la acreditación por la que acceder al reservado del *parking* y evitarse una cola monumental, añadió:

—Mujeres independientes y dueñas de sí mismas. Eso es lo que quiero que Marina y ustedes dos sean el día de mañana. No perfectas, eso nunca, pero sí conscientes de que se tienen que cuidar, en todos los sentidos.

Las adolescentes intercambiaron una mirada. De pronto las asaltó el aplomo del arrepentimiento.

—Prometemos no volver a beber... —insinuó Luna.

—Es que nos daba curiosidad... —trató de añadir Silvia.

—Oh, déjense de pelotudeces. Van a volver a tomar. Ustedes, yo y todos lo sabemos. Pero la próxima vez, háganlo con conocimiento, sepan dónde está el límite.

—¿Es verdad lo que dijo *pa* esta mañana? ¿Que él con nuestra edad también...?

—No vale la pena perder el control. Nunca —recalcó Tina, sin entrar más en materia—. Es una droga socialmente aceptada, pero droga. Como el tabaco. Como el juego. Y a la hora de la verdad, solo ustedes pueden decidir si prueban o no. Y hasta dónde llegan.

Ellas permanecieron en silencio, sintiéndose, de pronto, muy niñas.

—*Ma...* —la llamó Luna.

—Decime, mi vida.

—¿En serio que no sabes qué quieren hacer con nosotras el tío Mati y el tío Dani?

Y ella, aunque tenía sus sospechas, se encogió de hombros.

—Luego se enterarán.

—Y *ma...* —la llamó Silvia.

—¿Qué, mi amor?

—Tienes mala cara. Sentimos haberte preocupado.

Tina esbozó una sonrisa. Podría haberles dicho que apenas había pegado ojo aquella noche precisamente por eso, por la preocupación, pero no habría sido justo. Porque la realidad era que, de último, dormir en condiciones resultaba una odisea.

—Hoy descansaré bien.

—Qué morro... Claro, os quedáis *pa* y tú con toda la casa para vosotros solos.

—Suerte que ya tanto da si hay o no *descuidos*...

Las gemelas, al pillar la indirecta, arrugaron el rostro en una muestra de asco ante la imagen de sus progenitores retozando en el ático.

—¡*Ma!* —protestaron.

—Este..., ya vamos a entrar. No olviden llevar las mochilas.

Ellas asintieron. En cuanto su madre hubo aparcado, abrieron el maletero y sacaron el equipaje, en donde llevaban todo lo necesario para pasar aquella noche fuera de casa. Iban a

volver a protestar, insinuando que por qué tenían que llevar los bultos al palco, cuando distinguieron una inconfundible y rubia silueta.

—Qué suerte, ¿vieron? Estacioné bien cerca, podemos hacer ya el traspaso...

Valentina vio cómo sus hijas acudían raudas a abrazarlo. Y lo hizo con sana resignación, pues a pesar de que ahora todo eran risas y alegría, le había tocado aguantar el mal humor de sus benjaminas durante horas, en concreto desde que estas quedaron al tanto de cuáles eran los planes familiares.

—¡Tío Mati! —lo saludaron.

Él, con una sonrisa radiante como cada vez que se reencontraba con sus sobrinas, se dejó abrazar y correspondió.

—¿Preparadas para animar y darlo todo? —les preguntó.

—Por supuesto —afirmó Silvia, que sacó de la mochila una bufanda de la selección española.

—Yo he venido equipada y todo —añadió Luna por su parte, sacando unas barras de maquillaje en tono amarillo y rojo.

Mientras las adolescentes se preparaban, Mateo y Valentina se miraron. Luego se sonrieron al tiempo que ella se aproximaba a él.

—Hola, relinda.

Tina, que seguía resentida por haber ignorado durante tanto tiempo el gran cambio que se avecinaba en la vida de su mellizo, contestó:

—Hola.

—Che, ¿algún día me vas a perdonar?

Ella lo besó en la mejilla.

—Algún día, quizás.

Mateo rio suavemente. Luego le pasó un brazo por la cintura.

—¿Vos estás bien? No tenés buena cara...

—Anoche mis hijas tomaron de más en su primera «fiesta salvaje» y de nuevo apenas pude dormir, entre los sofocos y los desvelos —replicó ella, mordaz. Luego se enmarcó el rostro con ambas manos—. ¿Ves esta cara tan parecida a la tuya?

Mateo, divertido y sin dejar de mirarla a los ojos, asintió.

—Pues dentro de poco va a ser la que siempre llevarás, cuando sepás lo que es la preocupación constante por un hijo. —Nada más hubo dicho eso, a la exmodelo se le llenaron los ojos de lágrimas; y es que por muy enfadada que siguiera con su hermano, la dicha predominaba —: Ay, Mati...

—Sí, ya sé...

—Que vas a cumplir tu sueño —siguió ella con la voz rota.

—Che, me vas a hacer llorar a mí también —insinuó con la mirada brillante mientras le secaba las mejillas con los pulgares.

De pronto escucharon un carraspeo, y comprobaron que las gemelas ya estaban listas y habían guardado las mochilas en el maletero del coche de su tío. Así que los mayores, sonrientes y recomponiéndose, hicieron un gesto para dirigirse todos juntos al palco de autoridades.

—¿Podremos ver a *pa* antes de que empiece el partido? —quiso saber Silvia.

—Sí, pero primero pasamos por la grada. Seguro que Lucía, Esteban y Álvaro ya llegaron —replicó Tina.

—Leti, Emilio y *ma* estarán también —añadió el exdelantero.

—Y Niko —se entusiasmó Silvia, pues seguía adorando al novio de su hermana mayor.

—Y Andrei y Xabi. Qué monos son... —le cuchicheó Luna a su hermana.

Mientras las gemelas se les adelantaban y seguían hablando entre ellas a saber de qué, Mateo y Valentina se engancharon el uno al brazo del otro en un amago de son de paz.

—Cris me dijo anoche que iban a venir pronto.

—¿Hablaste otra vez con ella? —se extrañó Mateo.

—Hasta las tres de la mañana, sí... Che, me contó que Joan le dijo que por qué no aprovechábamos para grabar un *podcast* en nuestros desvelos nocturnos.

—¡Háganlo! Sería bárbaro —afirmó él.

Y la exmodelo, quien de último se sentía profesionalmente estancada en su faceta como diseñadora, le hizo saber a su mellizo que, en verdad, le había dado más vueltas a esa posibilidad de las que estaba dispuesta a reconocer:

—Lo meditaré, Mati... Lo meditaré.

# Capítulo 15

Como cada vez que acudía a presenciar un partido en directo, Niko sentía bullir en su pecho una amalgama de sentimientos contrapuestos.

A diferencia de la primera vez en que se adentró en el Caldereu tras renunciar a los terrenos profesionales, aquella tarde accedió al estadio del Rayecano por sus propios medios, sin sostenerse en sus seres queridos ni contener la respiración. Pero, tal y como le había contado a su terapeuta a lo largo de los últimos meses, que ahora fuese capaz de ascender y descender los peldaños mientras se empapaba del ambiente, no significaba que no doliera.

Seguía doliendo, y mucho. Muchísimo. La diferencia era que ahora no renegaba de aquel pesar, sino que lo aceptaba, lo asimilaba. Asumía que siempre estaría ahí, que formaría parte de él aunque poco a poco fuera diluyéndose.

Además, saber que se encontraba en el recinto para ver a Marina sudar la camiseta de la selección lo llenaba de entusiasmo, por mucho que la envidiase por estar sobre el césped.

Notó que lo tocaban en la cintura; era Andrei. Su hermano, si bien le dejaba espacio, había estado pendiente de él desde que ambos, junto con Xabi, salieron del piso. Durante el trayecto en coche habían encadenado decenas de charlas, y notaba sus ojos fijos en él.

Los ojos de Andrei... Qué parecidos y qué distintos eran. Qué diferente el brillo que los revestía. Pese a todo, Niko se esforzó por sonreír, indicándole que no se preocupase por él.

Distinguieron a los demás en el palco. Abrazaron y besaron primero a sus padres, luego tuvieron el mismo gesto con Tina, Luna y Silvia; con Mateo, Cecilia, Lucía, Esteban y Álvaro. También con Leti y Emilio, que por nada del mundo se perderían el partido de la mayor de sus sobrinas. Xabi, a quien a esas alturas todos consideraban uno más de aquella amplia y peculiar familia, también saludó a diestro y siniestro.

—Menudo finde futbolero nos espera —afirmó—. Hoy, ellas. El domingo, liga en el Caldereu.

Como si hubiese escuchado la palabra mágica, Esteban le dio una vigorosa palmada en la espalda al central del Juventud.

—Así da gusto. Creo que es lo único que echo en falta viviendo en el pueblo: que no pueda ver más partidos —reconoció—. Va bien la temporada, ¿eh, Andrei?

Él, sonriente, asintió.

—No me puedo quejar.

—Que mi hijo no se entere de que he dicho esto, pero al Juventud le ha venido bien que dejase el vestuario en otras manos. Hacía falta un cambio de aires.

Andrei prefirió mantenerse en discreto silencio profesional. Cris rio, Robert aportó su punto de vista. En cuanto a Niko, fijó su atención en la gradería y cómo esta iba llenándose; en el sonido ambiente; en la cantidad de chicas jóvenes y niñas presentes en el público.

—Quién me iba a decir cuando conocí a Marina en el insti que acabaríamos todos hoy aquí —escuchó que Xabi hablaba en voz alta.

Con una media sonrisa que le brotaba de lo más profundo del corazón, Niko afirmó:

—Yo siempre supe que lo iba a conseguir.

Siguió encadenando conversaciones. Agradeció que aquellas personas, sobre todo esas a las

que veía de vez en cuando por la distancia, se interesasen por él. Se esforzó por mostrarse amable, por tragarse cada punzada de dolor. También sintió alivio al comprobar que, como si fuese un pacto no escrito, nadie mencionaba que quedaba poco para que se cumpliese el primer aniversario de su «renacimiento».

—¿Estás nervioso, Niko? —le preguntó Silvia tras engancharse del brazo.

—¡Nosotras sí! —afirmó Luna, enganchada del otro.

Él volvió a sonreír. Las hermanas pequeñas de Marina llevaban las mejillas pintadas con los colores de la bandera española, así como bufandas oficiales.

—*Nah*.

—¡Está histérico! —se metió Andrei en la conversación, y sin pensárselo dos veces se enganchó del brazo de Luna—. ¡Fiesta de gemelos!

—Parecéis sacados de una convención —opinó Xabi al contemplarlos a los cuatro.

Siguieron matando el tiempo. El estadio terminó de llenarse, el ambiente se volvió eléctrico. Silvia, recurriendo al móvil, conectó con la plataforma a través de la que podía seguirse la retransmisión del encuentro, y tanto ella como su hermana se congratularon al ver a su padre, micro en mano, ante las cámaras.

—Seguro que el equipo va a dar hoy un par de lecciones, de esas que hacen que los que llevamos este deporte en las venas nos pongamos en pie —afirmó el exdefensa.

—A mí quien me tiene intrigado es Eli Mediavilla —replicó Joan—. Me parece la gran apuesta del seleccionador, he pasado de no tener ni idea de quién era a que me deje con la boca abierta por su manera de distribuir el juego.

—Donde pone el ojo, pone la pelota. ¡Vamos a repasar algunos de sus mejores momentos! —anunció Sergio a los telespectadores, dando pie para que desde la cabina de realización pudieran lanzar un vídeo enlatado que mostraba recopilaciones de jugadas de la valenciana, tanto en su equipo como con la Roja.

Y mientras en la grada seguían viendo el vídeo y disfrutando de la previa del partido, en el vestuario su mayor responsable daba las últimas indicaciones a las titulares, valiéndose de una pizarra blanca en la que había dibujado varias jugadas esquematizadas.

—No olvidéis todo lo que hemos ensayado, y lo más importante: confiad en vosotras. El instinto siempre es un buen aliado.

Iba a añadir algo más cuando uno de sus asistentes lo interrumpió:

—Míster, el presidente quiere entrar a desearle buena suerte al equipo.

Dani frunció el ceño.

—¿Ahora?

El asistente, quien también llevaba poco tiempo formando parte del entramado técnico de la selección, se encogió de hombros. Alba, una de las más veteranas del equipo, habitual en las listas del anterior seleccionador, indicó:

—Siempre lo hace, míster.

Dani se la quedó mirando, y no le pasó desapercibido el tono seco con el que la jugadora intervino. Tampoco que el ambiente se había vuelto plomizo.

Sí, era un recién llegado. No tenía ni idea de cuáles eran las costumbres que, supuestamente por tradición, debía heredar de su predecesor. Pero su alma de futbolista le recordó algo que en los vestuarios por los que pasó era sagrado: nada de interrupciones; nada que rompiese el

momento del último repaso, las últimas palabras de aliento.

Así que miró a los ojos de su asistente y contestó, sin amilanarse:

—Por favor, dile que no va a poder ser. Que agradecemos su buena intención pero que preferimos que entre después del partido. Asumo toda la responsabilidad.

El técnico asintió con un cabeceo y se dispuso a transmitir el mensaje. En cuanto a Alba, se atrevió a intervenir una última vez:

—Míster, ¿está seguro?

Dani, sin dejar de mirarla a los ojos, sonrió.

—Tan seguro como que vamos a salir de aquí con tres puntos más en la tabla.

La capitana, ansiosa por saltar al césped, decidió que era el momento del grito de guerra:

—¡Un, dos y...! —gritó, alzando la mano hacia adelante.

Todas sus compañeras, desde las suplentes hasta las que iban a disputar la primera parte, la imitaron, formando una piña de manos superpuestas.

—¡¡La Roja!! —exclamaron al unísono.

—¡A por ellas! —remató Dani, quien se situó en segundo plano.

Mientras las titulares se dirigían hacia el túnel y saludaban con las miradas a sus rivales y al equipo arbitral, Dani se preparó para seguirlos y poner rumbo al banquillo, acompañado de sus asistentes y las suplentes. Le importaba un comino si su decisión de preservar la armonía del vestuario escocía entre las altas esferas. De hecho, no le importaba en absoluto si luego tenía que marcarse una de esas charlas diplomáticas a las que, mal que le pesase, estaba acostumbrado.

Lo que le había dejado un regusto amargo, era lo que había creído ver en las miradas de aquellas jugadoras. ¿Por qué se habían tensado, por qué incluso habían puesto en duda su orden de que nadie más pasase al vestuario hasta el final del encuentro?

Mientras salía él también por el túnel que llevaba al césped, bajo las luces, los objetivos de las cámaras y la algarabía del público, Dani se dijo que no era el momento de pensar en ello, que ahora solo importaba el fútbol.

Pero, al mismo tiempo, se dijo que no lo iba a pasar por alto.

\*

Como cada vez que veía jugar a su sobrina, Mateo se debatió entre el entusiasmo y la añoranza.

Entusiasmo, porque Marina volaba sobre la hierba. Remataba jugadas que parecían imposibles, insuflaba energía a las demás y se compenetraba de una manera formidable con la mediocampista, pese a que aquel era su segundo partido como compañeras de alineación. Hacía años que no veía algo igual, como si se leyeran a distancia cada gesto, cada idea, cada intención.

Nostalgia, porque le era imposible no pensar en su padre y en lo mucho que Carlos hubiera disfrutado viendo cómo emergía la carrera deportiva de su nieta.

Supo que su madre también se acordaba de él, pues a veces, cuando sus iris se encontraban, se topaba con el brillo húmedo de los de ella. Al igual que en anteriores ocasiones, le pasó un brazo por los hombros y la besó en la cabeza.

—Bien orgulloso habría estado, *ma*.

Ella se secó la lágrima de turno y sonrió. También estaba disfrutando del partido, y de cada minuto que la vida le estaba regalando ahí, en Madrid, con los suyos.

La hinchada coreó a las jugadoras, aplaudió, celebró los dos tantos que subieron al marcador. Las coreó con incluso mayor ímpetu cuando las rivales lograron estrellar el esférico contra las redes y, por espacio de varios minutos, cundió el miedo generalizado a un empate.

Pero la selección española se hizo con una nueva victoria, y tras el pitido final las cámaras volvieron a centrarse en la imagen de Marina Mínguez y Eli Mediavilla fundidas en un abrazo; en el distintivo que vestía la muñeca de esta última, algo que en las redes sociales se había estado comentando, para bien y para mal, a lo largo de los últimos noventa minutos.

De hecho, Andrei accedió desde su móvil a una de ellas y comprobó que estaba inundada de trinos con el *hashtag* #LaPulserita.

«Bolleras todas», decía uno.

«Esta tiene pinta de ser más señor que yo. Normal que se le dé bien el fútbol», comentaba otro.

Andrei, asqueado, tuvo el impulso de guardarse el aparato, pero se lo pensó mejor y se sacó una foto de su propia muñeca, en la que lucía un adorno idéntico al de la mediocampista, con las gradas aún llenas de fondo.

«Qué partidazo se ha marcado la Roja. Sois todas unas cracks, sobre todo tú, @EliMdVilla. Y no lo digo porque seamos compis de #LaPulserita».

Subió el trino, y cuando estaba guardándose el móvil se dio cuenta de que Xabi le estaba observando.

—¿Qué has hecho? Tienes cara de haberla armado.

—Igual sí que necesito una buena agencia de representación que mantenga a salvo mi imagen pública —se mofó Andrei; luego lo besó en los labios.

Mateo, que también había consultado lo que se cocía en aquella red donde él mismo había levantado ampollas años atrás, se dirigió al joven defensa mientras ambos, al igual que los demás congregados, se disponían a abandonar el palco.

—¿Seguimos adelante con la campaña? —le preguntó.

Andrei sonrió ampliamente y asintió.

—Por supuesto. ¿Alguna novedad?

—Hablé ayer con Sandro. Posiblemente la sesión será en enero, luego ya tiene la agenda ocupada con el carnaval de Venecia.

—Mientras no me coincida con competiciones, soy todo vuestro, y Bea también. Por cierto, Mateo...

—Decime.

—¿Y si hablo con Eli? Quizás le interese unirse...

El exdelantero argentino, antes de empezar a despedirse de la familia y acordar que se verían en su domicilio al día siguiente, pues Álvaro, Esteban y Lucía se alojaban en un hotel, le puso una mano en el hombro y replicó:

—Lo dejo a tu criterio, confío en vos.

Andrei, sintiéndose arropado por su confianza, le devolvió la sonrisa. Luego se dedicó, junto con Xabi, a despedirse. Sobre todo de su hermano:

—No desfases mucho.

—Pues mira, por una vez habrá que aprovechar que no entreno mañana, no como otros —se la devolvió Niko.

Y es que estaba invitado, en calidad de pareja, a la celebración informal que habían organizado las jugadoras antes de que la concentración llegase a su fin y las que residían en diversos puntos de la geografía española regresasen a sus hogares, y a sus respectivos equipos, a la mañana siguiente.

—Pasadlo bien. Dile a Marina que espero estar el domingo a la altura.

—Disfrutad de tener el nido para vosotros, tortolitos —les deseó Niko.

La comitiva se fue disgregando, y al final solamente Mateo, Tina, Luna, Silvia y él mismo descendieron hacia la zona mixta, en donde les permitieron el acceso tras mostrar sus acreditaciones. Veinte minutos después, la capitana, vistiendo la equipación de paseo y con el cabello aún húmedo y recogido en una coleta tras haber pasado por la ducha, salió del vestuario y fue hacia ellos.

—Estuviste rebárbara —la felicitó su madre.

Marina, tras abrazarla con fuerza, se dirigió a sus hermanas.

—¡Ha sido alucinante! —afirmó Luna.

—¡El segundo fue un golazo! —añadió Silvia.

—Nos salió bien a todas la jugada, yo solo rematé —se restó ella mérito.

Niko le pasó ambos brazos por la cintura y, orgulloso, añadió:

—No sabía que los ornitorrincos jugasen tan bien al fútbol.

Marina rio y lo besó en los labios. Por último, buscó el abrazo de quien había sido siempre su referencia.

—Estuvieron todas sensacionales.

—Gracias, tío Mati.

—¿Vos me podés decir si el míster saldrá pronto?

La joven estrella de la selección volvió a reír. Puesto que oficialmente ya había empezado su «tiempo libre», consideró que también le llegaba el fin a los formalismos.

—Sigue dentro, hablando. ¿Quieres que lo rescate de las garras del presi?

—A poder ser, sí. —Mateo rodeó los hombros de sus otras dos sobrinas—. Decile discretamente que lo estamos esperando.

Poco antes de desaparecer de nuevo por la puerta del vestuario, Marina le dijo a Niko:

—Ten paciencia. Me toca atender a la prensa, y no saldremos al hotel hasta las diez y media.

—Tranquila, capitana. —Le guiñó un ojo.

Niko se quedó ahí, viendo primero cómo Sergio y Joan se les unían, observando después cómo, tras la salida de Dani, este se despedía y se alejaba junto con Mateo, Silvia y Luna por el pasillo.

Mató el tiempo charlando con la pareja televisiva, en especial con su suegro, que no dejó de insinuarle que a la próxima se les uniera y viese el partido desde la cabina de prensa. Y mientras Marina se deshacía en más muestras de aprecio con su padre y Joan tras haber atendido a los micrófonos, en el *parking* del estadio, y después de que las adolescentes hubiesen ocupado los asientos traseros del vehículo, Mateo se puso al volante y se amparó, por fin, en la intimidad de aquel espacio:

—¿Cómo fue?

—El equipo, genial. Tanto en el césped como en el vestuario, pero...

Mateo, mientras ponía en marcha el motor, lo instó a seguir:

—¿Ajá?

Dani, con un malestar en la boca del estómago que no achacaba a lo determinante que, en el plano personal, iba a ser la jornada siguiente, lo compartió con él, aprovechando que sus sobrinas parecían ocupadas tecleando a toda velocidad en las pantallas de sus móviles.

—He tenido un encontronazo con el presidente de la Federación. Y llámame loco si quieres, pero hay algo en todo esto que no me gusta.

Mateo, tras ponerse a la cola para salir del estadio, afirmó:

—Vos aceptaste el cargo no solo por el equipo, ¿recordás?

Mientras se abrochaba el cinturón de seguridad, Dani replicó, con la vista al frente:

—Acepté porque estoy hartado de los hilos con los que unos pocos manejan este mundillo a su conveniencia.

Y el argentino, diciéndose que era momento de aparcar aquel asunto para centrarse, de forma exclusiva, en la familia, tanto en la que los rodeaba como en la que estaban en aras de construir, añadió, con una certeza que le nacía de las entrañas:

—Entonces, mi amor..., bienvenido a la guerra.

## Capítulo 16

Luna y Silvia se pasaron el trayecto absortas en sus teléfonos. También, con disimulo, atendieron a lo que sus tíos hablaban entre sí.

Seguían preguntándose qué pintaban ahí, un viernes por la noche, después de la bronca que les había caído. Por qué se dirigían a aquel lugar en el que habían pasado tantísimos momentos a lo largo de su vida, aunque de último ya no se dejaban caer con la misma frecuencia que antes.

Si les hubiesen dado a elegir, habrían preferido permanecer en casa, aisladas en el dormitorio que aún compartían y que conformaba el epicentro de su mundo, pero tampoco les desagradaba el cambio de aires.

Así que se mantuvieron en silencio y sin protestar, recordándose que era mejor aquello a que sus padres cambiaran de opinión y les impusieran un castigo, por mucho que su madre hubiese afirmado que no iban a hacerlo porque no serviría de nada.

Una vez Mateo dejó el coche en el garaje y accedieron al interior de la vivienda, ellas se dirigieron de forma automática a la habitación que les correspondía, situada en la planta baja, a dejar las mochilas. Poco después estuvieron de regreso en la zona de la cocina, en donde ellos ya estaban improvisando la cena. Aún llevaban el maquillaje con los colores de la bandera española.

—¿Ponen la mesa? —les pidió Mateo.

Las jóvenes asintieron, y con la eficacia que les otorgaba el saber dónde estaba almacenado cada elemento, dispusieron manteles individuales, platos, cubiertos y vasos sobre la barra americana. Dani, quien seguía vistiendo el traje aunque llevaba arremangada la camisa hasta los codos, buscó la mirada de su marido y, como si esa fuera la señal que ambos habían acordado, rompió el silencio:

—Gracias a las dos por haber venido hoy.

Las adolescentes, como indicando que tampoco es que tuvieran otra opción, siguieron a lo suyo. Mateo, mientras metía en el horno el salmón al papillote que había dejado listo en la nevera y empezaba a preparar una ensalada, se apoderó del turno de palabra:

—¿Saben? No lo recordarán porque eran muy chicas, pero lo primero que hicimos cuando compramos esta casa, fue arreglar la pieza de ustedes y Marina.

Luna y Silvia, habituadas a la jerga argentina pese a no tener acento alguno que evidenciase sus orígenes por el lado materno, se sentaron en los taburetes.

—Yo recuerdo que al principio la cama me parecía enorme —comentó la primera.

—Y yo aquella vez, cuando pegamos en los muebles estrellitas de esas que se iluminan en la oscuridad —añadió la segunda, divertida.

—Ya... Lo de «los muebles» es literal, que me pasé el verano encontrándome pegatinas por todas partes —suspiró Dani.

—Nos encantaba quedarnos a dormir aquí con Marina —siguió Silvia; el estómago le rugió cuando el olor del pescado empezó a inundar el ambiente.

—Te sentabas con nosotras en los cojines del suelo y nos leías cuentos, tío Dani —rio Luna—. Siempre nos decías que solo uno, y al final conseguíamos que nos leyeras cuatro o cinco.

—O cuando jugábamos a inventar historias con disfraces —continuó Silvia—. ¿Te acuerdas de la obra de teatro que hicimos para que la vieras, tío Mati?

El exdelantero asintió. Luego, tratando de no dejarse llevar en exceso por la nostalgia, se apoyó en la barra para mirarlas.

—Obvio que me acuerdo..., y me alegra saber que ustedes también. Ojalá puedan guardar para siempre esos momentos.

Dani, diciéndose que era mejor ser directos, lo imitó. A veces le seguía costando asimilar que aquellas muchachas que tenían delante eran las enanas que, durante años, pusieron su vida del revés.

Un caos que, aunque le costase reconocerlo de forma abierta, también guardaría para atesorarlo.

—Siempre habrá un lugar para vosotras y vuestra hermana aquí. Nos gustaría que os quedase bien claro —les dijo, mirándolas a los ojos.

Ellas fruncieron el ceño, extrañadas al no comprender a qué venía todo aquello.

—Por eso esperamos que no se molesten, pero... —trató de continuar Mateo.

Sabiendo lo duro que le estaba resultando, pero al mismo tiempo recordándole el motivo por el que habían tomado la decisión, Dani le acarició la mano y volvió a hacerse con el turno de palabra:

—Ya sabéis que estamos haciendo todo lo posible para que Rubén empiece a vivir con nosotros cuanto antes.

Las gemelas asintieron.

—Y tras mucho pensarlo y consultarlo con una asesora, hemos llegado a la conclusión de que la habitación que mejor se puede adaptar a sus necesidades es la vuestra. —Dani hizo una pausa, y sin dejar de mirarlas a los ojos, les preguntó—: ¿Entendéis lo que os queremos decir?

Luna fue la primera en responder:

—Que ya no va a ser nuestro cuarto, sino el de él.

Mateo asintió y se apresuró a concretar:

—No piensen que ya no queremos tenerlas acá con nosotros o algo parecido. Es solo que...

Silvia hizo ademán de tranquilizarle:

—No pasa nada, lo entendemos. ¿Verdad? —le preguntó a su hermana.

—¡Claro! Yo hubiera hecho lo mismo, es la mejor habitación de la casa —afirmó, resuelta.

Dani y Mateo, aliviados, guardaron silencio.

—Además —continuó Silvia—, ya no somos unas niñas.

—Eso. ¡Estoy deseando que dejemos de ser «las pequeñas» de la familia! —protestó Luna con hartazgo.

Mateo no pudo evitar echarse a reír suavemente.

—¿Saben qué? A veces me recuerdan tanto a su madre...

—Pues a Tina, no sé, porque no la conocí tan pronto, pero al padre a esa edad ya te digo yo que sí se parecen... —suspiró otra vez Dani. Luego, mientras se incorporaba cuando sonó la alarma del horno y sacaba la bandeja tras protegerse con manoplas, añadió—: Pues eso. Vosotras mismas lo habéis dicho: ya no sois las «peques», pero sabéis bien cómo es serlo. Así que os queríamos pedir que nos echéis un cable.

Mateo aprovechó para poner la ensalada en el centro de la barra. Mientras empezaba a servirles primero a ellas, luego a quien estaba a su lado, concretó:

—Cualquier sugerencia es bienvenida, pero tenemos una idea de por dónde empezar.

Las jóvenes, encantadas de sentirse útiles y, en cierto sentido, adultas por aquella validación, pidieron más detalles. Y Dani, pese a que no las tenía todas consigo, lo desveló:

—Vamos a adoptar un perro, pero más adelante, cuando Rubén se haya aclimatado a la casa. ¿Vendríais con nosotros a la protectora cuando sea el momento, para ayudarnos a elegir?

La revelación hizo que las hermanas empezaran a dar grititos de entusiasmo.

—¡Ay, sí, por favor! —exclamó Luna.

—¡En casa nunca nos han dejado tener uno! —se sumó Silvia.

—Es que nos han dicho que podría venirle bien forjar vínculos con un animal, así que... —trató de justificarse Dani.

—Le tienen que poner ustedes el nombre, ¿sí? —continuó Mateo.

—Que no sea de los grandes, por favor —pidió el seleccionador nacional—. Ni tampoco de los que caben en el bolsillo, una cosa intermedia.

—Tú confía en nosotras, tío Dani —afirmó Silvia.

—Eso. Todo controlado —añadió Luna.

Aclarados ambos puntos, se centraron en cenar. Y siguieron conversando en torno a los cambios que en breve sufriría la casa, cómo les habían aconsejado que adaptasen los espacios y decenas de detalles más sobre los que, para sorpresa de la pareja, las gemelas mostraron genuino interés.

Al menos el suficiente como para que sus tíos paliaran esa tristeza dulce que los embargó al constatar que era el fin de una época. Que las niñas vivarachas que habían crecido también entre esas cuatro paredes ya solo existían en los recuerdos.

Y que era el momento de empezar a forjar otros nuevos.

\*

Esteban y Lucía seguían sin comprender por qué Álvaro se había marchado por su cuenta y con el coche de su padre. Tampoco entendían por qué el menor de sus hijos se había empeñado en ir a buscarlos personalmente al hotel donde se habían alojado la noche anterior. Aun así, ahí estaban, esperando en la habitación con las maletas hechas, el sábado en que Madrid había sucumbido, definitivamente, al frío del otoño.

Tanto habían caído las temperaturas que hasta se notaba en la estancia, al no haber querido activar los calefactores. De hecho, Esteban llevaba un buen rato de pie mirando por la ventana en camisa de manga corta, como dejando claro que aquello no era nada en comparación con el norte de León.

—Y lo fácil que habría sido ir juntos los tres, si vamos al mismo sitio... —volvió a protestar.

—Deja que tus hijos se organicen, sus motivos tendrán —trató Lucía de hacerle entrar en razón.

—¿A qué hora dijo Daniel que venía?

Ella, tras mirar el reloj, contestó:

—A las diez.

—¿Y qué hora es?

—Las diez.

—Llámallo, a ver si ha pasado algo.

—Esteban, por Dios, no seas apurado.

Apenas unos segundos después, escucharon que llamaban a la puerta con un par de toques. Fue Lucía la que acudió a abrir.

—Buenos días. ¿Descansaste, cariño?

—Hola, mamá. Sí, estaba reventado... —Dani, tras besarla, preguntó—: ¿Y vosotros?

—Sí. Estupendamente. Hola, cielo.

—Buenos días —la saludó Mateo, afectuoso.

—No hacía falta que nos mandaras a un hotel, hombre —siguió Esteban con su cantinela en cuanto los hizo pasar. Una vez los cuatro en la habitación, cerró la puerta y añadió—: Que nos podríamos haber apañado sin problema con tu hermano entre el cuarto de invitados y los sofás del salón.

Dani, armándose de paciencia, lo dejó estar.

—¿Y las niñas, no han venido? —se interesó Lucía.

—Oh, se quedaron allá, pero no estarán solas mucho tiempo. —Con conocimiento de causa, pues le acababan de avisar por medio de un mensaje, añadió—: Mis hermanas recién salieron.

—Y Álvaro en nada llegará también —concretó Dani.

—Pues no los hagamos esperar —volvió a meter prisa Esteban.

Dani y Mateo intercambiaron una mirada. El argentino, dedicándole una de sus significativas sonrisas, asintió con un cabeceo.

El actual seleccionador de la absoluta femenina se armó de más paciencia.

—Nosotros cuatro vamos a tardar un buen rato, pero tranquilos, que ya están todos avisados.

—Dani señaló la cama, hecha con tanto esmero que dio por sentado que era obra de su madre, y agregó—: Os tenemos que dar una noticia... Creo que será mejor que os sentéis.

Lucía y Esteban, alarmados, hicieron lo pedido, pero este último no tardó en preguntar lo que ambos pensaban:

—No nos iréis a decir que os vais a divorciar, ¿verdad?

Al oír aquello, Mateo se apresuró a concretar:

—¡No, no! ¡Cómo nos íbamos a separar, justo ahora!

—Ya te digo... —suspiró Dani, y dirigiéndose de nuevo a sus padres, añadió—: Todo lo contrario: si ha habido un momento en que Mateo y yo hemos estado unidos, es este...

Sin poder evitarlo, lo invadió el nerviosismo. Y es que por muy curtido que estuviese ante las cámaras y la presión mediática, las expectativas de directivos, futbolistas y aficionados, ellos seguían siendo sus padres.

Sin duda, el público más difícil de todos. El único al que veneraba.

—Lo siento muchísimo —murmuró, y optó por ponerse de cuclillas ante ellos para poder mirarlos directamente a los ojos—. Sé que tendría que haberos dicho esto hace tiempo, pero...

—Que conste que yo insistí para que lo hiciera, pero el muy boludo no cedió —apuntó Mateo.

—Me he emperado en que fuera así por un motivo. —Tratando de sintetizarlo para no irse por las ramas, Dani concretó—: No quería que os ilusionarais por si al final algo se tuerce y no puede ser. Pero vamos muy en serio, y los trámites están yendo más rápido de lo que creíamos,

así que...

Lucía, sosteniéndole la mirada, dudó:

—¿Nos habéis organizado un viaje sorpresa?

—No, mamá. Bueno, sí que iremos los cuatro juntos a un sitio, pero no van por ahí los tiros.

—¿A Alcalá de Henares? —siguió dudando ella.

—Pero mujer, si ya fuimos el año pasado —intervino Esteban.

El exdefensa, antes de que aquello derivase en una de las clásicas e interminables discusiones del matrimonio, fue tajante:

—No, no vamos a Alcalá, sino aquí al lado. Literal, está a cinco minutos.

—Mi madre fue la semana pasada —añadió Mateo, suavizando sus modismos como siempre que se dirigía a ellos.

—De veras que siento que seáis los últimos en enteraros —insistió Dani.

—Hijo, ¿de qué va todo esto? —se impacientó Esteban.

Dani, no supo bien por qué, se acordó de aquella lejana mañana de Navidad en la que le confesó a su madre que mantenía una relación en secreto con el hombre que aguardaba ahí, a su lado, a que terminase de ponerlos en conocimiento. Notó que Mateo le ponía una mano en el hombro y se lo apretaba para confortarle, y fue todo lo que necesitó para lanzarse. Porque él, al igual que ese veinticinco de diciembre de hacía tantos años, volvía a ser su apoyo.

Buscó sus dedos para rozarlos, devolviéndole el gesto, y se dispuso a no mantener a sus padres por más tiempo en la ignorancia:

—Alguien nos está esperando, papá. A mamá y a ti, y a nosotros, porque le dijimos que hoy iríais a conocerle.

—¿Quién? —preguntó Lucía.

—Vuestro nieto.

Esteban y Lucía se quedaron sin habla, estupefactos. Largos segundos después, fue ella la que atinó a buscar la mirada celeste de Mateo.

—¿Cómo que...? ¿De verdad...?

El argentino se acuclilló también y asintió con un cabeceo, sin poder evitar que se le acentuase el brillo de los ojos; exactamente igual que cuando le dieron la noticia a su madre.

Lucía se quedó lívida. En cuanto a Esteban, atinó a preguntar:

—¿Pero vosotros no decíais que no queríais tener hijos?

Dani, que ya se había preparado mentalmente para responder a esa cuestión, dijo la verdad:

—Las circunstancias cambian, papá. Antes llevábamos un ritmo de locos.

—No queríamos ser figuras ausentes —añadió Mateo por su parte—, pero ahora sí nos podemos implicar.

Esteban sintió que un ramalazo de culpabilidad lo invadía. Y en la privacidad de sus pensamientos se preguntó si la propia experiencia de Dani, que sí que tuvo un padre ausente durante buena parte de la infancia por su trabajo primero, y por haberse marchado a la residencia para canteranos del Juventud después, había tenido peso en aquella serie de decisiones.

Pero se obligó a volver al presente. Un presente en el que estaba aún digiriendo la noticia.

—¿Adopción?

Dani asintió con un cabeceo.

—¿Lleváis mucho esperando? —se sumó Lucía al interrogatorio con un hilo de voz.

—Eso. Que estas cosas llevan su tiempo —la secundó Esteban.

Mateo también se ciñó a la verdad:

—No tanto como piensan.

—Empezamos en verano —concretó Dani. Luego, tras tomar aire todo lo profundo que pudo, se dispuso a dar detalles—: Ha sido todo bastante rápido por un par de motivos.

Y lo fue contando sin prisa pero sin pausa, exponiendo lo que previamente les habían contado a los demás: el historial del niño; que la administración hubiese acelerado la burocracia anteponiendo el bienestar del menor; que aunque la edad de ambos era en principio un hándicap, su situación económica los había posicionado en lo alto de la lista.

—¿Cómo se llama? —volvió a preguntar Lucía en un tono apenas audible.

—Rubén —contestó Dani.

—¿Y decís que es...?

—Invidente —confirmó Mateo.

Tras un tenso silencio, Esteban hizo la más dura de las preguntas. Esa que la otra pareja se había estado haciendo desde que recibieron la primera llamada de la agencia:

—¿Os sentís capacitados para cuidar de él?

A Mateo le temblaron los labios. En cuanto a Dani, recordó lo que le dijo Robert la tarde en que los pusieron a Cris y él al tanto, en referencia a los distintos padres con los que había conversado a lo largo de los años:

«Todos, to-dos me comentaron lo mismo: que se habían preguntando si serían capaces de conectar con la personita que les puso el mundo del revés».

—¿Te sentías capacitado tú cuando nació Álvaro? ¿O cuando nací yo? —le preguntó Dani a su vez.

—No —reconoció Esteban.

—Y aun así, nos sacasteis adelante.

—Tuvimos que esforzarnos mucho, porque apenas tuvimos ayuda —musitó Lucía.

Y Mateo, que había permanecido callado durante largo rato, afirmó, luchando para que no se le quebrase de nuevo la voz:

—Obvio que estamos sobrepasados, pero ya no hay marcha atrás. Además, tenemos una ventaja: la familia.

—Porque aunque va a ser nuestra responsabilidad, sabemos que vamos a contar con una red de apoyo. —Dani hizo una pausa; tuvo que luchar él también contra el nudo que se le estaba formando en la garganta—. Si os queréis implicar, claro.

Al escuchar aquello, Lucía rompió a llorar.

—Mamá, ¿estás bien? —se preocupó.

—Sí, sí... Es que ha sido todo tan... No me lo esperaba... Estoy tan feliz...

Mateo la abrazó y ella no tardó en corresponderle. En cuanto a Dani, insistió una última vez:

—Lo siento... Solo pretendía ahorraros el disgusto si no conseguimos que...

—Déjate de tonterías, Daniel. ¿Cómo no lo vais a conseguir? ¿Dónde va a estar ese niño mejor que con vosotros? —espetó Esteban—. Y claro que nos vamos a implicar. Nos mudamos a Madrid si hace falta.

—Papá, no tan de prisa...

—Podemos pedirle a Rosa que se encargue de mantener la casa del pueblo —intervino Lucía entre hipidos, mencionando a su vecina de toda la vida—, y buscarnos un piso pequeñito no muy lejos de vosotros.

—Claro, pero la casa del pueblo no se vende, que el crío necesitará aire del campo también —afirmó Esteban.

Dani, sin dar crédito, buscó la mirada de Mateo y este se echó a reír suavemente.

—No me puedo creer que Rubén, sin conoceros aún en persona, haya logrado lo que ni Álvaro ni yo hemos conseguido en todos estos años: que os mudéis de una puñetera vez —afirmó, entre asombrado y molesto.

Esteban se puso en pie, todo energía.

—¿Y cuándo decís que vamos a verle?

Dani, dando por imposible a su padre, pero al mismo tiempo henchido de orgullo por él, replicó, imitándole al incorporarse:

—Si no tenéis inconveniente, ya.

—Che, no lo hagamos esperar... Se estará preguntando por qué nos demoramos —apuntó el argentino mientras le tendía la mano a su suegra para ayudarla.

—Pues sí, que lleva lo de la puntualidad a rajatabla. Es peor que tú, papá —agregó Dani.

Esteban, tras buscar primero el abrazo de su hijo, luego el de su yerno, les metió prisa. Mateo tomó las maletas del matrimonio, y sin decir nada más los cuatro pusieron rumbo al *parking* del hotel.

Dani puso su vehículo en marcha y condujo por aquella zona que se conocía de memoria. Tal y como había afirmado, no tardaron en llegar a destino, y Esteban contempló a través de la ventanilla la fachada de aquel edificio gubernamental, antiguo y sobrio. Luego, una vez descendieron, buscó la mano de Lucía y ambos, dejándose guiar, avanzaron por un pasillo de escasa decoración infantil. Correspondieron a los saludos cordiales, aunque neutros, del personal de las instalaciones. Sintieron una opresión en el pecho al reparar en los críos que, expectantes y recelosos, los observaban.

Permanecieron en silencio mientras contemplaban cómo al fondo de una sala, Dani y Mateo se dirigían a un niño en concreto y, tras sentarse a su lado en el suelo, empezaban a dialogar con él. Por la distancia no oían lo que se estaban diciendo, pero cuando el exdefensa les indicó que se acercasen, Esteban giró el rostro.

Lucía tuvo el mismo gesto. Los ojos de ambos se encontraron, y se dijeron sin palabras que aquel era un momento emocionante, de los que coronaban toda una vida juntos.

Una vez estuvieron ahí con ellos, Dani volvió a hablar:

—Estos son mis padres.

—Hola, cariño... Soy Lucía —se presentó.

—Y yo Esteban. ¿Cómo estás?

Rubén escuchó atentamente esas dos voces nuevas, de timbre diferente al habitual y acento cerrado. Palabras que, a sus oídos, sonaron alegres, brillantes. Lo suficiente como para despertar su curiosidad. Después le llegó el chirrido de dos sillas arrastrándose, y dedujo que ellos acababan de sentarse.

El niño esbozó una sonrisa, pero esta se diluyó poco a poco.

—Dani, Mateo...

—¿Sí? —replicó el argentino.

—Lo he pensado. Y me da miedo marcharme.

—Lo sabemos, Rubén —dijo Dani.

—Si me quedo aquí, no podéis seguir viniendo todos los días para siempre, ¿verdad?

—Me temo que no —respondió Mateo—. No porque no queramos, es porque si vos preferís no vivir con nosotros, entonces te buscarán otra familia, ¿entendés? Y ya no nos dejarán a nosotros visitarte.

Rubén asintió con un cabeceo. Lo entendía, claro que lo entendía. Y también entendió que aunque le diera pavor la posibilidad de que todo volviera a salir mal, tenía que intentarlo.

—Entonces, me voy con vosotros.

Un nuevo silencio. Un sollozo; le pareció que de la mujer.

—¿Seguro? —preguntó Dani.

—Seguro.

—Te prometemos que pronto estarás en casa —concluyó Mateo—. Este..., vamos a hablar con Marisa. ¿A vos te parece bien quedarte con Lucía y Esteban? Así se van conociendo.

Rubén volvió a asentir.

—Enseguida regresamos —agregó Dani por su parte.

Rubén escuchó cómo se alejaban. Luego se centró en el perfume. Y en un carraspeo.

—¿Te gusta el fútbol, Rubén?

—No.

—¡Anda! A mí tampoco.

—No seas mentiroso, Esteban.

El hombre rio, y a Rubén se le contagió la risa.

—Vale. A mí sí me gusta. ¿Qué te gusta a ti?

Rubén se lo pensó. Contestó. Siguió hablando, escuchando. Sabía que pasado un rato, aquellas personas se tendrían que marchar, pero que Dani y Mateo volverían a la mañana siguiente, domingo.

Él no era consciente de ello, pero esa simple frase que había pronunciado fue recibida por aquellas personas como un regalo adelantado de Navidad. E iluminaba la oscuridad de la incertidumbre, tan cerrada como la negrura del mundo que, hasta esos momentos, había conocido.

Un mundo que, quiso creer, podía estar lleno de colores, de esos que aunque no podía ver, sentía dentro, muy dentro. En el centro mismo del corazón.

# Capítulo 17

Los días se fueron sucediendo en una cadencia a ratos vertiginosa, a ratos demasiado lenta. Marina, inmersa en el ritmo de las competiciones, los desplazamientos y el estudio, observaba cómo las horas de luz eran cada vez más escasas, cómo el frío se iba abriendo paso en Madrid, pero también en su corazón.

Y es que las promesas de dedicarse más tiempo como pareja, de pasar juntos tardes y noches a solas, languidecieron con cada obstáculo que les impedía cuadrar planes. Cuando no era a Marina a la que no le venía bien, era Niko el que proponía dejarlo para otro momento. El uno inmerso en su objetivo de trazar una red de contactos cada vez más tupida y aprobar las asignaturas pendientes de primero, la otra con su intrincado calendario de entrenamientos, competiciones y las exigencias de la carrera a distancia.

En realidad, si ese frío seguía abriéndose paso en su pecho, se debía a que en el fondo era consciente de que si no sacaban tiempo, era porque no querían. O porque no les apetecía hacer el esfuerzo. Siempre posponiendo, siempre rindiéndose ante la menor desavenencia.

Siempre relegando lo suyo en el orden de sus respectivas prioridades.

Durante el último mes sí que se habían visto, pero siempre con Andrei y Xabi, o con Bea y Sabina. También quedaron con Eli cuando ella se había desplazado a Madrid para disputar un encuentro de liga, y compartieron un café antes de que el bus de su equipo regresase a la ciudad del Turia.

Luego, tras los exámenes, Niko partió con su familia a Terrassa. Marina, presa en la melancolía, se centró en la suya y en disfrutar de aquella Navidad que tan extraña le supo al no marcharse, como era tradición, al pueblo.

Permanecer en Madrid le había permitido pasar más tiempo con sus padres y hermanas, e incluso optó por quedarse varios días con ellos, en el amplio apartamento donde había crecido. También ayudó en casa de sus tíos, a fin de que la llegada de Rubén fuese lo más llevadera posible.

De hecho, se había pasado todo aquel 30 de diciembre pensando en cómo les estaría yendo a ellos y a su nuevo primo en el inicio de su convivencia. Que Niko hubiese regresado a la capital ávido de datos sobre todo lo ocurrido en su ausencia no ayudaba, precisamente, a distraerla.

—¿Y dices que han puesto bandas de esas por toda la casa? —preguntó mientras le daba un sorbo a la taza de cacao hirviendo que Marina le había preparado.

Ella, sosteniendo otra y sentada a su lado en el sillón, asintió. Saber que por fin iban a estar a solas hasta la jornada siguiente, pues su compañera de piso estaba en Colonia de vacaciones, le hacía ilusión, pero al mismo tiempo le resultaba de lo más extraño.

—Exacto, bandas antideslizantes —confirmó Marina—. En los peldaños de las escaleras, en las entradas a las habitaciones...

—Menudo follón, ¿no?

—Y tanto. Entre Luna, Silvia y yo colocamos también pegatinas con relieves por las paredes, para que pueda orientarse. ¿Sabes que oficialmente nuestra habitación ya no lo es? Ahora es la suya... Supongo que a estas alturas estarán los tres juntos en casa. —Le dio un sorbo al cacao, y dedicándole una sonrisa trató de centrarse en ese presente que estaban compartiendo —: ¿Y tú qué tal?

—Bien, lo de siempre... Mis abuelos en su línea, mis primos también.

—Tus primos segundos. ¿O terceros?

—Tú ya me entiendes. —Niko sopló y la imitó al dar un sorbo. Luego le sonrió—. Andrei estaba que se subía por las paredes, no sabe estar sin Xabi. Como si fueran siameses.

—Las separaciones temporales les vienen bien, así luego lo retoman con más ganas.

—¿Con más ganas? No, por favor, que terminarán de corromper mis pobres oídos —hizo Niko un puchero.

Marina rio.

—¿Les vas a pedir a los Reyes Magos unos tapones ergonómicos de esos, a prueba de cualquier tipo de ruido?

—A prueba de gemidos y golpeteos de colchón, exacto —corroboró Niko.

Ella siguió riendo. Luego, a medida que se calmaba, reparó en que también era la primera vez en mucho tiempo en que los dos estaban a solas y no se iban directamente a la cama.

No era que no le desease, al contrario, y más tras casi una semana el uno a kilómetros del otro, pero lo cierto era que se sentía bien estando simplemente así, dejándose reconfortar por su cercanía, por el calor de una conversación banal. Matando el silencio de sus corazones con lo que eran capaces de gritar sus cuerpos.

—¿Sabes lo que me apetece? —preguntó mientras apoyaba la cabeza en el respaldo del sofá.

Niko se hizo el interesante:

—No me lo digas... Pedir algo a domicilio y sesión de pelis míticas.

—Exacto. —Marina, como si fuesen elecciones obvias, concretó—: *Toy Story*, *Aladdin* y *Mulan*.

—Y las tres seguidas, en vena.

—Qué bien me conoces, koala.

Encargaron un par de bandejas de *sushi*, y para cuando empezaron la maratón apoltronados en el sofá, en Madrid dejó de llover tras casi dos días de diluvio.

Las horas volaron mientras disfrutaban de aquellos largometrajes de animación que habían visto juntos desde niños. Recitaron diálogos de memoria, canturrearon canciones y se entregaron al que, posiblemente, había sido su momento más íntimo en varios meses cuando se rindieron al sopor y dormitaron el uno junto al otro, sus hombros tocándose, las cabezas la una contra la otra, mientras el resplandor de la pantalla los iluminaba al estar el salón a oscuras.

Una melodía los despertó. Niko, adormilado, atinó a alargar el brazo para rescatar su móvil. De hecho, no recordaba haberlo dejado ahí, sobre la mesita auxiliar, horas antes.

—¿Quién es...? —murmuró la delantera.

—Mi madre. Qué raro, si ya pasan de las doce... —Tras recolocarse hasta quedar sentado, Niko aceptó la llamada—. Hola, mamá. ¿Todo bien?

Marina se lo quedó mirando mientras Niko se limitaba a escuchar al otro lado de la línea. Al percatarse de que su gesto demudaba hasta transformarse en una mueca de espanto, detuvo la reproducción de la película y dejó que un presentimiento oscuro y denso como la brea fuese infiltrándose en cada partícula de su ser.

—¿Qué pasa? —rogó que la sacase de la incertidumbre.

Niko la miró a los ojos, pero no dijo nada. Tras un par de minutos de silencio que a Marina

le resultaron eternos, él puso fin a la conversación:

—Voy para allá. Sí, te aviso.

Nada más colgar, Niko clavó los codos en las rodillas y apoyó el rostro en ambas manos, como sosteniéndoselo.

—Me estás asustando... —murmuró ella.

Intentando tragarse el pánico, la rabia y la impotencia que sentía, Niko se puso en pie.

—Mis padres están en el hospital con Andrei.

—¿En el hospital...? —palideció Marina.

Niko asintió. Tenía el pulso disparado.

—A Xabi y a él les han dado una paliza.

—¿Quiénes?

—No lo sé. Mi madre me ha contado lo mínimo, estaba muy nerviosa.

—¿A dónde los han llevado?

Niko no contestó, y a Marina le bastó con ver cómo el rostro de su novio volvía a palidecer para hallar la respuesta.

«Al mismo hospital al que lo llevaron a él... El que tiene concertado el Juventud».

Marina fue a por los abrigos de ambos, metió en los bolsillos lo imprescindible y le tomó de la mano.

—Vamos. Conduzco yo.

Él, aún tratando de asimilar lo ocurrido, se dejó hacer. El mundo de pronto se convirtió en una mancha borrosa, y el corazón empezó a dolerle tanto que creyó que de nuevo se le iba a infartar.

Solo podía pensar en su hermano. En Xabi. En Andrei otra vez.

Marina se encargó de recorrer el asfalto mojado hasta el recinto hospitalario. También se hizo cargo de llamar a Cris en cuanto apagó el motor, una vez estacionó su coche en el *parking*.

Solo cuando estuvieron en la planta que le indicaron y Niko, saliendo del estado de ensimismamiento, fue raudo a abrazar a sus padres, ella se permitió el lujo de bajar la guardia. Se quedó en un segundo plano viendo cómo Robert y Cris consolaban a su hijo y trataban de ponerlo al corriente sobre el estado de su gemelo.

—Le hemos podido ver antes un momento —explicó Puig—. Estaba consciente.

—¿Y Xabi?

—Sus padres me dijeron que le están haciendo pruebas. No sé nada más.

Marina, incapaz de contenerse, se acercó y preguntó con un hilo de voz:

—¿Qué ha ocurrido exactamente?

Cris le sostuvo la mirada hasta que los ojos se le llenaron de lágrimas. Tratando de recomponerse a marchas forzadas, compartió lo poco que sabía:

—Salieron a dar una vuelta, y unos chicos que estaban por la calle...

Se le rompió la voz y no pudo continuar. Robert, abrazándola para darle un consuelo que él mismo necesitaba y que nada ni nadie podía otorgarles, concretó:

—Andrei asegura que los llamaron maricones.

Marina se quedó helada. En cuanto a Niko, le propinó una patada a la pared.

—¡Joder! —blasfemó, presa de la furia.

Odiaba estar otra vez en aquel hospital. Oler su esencia, reconocer sus pasillos. Pero, sobre todo, odiaba estar de vuelta sabiendo que el que sufría era su hermano.

—Necesito verle.

—No podemos pasar ahora.

—¡Tengo que verle, mamá! —insistió.

—Nikolai, hay que esperar —trató Robert de hacerle entrar en razón.

—Vamos a sentarnos, cariño, y a tener paciencia. Gracias a los dos por haber venido —musitó Cris.

Él, a regañadientes, obedeció. En cuanto a Marina, sintiéndose diminuta e insignificante, lo imitó. Tras unos minutos de tenso silencio, se atrevió a preguntar a la otra pareja:

—¿Los trajisteis vosotros?

—No. Unos testigos entraron en un bar para avisar a emergencias —compartió Puig la poca información que poseía—. Cuando los metieron en la ambulancia, Andrei pidió que me llamasen. Yo se lo dije a los padres de Xabi, y aquí estamos...

Más silencio. De pronto, el ruido de la puerta abriéndose. Una mujer ataviada con bata blanca. Los padres de los gemelos poniéndose en pie, como activados por un resorte.

Y Marina, que tuvo que agarrar a Niko de un brazo para que no se metiera en la habitación sin más.

—No hay indicios de lesiones internas, pero pasará la noche en observación.

—¿Podemos verle, doctora? —preguntó Marina.

—Sí, pero déjenle descansar lo posible.

Como si hubiese dado el pistoletazo de salida, y mientras Cris y Puig permanecían en el pasillo hablando con la facultativa, Niko y Marina accedieron al habitáculo. Al ver a Andrei en la cama, la realidad los golpeó a ellos también.

Sonreía pese a tener el rostro amoratado. Su ojo izquierdo, de tan hinchado, se había convertido en una rendija, y tenía varios puntos de aproximación en el pómulos. Llevaba una vía conectada al brazo derecho, y la insulsa bata con la que lo habían vestido cubría, de forma parcial, varios vendajes.

En medio del impacto inicial, Marina reparó en que su muñeca estaba desnuda. Demasiado desnuda sin el emblema que su amigo había lucido durante meses.

—¿Esto qué es, la venganza por el mal trago que te hice pasar cuando me hospitalizaron a mí? —atinó Niko a preguntarle tras sentarse en el borde de la cama.

—No soy tan retorcido, marsupial —se la devolvió Andrei.

El aparente buen humor con el que le había respondido hizo que Niko se desmoronase. Marina atinó a sentarse ella también en el borde de la cama, y manteniendo la compostura por sí misma y por Niko, miró a Andrei y fue directa:

—¿Cuántos eran?

—Cinco.

—¿Quién empezó la pelea?

—Ellos. Nos insultaron primero, luego intenté pararlos, pero...

La sonrisa de Andrei se esfumó, y las imágenes que habían desfilado por su mente de forma

incansable durante las últimas horas volvieron a torturarlo. Porque no recordaba el dolor que lo había llevado a perder la consciencia, sino un pánico que volvió a florecer y le quebró la voz:

—Xabi... ¿Dónde está Xabi...?

Marina tuvo que recurrir a todo su temple para no romperse ella también.

—Le están haciendo pruebas.

—Si le pasa algo, yo... —sollozó.

Niko, incapaz de soportarlo por más, se puso en pie.

—Tranquilo, que me aseguraré de que lo traigan aquí.

Andrei asintió con un cabeceo. En cuanto el exfutbolista abandonó la habitación, tomó, desesperado, la mano de su mejor amiga.

—Tienes que hacerme un favor...

Marina le sostuvo la mirada, haciendo otro esfuerzo por no reparar más de la cuenta en la desfiguración de buena parte de su rostro.

—Lo que sea.

Andrei, bajando la voz como si alguien los estuviese espionando, le rogó:

—Llama a tu tío. Mañana van a venir los nacionales a redactar un informe y necesito que esté él delante.

Ella frunció ligeramente el ceño.

—¿A mi tío Mateo? —dudó.

Andrei asintió con un cabeceo. Luego se arrepintió, pues el gesto le provocó un nuevo ramalazo de dolor.

—Parece que me robaron la cartera... Algo me dice que de cara al papeleo va a ser lo único que importe.

Marina notó que le temblaba el labio inferior al invadirla una impotencia desoladora.

—Vendrá. Te lo prometo.

—Me arrancaron la pulsera, ¿sabes? A Xabi también. Los muy cabrones les prendieron fuego con un mechero, fue lo último que vi antes de desmayarme —musitó Andrei.

Su amiga de la infancia, su hermana, escuchó ruidos y dedujo que pronto iban a tener acompañantes. Así que se incorporó y, tras besarle en la frente, afirmó:

—Me encargaré personalmente de que pronto tengáis pulseras nuevas.

—Pero ve a comprarlas al bazar ese de la Ciudad del Fútbol, ¿eh? —hizo ademán Andrei de bromear.

—¿Mediavilla se chivó?

—Por supuesto. No eres la única que tiene chats kilométricos con ella.

Marina ahogó una carcajada vacía, su arma de defensa contra el horror. Su escudo contra los monstruos, si es que dicho escudo servía de algo.

Volvió a besarle en la frente. Luego pasó junto a Cris y Puig, que acudieron a reunirse con su hijo. Del otro no había rastro por ninguna parte.

Amparándose en lo mucho que conocía aquel lugar, accedió a la última planta y salió a la terraza, esa a la que acudía la gente para fumar o, como era su caso, procurarse soledad.

El frío gélido de la noche la abofeteó. Se apoyó en la balaustrada y, con la mirada fija en las luces de los edificios aledaños, se llevó el móvil a la oreja mientras aguardaba a los tonos de la

primera de las dos llamadas que se disponía a hacer.

Las luces se transformaron en manchas borrosas a medida que las lágrimas se acumulaban en sus ojos, y para cuando respondieron al otro lado de la línea, no pudo más.

—¿Marina? —replicaron desde Valencia.

Nada más escuchar su voz, se echó a llorar.

Eli, alarmada por las horas pero paciente, la dejó desahogarse. Luego susurró palabras suaves, instándola a calmarse, a contarle, en la medida de lo posible, qué había ocurrido.

Marina la puso al corriente. Sintiéndose algo más serena, añadió, irónica:

—¿Sabes lo más gracioso de todo? Que pensaba llamarte sí o sí esta noche, pero por otro motivo.

—¿Por cuál?

—A Niko se le ocurrió que quizás te gustaría venir a celebrar el fin de año con nosotros. Teníamos planeado acampar los cuatro en el piso de él, Andrei y Xabi. Poner el karaoke, hacer el tonto... —De nuevo con la visión emborronada, agregó—: Me temo que se nos ha ido el plan a la mierda.

Eli, con una seguridad que le nacía de las entrañas, replicó:

—Cogeré el primer tren que salga para Madrid.

Marina se quedó sin habla. Luego, con un hilo de voz, atinó a preguntarle:

—¿Lo dices en serio?

—Y tanto. Mándame la ubicación del hospital, que voy a mirar billetes.

La delantera notó que una nueva lágrima le bajaba por el rostro, pero no una amarga.

—Gracias.

—No me las des. Nos vemos en unas horas.

Luego Eli cortó, y Marina, tras contemplar las vistas unos segundos más, volvió a llevarse el móvil a la oreja.

E hizo la segunda llamada, esa que Andrei le había pedido, a sabiendas de lo delicado del momento que Mateo y Dani se encontraban viviendo.

## **Segunda parte**

# Capítulo 18

Dani se había pasado aquella jornada oscilando entre los dos extremos de la balanza.

Por un lado, que la tediosa burocracia hubiese llegado a su fin le hacía sentir un alivio indescriptible. Pero, por otro, desde que Rubén se subió con ellos al coche y cargaron al portabultos la maleta en la que el chiquillo tenía todas sus pertenencias, notó que la musculatura se le agarrotaba en un síntoma de tensión y ansiedad.

Mateo y él les pidieron a todos los integrantes de la familia que ese día los dejaran a su aire. Que no los atosigasen a mensajes; que ya se encargarían de ponerlos al corriente de cómo había ido.

Aunque en un principio se sintió culpable por establecer tanto hermetismo, más que nada porque era consciente de lo mucho que los demás querían echarles un cable, esa noche, mientras Mateo estaba con el niño tratando de conseguir que se durmiera, se metió en la ducha y apoyó la frente en los azulejos, dejando que el agua caliente descendiera por su cuerpo y arrastrase el cansancio mental.

Llevaba horas mortificándose. En concreto, desde el momento en que Rubén comenzó a protestar porque no conocía aquel entorno, y a Dani se le pasó por la cabeza, rápido como un rayo, el pensamiento de que empezaba a arrepentirse de haber dado aquel paso.

Siguió con la frente apoyada en los azulejos, dejando que el agua corriera sin más. Y se preguntó si todos los padres y madres del mundo, al adquirir tal condición, se habrían sentido igual de miserables que él, cuestionándose si no habían cometido un error fatal adoptando un rol para el que no se sentía preparado.

Se obligó a respirar profundo, a mantenerse en sus cabales.

«Es demasiado pronto para que te rindas», se dijo a sí mismo.

Pensó en Mateo, en su paciencia infinita. En Rubén; en lo asustado y frustrado que debía de sentirse al no ser aquella la primera vez en que tenía que adentrarse en un hogar nuevo, forzado a aprenderse la disposición con el temor de que fuese en balde si acababa de regreso en el centro de menores.

«Eso no va a ocurrir», volvió a decirse en la intimidad de sus pensamientos.

Terminó de ducharse, y una vez en pijama regresó a la planta baja, notando extraño con las zapatillas el tacto rugoso de las bandas antideslizantes. Suspiró; Mateo seguía en la habitación con el niño.

Se dedicó a recoger la cocina, y acababa de activar el lavaplatos al amparo de las diminutas luces del extractor de la placa cuando escuchó pasos. Giró el rostro y le vio.

Aunque el argentino le dedicó una sonrisa, a esas alturas le conocía tan bien que pudo leer en su rostro que estaba agotado.

—Menudo día, ¿eh? —dijo Dani por romper el hielo.

—Bien intenso, sí —le dio la razón mientras se apoyaba en la encimera de la barra americana. Luego depositó, también sobre dicha superficie, el monitor de vigilancia que mostraba la imagen de Rubén acostado en su nueva cama, en apariencia durmiendo tranquilo—. Che, no es ningún bebé, pero me sentiré más tranquilo así los primeros días, por si nos llama.

—Lo que sea con tal de quitarte de la cabeza tu idea de dormir en el sofá. —Dani, haciendo un esfuerzo por espantar a sus fantasmas, añadió—: ¿Cómo le notaste? ¿Nervioso?

—Un poco. Normal, demasiadas novedades. —Mateo, ojeroso, redirigió la conversación—: ¿Y vos? ¿Cómo te sentís?

—No lo sé. Creía que después de toda la experiencia con las niñas, esto iba a ser más fácil.

—Mañana el sol otra vez saldrá —hizo ademán de tranquilizarle para, acto seguido, ir hacia la despensa—. Che, estoy hambriento.

—Pero si acabamos de cenar...

Él hizo como si no lo hubiera escuchado y Dani no insistió. En eso también lo conocía a la perfección: cuando Mateo se estresaba, crecía el pozo sin fondo de su estómago.

Estaba sopesando si mandar un mensaje de audio con el que acallar las ansias de información de su círculo íntimo cuando empezaron a sonar los primeros acordes de la canción de Coldplay que tanto significaba para ambos.

Mateo se dejó llevar por la música hasta dar con el móvil, pues, cosa extraña en él, se había olvidado por completo del teléfono, y al ver quién lo estaba reclamando frunció el ceño.

—Es Marina...

—¿Marina, a esta hora? —se extrañó Dani a su vez.

Mateo, sin más, aceptó la llamada mientras abría la nevera.

—Hola, mi vida. ¿Qué tal?

Era tan acusada la calma que imperaba en la estancia que Dani pudo escuchar la voz de su sobrina sin necesidad de que estuviese activado el manos libres.

Sus ojos oscuros buscaron los celestes de Mateo, y ahí se quedaron a medida que el rostro del argentino reflejaba el horror primero, la consternación y la furia después.

—Por supuesto que no faltaré. ¿Vos dónde estás? No, nena, volvé a donde lo tuyo... —trató de convencerla para que no hiciese noche en el hospital.

Dani, con el pulso disparado, volvió a oscilar en la balanza. La musculatura de hombros y espalda, esa que había conseguido relajar a base de agua caliente y autocontrol, se le agarrotó de nuevo.

—¿A qué hora tienes que marcharte? —preguntó a bocajarro en cuanto Mateo colgó.

—A las siete. No me quiero retrasar por el tráfico.

Dani asimiló que iba a tener que hacerse cargo de Rubén él solo por la mañana.

—Voy a llamar a Robert.

—No. —Mateo, tajante, volvió a mirarle a los ojos—. Ya me encargo mañana de hacerles saber que los tenemos presentes a todos.

—Pero...

—Fue un día duro, y mañana lo será más. Mejor ir a dormir.

—¿No querías cenar otra vez?

Mateo, volviendo a sorprenderle pese a que llevaban el uno en la vida del otro más de veinte años, dijo algo que hasta ese momento había creído imposible escuchar de sus labios:

—Se me pasó el hambre.

Una frase en apariencia tan simple, unida al silencio que los envolvió cuando se retiraron a su habitación acompañados del pequeño monitor portátil, le hicieron saber al seleccionador de la absoluta femenina que su marido estaba mucho más afectado por las circunstancias de lo que parecía dispuesto a reconocer.

\*

Tras haber pasado la noche en vela presa de la preocupación y el dolor que, pese a los analgésicos que le habían administrado, invadía cada célula de su cuerpo, Andrei cerró los puños para contenerse mientras los agentes de la nacional que llevaban ahí cerca de una hora, haciéndole preguntas y tomando notas para el posterior informe, le insinuaban a su acompañante que se encontraban en un recinto hospitalario y debía bajar el tono de voz.

—Caballero, no hace falta que pierda los nervios.

—¡Fue una agresión homófoba! —insistió Mateo, sin ceder ni un milímetro en aquella batalla dialéctica.

—No contamos con grabaciones, solo con el testimonio de los ciudadanos que dieron aviso —contraatacó uno de los policías, repitiendo la cantinela por tercera o cuarta vez—. Y los testigos no mencionaron nada que corrobore que...

—¿Qué más necesitan para que conste por escrito?! —volvió a exclamar el argentino—. ¿Evidencias? Aquí tienen todas las que necesitan. —Señaló al joven futbolista—. ¿No fue suficiente con el testimonio de la otra víctima?

Andrei sintió otra punzada de dolor, solo que directa al corazón, al escuchar cómo se refería a Xabi. Aún no había podido verle, pero Niko se había encargado de comprobar en persona que se encontraba bien; magullado y con una costilla fisurada, pero estable.

—La única evidencia en firme, además de los partes médicos, es la denuncia por la sustracción de su cartera que ya nos ha presentado el señor Puig —recalcó el otro agente, y mientras miraba al defensa añadió—: Seguiremos buscando a los sospechosos, pero es muy probable que no recupere sus pertenencias.

Andrei volvió a cerrar los puños.

—Me da igual la cartera. Solo quiero que haya justicia.

—Haremos todo lo que esté en nuestra mano. Y ahora, si nos disculpan, volveremos a la central para redactar el informe.

—Se le hará llegar una copia a la mayor brevedad —concluyó su compañero.

Mateo, haciendo un esfuerzo sobrehumano para no perder el poco temple que le quedaba, aguardó a que los hubieron dejado a solas. Pese a todo, Andrei se le adelantó:

—Menuda mierda...

El argentino le miró, y la visión de su rostro amoratado le resultó insoportable.

—Esto no va a quedar así, ¿entendiste, Andrei? Me voy a asegurar.

—Siento haberte metido en todo esto, Mateo...

—No tenés que sentir nada. —Se sentó en el borde del lecho articulado, y tratando de insuflarle calma, compartió cierto dato con él—: Vos no te acordás porque eras muy chico, pero cuando yo aún estaba en activo, también sufrí una agresión.

Andrei asintió con un lento cabeceo.

—Sé de lo que hablas... —Tras una pausa, añadió—: Te tiraron desde la grada una moneda o algo así, ¿no?

Mateo esbozó una triste sonrisa.

—No, un *zippo* de la bandera LGBT. Directo a la cabeza. —Tomó suavemente la mano derecha del joven y se la llevó al cráneo, para que pudiera tocar con las yemas de los dedos la cicatriz en el cuero cabelludo, oculta por sus cabellos rubios—. En el informe que se redactó

constan todos los puntos de sutura que me dieron, pero ni una palabra sobre lo obvio.

—Que te mandaron al hospital por marica —musitó Andrei.

Mateo volvió a asentir con una vaga sonrisa pintada en sus labios.

—El Juventud no se pronunció, ni tampoco la prensa. Así que te prometo que no voy a permitir que la historia se vuelva a repetir.

Andrei notó que se le cerraba la garganta.

—Te lo agradezco también..., aunque si te soy sincero, ahora mismo me da todo igual. Solo quiero ver a mi novio.

El exdelantero, poniéndose en su lugar, asintió. Luego lo besó en la mejilla a modo de despedida y se llevó el móvil a la oreja a medida que abandonaba la habitación, dejándose arrastrar por el ritmo frenético en el que llevaba inmerso desde primerísima hora.

Atinó a despedirse también de Cris y Puig. Puesto que a esas horas las visitas a los pacientes estaban restringidas, dedujo que no vería a Marina y a Niko, ni a los demás componentes de la cuadrilla.

Justo cuando iba a descender por una escalera, escuchó que lo llamaban:

—¡Mateo!

Se giró, y al ver que un celador estaba trasladando la cama articulada donde estaba Xabi, se detuvo.

—Te vuelvo a llamar —le dijo a quien estaba al otro lado, y colgó. De unas pocas zancadas se situó junto al muchacho—. ¿Cómo estás?

—Mejor. Me han dicho que me van a llevar a la habitación con Andrei.

—Recién estuve con él... Me temo que la policía mucho no va a hacer.

Xabi, dolorido aunque con un brillo distinto en los ojos, lo miró fijamente mientras el sanitario, por consideración, esperaba para seguir desempeñando su trabajo.

—Nos acorralaron en la calle, Mateo. Cinco contra dos. Nos insultaron. Nos dieron una paliza en grupo por ir de la mano. —Con la boca convertida en una tensa línea, Xabi añadió—: No hicimos nada malo. Solo estábamos yendo al pub de siempre.

—Obvio que no hicieron nada malo.

—Pues a ver cómo hago yo ahora para no perder la cabeza cuando vea a Andrei, que Niko me ha dicho que parece Frankenstein —rio por lo bajo sin humor.

Mateo, sintiendo una opresión en el estómago ya de por sí cerrado, lo besó a él también en la mejilla.

—Manténganme informados, por favor. Volveremos a hablar en cuanto les den el alta.

Xabi asintió, y contempló cómo el exfutbolista desaparecía por la escalera; poco después, el celador volvió a empujar la cama por el pasillo.

El antaño capitán de la albiceleste recaló en su vehículo y, tras activar tanto el motor como el manos libres del móvil, encadenó una llamada tras otra mientras atravesaba el norte de Madrid en dirección a las oficinas centrales de la fundación.

El tiempo voló entre reuniones improvisadas, *emails* y videoconferencias. Solo cuando contempló las vistas al Paseo de la Castellana desde su despacho, iluminado por las luces de las farolas, se dio cuenta de que había anochecido.

De hecho, se dio cuenta de que se había olvidado por completo de lo que había dejado atrás

esa misma mañana, en casa. Y que tenía una perdida en el móvil que no había visto; o, mejor dicho, que no había querido ver.

Una angustia amarga le subió por el esófago. Instó a todos los que seguían ahí a que se marchasen, y de nuevo se puso al volante. Pensó en hacer una última llamada para anunciar que estaba de camino, o en poner música o la radio para distraerse, pero optó por conducir en silencio, concentrando al máximo sus sentidos abotargados.

Casi cuarenta y cinco minutos después, rozando la medianoche, se adentró en el salón de su casa. Y allí, prácticamente en el mismo lugar donde lo había visto por última vez cuando se marchó al alba, estaba Dani.

Pudo sentir lo enrarecido del ambiente incluso antes de que el leonés, lanzándole una mirada furibunda, arremetiese sin piedad:

—¿Dónde cojones estabas?

Él, sin afán alguno de justificarse, respondió:

—En la oficina.

—Ya. Lo supuse porque no me devolvías la llamada... ¿Sabes cuántas veces ha preguntado Rubén por ti? —siguió increpando—. Llevo todo el puto día inventándome excusas, y consolándole, porque me he despistado un segundo y se ha metido una hostia de campeonato. ¡Estuve a punto de llevarlo a urgencias!

Mateo, manteniendo la compostura a duras penas, preguntó:

—¿Está bien?

—Le curé la brecha y le puse hielo.

—¿Ya duerme?

—Sí. Me ha costado casi una hora y me ha hecho leerle el mismo cuento seis veces. —Dani, pasado el momento de volcar sin medida el enfado, trató de calmarse, pero no lo consiguió—: Esto no es lo que acordamos, Mateo.

—Ya. Ya sé...

—No, no sabes. Porque dijimos que íbamos a bajar el ritmo, que nos íbamos a centrar en formar esta familia.

Dejándose llevar por la ira y la frustración acumuladas, también estalló:

—¿Es que vos no estás dolido con lo que les ocurrió a los chicos?

—¿¿Cómo no voy a estarlo!? Joder, no me puedo creer que me estés preguntando algo así.

—¿Entonces por qué no lo entendés si hoy me tuve que...?

—¡Porque comprendo que estés cabreado y asustado, yo también lo estoy, pero tienes que poner un límite! —Dani trató de no reabrir viejas heridas, pero le resultó imposible—: ¡¡Siempre acabas haciendo lo mismo!! ¡Te vuelcas en los demás y te olvidas de los que estamos junto a ti! Antes éramos solo tú y yo, sabes que hasta cierto punto podía tolerarlo, ¡¡pero es que ahora somos tres!! —Tras una tensa pausa, remató su alegato—: ¡¡No puedes tomarte esta situación como algo personal, por mucho que nos afecte lo que ha ocurrido!!

—¿Que no me lo tome como algo personal? ¡¡Claro que es algo personal!! —Fuera de sí, Mateo bramó—: ¡¡Es algo personal porque me niego a aceptar que nuestro hijo tenga que crecer en este mundo de mierda!!

Se quedaron el uno mirando al otro, las respiraciones de ambos ajetreadas. La adrenalina descendiendo a pasos vertiginosos tras dispararse.

Y de pronto, sorprendiéndolos a ambos, una vocecilla que los puso en alerta.

—¿Estáis peleando por mi culpa...?

La pareja volvió a mirarse, presa del horror. Mateo, notando que los ojos se le llenaban de lágrimas, no tardó ni un segundo en arrodillarse ante el niño.

—No, mi vida, no... ¿Cómo íbamos a discutir por vos?

—¿Dónde estabas? —volvió a preguntar Rubén.

—En el trabajo. Me demoré, pero no se va a volver a repetir.

El niño, sin tenerlas todas consigo, asintió con un lento cabeceo. En cuanto a Dani, exhausto, atinó a decir:

—No te preocupes. ¿Te llevo de nuevo a la cama?

—¿Puedo ir con los dos?

Ellos volvieron a mirarse, enterrando el hacha de guerra. Le tomaron cada uno de una mano, y a paso lento avanzaron hasta el dormitorio. El argentino iba dispuesto a seguir guiándole, pero su marido le hizo un gesto para que se detuviera.

—Rubén, ¿le enseñas lo que hemos practicado hoy?

Él asintió, y tras notar la banda rugosa que delimitaba el arco de la puerta, empezó a enumerar en alto tras soltarse:

—Desde la marca son doce pasos. Uno..., dos...

Mateo notó que le temblaban los labios y se le empañaba la mirada al ver cómo el chiquillo se alejaba, dando indicios de querer desenvolverse solo.

Y se lo había perdido.

Cuando Rubén tocó con la punta del pie la base de la cama, Dani lo felicitó:

—Eso es. ¿Subes tú?

El niño volvió a asentir.

Mateo lo arropó, y tras desearle buenas noches y besarlo en la frente, apagó la luz. Ese gesto cotidiano volvió a espolearlo con fuerza, al ser consciente de que para Rubén tanto daba si las lámparas estaban encendidas o no.

Salió junto a Dani de la habitación, y en cuanto este hubo cerrado con cuidado la puerta, se rompió en mil pedazos.

—Lo siento... —sollozó.

Dani se mantuvo firme unos segundos más; algo que le costó esfuerzos titánicos.

—Yo también siento haber reaccionado así, pero te lo digo en serio: hay que buscar una solución. Porque obviamente tienes que batallar, ya sabes que soy el primero que te apoya en esto, y que te recordaré todas las veces que sean necesarias que no puedes rendirte, pero no a costa de que sigas pagando este precio. —Incapaz de contenerse por más, buscó su mano. Como Mateo no la retiró, empleó la otra en secarle las lágrimas en una caricia—. Rubén te necesita, y yo también, pero lo más importante de todo es que recuerdes que no puedes cargar con tanto peso tú solo, Mati...

Él volvió a sollozar y buscó su abrazo. Dani se lo devolvió.

Permanecieron así largo rato, hasta que el exdefensa, en un alarde de lucidez, comentó, apenas disimulando que también se le había escapado alguna lágrima que otra:

—Somos un desastre...

—¿Por? —replicó Mateo en un susurro, aún estrechándole contra él.

—Entre lo de la paliza, tu adicción al trabajo y mi pánico escénico, nos hemos olvidado por completo de lo de esta noche.

—¿El qué?

Dani se soltó lentamente, y tras tomarle de la mano fue en dirección al sofá. Una vez ahí, se hizo con el mando a distancia y encendió el televisor, cuya amplia pantalla mostró la inconfundible estampa de las atestadas calles del centro de Madrid, frente al edificio del Ayuntamiento engalanado para despedir el año.

Tras asimilarlo, Mateo rompió a reír.

—¿¡Pero cómo puede ser que no recordáramos que es Nochevieja!?

—Para viejo yo, que me quedan... Seis minutos. —Resignado, mirándole con los ojos tan enrojecidos como los suyos, le preguntó—: ¿Has cenado?

Mateo negó. Prefirió no reconocer abiertamente que no había probado bocado en todo el día.

—Espero que no dé mala suerte comerse un sándwich de doce veces en vez de uvas —dijo el leonés mientras se incorporaba para ir a la cocina.

Poco después estuvo de regreso y Mateo agradeció el plato que le tendió, justo a tiempo, pues el veterano presentador ya se disponía a empezar la cuenta atrás de las campanadas.

Tratando de no atragantarse, hicieron desaparecer ambos sándwiches sin faltar demasiado a la tradición, y mientras afuera se empezaba a escuchar el ruido de los fuegos artificiales que alguien, en la población más cercana, estaba lanzando, ellos terminaron de tragar y compartieron el primer beso de aquellos trescientos sesenta y cinco días que tenían por delante.

—Feliz cumpleaños, mi amor...

—Gracias. No me puedo creer que me caigan cuarenta y ocho, si parece que fue ayer cuando debuté en primera... —rezongó Dani.

Volvieron a besarse. A un par de metros de ellos, su móvil empezó a vibrar.

—Ni con estas me dejan en paz —farfulló, aunque en el fondo le hacía ilusión que familia y amigos siempre se disputaran el puesto de ser los primeros en felicitarlo.

—Dale, ve a llamar.

—¿No te importa?

Él sonrió y negó con la cabeza. Dani tomó el teléfono, pero cuando ya iba hacia las cristaleras que daban al jardín trasero, volvió a dirigirse a él:

—Delega, Mateo. Sé que cuesta, pero tienes que soltar.

—Lo haré... Y me obligaré a trabajar solo en las mañanas.

—Claro, aprovechemos las horas en las que Rubén estará en el colegio. Vayamos a buscarlo juntos a la salida siempre que sea posible, y a partir de ahí, solo existimos nosotros.

Mateo volvió a sonreír, a asentir.

—Una última cosa.

—Decime.

—He estado pensando, y... No sé, es igual es una locura, pero creo que no estaría mal que nos apuntásemos los dos a clase de braille. Para poder leer con él y ayudarle cuando esté aprendiendo.

El exdelantero se lo quedó mirando. Imprimiendo en ello todo el amor, la adoración y

admiración que sentía por él.

—Y luego decís que no sabés si serás buen padre... —susurró.

Dani, demasiado cansado para adulaciones, insistió:

—¿Y bien?

—Apuntate vos, que sos el estudioso.

—Como quieras. Pero luego no te quejes si te dejamos atrás.

—No me quejaré, *mi capitán*.

—Espérame en la cama, anda.

Mateo esbozó una última sonrisa, pero se quedó en el sofá, observando cómo él empezaba a devolver llamadas. Primero a sus padres, luego a Álvaro. A Puig y Cris; a Joan y Gorka; a Sergio y Tina. Y un largo etcétera.

En lugar de marcharse al dormitorio, Mateo recurrió también a su móvil, esperando que la línea no estuviese tan saturada como para que a muchos kilómetros de allí cierta persona respondiese.

Pero Alejo Olivieri de nuevo no le falló.

—Dichosos mis oídos, si es el Vico...

Mateo rio, feliz por escuchar la voz de su mejor amigo.

—Bien lejos estás en el espaciotiempo... Aún siguen en el año pasado ustedes, ¿cierto?

—Feliz año nuevo para ustedes. ¡Que conste que pensaba telefonar mañana, para felicitar a tu esposo y preguntarles cómo les va en su nueva etapa de papás!

Él, notando que la añoranza lo desmadejaba, pero también la desesperación, no quiso extender demasiado los prolegómenos.

—Nos vamos adaptando, flaco, pero no es por eso por lo que estamos hablando.

—Decime, Vicovic. Te conozco. ¿Qué querés de mí?

Mateo, tras una pausa, terminó de abrirse en canal:

—Te necesito, Alejo. Se avecinan tiempos oscuros, mucho trabajo por delante..., y no puedo hacer esto sin vos. Sé que con tu retiro no es el mejor momento, pero...

Y desde Montevideo, en donde había encontrado estabilidad a pocos kilómetros de la Buenos Aires natal de ambos, él respondió:

—Suerte que aún conservo mi vieja capa de *Superman*.

# Capítulo 19

Rubén despertó en aquella cama por segunda mañana consecutiva.

Era cómoda y grande, mucho más que la que tenía en el centro de acogida. Pero también extraña, distinta. Hacía ruidos a los que no estaba acostumbrado cuando se giraba, y aunque sabía que le habían puesto barreras a los lados, le daba miedo moverse por si se caía al suelo.

Así que llevaba un buen rato quieto, boca arriba con la cabeza sobre la almohada. Si se ponía de costado por el lado izquierdo, le dolía el chichón que se había hecho la tarde anterior. Se llevó la mano y palpó la cicatriz, ya seca. Dani, tras curarle la herida, le habló del montonazo que se había hecho cuando jugaba al fútbol mientras le aplicaba hielo, y que sabía que le estaba doliendo, pero le aseguró que pronto pasaría.

Rubén asintió y siguió escuchándole. Intentó no quejarse, porque le gustaba que él lo cuidase y, sobre todo, despertaba su curiosidad saber que a Dani hasta lo habían tenido que operar por lesiones.

Le hizo un sinfín de preguntas, porque aunque también había estado en un hospital, solo le hacían pruebas aburridas. Y Dani respondió, y le contó lo que era la anestesia y los vendajes de compresión, los puntos de sutura y demás cosas interesantes.

Le gustaba cómo hablaba, cómo cambiaba la voz cuando los personajes de su cuento favorito hablaban. Los anteriores padres con los que había vivido no lo contaban tan bien; incluso muchas noches le decían que estaban cansados y ni siquiera le leían.

De pronto le dieron ganas de ir al baño, así que se incorporó y buscó en la barrera de la cama los relieves. Unas pegatinas que Luna, Silvia y Marina —así le habían dicho Dani y Mateo que se llamaban sus sobrinas, a las que aún no conocía— colocaron para que pudiera guiarse. Tanteó hasta tocar el suelo; luego encontró por el tacto sus zapatillas y se las puso.

Tenía miedo, pero hizo un esfuerzo por recordar.

«Doce pasos».

Los dio, con la mano derecha hacia adelante, hasta que tocó el pomo de la puerta.

«Abro. La banda rugosa. Giro a la derecha, cinco pasos más».

Cuando estaba a punto de empezar a caminar, escuchó que lo llamaban.

—¿Rubén?

Volvió el rostro por instinto. Era Mateo.

—Hola.

—Buenos días. ¿Vas al baño? ¿Necesitas ayuda?

—No. Estoy bien.

—Estoy preparando el desayuno. ¿Te parece si espero acá y luego me acompañas mientras termino?

Asintió. Cinco pasos, girar otra vez. El tacto rugoso en el suelo, delimitando el marco de la puerta.

Y dudó.

—¿Mateo?

—Decime.

—Mejor sí. Ayúdame.

Él no se hizo de rogar. Le indicó dónde estaba cada elemento, lo dejó desenvolverse a su ritmo. Cuando cerró el grifo tras lavarse las manos, Rubén sonrió.

—Ya está.

—Buenísimo, porque necesito un ayudante. ¿Vos sabés qué día es hoy?

Rubén le escuchó con atención. Le gustaba cómo pronunciaba esa consonante, arrastrando el sonido «sh».

—¿Sábado?

—Exacto. Y el cumpleaños de Dani.

—¿De verdad?

—Sí. Vamos a preparar algo que le gusta. Es la tradición desayunar en la habitación de arriba.

Volvió a sonreír. Nunca había desayunado en la cama.

Lo siguió hasta la zona de la cocina —veinte pasos— y Mateo lo subió a un taburete.

—¿Qué es lo que le gusta?

—Panqueques. ¿Sabés lo que son?

Negó con un cabeceo.

—Son como *pancakes*. Este..., ¿cómo los llaman ustedes acá en España?

—¿Tortitas? —dudó.

—¡Eso! Pero mejores, porque es la receta de mi *ma*.

—Cecilia —recordó.

—Delante de vos hay un paquete. ¿Me lo podés dar?

Alargó la mano y tanteó. Era un envase de papel, blando al tacto. Se lo tendió.

—¿Qué es?

—Harina. Un segundo, que termino la masa...

Rubén, curioso, se dejó envolver por aquellos sonidos. Reconoció el de los huevos al romperse, el de uno de esos aparatos que tanto escándalo hacían, pero que nunca le habían dejado manejar.

Mateo se situó detrás de él y volvió a preguntarle:

—¿Querés batir?

Rubén sonrió y asintió. Notó que él dirigía su mano hacia el botón del aparato, y cuando le indicó que presionase, sintió la vibración; escuchó el sonido de los ingredientes al mezclarse; percibió el olor de los huevos y la harina cruda, y el de otros dos que no llegó a reconocer.

—¿Qué más tiene?

—Leche y aceite. —Mateo le pidió que soltase el botón—. ¿Echás la sal? Solo un poco.

Divertido, volvió a asentir. Metió los dedos en el bote, notando los granos contra las yemas. Luego echó la pizca en donde estaba el bol y volvieron a mezclar.

Permaneció sentado en el taburete, atento, mientras Mateo seguía cocinando.

—¿Cómo sabes cuándo están listos? ¿Cuentas el tiempo?

—Hay quien lo sabe por el color, pero yo prefiero el truco de Ceci. —Con un matiz de orgullo, Mateo reveló—: Se sabe cuándo están perfectos por cómo huele.

A Rubén le rugieron las tripas. El aroma que inundaba la cocina era irresistible.

—De hecho, así es como huelen justo cuando hay que voltear, ¿viste? —Una pausa; luego un cambio en la modulación—. Che, Rubén, siento lo que dije. Me salió sin pensar.

Al chiquillo le hizo gracia que pidiera disculpas.

—No pasa nada. Todo el mundo me dice cosas así. —Notó de nuevo el olor—. Ahora tienes que darle la vuelta al otro, ¿no?

—Sí. ¡Qué bárbaro, te voy a pedir que seás mi *sous-chef*!

—¿Eso qué es?

—Alguien muy importante en la cocina. Tomá, el primero para vos.

Rubén aceptó que le pusiera en las manos, semienvuelto en una servilleta, el panqueque recién hecho. Se lo acercó a los labios y sopló. Luego dio un mordisco.

El sabor le estalló en las papilas gustativas. Estaba dulce, pero no en exceso. Era esponjoso, liviano.

—Qué rico.

—¿Te gusta? Luego habrá más.

Mientras Mateo seguía sacando panqueques, Rubén se acabó el suyo. Esperó a que el argentino terminase de servir las bandejas mientras le describía todo lo que estaba colocando sobre ellas, y luego se dirigieron hacia la escalera —veinte pasos; bandas rugosas; diez peldaños—. Se dejó guiar hasta el dormitorio principal, y allí escuchó otra voz.

—Buenos días...

—Feliz cumpleaños —replicó con entusiasmo.

—¿Sabés que Rubén ayudó a prepararlos? —añadió Mateo por su parte.

—Entonces serán los mejores panqueques que me haya comido en mi vida, y eso que han sido un montón.

Volvió a dejarse orientar y subió a aquella cama grande, cómoda y extraña, en donde desayunaron los tres juntos. Rubén se comió otro, y de paso probó el dulce de leche. Escuchó conversaciones, participó en otras tantas.

Quiso creer que los gritos que lo habían despertado la noche anterior no habían sido sino un mal sueño. Que ese amanecer podía convertirse en algo habitual en aquella casa que estaba empezando a descubrir.

Y también se prometió que la próxima vez que pudiera ayudar en la cocina, aceptaría sin dudar. Porque le gustaba sentirse útil. Porque era divertido.

Y porque, aunque aún no lo sabía y en contra de cuanto podría esperarse, entre fogones y recetas iba a encontrar su verdadera vocación muchos años después.

## Capítulo 20

Amparándose en la confianza que Marina le había rogado que se tomase, Eli se preparó un café con leche y se sentó en la cocina para beberlo a pequeños sorbos mientras observaba el entorno.

El piso de su amiga no era especialmente amplio, pero sí luminoso y acogedor. Aunque apenas conocía Madrid, le pareció que estaba en buena zona, pues no había escuchado ruidos de la calle durante la noche. Eso le hizo pensar en Bea, y tras sacarse el móvil le mandó un mensaje.

«He dormido de fábula en tu cama. Bueno, en vuestra cama, je, je... Gracias por cedérmela, que lo paséis bien».

Lo mandó y volvió a sonreír al dar por hecho que su también compañera en la selección tardaría en leerlo, pues debía de estar muy ocupada en disfrutar con su novia del invierno en tierras alemanas. Luego devolvió el teléfono a la mesa y suspiró.

Había sido todo muy rápido. En cuanto habló con Marina la madrugada del viernes, no se lo pensó y compró un billete para el primer tren en el que encontró plaza. El avión prefirió ni mirarlo; no le entusiasmaba volar, y bastante mal llevaba de por sí tener que desplazarse más a menudo que nunca por aire desde que era internacional.

Nada más recaló en Atocha, fue hasta el hospital cargando con su exiguo equipaje. Niko y Marina la estaban esperando fuera. Recordó el sentido abrazo de él; cómo se le encogió el alma con el de ella.

Cómo a duras penas logró aguantarse las lágrimas cuando pudo visitar a Andrei.

Ya de noche, y puesto que Niko se negaba a abandonar el recinto, Marina le propuso que se fueran ambas a su piso. Bea, que estaba al tanto de lo ocurrido y no regresaría a la ciudad hasta varios días después, insistió por medio de mensajes y audios para que campase a sus anchas en su habitación y usara lo que necesitase.

Así que ahí estaba, tomándose el café en una taza de Hello Kitty que le pareció mona.

—Buenos días...

Eli giró el rostro y volvió a sonreír. Marina, con la melena rubio oscuro despeinada y pintas de haber salido de entre las sábanas apenas unos segundos antes, parecía una leona. Una que no dudaba en proteger con uñas y dientes a su camada.

Una que, pese a todo, llevaba encima una carga densa y oscura. Y que, para qué negárselo a sí misma, incluso con semejante aspecto le seguía pareciendo preciosa.

—Buenos días. ¿Has descansado?

—Más o menos. ¿Y tú?

—He dormido como un tronco.

—Anda, te has apropiado de la taza favorita de Bea —observó la delantera.

—Ya... Supuse que la de los canguros sería tuya.

—Supones bien. —Marina le regaló una sonrisa que le supo a poco, y tras atarse el pelo en una especie de moño deshecho, se sirvió café también—. ¿Qué te apetece? Tenemos cereales y pan.

—Lo mismo que vayas a desayunar tú.

—Cereales entonces. Hoy no muevo ni un dedo más de lo necesario.

No tardaron en estar las dos ante sendos boles repletos de aros de avena integral con miel, flotando sobre una generosa ración de leche. Eli la observó mientras ella masticaba, llenando el ambiente de crujidos, y decidió no seguir posponiendo la conversación:

—Marina, ¿cómo estás?

—Bien.

—¿Seguro?

Ella empezó a jugar con la cuchara. Tenía la mirada fija en los cereales.

—Me siento...

—Suéltalo —la instó Eli.

Notando que la desazón volvía a espolearla sin piedad, Marina fue sincera:

—Me siento como una mierda.

—¿Y eso por qué?

—Porque soy una egoísta. Y no es el mejor momento para algo así.

Eli dejó su cuchara en el bol y empleó la mano en rozar la suya. El contacto hizo que los ojos azules de la capitana del Juventud buscaran los suyos, negros y brillantes como el azabache.

—Puedes contarme lo que quieras. No voy a juzgarte.

Tras unos segundos de duda, Marina lo confesó con un hilo de voz:

—No quiero perder a Andrei también...

Eli frunció ligeramente el ceño, sin comprender.

—¿Por qué ibas a perderlo? ¿Y por qué dices «también»?

Su amiga suspiró. Luego volvió a remover los cereales, y tras llevarse una cucharada a la boca siguió sacándose de dentro la maraña de pensamientos que la atormentaba:

—Niko no ha vuelto a ser el mismo desde lo que le ocurrió. Normal, ¿no crees? ¿A quién no le afectaría haber estado al borde de la muerte y perderlo todo en un segundo, a lo Thanos? —Hizo un chasquido, como el personaje de las películas de superhéroes que tantas veces había visto con los gemelos—. Desde entonces he intentado estar a su lado y apoyarle, pero...

Eli guardó silencio sin dejar de sostenerle la mirada; indicándole con el lenguaje corporal que, junto a ella, estaba en un lugar seguro; que podía compartir sus pensamientos y emociones. Desahogarse, librarse del lastre y seguir adelante.

—Le siento cada vez más lejos —terminó de verbalizar Marina sus preocupaciones—. No hago sino contenerme cada vez que me muero de ganas por contarle cómo me ha ido entrenando, practicando alguna estrategia nueva, o cuando salgo motivadísima de una convocatoria o con el subidón tras un partido, porque sé que le haré daño. No es que el fútbol fuese lo único que de verdad nos conectaba, pero sí que era una parte importante. Y ahora que hemos perdido esa unión, pues...

Eli volvió a tomar su mano. A obsequiarle una sonrisa tranquilizadora y comprensiva.

—Te preocupas mucho por él.

—Le conozco de siempre, como a Andrei. Ellos siempre han sido parte de mi mundo. Por eso me aterra pensar en que Andrei pierda ahora su alegría, porque lo de Niko más o menos puedo sobrellevarlo, que por algo soy su novia, pero él... —A Marina se le quebró la voz—. No quiero perder a mi mejor amigo. Y sí, soy una egoísta, porque él ahora lo está pasando fatal y yo solo pienso en mí.

Eli arrastró la silla hasta quedar a su lado y la abrazó.

—No eres egoísta. Estás preocupada también por él, temes que las secuelas que le queden por todo esto sean muy profundas.

Marina, con el rostro enterrado en el hombro de ella, asintió con un cabeceo.

—Todo esta situación es una mierda —murmuró, algo más calmada.

—Una mierda bien grande —le dio la razón Eli.

—De vaca de La Pampa.

—O de elefante africano.

Marina rio. Luego se separó lentamente y, tras sorber, se limpió las lágrimas y los mocos con la mano.

—Hablando de mierdas, menos mal que la confianza apesta... Siento que estés teniendo que verme así.

—Tía, no digas estupideces.

—Demasiado tarde. Llevo diecinueve años soltando chorradas por esta boca sin parar.

Eli esbozó otra sonrisa y se acabó el café. Luego insistió una última vez, a fin de que el mensaje calara hondo:

—No te flageles más de la cuenta, Marina... Estar en nuestra piel ya es lo bastante duro de por sí como para que te machaques de esa manera por algo que no depende de ti. Porque por mucho que quieras a Niko, a Andrei y Xabi, son ellos los que tienen que seguir adelante. Tú puedes ayudarlos tirando del carro, pero no llevarlo sola.

—¿Me estás comparando con un buey, de esos pobrecitos que se usaban antes para arrastrar las carretas? —trató de bromear la delantera.

—Más o menos, que soy muy de campo aquí donde me ves —se la devolvió. Mantuvo la sonrisa y añadió—: No sé qué piensas tú, pero a mí a veces me resulta agotador ir siempre a contracorriente: por ser mujer y futbolista; por gustarme otras chicas; por no encajar con los cánones de belleza que nos meten con calzador en las redes sociales... —apuntó, llevándose las manos a los pechos, pues más de uno en el anonimato cibernético la había tachado de «tabla de planchar».

—Que le den a los cánones. Si estás buenísima.

Eli se echó a reír, más que nada para disimular que el rubor se le había subido al rostro por el cumplido, y añadió:

—Y también por no querer lo que mis padres pretendían dejar en mis manos del negocio familiar... Sí, estoy harta de tener que ir siempre rompiendo las reglas.

Marina se la quedó mirando. Le pareció tan entera, tan adulta. Se sintió a años luz de ella, pero, al mismo tiempo, tan cerca que la proximidad le quemaba.

—Y sin embargo, vas a seguir rompiéndolas.

—Exacto.

—Amén, hermana.

Eli rio suavemente cuando Marina alzó la mano derecha para que se la chocara.

—Yo también seguiré dando por saco —afirmó la delantera, recuperando parte de su energía habitual—. Estoy hasta el toto de que no se nos tome en serio.

—¿Has dicho «hasta el toto»? —se empezó Eli a tronchar.

—Hasta el totísimo —enfaticó Marina— de los neardentales que campan a sus anchas por ahí y se creen con derecho a meterle una paliza a quienes sus egos de machirulos consideran una amenaza. Y de los que insultan en Internet y en los estadios.

—Yo también estoy hasta el toto —se unió Eli.

—Pues algo habrá que hacer para compensar estas ganas de rociar gasofa y prender fuego —exageró Marina.

Eli, algo cohibida, volvió a insinuar:

—¿Por qué no vas a casa de tus tíos? En serio que no me importa quedarme por aquí el tiempo que haga falta, y a la tarde me paso a ver a Andrei y Xabi.

—No pienso dejarte sola. Y en vistas a que te niegas a unirte...

La valenciana, con un apuro que a Marina le resultó encantador, negó con enérgicos movimientos de brazos y cabeza:

—¡Imposible! ¿Yo, en la casa del míster por su cumpleaños? ¿Con tu familia? ¿Y sabiendo porque eres una bocazas que acaban de ser padres? No, no, no...

—Que conste que ha sido *el míster* el que me pidió que te invitase.

Eli atinó a sonreír.

—Y lo agradezco, pero de veras que es algo muy íntimo. Quizás en otra ocasión.

Marina se incorporó y se estiró, luciendo su pijama de felpa con estampados de gatos.

—Pues nada, ya les diré que me pasaré a verlos y a conocer a Rubén un día de estos. Total, se les va a llenar la casa, bastante agobio tendrán encima. Ellos sí que son cabezotas. Ellos y mis padres, y todos los demás, por empeñarse en reunirse precisamente hoy.

La mediocampista se acabó el desayuno y e hizo ademán de fregar el bol, la taza y la cuchara, pero Marina se lo impidió y los fregó ella misma.

—Supongo que necesitarán mantener la mente ocupada —musitó Eli.

—Sí —le dio Marina la razón—. Solo espero que ya mañana les den el alta. —Echó un vistazo a la hora; aún era temprano—. Por lo pronto, ¿te parece si damos una vuelta? Está el cielo despejado.

—Si está despejado, es que hace incluso más frío —replicó Eli.

—Pues sí, pero hay que hacer tiempo hasta que empiece la hora de visitas. Y, además, así podemos aprovechar que los bazares de la zona abren aunque sea festivo.

Creyendo adivinar por dónde iban los tiros, replicó con otra pregunta:

—¿Sugieres que vayamos a por provisiones?

Y Marina, mirando la pulsera arcoíris que Eli lucía en la muñeca, esa que había generado el *hashtag* que de nuevo incendiaba las redes tras hacerse pública la agresión, afirmó, más convencida que nunca de que debían seguir quebrando convenciones sociales:

—Sí. Y que se atrevan a volver a quemarlas, porque no vamos a parar.

# Capítulo 21

Mientras conducía por aquella carretera que se conocía prácticamente de memoria, pues llevaba la mitad de su vida yendo de forma más o menos regular a casa de Cris y Puig, Joan apagó la radio y farfulló:

—Que lo de la agresión haya pasado de puntillas por la prensa con la excusa del parón de fin de año, vale, porque no me sorprende, pero que el Juventud aún no haya emitido un comunicado oficial me indigna. —Puso el indicador para desviarse hacia la derecha y volvió a farfullar—: *Trec foc pels queixals*<sup>1</sup>.

Gorka suspiró.

—A mí lo que me parece surrealista es que a estas alturas sigas teniendo fe en que el club se va a pronunciar al respecto.

—Pues bien que han lanzado campañas de blanqueamiento de imagen, y nunca mejor dicho lo de blanquear, cuando alguna de sus estrellas ha metido la pata con Hacienda —siguió Joan farfullando.

El realizador trató de mantenerse sereno no solo por él mismo, sino por ambos.

—Lo importante es mantenernos fuertes en nuestro círculo —insistió—. Olvídate del exterior, céntrate en los chicos. Y, sobre todo, en nuestros amigos, que son los que más necesitan ahora el apoyo.

Joan, pese a que llevaba puesto un grueso abrigo, sintió que la piel se le erizaba por un escalofrío.

«Nuestros amigos».

Habían pasado muchos años desde que, también usando como pretexto el cumpleaños de Dani, les había presentado a Gorka a los demás. Pese a todo, ser consciente de que él los sentía como parte de su núcleo vital, de su familia escogida, lo emocionaba y enorgullecía a partes iguales.

—¿Sabes lo peor de todo? Que la vocecita de mi cabeza no deja de decirme que todo esto es una broma pesada del destino, por habernos rajado a última hora con lo de volver a *yankilandia* por Navidad —dijo, irónico.

Gorka esbozó una sonrisa.

—Sabes que eso no tiene lógica alguna, ¿verdad?

—Claro que lo sé. Les habrían dado la paliza aunque hubiésemos estado en la otra punta del planeta en vez de aquí, en Madrid.

El vasco, tras guardar silencio unos segundos, añadió a su vez:

—¿Te parece si no volvemos más?

—¿A San Francisco? —pidió él que concretase.

—Solo quedan unos meses hasta el traslado de Julen y Ari. Después de eso podremos verle, verlos —se corrigió a sí mismo— siempre que queramos, que los tendremos cerca, así que...

Joan, sin perder ni un segundo, dio su veredicto:

—Me parece perfecto. No me malinterpretes, que los echo de menos y el crío crece tan rápido que cuando lo volvamos a ver en persona no lo vamos a reconocer, pero...

—... es una paliza.

—Un horror. —Dándose cuenta de que no lo habían hablado abiertamente, Joan siguió tocando el asunto—: Cada vez que vamos, me paso la mitad del tiempo allá con *jet lag*.

—Para mí hasta ahora ha sido llevadero porque era una novedad, que hasta que te conocí la ruta más larga que había hecho en avión era Madrid-Araba —reconoció, pronunciando en euskera el nombre de su tierra—, pero comprendo que a ti se te haga cuesta arriba.

—No sabes lo que agradezco que los de producción nos lleven por carretera la mayor parte del tiempo a cubrir las retransmisiones —volvió a farfullar Joan.

Gorka se estiró desde el asiento del copiloto. Estaban próximos a llegar a destino.

—¿Quieres que conduzca yo en el segundo tramo? Así puedes estar con Cris.

—Si no te importa, te lo agradezco.

—Sin problema.

—Gracias, *laztana*<sup>2</sup>.

Gorka le rozó en una caricia la mano que tenía sobre la palanca de cambios, y Joan se detuvo poco después ante la casa del matrimonio. Les hizo una llamada perdida, y apenas unos minutos después, no sin haberse asegurado de que Cruyff tenía todo lo necesario para dejarlo solo un par de horas, Cris y Robert salieron por la puerta del jardín.

En cuanto estuvieron en la calle, vieron que Gorka y Joan los esperaban fuera del coche, prestos a saludarlos con un abrazo.

—¿Cómo estáis? —quiso saber el primero, visiblemente preocupado.

—Anoche conseguimos dormir un rato, así que mejor —respondió el exdefensa. Cuando fue a abrazar a su paisano, añadió—: Los chicos nos comentaron que estuvisteis por el hospital de visita. Mucha gracias.

—No las des, *pelat* —lo amonestó Joan—. Niko dijo que no coincidimos con vosotros por cinco minutos.

—Nos obligaron a marcharnos a casa, ya ves —añadió Cris.

Joan sintió que el corazón se le encogía al ver el rostro macilento de su amiga; sus iris sin brillo, las ojeras que el maquillaje apenas lograba disimular. Mientras la estrechaba le dijo al oído, no sin encorvarse para compensar la diferencia de estatura:

—¿Seguro que queréis venir?

Ella, aferrada a él, contestó:

—Sí. Necesito despejarme un poco y quiero conocer a Rubén.

—Ya somos dos. Además, me muero de ganas por verle la cara a nuestro amigo Daniel, que debe de estar agobiado no, lo siguiente.

—Pobre, no seas malo con él. Si lleva toda la vida practicando lo de ser «mamá gallina» —hizo Cris además de bromear.

Subieron los cuatro al coche, pues habían acordado compartirlo aprovechando que la otra pareja vivía cerca. Gorka se puso al volante, con Puig de copiloto. En cuando a Cris y Joan, ocuparon los asientos traseros.

Nada más el vasco hubo arrancado, Robert los puso al tanto de las novedades:

—Mañana les dan el alta. Los dejarán esta noche ingresados para terminar de descartar contusiones y daños internos.

—¿Xabi cómo está? —se interesó el conductor.

—Molesto por la fisura, pero en unas semanas debería sanar.

—¿Y Andrei? —preguntó Joan.

Ante aquella mención, Cris tuvo que girar el rostro hacia la ventanilla, como si tuviese un súbito interés por el paisaje.

—Le han bajado la dosis de analgésicos. Tiene cita con el servicio médico del equipo pasado mañana para una valoración, pero es posible que se caiga de la lista para la próxima convocatoria.

—Lógico —apuntó Gorka.

Puig siguió poniéndolos al tanto de lo que había llegado a sus oídos gracias a las redes internas del club:

—Se rumorea que si no puede jugar el siguiente partido de liga, el club lo va a expedientar, con sanción económica inclusive.

Joan abrió bien sus llamativos ojos verdes y exclamó:

—¡¿Cómo que lo van a expedientar?!

—Por perjudicar al equipo al causar baja por razones personales y extradeporativas —musitó el padre del aludido.

Gorka, sin dar crédito, pensó en voz alta:

—Esto es de locos... Son víctimas de un delito de odio y encima lo penalizan.

Mientras Gorka y Puig conversaban al respecto, Joan se dio cuenta de que Cris seguía mirando hacia lo que había más allá de la ventanilla. Buscó su mano y ella se giró lentamente. Tras apoyar la cabeza en su hombro, murmuró, de forma casi inaudible:

—¿Por qué tienen que sufrir siempre todos mis hijos?

Él se volvió a estremecer, porque supo captar a qué se refería. O, mejor dicho, a quiénes se refería: a los gemelos, sí, pero también al hijo biológico, o hija, pues ya nunca lo sabría con exactitud, que perdió en las primeras semanas de gestación.

Joan apoyó la cabeza sobre la suya, y sabiendo que ni con esas podía darle el consuelo que necesitaba, trató de animarla:

—Cuando las aguas se calmen, te voy a llevar a un sitio espectacular que descubrí hace poco, *xiqueta* —susurró.

Cris esbozó una sonrisa. Mustia, pero sonrisa al fin y al cabo.

—¿Sirven alcohol?

—Sí, pero mejor moderarse. Que no sé a ti, pero a mí últimamente me sienta fatal.

—Y a mí. —Sin cortarse un pelo, tal y como Joan adoraba de ella, agregó—: Insomnio, sequedad vaginal e intolerancia al alcohol. Empieza bien la premenopausia.

—En serio, deberíais grabar un *podcast* tú y la rubia.

—Luego intentas convencerla, porque no la vi muy entusiasmada cuando se lo sugerí.

—Pero si habla por los codos, como el hermanísimo —rezongó Joan.

Permanecieron así, con las cabezas unidas, sumidos en un cómodo silencio y mecidos por el traqueteo del coche. Diciéndose, sin necesidad de más palabras, que el uno siempre podría contar con el otro.

Pasara lo que pasase.

Aunque tras haber criado a tres hijas pensaba que había superado con creces todo lo concerniente a la paternidad, Sergio no hacía sino darse de bruces contra una estampa bien distinta.

Tras el ramalazo de rebeldía de Luna y Silvia las cosas parecían haber vuelto a la calma, al menos todo lo posible entre la celebración de las fiestas navideñas, el terremoto que había sacudido el epicentro de la familia y la llegada del nuevo miembro de esta, pero lo cierto era que el espigado exdefensa del Juventud se sentía torpe, inseguro.

Y dicha inseguridad, por mucho que tratase de camuflarla con comentarios jocosos, se acrecentaba a cada metedura de pata:

—¡Pero criatura, mira por dónde vas, que te vas a meter un tortazo! —exclamó al ser testigo de lo cerca que había estado Rubén de darse contra una silla.

—Sergio, que no ve... —increpó Dani en voz baja.

—Ya, ya... Joder, que me ha salido sin pensar.

Contemplando cómo el chiquillo reía con sus primas, que parecían encantadas por mantenerlo entretenido, al menos durante el rato en que no les urgiera echarle un vistazo a sus móviles por si tenían notificaciones y mensajes, Dani siguió conversando con él:

—Es complicado, lo sé... Hasta que no empezamos a tratar con Rubén no fui consciente de lo visual que es el lenguaje.

Sergio también se quedó observando cómo sus hijas, preadolescentes que no querían saber nada de su no tan lejana infancia, jugaban con aquel niño. Su sobrino. El hijo de su amigo de toda la vida y su cuñado.

—Mira que siempre pensé que seríais unos padres cojonudos el *argento* y tú, pero ahora que ya estáis en el ajo me resulta raro.

—Eso. Tú dame ánimos.

—Pero si duerme del tirón por la noche y come de todo sin protestar. Venga, no me jodas, que lo tenéis medio hecho.

Dani suspiró.

—No está siendo fácil.

—Ya... —Sergio, tratando de ser empático, volvió a meter la pata—: Lo de la minusvalía es una putada.

—No es minusválido.

—¿Cómo que no?

—Coño, Sergio. Tiene una discapacidad, pero eso no lo hace «menos válido» que los demás.

—*Sorry*. Me ha salido sin pensar otra vez.

—Ya... —Dani volvió a suspirar—. En eso el lenguaje también se las trae.

—Me temo que no te va a bastar con educar al enano: nos vas a tener que reeducar a todos nosotros.

—Y no sé de dónde voy a sacar la paciencia. Súmale que mi padre ya está de agonías con lo de mudarse...

—¿Qué te esperabas? Ahora querrán estar todo el día con el crío, no te los vas a quitar de encima ni con agua caliente —se congratuló.

Dani esbozó una sonrisa. Sabía que le esperaban unas cuantas semanas, por no decir meses, desquiciantes, pero le ilusionaba.

E ilusión era lo que más falta le hacía en esos momentos.

Escuchó cómo Mateo, sus hermanas y su madre regresaban de la cocina. Al girarse, vio cómo Emilio ayudaba a Cecilia a tomar asiento en una de las sillas de la zona del comedor. Por último, observó la sonrisa cálida de la anciana, cómo esta llamaba a su nuevo nieto:

—Rubén, vení...

Luna y Silvia dudaron sobre si llevarlo ante la abuela, pero el niño tomó la iniciativa:

—¿Dónde?

—Acá.

—*Ma*, decile en qué dirección —le recordó Mateo.

—Delante de vos. Acá —insistió ella.

Dani siguió observando: Rubén, tras incorporarse, empezó a caminar. Lo hacía a pequeños pasos, sin titubear, algo que lo llevó a preguntarse si se había familiarizado con las distancias del salón tan rápido o, simplemente, daba por hecho que con tantas personas a su alrededor, alguien le advertiría si se topaba con algún obstáculo.

Le costó un mundo no incorporarse él también e ir en su ayuda, pero se recordó a sí mismo que debían fomentar que interactuase con el entorno. Que aprendiera a desenvolverse en todos los ámbitos posibles y se convirtiera en un adulto independiente. Aunque se le rompiera el corazón pensar a tantos años vista cuando no era más que un niño; aunque le inquietase saber que cuando Rubén hubiese alcanzado la mayoría de edad, él ya habría cumplido los sesenta.

Por eso no se levantó del sillón mientras Sergio seguía hablándole, y contempló cómo el chiquillo, tras llegar a destino, alzaba ambas manos y se dedicaba a palpar lentamente el rostro arrugado de aquella mujer que, mirándolo con un amor infinito, se dejaba hacer sin protestar.

Tan absorto se quedó que no reparó en que Valentina se les unió, dejándose caer a su lado.

—Cris y compañía ya están de camino —anunció, observando también cómo interactuaban su madre y Rubén.

—Pin y Pon, Hernández y Fernández. Buen grupo, sí señor —afirmó Sergio—. No te podrás quejar, capi. Que pese a todo se han empeñado en venir.

—¿Y por qué iba a quejarme? Al contrario, os agradezco que estéis aquí. Lo único que lamento es ser el único que no ha ido a ver a Andrei y Xabi.

—Che, Dani, ahora vos tenés la mayor responsabilidad de todas —le recordó ella—. Alguien se tenía que quedar con Rubén acá, nadie te lo va a recriminar.

—*Nah*, si no hace falta. Es un *crack* comiéndose el tarro él solo aunque no lo parezca —bromeó Sergio, aunque lo decía bien en serio.

Tina suspiró. Luego tocó el hombro de su cuñado con el suyo en un gesto conciliador:

—¿Todo bien?

—Más o menos.

—Ya... Algo me contó Mati.

—¿Algo de qué? ¿Ya ha caído la primera bronca? —se interesó Sergio.

Dani contuvo el impulso de fulminarlo con la mirada. En vez de seguir observando lo que ocurría al otro lado de la sala de estar, se centró en la pareja.

Sergio y Valentina, por los que nadie, ni siquiera él mismo —debía reconocerlo—, daba un duro en sus accidentados comienzos como pareja. Y sin embargo, ahí estaban.

—Sé que dije que nada de regalos de cumpleaños, pero algún consejo no me vendría nada mal —murmuró.

—Follad como si no hubiera un mañana —replicó Sergio sin dudarlo.

—Joder, tú todo lo solucionas así —protestó el leonés.

—Lo que mi marido quiere decir —salió Tina al rescate— es que busquen espacio para ustedes dos.

—Pero no nos encasquetéis al crío tan pronto, ¿eh? —añadió Sergio con socarronería—. Al menos que vaya de visita por casa un par de veces, para que se vaya acostumbrando.

—Oblíguense a hacer planes ustedes dos solos cada cierto tiempo. Sin excusas —recalcó Tina—. Y asimilen que cuando los hijos agotan, lo único que queremos es perderlos de vista un rato...

—«Perderlos de vista». Otra frase hecha políticamente incorrecta de esas, ¿no? —la interrumpió Sergio.

—...pero que en cuanto se quedan con la familia, en clases o qué sé yo, y no los tenemos junto a nosotros, se los extraña de forma terrible. —Tina, esbozando una sonrisa, añadió—: Es inevitable esa dualidad.

—Pero qué bien hablas cuando quieres, reina —la alabó Sergio.

Ella mantuvo la sonrisa y le dedicó una mirada cómplice. Luego, mientras los tres observaban cómo Rubén interactuaba con el resto de la familia e iba recitando sus nombres a medida que estos le hablaban, memorizando el timbre de sus voces, demandó más información:

—¿A qué escuela va a ir?

—A la misma donde empezó el curso —replicó Dani—. No queríamos que tuviese que enfrentarse a otro cambio más.

—¿Os pilla cerca? —se interesó Sergio.

—Qué va. Pero bueno, estamos acostumbrados a movernos temprano al centro.

—¿Y cómo lo hacen en el cole para...?

El sonido del portero automático propició que Sergio no acabase la frase.

—Deben de ser ellos —pensó Dani en voz alta—. Si me disculpáis...

—Como si estuvieras en tu casa —se cachondeó el otro exdefensa.

Dani se incorporó y fue hacia la puerta principal, en donde Mateo, tras haberles abierto, esperaba a los últimos invitados. Se quedó a su lado viendo cómo Joan y Gorka se acercaban; cómo Cris y Puig hacían más de lo mismo.

Por deferencia, los primeros dejaron que el otro matrimonio se adelantase, y nada más los tuvo ante él, Dani los recibió con un abrazo.

—Lo siento tanto... —le dijo al oído a Cris.

—No es consuelo, pero podría haber sido peor —replicó ella mientras le devolvía el gesto, tratando de que no se le quebrase la voz.

—En cuanto pueda me pasaré a verlos —afirmó Dani mientras estrechaba, a continuación, a Robert.

—Casi que hazlo ya en el piso, que mañana los sueltan. —Tras darle un par de fuertes

palmas en la espalda, el menudo catalán añadió—: Feliz cumpleaños.

—Eso, carcamal —se sumó Joan a las felicitaciones, y mientras le mostraba la botella que tenía en la mano agregó—: No sabía si traerte como regalo este pedazo de vino de California o un bastón.

—Te recuerdo que el siguiente en cumplir los cuarenta y ocho eres tú.

—Menudo gancho de derecha —elogió Gorka el contraataque.

Dani esbozó una sonrisa y los abrazó a ambos también. Mateo, tras tener el mismo gesto con los recién llegados, los instó a entrar.

—Este... Esperen un momento, que los vamos a presentar.

Ambas parejas se quedaron a la entrada del salón, y saludaron con un gesto de la mano a los demás. En cuanto a los anfitriones, procedieron a repetir una última vez la operación que llevaban toda la tarde ejecutando:

—Rubén, acaban de llegar los amigos que faltaban —dijo Dani—. Más que amigos, son como nuestros hermanos. De la familia.

Cris notó que el corazón le daba un vuelco. Robert, emocionado, le pasó un brazo por los hombros.

Tomando el relevo, Mateo añadió:

—¿Los querés conocer, mi vida?

Rubén asintió con un cabeceo, a lo que Dani, esta vez sin contenerse, fue a buscarle. Rozó su mano hasta que el niño se aferró a la de él, y juntos empezaron a caminar hasta quedar ante ellos.

—Estos son Cris y Robert.

—Hola, cariño...

—Teníamos muchas ganas de conocerte.

Rubén sonrió por las voces nuevas.

—Y ellos son Joan...

—¡Hola! —dijo este.

—... y Gorka —terminó Mateo las presentaciones.

—¡Hola, Rubén! ¿Qué tal en tu nueva casa? —quiso saber el vasco.

—Bien —replicó el niño, simple y directo.

Todos permanecieron como estaban; de pie los unos junto a los otros, estáticos, mientras los demás contemplaban la escena en silencio.

Todos, menos Joan, pues no tardó en acucillarse hasta quedar a la altura del crío. Sabía que no podía mirarle a los ojos, pero esperó que percibiera que su voz no llegaba desde arriba, sino a la misma altura.

De tú a tú.

—¿Te cuento un secreto? La primera vez que hablé con tu padre, tenía unos pocos años más que tú. Bueno, la primera vez que hablé con uno de tus dos padres.

—¿Con cuál? —preguntó Rubén, curioso.

—El más serio.

—¿Dani? —aventuró.

La respuesta derivó en una risa general.

—Exacto, Dani. Con el otro hablé por primera vez no hace tantísimos años, pero unos cuantos también. ¿Y sabes qué? Los conozco tan, pero tan bien a los dos, que te aseguro que ya te quieren con toda el alma. —Sin perder la sonrisa, Joan añadió—: Ten paciencia con ellos, que a veces son un poco burros y les cuesta adaptarse a los cambios, ¿vale?

Rubén, divertido, volvió a asentir. De pronto escuchó otra voz igual de cerca:

—Nosotros tenemos un nieto —le contó Gorka, quien también se había acucillado—. Se llama Izan, tiene un añito. Ahora vive en otro país, pero dentro de poco se muda a España. Aquí, a Madrid.

—Te lo vas a pasar bomba teniendo un enano al que molestar, ya verás —añadió Joan por su parte.

A escasa distancia de ellos, Mateo contemplaba la escena con lágrimas en los ojos. Dani también, aunque estaba luchando con todas sus fuerzas para que no se le notase.

«A más viejo, más sentimental», se recriminó para sus adentros.

—Déjame el californiano ese, que lo abro —cambió radicalmente de asunto para forzarse a mantener la compostura.

—De eso nada. Lo guardas para una ocasión especial. —Tendiéndole la botella al antaño astro argentino, Joan indicó—: Mantenla lejos de tu señor esposo.

—¡Así la estrenáis cuando pongáis en práctica mi consejo la primera noche que se quede Rubén a dormir fuera! —vociferó Sergio desde el sofá.

—La madre que os parió a los dos —farfulló Dani.

Y Joan, mientras Cris y Puig los imitaban y también procedían a charlar con Rubén primero, y se disponían a saludar a los demás después, afirmó, con un regusto agri dulce por las ausencias forzosas:

—Ahora sí que es como si estuviésemos todos en casa.

## Capítulo 22

Niko se había afanado para que el regreso al piso de Andrei y Xabi fuese perfecto. Durante las últimas jornadas había dedicado cada hora fuera del hospital a asegurarse de que todo estaba donde correspondía, y a llenar la nevera con lo que los padres de Xabi, quizás para contrarrestar la congoja, el enfado y la frustración, habían cocinado en cantidades industriales.

Y sin embargo, una simple conversación con Marina le hizo plantearse si sus esfuerzos no habrían sido en balde.

«Cuando tú estuviste ingresado y te dieron el alta, ¿en qué pensabas?», le cuestionó ella. «En que quería llegar a casa de una vez», replicó él.

«¿Y no te daba igual que los cojines estuviesen alineados en el sofá, o que tu cama estuviese hecha?», insistió ella con tacto. «La verdad es que sí, me la sudaba».

Su novia, mirándole con esos ojos del color del cielo que lo fascinaban desde crío, terminó de dilapidar su vía de escape.

«Piensa en que a ellos les pasará igual, Niko-koala... Solo querrán llegar a casa. Aunque es un gesto bonito por tu parte, en el fondo sabes que no servirá para nada».

Él, orgulloso, optó por callarse. Marina lo dejó estar, al menos en apariencia, y no volvieron a tocar el tema. Pero lo cierto era que veinticuatro horas después de aquella conversación, cuando Andrei se sacó las llaves del bolsillo de los vaqueros y abrió la puerta, no hizo comentario alguno sobre lo reluciente que estaba el apartamento, qué ordenado y demás apreciaciones.

Su gemelo, tras tomar a Xabi de la mano, se limitó a ir directo a la habitación de ambos.

Niko se tragó la punzada de decepción que lo acometió, pero de nuevo recurrió a su terquedad para aplacarla.

—¡Bienvenida, Eli! —le dijo a la invitada.

La centrocampista imitó a Marina colgando en un perchero tanto su abrigo como el bolso, y tras despojarse de las zapatillas deportivas para dejarlas en un rincón junto a la puerta, avanzó en calcetines por la amplia estancia.

—Qué chulo. Me encanta —afirmó, admirada.

—Lo ideal sería que te lo enseñásemos los tres, pero lo haré yo, visto lo visto —ironizó Niko, señalando hacia la puerta cerrada del dormitorio de Andrei y Xabi.

Marina frunció levemente el ceño:

—Déjalos. Tienen mucho que procesar.

Niko se encomió de nuevo a hacer de anfitrión, que por algo también vivía ahí, y recobrando la compostura volvió a dirigirse a la mediocampista:

—Acompáñame. Tú como en tu casa, ¿eh? Aquí están el salón y la cocina, y por aquí se va a...

Mientras ellos ponían rumbo al otro dormitorio de la vivienda, Marina se dejó caer en el sofá. Estaba anímicamente agotada por lo mucho que les había costado convencer a Cris y Puig, pero también a los padres y hermanos de Xabi, para que dejasen en sus manos y en las de Niko el regreso al hogar.

Sabía de sobra lo preocupados que estaban, pero ella también se había encomiado a velar por sus amigos. Y lo que estos necesitaban, tras tantas jornadas sometidos al escrutinio por parte

de personal sanitario, miembros de los cuerpos policiales, burócratas y el público en general a través de las redes y los medios de comunicación, era recuperar su intimidad.

Esa que les habían arrancado de cuajo. Esa que los había llevado a sufrir una agresión por parte de quienes pensaban que el amor que se tenían era contra natura.

«No quiero perder a Andrei también», le había confesado a Eli.

Y pese a todo, Andrei estaba en su derecho a cambiar. A no volver a ser el mismo. ¿Acaso habría seguido ella igual de haber sufrido lo mismo que él y Xabi?

No lo sabía.

Se quedó ahí, abrazada a uno de los mullidos cojines, escuchando de fondo cómo Niko y Eli hablaban mientras iban recorriendo el resto de la casa.

A una pared de ella, en concreto en la alcoba que ambos habían convertido en su refugio, Andrei y Xabi trataban de enfrentarse a la realidad tras lo que, en esos instantes, les pareció un mal sueño.

Cuando el defensa del Juventud se quedó mirándose al espejo de cuerpo entero que tenían junto al armario, y la superficie le devolvió la imagen de su rostro aún hinchado, en el que la piel había adquirido un tono violáceo en varias zonas que contrastaba con su palidez inherente, supo que no. Que no había sido una pesadilla. Que todo había ocurrido de verdad.

Xabi se situó detrás de él y, tras apoyar la barbilla en su hombro, pegó el torso a su espalda y lo abrazó por la cintura. Le miró a los ojos a través del espejo, y cuando iba a decir algo, de sus labios escapó un quejido.

—¿Te duele? —se alarmó Andrei.

Xabi asintió con un cabeceo. Le habían dicho que la fisura sanaría por sí sola en unas semanas, pero que la recuperación sería molesta. Sobre todo ahora, que le habían cortado el suministro intravenoso de calmantes.

—¿No podemos volver atrás en el tiempo, ir al pub, pasarnos un par de horas hablando de todo y de nada a la vez, y regresar aquí para echar otro polvo de los épicos? —musitó Andrei con un hilo de voz.

Xabi siguió mirándole a través del espejo. El ojo maltrecho de Andrei seguía pareciendo una rendija.

—No, no podemos volver atrás en el tiempo. Pero cuando estemos recuperados, iremos al pub —afirmó con determinación—. Hablaremos de chorradas en nuestra mesa, encadenando cafés, *zeros* o lo que nos apetezca, y pidiendo cada dos por tres al camarero que ponga nuestra canción. Y luego regresaremos a casa tomados de la mano, y nos pasaremos un par de horas más follando como locos. —Le tomó de la muñeca, ahí donde la pulsera del hospital había sido sustituida por otra de la bandera arcoíris, regalo que Marina les hizo mientras seguían ingresados. Con un gesto, le indicó que, al igual que él mismo, admirase en el reflejo la imagen de sus dedos entrelazados, las pulseras unidas. Y añadió—: Sin nada más puesto que esto.

Rei esbozó una sonrisa, a pesar de las ganas que tenía de echarse a llorar.

—¿No tienes miedo de que nos vuelva a pasar algo así?

—¿Miedo? Siempre lo he tenido, Andrei. He estado acojonado desde que empezamos a salir. Pero ¿sabes qué? Te quiero. Y no pienso dejar que ni todo el miedo del mundo me impida seguir queriéndote como lo hago.

Un par de lágrimas resbalaron por las pálidas mejillas del futbolista. Esta vez fue de sus labios de donde surgió un quejido:

—Escuece... —rió suavemente con la voz rota, en referencia al ojo maltrecho.

Ese contraste, el de su risa y su llanto combinados, hizo que Xabi se aferrase más a él, ignorando la nueva punzada de dolor.

—Te quiero —volvió a repetirle.

—Y yo a ti...

—No vamos a dejar que el mundo nos hunda, ¿vale?

—Claro que no.

—Además, ahora tenemos nuevos escudos —añadió Xabi, rozando las pulseras.

—¿Escudos?

Él asintió, y decidió compartirlo en lugar de guardárselo para sus adentros:

—Sí. Nuestros escudos para enfrentarnos a los monstruos.

—Aunque cierta clase de monstruos se sientan atraídos por ellos y se preparen para el ataque...

—¿Cómo lo dirías a lo rolero?

—¿Me estás llamando friki? —le siguió el juego en un susurro.

—¿De quién son todos esos cómics y novelas de fantasía? —señaló Xabi con la mirada los poblados estantes que tenían en la pared contigua.

Andrei volvió a reír por lo bajo, y sin querer negar lo innegable, afirmó:

—Estos escudos les dan a los monstruos menos diez de carisma y más veinte de fuerza bruta.

—¿Menos diez solo?

—Pero nos convierten en paladines del arcoíris, dispuestos a partir hacia lo desconocido para cumplir una misión en un épico viaje sin retorno —siguió Andrei.

—Deberías estudiar Periodismo, por eso de que parece que se te da bien escribir —concluyó Xabi.

—Y tú Económicas, que de nosotros dos, eres el analítico.

Siguieron mirándose a través del reflejo. Luego Andrei suspiró, y tras secarse la humedad del rostro, lo encaró.

—¿Sabes dónde empieza nuestro viaje del héroe? —volvió a preguntar en un susurro para a continuación besarle.

—No. —Le devolvió el beso.

—Ahí afuera, en el salón. Esforzándonos por pasar el rato con los demás.

—Ya te digo... Por lo de esforzarnos, quiero decir. Si por mí fuera, me metía ya en la cama y no saldría hasta mañana —reconoció Xabi.

—Ya somos dos. —Andrei, tras buscar una última vez sus labios, empezó a desnudarse mientras ponía rumbo al cuarto de baño—. ¿Nos duchamos? Sé que son paranoias mías, pero me siento como si tuviese pegado el olor a hospital.

Xabi no tardó en unírsele. Por primera vez en mucho tiempo, cumplieron a rajatabla lo de pasar por el grifo rápido, sin dar lugar a juegos o prolegómenos. Y es que de nada que respirase un poco más profundo de lo normal, el dolor de la costilla le recordaba que tenía que tomárselo con mucha calma.

Para cuando regresaron al salón, vieron que Niko y Marina habían puesto un caldero al

fuego, y que Eli estaba vistiendo la mesa.

Xabi solo necesitó percibir el aroma que empezaba a extenderse por la estancia para saber qué estaban calentando. Al ver, además, el recipiente, se resignó:

—No me puedo creer que mi padre os haya dado el pote directamente en su olla.

—¿Pote gallego de tu padre, en serio? Si es lo mejor del mundo —afirmó Andrei, notando cómo le rugían las tripas.

Aquel entusiasmo súbito por parte de su mejor amigo hizo que a Marina se le cerrase un poco la garganta. Verle así, en chándal, con los cortos cabellos aún húmedos y magullado, hizo que no se pudiese contener, así que lo estrujó midiendo sus fuerzas.

—Qué ganas tenía de que volvieras a casa... —le dijo, enterrando el rostro en el hueco entre su cuello y su hombro.

Andrei correspondió. A Niko, que por la poca distancia los había escuchado, aquellas palabras le supieron amargas como la hiel. Quizás porque eran exactamente las mismas que quería haberle dedicado a su hermano. Ahora que Marina ya lo había hecho, no tenía sentido repetirlas.

Así que se centró en su cuñado y socio:

—Tu madre nos dijo que se podría resucitar a un muerto con esto. No es que estemos insinuando que estéis medio fiambres ni nada de eso, pero tenéis que recuperar fuerzas —se justificó.

Xabi le dedicó una sonrisa.

—Gracias. Por todo.

Niko se la devolvió. Luego se instó a que aquella amargura que lo embargaba fuera diluyéndose en más conversaciones, en aquella comida casera que calentaba los ánimos más que mil radiadores en ese frío día de invierno.

Mientras comían, observó la muñeca derecha de Eli. Ella también llevaba puesta su pulsera con los colores de la bandera LGBT.

—¿Cuándo tienes que volver a Valencia? —le preguntó.

—Mañana —contestó la mediocampista—. Tengo liga el miércoles.

—Yo también. Ah, espera. No —ironizó Andrei, pues sin tener que haber ido al servicio médico del Juventud, el club ya le había comunicado que era baja para la primera convocatoria del recién estrenado año.

—Pues iremos todos a ver el partido desde el palco —propuso Niko.

—Por mí bien. Me da tiempo a jugar el mío, cambiarme e ir a toda pastilla para allá —se sumó Marina al plan.

—¿Ves? Ventajas de que aún os hagan jugar en el miniestadio —volvió a ironizar Andrei.

—Ojalá pudiera ir... Pero bueno, en otra ocasión. Y estando tú en el césped —dijo Eli por su parte, guiñándole un ojo al defensa.

Niko aprovechó la coyuntura para expresar con palabras lo que todos sentían:

—Eli, gracias por haber venido hasta aquí sin pensártelo. Eres una tía increíble.

Marina, mientras se llevaba otra cucharada de pote a la boca, observó cómo el rubor acudía a las mejillas de su amiga.

—No es nada. Estaba de vacaciones y no me hubiese quedado tranquila en Valencia,

preguntándome cada dos por tres cómo estaríais, o si podría ayudaros en algo —se justificó.

—Pero no tenías por qué darte la paliza, y sin embargo, aquí estás. —Niko, sonriendo de corazón, insistió—: Gracias.

Eli sonrió también. Se quedó mirándolo a él, luego a su gemelo.

—¿Puedo decir algo con sinceridad?

—Sí, por favor —la instó Marina.

—Andrei, te juro que odio lo que ha pasado, pero que te hayan dejado la cara como un mapa me ha venido bien, porque soy incapaz de distinguíros cuando estáis los dos juntos —reconoció la mediocampista.

Al escuchar aquello, ambos hermanos se miraron. Luego se empezaron a reír a carcajadas.

—¡Es verdad! ¡Nunca habíamos sido tan distintos! —se congratuló Andrei.

—¡Ni cuando de niños nos metíamos una hostia tras otra jugando! —añadió Niko.

Xabi rio también, aunque con moderación por el dolor de la fisura. Eli se les unió, y mientras dejaba escapar así parte de la tensión acumulada, sus iris oscuros se toparon con los celestes de Marina.

Ella, en lugar de partirse por la ocurrencia, la miraba con dulzura. Sus labios también pronunciaron un «gracias», pero mudo, y Eli notó que de nuevo las mejillas le ardían.

«Gracias por devolvérmelos a los dos, aunque sea por unos segundos», supo que Marina le estaba diciendo en realidad.

Terminaron el almuerzo y recogieron la cocina. Acabaron repantigados en el sofá, y lo que en un principio iba a ser una sesión de cine, se convirtió en una maratón de capítulos de *Hora de aventuras*, la serie de animación que, a base de conversaciones informales, descubrieron que los cinco adoraban. Entre interrupción e interrupción telefónica, pues sus móviles no dejaban de sonar con llamadas y mensajes, la noche cayó sobre Madrid. Improvisaron la cena; le dieron cuenta viendo una peli. Se rindieron al sopor, y para cuando Xabi, incómodo por la molestia, anunció que se iba a la cama, Marina reparó en la hora.

—Joer, qué tarde se ha hecho... —bostezó.

—¿Nos vamos a tu piso? —le preguntó Eli, también somnolienta.

—¿Por qué no os quedáis? —propuso Niko—. Te preparamos el sillón en un momento, Eli. Ya has comprobado que es cómodo.

Marina, movida más bien por la pereza que le daba tener que conducir, se sumó a la moción:

—Tengo un pijama extra por aquí. Te lo presto, ¿vale?

—Hay cepillos de dientes sin estrenar también —añadió Andrei por su parte.

—Y bica de mi madre para desayunar. Nos vendrá bien ayuda para comérmola, que es tan grande como el Caldereu —mencionó Xabi el bizcocho que había visto guardado en el horno.

Eli aceptó.

No tardó en llevar puesto un pijama de felpa con estampados de abejas, acompañado de unas zapatillas de andar por casa de Xabi. Asimismo, cubrieron el sofá con sábanas y varias mantas.

—Buenas noches —les deseó.

—Buenas noches —replicaron ellos.

Eli se quedó ahí, tapada hasta la barbilla y con la cabeza recostada sobre uno de los cojines.

Cerró los ojos, sumiéndose en el silencio que también imperaba en la madrugada de aquel sector de Madrid.

Y mientras tanto ella como Andrei y Xabi trataban de conciliar el sueño, Marina y Niko, ya ambos dentro de la amplia cama de él, hablaban a susurros en la penumbra:

—¿Cómo te sientes, koala?

—No lo sé, ornitorrinco...

—Puedes contarme cualquier cosa. Lo sabes, ¿verdad?

Él asintió, y apoyó el rostro sobre el pecho de ella.

—No consigo quitarme la sensación de que no estoy haciendo suficiente. Es como si...

—¿Hmmm? —le dio pie Marina a desahogarse mientras peinaba sus cabellos.

—Como si algo en mi cabeza me gritase que no puedo quedarme de brazos cruzados mientras a mi hermano, y a más personas ahí afuera, lo apalean por haber decidido vivir su vida sin ocultarse.

—Sí estás haciendo suficiente, Niko.

—Entonces, ¿por qué no me lo creo?

«Porque aún no sabes cómo llenar tu vacío», respondió ella en la intimidad de sus pensamientos. Y como le sucedía cada vez más a menudo, añadió, también sin verbalizarlo ni compartirlo con él: «Ese vacío que ni siquiera yo puedo ayudarte a combatir».

Habían sido tres días de tensión continua, de incertidumbre, de frustración. Aunque no le apetecía especialmente, le hizo una propuesta. Una proposición para encontrar el uno en el otro una vía de escape. Calmar con lo físico las heridas que aullaban de dolor en sus corazones.

—¿Quieres hacerlo? —le susurró.

Niko tardó en responder. Seguía con el rostro apoyado en su pecho; la mirada perdida en la nada.

—Vale.

Se recolocaron, hasta quedar ambos tumbados de costado, enfrentándose. Se miraron a los ojos, adivinando los contornos del rostro del otro. Sus labios se buscaron como tantas otras veces, sus dedos fueron liberando la piel de la prisión de las ropas.

Jadeos leves. Algún suspiro que otro. El cajón abriéndose. El sonido crujiente del envoltorio del condón que Niko abrió.

Por primera vez desde que ambos empezaran a acostarse juntos, Marina le dejó hacer. Su cuerpo bajo el de Niko; las piernas abiertas, rodeando las suyas. Las manos en su espalda, la mirada perdida en el techo mientras él se movía, entrando y saliendo con una cadencia rítmica, aunque no desatada.

Le escuchó gemir ahogadamente contra su oído. Lo sintió estremecerse. Luego, notó cómo el cuerpo de Niko se rendía a la languidez sobre el suyo.

Siguió abrazándole, notándole aún dentro de ella. La mirada fija en esa nada que había sobre ambos.

—No te has corrido, ¿verdad? —atinó él a preguntarle mientras se incorporaba sobre los codos.

Marina, posando los ojos sobre los suyos, negó con un cabeceo mientras esbozaba una sonrisa.

—Espera, que te... —se apuró Niko.

—Déjalo, da igual.

—¿Seguro? —se extrañó él.

Marina volvió a sentir, y tanteó hasta sujetar el condón por la base, indicándole que era momento de retirarse.

Niko salió de ella. Luego se quitó el profiláctico y, tras hacerle un nudo, lo metió en el envase y lo dejó sobre la mesa de noche. Se volvió a introducir bajo las mantas, dándole la espalda.

Fue cuando Marina lo escuchó sollozar.

Lo abrazó, acoplando sus formas desnudas a las de él. Le pasó un brazo por la cintura, le acarició lentamente, tranquilizándole sin necesidad de emplear palabras hasta que Niko se quedó dormido.

O, más bien, eligió no emplear palabras, tal y como Niko había hecho.

Era más fácil así. Más fácil que reconocer, de forma abierta y descarnada, que aquella era la primera vez desde que ambos se desvirgaron juntos que el sexo le había parecido algo mecánico, un trámite.

La primera vez en que ambos se habían sentido, aun estando tan cerca, así de lejos el uno del otro.

## Capítulo 23

Eli, como deportista de alto nivel desde la infancia, estaba acostumbrada a dormir a pierna suelta en cualquier lugar y superficie. También estaba habituada a despertar con relativa facilidad, pero esa mañana, cuando la luz grisácea ya se colaba por los ventanales, fue una voz conocida la que la sacó de la modorra.

—Mierda, mierda, mierda...

—¿Andrei? —preguntó aún bajo las mantas.

—¡Buenos días, Eli! Joder, joder, joder...

—¿Qué pasa? —se inquietó—. ¿Le ha ocurrido algo a Xabi? ¿O a ti?

Al ver que el defensa estaba recorriendo el salón de un lado a otro, como si estuviese haciendo comprobaciones, terminó de extrañarse.

—¿Andrei? —insistió.

—Es que anoche estaba tan grogui que olvidé comentaros que vamos a tener visita. De hecho, deben de estar al caer...

—¿Visita? —Eli se incorporó, como activada por un resorte, hasta sentarse.

—*Sip*. —Se escuchó el timbre del portero automático—. ¿Ves? Puntuales como siempre. Qué desastre.

—¿Son tus padres?

Andrei ahogó una carcajada.

—Qué va... Tu místico, marido e hijo.

Las neuronas que seguían adormiladas en la cabeza de Eli conectaron de golpe, y también de golpe se puso ella en pie al comprender que el destino se las iba a cobrar juntas, por haber rechazado la jornada anterior la invitación de ir al domicilio del seleccionador.

—Joder, joder, joder... —musitó ella esta vez—. Voy en pijama. De abejas. Estoy despeinada. ¿Tengo legañas? Seguro que sí. Y...

—Eli, tranqui, hay confianza. Ve a despertar a los demás mientras yo voy a recibirlos.

La mediocampista no se hizo de rogar y fue como una flecha hacia la habitación de Niko. Mientras Xabi, su gemelo y Marina seguían en brazos de Morfeo, Andrei dibujó la mejor sonrisa posible dadas las circunstancias y permaneció en el marco de la puerta principal ya abierta, esperando hasta que del hueco del ascensor aparecieron aquellos que para él y Niko eran como unos tíos más. Y unos ídolos. También unos referentes en su caso personal.

Pero la totalidad de su atención recayó sobre el niño menudo, vestido con ropas coloridas, que los acompañaba.

El corazón le dio un vuelco, porque lo primero que pensó fue que, salvando las distancias de sus respectivos orígenes, así como los párpados siempre cerrados de Rubén, le recordó a Niko y a sí mismo cuando tenían su edad, a juzgar por las fotos familiares que había visto y los pocos recuerdos que conservaba de esa época de su niñez.

Estaba al tanto de que la pareja lo tenía en acogimiento preadoptivo, y que su meta era conseguir la adopción en firme pasados esos meses iniciales. Aun así, verlos a los tres juntos le impactó.

«Han adoptado a un niño. Como hicieron mis padres con Niko y conmigo».

Dani y Mateo. Sus referentes en el pasado, en el presente.

Y en el futuro, porque una sensación cálida se abrió paso en su interior.

«Ojalá yo también pueda llegar a casarme y tener hijos», se dijo.

Antes de que la imagen de Xabi que se formó en su mente lo embriagase por completo, los hizo pasar. Una vez estuvieron todos en el salón, fue el actual seleccionador nacional el primero en pronunciarse:

—Andrei, ¿cómo estás? Perdona las horas, sabemos que es muy pronto, pero es que luego nos vamos a León y...

—No pasa nada. —Andrei correspondió al abrazo del antaño 5 del Juventud.

—Tenemos que estar bien temprano en el pueblo, no vayan a adelantarse los Reyes Magos —le guiñó Mateo un ojo.

La mención hizo que Rubén preguntase con ansia:

—¿Ya vienen los Reyes?

—No. Pasado mañana —contestó Dani; en su tono podía apreciarse cierto hartazgo.

—Che, es que ya le dijimos como cien veces. —Mateo sonrió y lo abrazó también—. Tenés mejor aspecto.

—No digas mentiras —se la devolvió Andrei.

—Dale, sinceridad ante todo: estás espantoso, pero pronto sanará.

—Mejor. —El joven defensa, tras separarse, volvió a fijar su atención en el niño—: ¡Hola! Yo soy Andrei. Creo que ayer conociste a mis padres.

—¿Quiénes son? —preguntó Rubén.

—Cristina y Robert.

—¿Tina es la que habla como tú, Mateo? —dudó el niño.

—Sí, mi hermana. Pero él se refiere a Cris —le explicó.

—Estuvo un rato jugando contigo, ¿te acuerdas? —añadió Dani.

Rubén no pareció muy convencido; había estado jugando con todas las personas a las que le habían presentado la tarde anterior.

—Bueno, no pasa nada. ¿Quieres bica? Es un bizcocho. Lo ha hecho la madre de Xabi, está buenísimo.

—¡Vale! ¿Quién es Xabi?

Justo cuando Andrei iba a contestar, vio al aludido. Llevaba ropas de andar por casa, y por lo mucho que lo conocía, dedujo que solo le había dado tiempo a remojar la cara en agua fría para despejarse.

Nunca antes le pareció tan guapo.

—Xabi es mi novio —le dijo a Rubén—. Saluda, dormilón.

—¡H-Hola! ¿Queréis café? Enseguida hago —saludó atropelladamente a la pareja.

—Yo sí —dijo de pronto Marina.

Los recién llegados giraron el rostro, y vieron que en el arco que conectaba el salón con las habitaciones estaban la delantera, Niko y Eli. Todos ya vestidos y con los rostros hinchados por el abrupto despertar.

—Hola, tío Mati, tío Dani. —Sacudió las manos en un gesto de emoción absoluta, y tras acercarse lentamente añadió—: Hola, Rubén... Soy Marina, tu prima mayor.

El niño, más interesado en que le cortasen el prometido trozo de bica que en más presentaciones, sonrió en dirección a la nueva voz.

—Hola.

—¿Te puedo dar un achuchón? —preguntó ella.

—Vale.

Marina lo estrujó con todas sus fuerzas, sintiéndose indescriptiblemente feliz.

—Lo vamos a pasar genial. Me sé un montón de travesuras divertidas —le dijo en voz baja para que quedase entre ambos.

Rubén emitió una risilla; le gustaba su olor afrutado. Marina, aún agachada junto a él, se dirigió a sus tíos:

—¿Por qué no avisáis de que ibais a venir? —hizo ademán de regañarlos.

—Eso digo yo —se pronunció Niko, para a continuación acercarse a ellos y saludarlos con otro abrazo—. Sois siempre bienvenidos, pero podríamos haberos recibido en condiciones.

—¿Cómo que no avisamos? —se defendió Dani.

Andrei se hizo el inocente:

—Sí que avisaron, pero se me fue la olla.

El excapitán del Juventud se centró en Xabi:

—¿Y tú, cómo lo llevas? Sé lo que duele, cuando era juvenil me fisuré dos costillas. Estuve tres semanas de baja.

—¿Te pusieron escayola? —preguntó Rubén sin perder ni un segundo.

—No, sin escayola. —Dani, en lugar de abrazar a Xabi para ahorrarle la más que posible molestia, le dio un beso en la mejilla al tiempo que le preguntaba—: ¿Te deja dormir bien?

—Más o menos... —replicó, correspondiendo al gesto no sin cierto pudor.

Y mientras ellos dialogaban, Andrei terminaba de cortar el trozo de bica, Xabi se la tendía a Rubén y Niko lo aupaba para que tomase asiento en un taburete, Eli deseó que la tierra se abriera cuando Mateo reparó en ella y le sonrió.

—Che, vení acá. Elisa, ¿cierto? Sos rebárbara en la cancha.

Ella, tragándose los nervios, pues se encontraba ante uno de sus ídolos, se instó a estar a la altura de la confianza que sus amigos habían depositado en ella al incluirla en un momento tan familiar.

—Me puede llamar Eli. Mucho gusto.

—¡Oh, nada de usted! —Mateo, con la intención de restarle hierro a la situación, bromeó—: ¿Conocés a Dani, mi marido?

El comentario hizo que Marina casi se atragantase de la risa con su trozo de bica.

—H-Hola, míster.

—Hola, Eli. Aquí puedes llamarme por mi nombre.

—Se pasa mal, ¿eh? —aprovechó Niko para burlarse de su amiga.

Ella frunció el ceño en un mohín recriminatorio. Luego se acercó hasta el niño.

—Hola, Rubén... Soy Eli, una amiga de tus primos.

—Hola. Hablas raro.

—¿Cómo hay que decirles las cosas a los demás? —le recordó Dani.

—Es verdad. —Rectificando, el chiquillo afirmó—: Hablas distinto.

—Es que soy de Valencia, mi acento no es como el de ellos.

—¿Quieres más bica, Rubén? —se sumó Marina a la conversación—. ¿Leche?

—Creo que hay cacao también, te puedo preparar uno calentito —añadió Niko por su parte.

—Vale —contestó el niño, encantado de recibir tantas atenciones.

—Pero no lo atiborréis, a ver si le va a sentar mal luego en el coche —pidió Dani.

Mateo, de buen humor, prefirió mantenerse al margen. Y aplicarse, de paso, el otro gran consejo que como madres le habían dado sus hermanas y Cris: no anticiparse a las situaciones e improvisar. Así que en lugar de dar por hecho que el viaje por carretera hasta el pueblo, en donde los esperaban Lucía y Esteban, iba a acabar en mareos y sus desagradables consecuencias, se centró en Andrei y Xabi:

—Estoy indignado con la postura del Juventud y de la prensa en general.

—Ya... Mi padre también —replicó el joven defensa.

—No pretendo ir de mártir —indicó Xabi—, pero reconozco que me toca la moral que nadie del mundillo haya dicho las cosas como son, y solo porque Andrei es futbolista.

—Es que sigue siendo imposible que haya futbolistas *queer* en activo —hizo Andrei ademán de bromear.

Sin embargo, a Mateo no le hizo ni pizca de gracia.

—En vez de avanzar, vamos hacia atrás.

—Como los cangrejos —le dio Xabi la razón.

—Hay que movilizarse. Y actuar —siguió rumiando el argentino.

Andrei, tras meditarlo unos segundos, le preguntó:

—Oye, Mateo, ¿has vuelto a hablar con Sandro sobre la sesión?

—No. ¿Por?

—Quizás sería mejor cambiar la fecha.

—Dale. Es comprensible si vos preferís esperar a que sanen las heridas.

Al escuchar aquello, Andrei negó con un cabeceo enérgico.

—No, no me refería a eso, al contrario. —Miró primero a Xabi, luego al exdelantero, y afirmó—: Lo que quiero decir es que sería mejor adelantarlos, porque quiero salir así en las fotos. Sin maquillaje ni nada. Que el mundo vea lo que no quiere ver.

Xabi se estremeció, en una mezcla a partes iguales de orgullo y horror.

—¿Estás seguro?

—Sí —afirmó Andrei—. Y Bea también. Lo hablamos cuando me llamó estando aún ingresados.

Mateo iba a pronunciarse, pero alguien lo interrumpió:

—Perdonad, pero es que no he podido evitar escucharos... ¿Estáis hablando de la campaña contra la LGBTfobia de la fundación, esa que me comentó Andrei?

Los tres se giraron hacia Eli. Él asintió.

—Contad conmigo también —replicó la joven.

Niko le puso una mano en el hombro a modo de agradecimiento por querer implicarse.

—Vais a parecer los ángeles de Charlie —se mofó.

—¿Los qué? —se extrañó Rubén.

—Nada, una serie vieja —le explicó Dani—. De hecho, me sorprende que Niko la conozca.

—Porque nuestro padre es un nostálgico —afirmó Andrei—. Entonces, ¿en serio que te apuntas?

—Por supuesto. —Eli extendió la mano y añadió, con una sonrisa—: Somos compañeros de la pulserita, ¿recuerdas?

Andrei rio ante la referencia a su publicación en las redes sociales. Aún le dolía la cara al hacerlo, pero le dio igual.

—Chicos, ¿van bien en serio? —pidió Mateo que le confirmaran.

Andrei y Eli volvieron a mirarse. Luego se dedicaron un cabeceo afirmativo.

Bajo la atenta y orgullosa mirada de Marina, que mojaba su trozo de bica en café con leche, el bonaerense se sacó el móvil del bolsillo de los ajustados vaqueros para hacer una llamada. Y más allá de los Pirineos, en concreto desde el sur de Francia, el fotógrafo italiano que iba a encargarse de las imágenes que iban a dar la vuelta al mundo no tardó en descolgar.

# La tribu de las insomnes

- Dale, pues ya estamos grabando, linda...
- Qué raro se me va a hacer todo esto...
- ¿Por qué? Solo somos vos y yo, charlando como otra noche más.
- Mejor dicho, otra noche de insomnio más.
- No sé vos, pero las mías son cada vez más frecuentes. A veces con motivo, pero otras tantas simplemente, ¡pum!, en cuanto me meto en la cama, se me abren los ojos como a una lechuza.
- Y vueltas y más vueltas...
- ... remedios de toda clase...
- ...ya te digo...
- ...y es inútil. No me consigo volver a dormir.
- La premenopausia, amiga. Esa gran desconocida.
- Che, desconocida porque apenas se habla de ella.
- Las que estamos rondando los cincuenta parece que nos volvemos invisibles para la sociedad en muchos ámbitos, incluido este.
- Aunque esa invisibilidad también puede ser una liberación.
- ¿Por qué lo dices, rubia? ¿Tan harta acabaste de acaparar la atención?
- (Risas)
- Hace ya mucho que dejé de modelar y preferí llevar una vida tranquila en familia.
- Ya, pero sigues llamando la atención lo quieras o no.
- Y este... Tengo buena genética. Pero no es de eso de lo que hablamos.
- Ya, sino del olvido. Como si pasada nuestra edad fértil, en general es como si las mujeres fuésemos desapareciendo del foco de interés.
- Chicas, si están escuchando esto, les damos la bienvenida a la tribu de las insomnes. ¿Por qué decidimos llamarla así, Cris?
- Tribu, pues porque somos muchas aunque lo llevemos en soledad y unidas nos acompañamos. Recuerda: no eres la única que sufre estos desvelos nocturnos.
- Ni los sofocos, las alteraciones de ánimo, los cambios en el cuerpo...
- Eso. Recordad que hasta un pibón como Valentina Vicovic los sufre.
- Si no los sufriera, no estaríamos acá teniendo esta conversación. La primera que grabamos, pero antes hubo muchas más. Para dejar constancia, ¿qué día y hora son?
- Las dos y treinta y siete de la madrugada del 4 de enero.
- ¿Y dónde estás?
- En la cocina de mi casa.
- Che, yo también.
- Mi marido duerme.
- Otra casualidad, viste... Acá mis hijas también.
- Hay demasiado silencio.

—Y el silencio nos lleva a hablar con nosotras mismas, o a buscar una voz amiga.

—Tú me has salvado durante estos meses de desvelos... Aún recuerdo aquella noche en que vi que estabas en línea.

—Ese primer chat de noctámbulas nos llevó hasta acá... Decime, ¿hoy tenés noche de desvelo sin motivo o con motivo?

—Me temo que una combinación de ambas.

—Cierto. Tenés razones de sobra.

—Sí... No son fechas fáciles para mi familia.

—¿Querés compartirlo con la tribu?

(Suspiro)

—Dentro de poco es el primer aniversario de un momento que ojalá pudiera olvidar.

—Algo que ninguna madre desearía haber visto...

—Exacto. En nada hará un año desde que uno de mis hijos estuvo a punto de perder la vida. Así, sin más. En un abrir y cerrar de ojos. Y como si fuera poco, otro de mis hijos acaba de sufrir un percance...

—Dale, pelotuda, no tenés por qué contenerme.

—No, ¿verdad? Qué coño, para eso estamos aquí.

—Así me gusta.

—Estoy desvelada porque una panda de cobardes le dieron una paliza a mi otro hijo y a su novio por ir cogidos de la mano por la calle.

—Vos sabés que esa expresión en la Argentina suena remal, ¿cierto?

—Sí, lo sé...

—Por ir de la mano por la calle. Como hicimos las dos cientos de veces con nuestros maridos.

—Exacto. Como hacen millones de personas cada día. Un simple gesto de amor. Porque no han hecho nada malo. Nada malo, maldita sea.

—Es injusto.

—Sí. Y duele. Porque no puedo hacer nada más que luchar contra el miedo.

—El miedo que se siente por no proteger a los hijos de cualquier mal que aceche.

—¿Sabes qué? Hasta en ese sentido, la sociedad nos modela... Yo, que no he tenido hijas, había vivido medianamente tranquila hasta ahora.

—Ya... Porque asumiste, de forma consciente o inconsciente, que por ser tus hijos hombres no iban a estar sometidos a ese tipo de violencia.

—Exacto.

—Yo soy madre de tres nenas. Conozco ese miedo. Solo se puede combatir dándoles información para que formen su propio criterio, y confiar en que sabrán tomar decisiones lo más acertadas posible.

—Pues sí. Pero ahora no dejo de pensar que mi hijo, por no querer ocultarse, va a ser el centro de la ira de gentuza intolerante como esa.

—¿Acaso no estamos todas las mujeres, en general, sometidas también a esa ira?

—Somos el blanco de muchos tipos de violencia.

*—El debate nos puede durar horas, Cris...*

*—Mejor. Porque hoy ni tú ni yo vamos a pegar ojo. Y algo me dice que las personas que nos están escuchando, tampoco.*

## Capítulo 24

Puig ocupó su butaca en el palco del Caldereu con sentimientos encontrados. Siempre que acudía al estadio a ver jugar al Juventud disfrutaba del espectáculo; sin embargo, aquella jornada dos pensamientos funestos eclipsaban todo lo demás.

Por un lado, el dolor del recuerdo. Por otro, la decepción.

Dolor cuando Niko ocupó la butaca contigua y le sonrió.

Decepción cuando Andrei, acompañado de Xabi, se sentó cerca también al haberse caído de la convocatoria.

Decepción por el silencio. Por una sanción que, aunque en lo económico no fuera a suponerle perjuicio a su hijo, consideraba aberrante.

Llevaba toda su vida al servicio de aquella entidad. Primero como canterano. Luego, como pieza clave del primer equipo durante más de una década. Por último, como responsable de las gestiones burocráticas de las divisiones inferiores.

Cuando vio cómo los gemelos conversaban entre ellos, se dijo que hasta ahí había llegado.

—Bueno, me voy —anunció Niko tras incorporarse.

—¿A dónde? —se extrañó.

—Sergio me propuso que viera el partido desde cabina mientras él y Joan lo retransmiten. —Niko, tras arrimarse hacia él, lo besó en la mejilla—. No te tortures, papá. No vale la pena.

Quiso hacerle caso, pero le resultaba imposible. No al menos en lo que respectaba a Andrei, pues lo de Niko ya no tenía solución.

Así que se desplazó hasta ocupar el asiento que este había dejado libre y se metió, sin demasiado disimulo, en la conversación que mantenían su hijo y Xabi.

—¿Le guardo mi butaca a Marina?

—Sí, por favor —respondió su yerno.

—Gracias. —Andrei sonrió.

Robert se quedó mirando su rostro amoratado. Pensó en Cris, que había preferido quedarse en casa. Pensó en todos sus años en aquel estadio, en sus entresijos.

Y tomó la decisión final.

—Andrei...

—Dime, papá.

—Voy a presentarle mi dimisión al club.

Los ojos de Xabi se abrieron como platos. En cuanto al joven defensa, se tomó unos segundos antes de responder:

—¿Estás seguro?

—Sí. Me niego a seguir formando parte de este silencio.

Andrei, emocionado y orgulloso, asintió con un cabeceo. En cuanto a Xabi, se animó a compartir sus pensamientos al respecto:

—Yo también le he estado dando vueltas sobre si continuar o no con las prácticas.

—Espero que mi decisión no condicione la tuya —le dijo Puig—. Haz lo que creas conveniente, no te vamos a juzgar.

Xabi también asintió. Dejándose llevar por la curiosidad, preguntó:

—¿Y qué harás cuando los mandes a paseo? ¿Dedicarte a la vida contemplativa?

Robert fijó la vista en el amplio marcador del estadio, luego en el césped.

—No necesariamente. Quizás hable con un amigo que tengo... Puede que le venga bien otro burócrata experimentado para su fundación.

Andrei esta vez sí que no pudo reprimir una amplia sonrisa y que le diera un vuelco al corazón. Luego vio por el rabillo del ojo sano la rubia cabeza de Marina, que ataviada con el chándal de paseo invernal del equipo femenino se abría paso para ocupar su asiento, recién llegada tras disputar su encuentro de liga.

—Vamos a tener que tomar por costumbre que nos invites a cenar cada vez que logres un *hat trick* —la felicitó Andrei.

—Sí, hombre. En todo caso invitas tú, que ganas quince veces más que yo —se la devolvió. Su amigo rio.

—Hola, Robert —saludó la delantera con dos besos. Tras sentarse, le preguntó a Xabi—: ¿Y koala?

—Con tu padre.

—Vaya, qué novedad... —ironizó ella.

—Déjale. Mejor que esté entretenido —la disuadió Andrei.

Marina suspiró y miró al cielo nocturno y sin estrellas. Al menos no nevaba ni había rastro de Atenea.

Y mientras ella imploraba a la diosa que ni se le ocurriese volver a escuchar sus ruegos, en las cabinas de prensa del estadio una cámara, a la orden del realizador que coordinaría la retransmisión del partido, enfocó y lanzó en directo la imagen de Sergio Mínguez y Joan Casals, ambos vistiendo el mismo traje informal y sosteniendo un micrófono para hablarle a los espectadores.

En el caso del exdelantero catalán, también lucía en la muñeca derecha, esa con la que sujetaba el micro, una pulsera con los colores de la bandera arcoíris.

—Muy buenas noches desde el Caldereu, este templo del fútbol que se ha vestido de gala para acoger el primer encuentro de liga del año —abrió la previa Sergio—. Juventud y Granadina van a medirse en un partido en el que, *a priori*, hay un favorito. Joan, buenas noches.

—Buenas noches.

—¿Tú qué opinas?

Su compañero, serio aunque sin perder la pose profesional que había cultivado con el paso de los años en las pantallas, replicó, mirándole y asegurándose de que el abalorio quedaba bien visible:

—Quiero creer que esto sigue siendo fútbol y que puede pasar cualquier cosa sobre el césped, en vistas a que fuera de él ya ni nos inmutamos ante las injusticias.

Sergio le sostuvo la mirada e hizo un esfuerzo por mantenerse neutral. Como Joan no daba visos de querer añadir nada más, se dirigió al objetivo.

—Será una noche emocionante y lo contaremos todo con detalle. Permanezcan en sintonía, volvemos después de la publicidad.

Cuando el piloto rojo se apagó, se permitió decir lo que tenía en la punta de la lengua:

—No has tardado ni medio segundo en lanzarte a la yugular, ¿eh?

—Ya te dije que no pensaba callarme.

—Coño, espagueti, yo también estoy cabreado, pero...

—Ni pero ni nada. Si no quieres mojarte, allá tú.

—¿Estás mosqueado porque no he querido ponerme la pulsera?

Joan acercó el rostro al suyo en un signo de advertencia:

—No me toques los cojones, Mínguez.

—Los *collons*, querrás decir.

—Que te follen.

—Y que lo hagas tú, a ser posible.

Pese a que en cualquier otro momento a Joan le habría hecho gracia dicha réplica, en esos instantes se limitó a ocupar su puesto en la mesa de retransmisiones. Sergio, hastiado, comprobó la hora. Luego distinguió a quien estaba tras la puerta de cristal.

—Ahora vengo —anunció. Tras recalar en el pasillo de la zona de prensa, saludó a quien lo estaba esperando—. Dichosos los ojos, Nikolai.

—Hola, Sergio... ¿Seguro que no molesto?

—Qué va, hombre. ¿Quieres un café rápido? Me quedan... siete minutos para volver a entrar en directo.

Niko asintió, y ambos se dirigieron a una máquina expendedora.

—¿Cómo lo llevas?

—Ahí voy —replicó el joven.

—Sé que es jodido, pero alegra esa cara. Bastante tengo con aguantar que el *italianini* esté de malas pulgas.

Él aceptó el café en vaso de papel que su suegro le tendió. Mientras le daba un sorbo, observó a su alrededor.

—¿Alguien a quien quieres que te presente? —dejó caer Sergio.

Niko se encogió de hombros.

—No, la verdad. Total, para lo que va a servir...

El espigado exdefensa silbó.

—Bueno, bueno, bueno... Creo que alguien va de derrotista.

—Es que..., no sé, igual empeñarme en hacer contactos no va a servir de nada, ¿sabes? —Niko lo miró a los ojos—. Sé sincero: ¿crees que nos será útil de cara a montar la agencia en el futuro?

—¿Quieres sinceridad absoluta?

—Sí.

—¿Absoluta de verdad?

—Que sí.

—Vale. Pues, hablando en plata, no sé por qué estás empeñado en reinventar la rueda.

Niko se lo quedó mirando, sin comprender.

—¿A qué te refieres?

—Pues a que estás emperrado en montar tu negocio desde cero cuando hay una opción más

rápida y segura de echarlo a andar.

Aquello consiguió captar la atención del novio de la mayor de sus hijas.

—Soy todo oídos.

—Verás, miniPon, lo que tienes que hacer es coger tus ahorros...

—Ajá...

—...y absorber una agencia de representación que ya esté constituida. Con sus empleados y todo. Luego vais aplicando vuestra filosofía, y que los que se queden, porque alguno querrá cobrar su indemnización y largarse —puntualizó Sergio—, la apliquen y sigan haciendo lo que mejor saben: moverse en los terrenos pantanosos por los que llevan años avanzando. Y tú y Xabi, mientras, os seguís formando y aprendiendo. Y recibiendo vuestra parte del pastel como socios, claro.

Niko se sintió gilipollas por no haber pensado en algo así antes.

—No sé si Xabi aceptará que ponga capital en su nombre... —murmuró, hablando más bien para sí mismo.

—Eso ya lo tenéis que hablar vosotros, pero ¿sabes qué? —Sergio comprobó que le quedaban tres minutos. Apuró el café y añadió—: Dale un par de vueltas, pero si te interesa, sé de una agencia que igual podría interesarte. Es la rama deportiva de un bufete con prestigio. Y, además..., quién sabe, igual hasta podría invertir yo también.

—¿Serías socio? —se ilusionó Niko.

Sergio, notando en el fondo del paladar el sabor dulce de la victoria servida a destiempo, afirmó:

—Por supuesto. Lo que sea por putear bien puteados a mis queridos hermanitos de sangre.

## Capítulo 25

Durante los últimos días de las vacaciones, aislados del mundo en el pueblo donde Dani había pasado los primeros años de su infancia, a Mateo se le llegó a pasar por la cabeza que aquella aventura de la paternidad estaba resultando, en general, fácil.

De hecho, demasiado fácil. Y eso le escamaba.

No había vuelto a pensar al respecto, más que nada porque con el día de Reyes y el regreso a Madrid todo había sido un caos, pero aquella mañana de lunes, primera jornada lectiva tras el parón navideño, se dio de bruces contra la realidad.

E, irremediablemente, se acordó de aquel momento en que sacó conclusiones precipitadas.

—¡¡No quiero ir al colegio!! —gritaba el niño mientras intentaban que se vistiese con el uniforme.

—Rubén, las vacaciones se acabaron —trataba Dani de hacerle entrar en razón—. Tú tienes que ir al cole y nosotros a trabajar.

—¡¡No quiero!!

Mateo buscó la mirada de su marido, y Dani le hizo un gesto, dándole a entender que necesitaba tomarse una pausa para no perder los nervios. Asintió con un cabeceo, y mientras el exentrenador del Juventud salía de la habitación, se armó de paciencia.

—¿Por qué no querés ir al colegio?

—¡¡No quiero!!

—¿Pero por qué?

—No quiero que me dejéis ahí.

Mateo, leyendo entre líneas, vio un hilo del que tirar:

—¿Vos tenés miedo de que te dejemos allá para siempre?

El niño, tras guardar silencio unos segundos, musitó un «sí».

—Cuando las clases acaben, Dani y yo te vamos a estar esperando.

—¿Y luego a dónde iremos?

—¿Después de que acabe hoy la escuela, querés decir?

—Sí.

—Acá, ¿dónde si no?

—¿Seguro? —insistió Rubén, como si no terminara de fiarse.

—Obvio... Habrá tarea que hacer.

—No sé yo si le pondrán deberes el primer día después de las vacaciones —intervino Dani.

Mateo giró el rostro y comprobó que él, tras respirar hondo unas cuantas veces en el pasillo, estaba de regreso. Se miraron a los ojos. Ambos sabían lo que el otro estaba pensando: «Si cedemos, la cagamos». Tenían que mantenerse firmes, pero aplicar dicha firmeza de forma amable. Instaurar las rutinas, seguir adaptándose.

«Fácil, pensé. ¡Ja!», ironizó el argentino para sus adentros.

Vio que Dani recuperaba del suelo el par de calcetines que habían salido volando, y que, tras sentarse en una silla próxima a la cama, volvía a la carga:

—¿Te los pones? Vístete tú solo, nos puedes pedir ayuda si lo necesitas. Y luego, cuando

hayamos desayunado los tres juntos, nos vamos.

—¿Me iréis a buscar después? —pidió Rubén que él también se lo confirmase.

—Sí, claro. A las tres en punto estaremos esperándote. Además, tenemos tutoría con tu profesora.

El chiquillo, tras un nuevo silencio, recurrió a su última baza:

—¿Seguro que no me puedo quedar aquí con vosotros?

—No. Tenés que ir a la escuela. Aprender, divertirse...

—¿No tienes ganas de ver a tus amigos? —Dani, apurado, se corrigió sobre la marcha—. ¿De estar otra vez con ellos?

Rubén se encogió de hombros. El matrimonio volvió a intercambiar una rápida mirada, y Dani se apoderó del turno de palabra:

—Venga, que se nos echa el tiempo encima.

Mateo aprovechó que él iba a encargarse de que se vistiera para terminar los desayunos. Puso en marcha la cafetera y la tostadora; preparó una fiambra para Rubén; comprobó la hora en el microondas como veinte veces, sin dar crédito a lo veloces que pasaban los minutos cuando se iba a contrarreloj.

A las ocho y cuarto se metieron en el coche del exdelantero. Justo cuando iba a sacar el vehículo del garaje, Mateo notó una caricia en la mano que tenía sobre la palanca de cambios. Esbozó una sonrisa, y mientras se preguntaba si Dani también estaría al borde del infarto, puso rumbo a la ciudad, dejando atrás aquellas carreteras aledañas a la Sierra que, por suerte, no habían amanecido heladas.

El trayecto transcurrió sin sobresaltos más allá del tráfico. Cuando estaban a punto de dar las nueve, se detuvieron en la puerta del colegio donde Rubén, tras su paso por la etapa infantil, estaba cursando su primer año en primaria, y que no quedaba demasiado lejos del centro de menores. Mateo puso las luces de emergencia a modo de indicador y, al igual que otros tantos padres y madres que también habían llegado por los pelos para dejar ahí a sus retoños, se bajó, armado con la mochila, mientras Dani ayudaba al niño a desabrocharse el cinto de la silla adaptada y luego a descender.

—¿Te las arreglas para llegar dentro?

Rubén asintió con un cabeceo y semblante mustio.

—Vos pasala rebién, que luego venimos a buscarte, ¿sí? —lo animó Mateo.

El chiquillo, sin más, se dio la vuelta y empezó a caminar mientras contaba pasos. La pareja, ignorando a los curiosos que acababan de reparar en su identidad, le observaron. No se les pasó por alto que ninguno de los compañeros y compañeras de Rubén hizo ademán de acercársele.

Una vez lo perdieron de vista, Dani suspiró.

—¿Vamos? Ya nos llamarán si ocurre algo.

Mateo asintió, notando que el malestar en la boca del estómago se hacía más y más grande, y preguntándose si esa congoja, causada por desprenderse del niño durante las siguientes horas, se iría reduciendo con el paso del tiempo, o si simplemente terminaría por habituarse a ella.

—¿Vos no estás preocupado? —rompió el nuevo silencio que se formó mientras se reincorporaba al tráfico.

—Claro que lo estoy, pero quedamos en que escolarizarlo en casa con un tutor privado no va a servir de nada si lo que queremos es que sea independiente, ¿no? Esto es la vida real.

—Lo sé... Pero me siento tan...

—Ya. Yo también. —Dani volvió a regalarle una caricia. Luego, al reparar en cierto asunto, se sacó el móvil—. Joder, se me pasó enviarte la tabla nueva.

—Este... Ya bastante milagroso es que recordaras hacerla —rio, soltando tensión de paso.

No demasiado después, Mateo volvió a estacionar, solo que en el aparcamiento con el que contaba el centro deportivo del que ambos eran socios, y en el que Dani, instándose a ser flexible en aras de la nueva dinámica, se había encomiado a entrenar, dejando el gimnasio privado con el que contaban solo para casos de emergencia. Así que ambos, tras cambiarse, se dirigieron a la sala de musculación, en donde se toparon con caras conocidas, pero no tanto como al leonés le hubiese gustado:

—Panda de rajados... ¿No decían que iban a venir también? —protestó.

Mateo sonrió. Solía coincidir ahí a esas horas con Sergio y Joan, pero estaba visto que el final de las fiestas también les había pasado factura.

—¿Vos qué harás después del entreno?

—Me traje el portátil. Subiré a la planta de la cafetería y aprovecharé el tiempo ahí.

—¿No queréis ir a la oficina? Siempre hay un sitio para vos.

—Te lo agradezco, pero mejor que podáis estar a lo vuestro. ¿Nos vemos directamente en el cole para la tutoría?

—Sí, tengo la agenda demasiado apretada...

—Tranquilo. Mañana si podemos almorzamos juntos.

Mateo, enfundado en ajustadas ropas deportivas y, al igual que él, haciendo acopio de la buena forma física en la que se mantenía pese a que llevaba muchos años alejado de la alta competición, sonrió. Quizás esa nueva etapa fuese compleja, con tantos frentes abiertos y retos continuos, pero tuvo la sensación de que, si ambos ponían de su parte, podía ser una buena época para ellos como pareja. Dedicarse tiempo, seguir negociando y buscar soluciones. Redescubrirse. Evolucionar.

Simplemente, ser.

Tras besarle en los labios, se despidió:

—Chau.

—¡No te olvides de las dominadas!

—Sí, ya sé... O mi *personal trainer* no me dejará vivir.

Y así, mientras saludaba a más conocidos, se dispuso a dejar la mente en blanco. Todo con tal de poder centrar después sus energías en la monumental tarea de cambiar, aunque fuese un ápice, el mundo.

\*

A Rubén las horas se le hicieron eternas.

Ocupó su pupitre de siempre. Atendió a las explicaciones generales de la profesora, recibió las que el maestro de apoyo le daba, a fin de que pudiese seguir las diferentes materias. Distinguió las voces de los demás alumnos que conformaban la clase; respondió a los pocos que interactuaron con él.

Se sentó en donde le dijeron en el comedor. Vacío los compartimentos de la bandeja, aunque el almuerzo que servía el colegio le pareció más insulso que nunca.

Sus ánimos parecieron aligerarse cuando le notificaron que ya era hora de irse. Una de las monitoras lo acompañó hasta la puerta principal, en donde el vigilante de seguridad comprobó la identidad de sus nuevos tutores y le permitieron salir.

—¡Hola! ¿Qué tal el primer día?

—Nos tienes que contar todo.

Rubén sonrió al escuchar sus voces. Dani y Mateo habían vuelto a cumplir su promesa, y eso le hizo sentirse tranquilo. Sin embargo, no respondió. Accedió al vehículo, en donde Dani, tras atarle las sujeciones, tomó asiento a su lado, en la parte trasera del coche.

Cuando notó que se ponían en marcha, fue Mateo quien volvió a intentarlo:

—¿Fue divertido estar de nuevo con los compañeros?

—¿Y los profes? ¿Se alegraron por tenerte de vuelta? —añadió Dani—. Antes estuvimos hablando con Marta, dice que te esfuerzas mucho.

Siguió callado.

—No hace falta que nos lo cuentes si no te apetece.

—Che, obvio... Solo queríamos saber cómo fue.

Incapaz de seguir guardándoselo, Rubén murmuró:

—Un niño me dijo algo en el comedor.

—¿Quieres hablar de eso?

—O luego si lo preferís...

Él, serio, volvió a murmurar:

—Dijo que ahora estoy viviendo con dos maricas y se rio de mí. Y luego otros niños se rieron también. —Tras una pausa, añadió—: ¿Eso qué es? ¿Es malo?

Esperó lo que pareció una eternidad hasta que escuchó la voz de Dani, cercana, apoderándose del espacio. Le gustaba su timbre; le hacía sentir seguro.

—¿Recuerdas que cuando Mateo y yo fuimos a conocerte, te dijimos que estamos casados y tú nos preguntaste si no había una mujer?

Rubén asintió.

—A ti te pareció bien, ¿verdad?

El chiquillo se encogió de hombros, como indicando que le era indiferente.

—Pues hay personas, mi vida... —intervino Mateo—, a las que no les parece bien.

—Seguramente ese niño te haya dicho lo que ha escuchado en su casa —siguió Dani—. ¿Se han metido mucho contigo?

Otra vez se encogió de hombros.

—Si alguien te molesta, nos lo dices, ¿vale? Pero no te sientas mal por lo que puedan decir de nosotros, que a estas alturas nos da igual.

—¿A vos no te parece que lo único importante entre las personas es que haya amor?

Rubén asintió con un cabeceo.

—Y a nosotros también. Y muchas otras personas también lo piensan. No dejés que lo que hagan unos pocos te haga olvidar que el mundo está lleno de gente buena y sin prejuicios, ¿sí?

—¿Qué es prejuicio? —preguntó Rubén.

Escuchó a Dani respirar profundo. Luego, como siempre, se lo explicó con palabras que

entendía. Eso le gustaba. Y mucho.

Lo que no le gustó tanto fueron los derroteros que acabó teniendo la conversación mientras seguían dentro del coche:

—Oye, Rubén, Mateo y yo lo estuvimos hablando antes, y queríamos preguntarte si sabes nadar.

—No.

—¿Te gustaría aprender?

—No.

—Este..., ¿y cómo no vas a querer? Nadar es bien divertido.

—Me da miedo.

Dani volvió a respirar profundo.

—Sé que puede dar un poco de respeto al principio, pero es importante que aprendas. Yo podría enseñarte, pero aún falta mucho para que podamos usar la piscina de casa, así que queríamos proponerte...

—No.

—¡Pero escuchá al menos la idea! —exclamó Mateo con su voz alegre y peculiar acento.

—Queríamos proponerte —retomó Dani sin esperar ni un segundo— que nos apuntemos los tres a clase de natación, con un monitor. Estarás con nosotros, al menos hasta que te sueltes.

—La piscina es cubierta, el agua siempre está de maravilla. —A Rubén le encantaba cómo arrastraba la pronunciación de esa consonante—. ¿Qué nos decís?

—Piénsalo, ¿vale?

El niño se encogió de hombros una última vez. A partir de ahí, el resto del viaje por carretera fue tranquilo.

Se sintió feliz al adentrarse en aquella casa en donde el olor y las distancias empezaban a resultarle conocidos. No tenía tarea, así que pudo jugar con sus piezas de construcción, esas que iba encajando y apilando para formar torres que, a juzgar por lo que le indicaban sus manos, le sobrepasaban en altura para luego desplomarse con estruendo.

Protestó cuando Dani le dijo que era hora de meterse en la ducha, pero sabía que luego podría ayudar en la cocina y eso le encantaba. Ya en pijama, se encargó de las tareas sencillas que Mateo le fue asignando. Cenaron mientras hablaban los tres primero, con Lucía y Esteban por teléfono después.

Mientras estaba entretenido siguiendo la conversación que le daba el otro matrimonio desde León, Dani y Mateo se dedicaron a recoger.

—Te juro que mi padre me va a volver loco —farfulló el primero mientras iba llenando el lavaplatos.

—¿Cuándo vienen a Madrid a ver casas?

—La semana que viene.

—Dale, ellos nos ayudaron a decidirnos por esta. Es hora de devolverles el favor. —Mateo paró un momento lo que estaba haciendo y rezongó por lo bajo, incómodo—: Creo que va a llover...

—¿Te duele la cicatriz?

—Cuál de ellas... —ironizó el bonaerense.

—Cuál va a ser. La que siempre da por saco cuando cambia el tiempo... Rubén, ¿ya terminaste de hablar?

—Sí.

—Espera... —Tomó el móvil y se lo llevó al oído—. ¿Hola?

—Hola, cariño.

—Mamá, cuelgo, ¿vale? Que en nada toca acostarlo y toda la pesca.

Lucía, con la voz teñida de una calidez especial, replicó:

—Y yo que creía que nunca te iba a escuchar decir algo así...

—Me has oído decir lo mismo cientos de veces, que cuando Marina y las gemelas eran pequeñas y nos las quedábamos siempre llamabas para saber cómo íbamos y te pegabas con ellas al teléfono hasta las tantas —le recordó en un amago de reproche.

—Ya, pero ahora es distinto.

Dani suspiró. Pese a todo, se le dibujó una media sonrisa.

—Anda, buenas noches. Y gracias por llamar.

—¿Te paso con tu padre?

—No, no, dile que lo llamo mañana. Ahora me viene fatal.

—Vale. Que descansen los tres.

Dani colgó. Luego se dispuso a meterse en otra batalla:

—Rubén, a cepillarse los dientes y a la cama, que mañana hay que madrugar.

—¿Otra vez?

—Mañana es martes, hay escuela —puntualizó Mateo.

—No quiero ir al cole —protestó.

—Pues es lo que hay —cortó, tajante—. Venga, desfilando.

Rubén se bajó del taburete. Luego empezó a contar pasos. Y mientras se alejaba en dirección al cuarto de baño anexo a su dormitorio, Mateo se secó las manos en un paño y le propuso cambiar un poco la dinámica:

—¿Por que no subís vos a descansar? Me encargo del cuento.

—¿Seguro? Dice que le gusta más cómo les pongo yo las voces a los personajes...

—Este... Tendré que practicar, ¿cierto? O si no cuando vos te tengás que marchar a alguna concentración, ¿cómo haremos? —insinuó Mateo sin perder la sonrisa.

Dani no se hizo de rogar. Fue a desearle las buenas noches al niño, y cuando este, no sin volver a protestar por el cambio de planes, se adentró con Mateo en su habitación, fue hacia la escalera y empezó a subir peldaños, comprobando que llevaba consigo el pequeño monitor portátil.

Una vez en sus aposentos, dejó el aparato sobre la mesa de noche de su lado de la cama. Gracias a este pudo escuchar la conversación que Mateo y Rubén estaban manteniendo; cómo el exdelantero ponía de su parte para salir airoso de la lectura escenificada.

No pudo evitar sonreír. Luego optó por bajar el volumen, como si así les diera privacidad. Dejarles tener un momento de conexión.

«Dijo que ahora estoy viviendo con dos maricas», recordó lo que el chiquillo les había contado horas antes, y sintió un pinchazo de dolor.

No era momento de flaquear ni de esconderse, sino todo lo contrario. De sentirse más

orgullosa que nunca de lo que Mateo y él habían logrado construir contra viento y marea, sorteando cada obstáculo y preparados para afrontar los que estuvieran por venir.

Y aunque fuera una manera un tanto prosaica de demostrárselo, quiso recordarle al hombre con el que compartía su vida que, en esos momentos, lo que ambos formaban y lo que sentía por él era más fuerte que nunca.

Casi cincuenta minutos después, cuando por fin Rubén se rindió al sueño, Mateo subió hasta la planta superior y se lo encontró esperándole en la cama. Por la forma en la que lo estaba mirando, bajo la tenue luz de la lamparilla de noche, y por la estratégica colocación de las sábanas que lo cubrían, supo qué se iba a encontrar debajo.

—Che, ¿en serio tenés ganas? —se rio.

—¿Ganas de qué?

Mateo, tras sentarse sobre el lecho, levantó las sábanas lo justo para echar un vistazo. Tal y como daba por hecho, Dani lo estaba esperando desnudo.

—¿Activaste el monitor?

—Sí. Volví a subir el volumen hace un rato, escuché la última parte de la conversación.

—Bien duro tener que explicar qué es un agujero negro del cosmos al final de un día intenso, ¿cierto? —se mofó Mateo de sí mismo, pues la pregunta del niño lo había pillado tan desprevenido como agotado mentalmente.

—Bien duro es como me tienes ahora —replicó, tomándole de las muñecas para que se recostara sobre él.

El exdelantero volvió a reír, pero no opuso resistencia. Sin embargo, Dani pudo ver en él la sombra de la duda.

—¿Será buena idea?

—Mati, si le pasa algo, lo sabremos gracias al cacharro ese. Él no puede escucharnos a nosotros, y estamos a una planta de distancia. Incluso aunque llegara a subir hasta aquí y atinase a abrir la puerta...

—Sabe abrir perfectamente.

—Ya lo sé. Pero, incluso así, dudo que nos llegue a pillar. Y si algún día ocurre, tampoco le causaremos un trauma... Si no te apetece, no pasa nada, pero creo que deberíamos empezar a asimilar que es lo que toca a partir de ahora: tener siempre la mosca detrás de la oreja.

Mateo volvió a reír. Luego se empezó a desnudar.

—Menos mal que ya conozco todas esas expresiones que usan ustedes acá en España. —Se tumbó sobre él y echó por encima las sábanas; sus pieles la una contra la otra, sus anatomías tan unidas que quemaban—. Tenés razón. Y lo sé, sé que nos tenemos que acostumbrar, pero...

—Ya, es raro de cojones. Me siento como un adolescente que se va a enrollar con su novio en su habitación y no sabe si sus padres van a llegar antes de lo previsto.

—Me temo que vos no sabés lo que es eso, si de adolescente viviste en la residencia...

—Cambia habitación por las duchas del vestuario junto a los campos de entrenamiento, y novio por Joan aún con dieciséis años, y más o menos viene a ser lo mismo.

—Cambιά adolescente por hombre maduro que está mejor que nunca... —le siguió Mateo el juego mientras empezaba a mordisquearle el lóbulo de la oreja, para empezar a regarle de besos el cuello—, y novio por marido...

—Y padres por niño de seis años en pleno proceso de adaptación a su nueva casa...

—Nueva casa, no. —Antes de focalizar sus atenciones en el pezón que tenía a tiro, concretó —: Su casa.

Dani suspiró e hizo un esfuerzo por centrarse en el momento. Por centrarse en él, en avivar el fuego tras una temporada apagado. Se dejó hacer por sus labios expertos, por esas manos que le conocían a la perfección. Cuando Mateo, tras recolocarse hasta quedar sentado a horcajadas sobre su pelvis, le pidió que le pasara el lubricante, obedeció, dejándose a su completa merced.

Se estremeció cuando él, tras calentar en la mano una generosa cantidad de gel, rodeó con los dedos embadurnados las erecciones de ambos y empezó a friccionarlas, acompañando el movimiento con el de sus caderas.

—Sigue... —le pidió, cerrando los ojos para centrarse en las sensaciones, y luego abriéndolos para toparse con aquella mirada cristalina que lo fascinaba, con esa expresión enfebrecida de deseo que lo volvía loco.

Mateo siguió dándole placer y dandoselo a sí mismo mientras su otra mano buscaba la suya y la aferraba con fuerza. Pero cuando iba a empezar a imprimir mayor ritmo, con la respiración ajetreada y el leve brillo del sudor que le perlaba el torso, un sonido los sobresaltó.

Provenía del monitor. Rubén gimoteaba, alterado. Aunque no los estaba llamando por sus nombres, ambos supieron que los necesitaba.

Toda la excitación cayó en picado, como si hubiese sido absorbida por uno de esos agujeros negros que despertaban la curiosidad del niño.

—Voy yo —dijo el argentino.

—¿Seguro?

—Sí.

Dani se quedó ahí, tumbado y con la erección empezando a desinflarse, mientras veía cómo Mateo se metía a toda prisa en el cuarto de baño y luego, tras vestirse con la ropa que había dejado tirada de cualquier forma, descendía por la escalera.

Volvió a suspirar. Escuchó gracias al aparato cómo él lo tranquilizaba, cómo le aseguraba que solo había sido una pesadilla. Cómo empleaba cerca de veinte minutos en lograr que volviera a dormirse.

Tuvo que hacer un esfuerzo titánico para no ceder él también al sopor. Y otro extra cuando, al estar el argentino de regreso, le propuso continuar:

—Se que va a costar, pero si dejamos que nos gane la incertidumbre de si nos llamará otra vez o no...

—...siempre habrá una excusa para dejarlo para otro momento —terminó Mateo la frase. Con la intención de tranquilizarle a él también, pero asimismo de dejarle claro cuáles eran sus intenciones, volvió a despojarse de las prendas—. No sé qué pensás vos, pero yo sigo considerando importante nuestra intimidad.

—Y yo.

—Pues no se hable más.

—Ponte tú abajo ahora. Y si nos vuelve a llamar, iré yo.

—Che, espero que al menos esta vez nos dé tiempo a terminar —se lo tomó Mateo con toda la filosofía que le fue posible.

Hizo lo indicado y se tumbó en el lecho. Contempló el esbelto cuerpo que pronto tuvo sobre el suyo, le dedicó una mirada pícaro cuando, tras pasarle ambas manos por la cintura, lo atrajo

hacia él y llenó de besos la dureza que tenía ante sí para que terminara de formarse. La lamió, la hizo desaparecer en la calidez de su boca hasta que Dani, conteniéndose, se retiró.

Suspiró y se arqueó cuando él, tras embadurnarse también los dedos con lubricante, lo imitó aprisionando las erecciones de ambos para friccionarlas. Jadeó, gimió; no dejó de mirarle en ningún momento, ni siquiera cuando, con la voz ronca, anunció:

—Estoy a punto de venirme...

—Cómo me pone que lo digas así...

Unos segundos más de dulce agonía. El latigazo intenso del placer, el movimiento involuntario de la pelvis. Otro jadeo, el calor del semen de ambos salpicándole el abdomen.

Las miradas cómplices, la conexión. El alivio por haber podido compartir ese momento, ser de nuevo solo ellos.

Se limpiaron con una toalla húmeda que Dani, previsor, había dejado en el suelo, y volvieron a resguardarse bajo las sábanas. Mateo nuevamente tumbado, Dani con la cabeza recostada sobre su pecho mientras él le acariciaba la espalda.

Empezó a llover. El exdefensa acarició a su vez la notoria cicatriz que Mateo tenía en la cara posterior del muslo, vestigio de sus continuas lesiones de isquiotibiales.

—Sigues siendo como un barómetro humano —musitó.

El argentino esbozó otra sonrisa; hacía mucho que no se relajaba tanto. Sin embargo, se dejó amparar por aquella atmósfera reconfortante para compartir con él sus pensamientos más lúgubres:

—Duele, ¿cierto?

Dani, intuyendo a qué se refería, pues él tampoco había dejado de darle vueltas, contestó:

—¿Lo que nos contó Rubén antes, a la salida del colegio?

Mateo asintió con un cabeceo.

—Aguantar los insultos uno mismo es una cosa. Y saber que tu hijo sufre por ello, otra bien distinta —musitó.

—Ahora entiendo mejor a Gorka, cuando nos contó lo mal que lo pasaba con Julen por lo mismo —murmuró Dani.

—Me pregunto de dónde habrán sacado la información tan rápido esos chicos...

—Pues de dónde va a ser... ¿No te fijaste en toda la gente que nos miraba y nos sacaba fotos cuando salimos con Rubén de compras? —Dani, resignado y abrazándose un poco más a él, añadió—: Imagino que habrán corrido como la pólvora por Internet, a saber qué se dirá por ahí de nosotros como para que un enano esté al tanto.

—¿Y qué hacemos?

—Aguantar el chaparrón, no nos queda otra.

El exdelantero, con la mirada perdida en la penumbra y dejando que lo arropasen su calor, el sonido de la lluvia y el dolor sordo en la cicatriz, siguió compartiendo pesares:

—¿No lo notaste demasiado solo en la escuela...?

—Su tutora dice que progresa bien, y el colegio tiene convenio para las clases de apoyo y el material adaptado.

—Lo sé, pero...

Dani suspiró. Luego añadió:

—Podríamos matricularlo en cualquier colegio privado que nos parezca, pero yo siempre he estudiado en la pública. Llámame iluso, pero quiero creer que lo que de verdad va a marcar la diferencia con Rubén no es lo que le enseñen en clase, que también, sino lo que estemos dispuestos tú y yo a involucraros.

—En lo que haga falta —afirmó Mateo sin dudar.

—No me dio tiempo a decírtelo antes de que entrásemos a la tutoría...

—Che, normal...

—... pero estuve consultando los recursos de la entidad a la que está afiliado. Hay muchos interesantes. Y también localicé dónde se imparten los talleres de braille.

—¿Cuándo empezamos?

Dani esbozó una sonrisa.

—Sabía que acabarías cediendo.

—Tenés razón. No puedo dejar que ustedes dos me dejen atrás.

—Ya miro mañana lo de la matrícula, que ahora mismo estoy para el arrastre...

Mateo lo besó en la frente. Permanecieron así, el uno en brazos del otro, mientras no dejaba de llover sobre Madrid. Por primera vez desde que Rubén llegó a sus vidas, durmieron del tirón hasta el amanecer. Sin nuevas pesadillas que espantar, y sin dejar que las sombras del miedo, ese que los atacaba por varios frentes, perturbase la paz del universo que formaban entre ambos.

## Capítulo 26

Gracias a la expresividad de sus obras, en especial por el juego de claroscuros que caracterizaba a sus retratos en blanco y negro, Sandro Galenni se había armado un renombre como fotógrafo a nivel internacional.

Era el principal motivo por el que Mateo no dudó en llevar a cabo el acuerdo que ambos, con un simple apretón de manos, habían sellado meses atrás. Asimismo, saber que los fines y ambiciones de la fundación estaban en consonancia con los del napolitano, le confirmó que nadie mejor que él podía encargarse de la ejecución plástica. De conseguir imágenes con las que empapelar las calles de las principales ciudades de la geografía española, pero también las redes.

Se mantuvo en un discreto segundo plano en el estudio que habían alquilado mientras él, armado con su cámara, daba instrucciones a los protagonistas de la campaña en su inglés sencillo y de entonación melódica. Y es que allí, ante un ciclorama negro, posaban Bea, Eli y Andrei.

Los tres vestían ropajes de carácter deportivo, aunque neutros. De un solo vistazo se podía apreciar que llevaban puestas equipaciones para jugar al fútbol, pero sin escudos ni otros distintivos oficiales. Ninguno llevaba maquillaje, más allá del necesario para matizar brillos. En el centro, él mirando fijamente al objetivo. Se le había bajado la hinchazón alrededor del ojo y este ya mostraba su aspecto habitual, pero la piel en ese lado del rostro seguía amoratada.

Bea también miraba fijamente a la cámara con la melena suelta, en contraposición a Eli, que la llevaba recogida en una coleta alta. Un trío poderoso; tres atletas en la flor de la juventud, exultantes de energía, de pasión por aquello que amaban, por aquellos a los que amaban.

Tres futbolistas que, mientras se dejaban retratar, no cesaban de repetirse para sus adentros el eslogan de la campaña.

«Verbal o física, una agresión es una agresión».

Los tres llevaban en la muñeca izquierda la pulsera con la bandera arcoíris que tanta polémica había creado. Bea parpadeó un par de veces para combatir el efecto de los focos, y a otra indicación de Sandro forzó un poco más la postura, de manera que quedó visible el balón de fútbol que llevaba sujeto a la cadera.

«Esto va por todos los que me habéis insultado desde la grada», dijo en la intimidad de sus pensamientos mientras sonaba el obturador de la cámara.

Eli, por su parte, posaba con la barbilla bien alta. Sus ojos oscuros fijos en la lente; esbelta y elegante como una pantera.

«Esto va por vosotros. Por todas las veces que me habéis dicho que jugar al fútbol es de marimachos», se repetía para sus adentros. «Por los que no parasteis de acosarnos a Jime y a mí hasta que ella se rindió. Pero yo no pienso hacerlo».

En cuando a Andrei, solo podía pensar que ojalá cuando los carteles estuviesen en las marquesinas de las paradas de los autobuses y colgando de las farolas, o en cada móvil de los habitantes de aquella ciudad, los tipos que la habían emprendido a golpes con Xabi y él lo vieran.

Que tuvieran la decencia de mirarlo a los ojos a través del papel. Que captasen lo que les estaba gritando.

«No os tengo miedo».

Continuaron posando, siguiendo indicaciones. Y mientras fotógrafo y figurantes estaban concentrados, alguien más accedió al estudio con toda la discreción que le fue posible.

—Hola, tío Mati... —susurró la recién llegada.

Mateo sonrió y la besó en la mejilla.

—¿Bien el entreno? —susurró de vuelta.

—El entreno, la sesión con mi tutor en la uni antes de que empiecen los exámenes y la odisea de aparcar por aquí... —farfulló. Luego se quedó observando lo que estaba ocurriendo a varios metros de donde se encontraban, y solo con ver el despliegue sintió que el corazón le daba un vuelco—. Qué pasada...

—Transmiten mucha fuerza, sí —le dio la razón el exdelantero.

—¿Crees que la campaña servirá de algo?

—Si conseguimos que se hable de ello todo lo que no se hizo en los canales oficiales, obvio que sí.

Marina se mordisqueó el labio y siguió con la vista al frente, fascinada. Nunca había visto a Bea así, con el poderío de una amazona. Ni a Andrei, irradiando tanta seguridad en sí mismo.

Ni a Eli, tan impresionante que robaba el aliento.

—*Creo que ya lo tenemos* —anunció el fotógrafo en inglés.

Tras una serie de comprobaciones en el ordenador que recibía las imágenes desde la cámara a tiempo real, Sandro les confirmó que ya podían relajarse. Y como si estuviesen ejecutando una coreografía ensayada, Bea, Andrei y Eli suspiraron de alivio a la vez.

—*¿Podemos apartarnos de los focos? Me estoy asando* —preguntó Andrei en su inglés fluido.

Sandro asintió sin apartar la mirada de los monitores, y tanto el defensa como sus compañeras de sesión salieron del ciclorama. Nada más ver a quien los estaba esperando con una gran sonrisa, Eli exclamó:

—¡Marinaaaaa!

—¡Ornnnnnn! —se unió Andrei.

—Qué hortería ha sonado —afirmó Bea, para luego añadir—: ¡Mariornnnnn!

La delantera centro del Juventud rio y se fundió con ellos en un abrazo de grupo.

—Sois totales —afirmó, emocionada.

—Él mérito será de él, nosotros solo nos hemos quedado ahí quietecitos —replicó Andrei.

Marina reparó entonces en el italiano y le dedicó un saludo. Este, tras corresponder al afectuoso apretón de manos, les pidió que se acercaran:

—*Hay otra que también podría funcionar, pero yo me quedaría con esta.*

Los cuatro jóvenes se arremolinaron en torno al monitor, asombrados. En cuanto al principal responsable de que aquella campaña se estuviese realizando, se unió también y verbalizó lo que todos pensaban:

—*Sí, Sandro... Esta es* —le dio Mateo la razón.

Los ojos de ambos se encontraron y se sonrieron, satisfechos.

Era una fotografía sencilla aunque llamativa. Los rostros de los tres futbolistas estaban iluminados de forma que se resaltaba solo un lado, enfatizando las sombras; dramatizando sus miradas, los cercos oscuros en la pálida piel de Andrei, los parches del balón que sujetaba Bea.

—*En blanco y negro, pero dejando en color solo las pulseras* —añadió Sandro tras volver a centrarse en la imagen—. *Y aire por arriba para que los diseñadores puedan maquetar el*

*eslogan.*

—*Me encanta* —afirmó Mateo—. *Mándala a producción.*

El italiano volvió a asentir, y mientras los protagonistas de la foto y Marina parloteaban, mantuvieron una última conversación que, pese a informal, para los dos volvía a tener el mismo valor que un contrato de doscientas páginas firmado con sangre.

—*¿Qué te parece el veintiséis de junio para inaugurar tu exposición?* —preguntó el argentino.

Sandro esbozó otra sonrisa.

—*Por mí estupendo. ¿Vendréis?*

—*Claro. Además, mi cuñado se casa en Barcelona por esas fechas, nos viene perfecto.*

Sabiendo el uno lo valioso que era el tiempo del otro, se encomiaron a intercambiar más detalles y formalidades en las siguientes semanas. Sellaron la despedida con un afectuoso abrazo, y Mateo, apurado, se dispuso a marcharse no sin antes dirigirse a los demás:

—Gran trabajo... —Un beso—. Los tres... —Otro—. Gracias por venir, Eli. ¿Tenés el billete de vuelta?

—S-Sí, en el móvil —replicó ella; le devolvió el beso en la mejilla—. Gracias a vosotros por contar conmigo.

—Yo la llevo luego a Barajas —añadió Marina por su parte, y aprovechando la cercanía, agregó—: Dile a Rubén que este finde me escapo un ratito a visitarle.

Mateo volvió a sonreír y, esta vez sí, salió al exterior, en donde pidió un taxi.

Para cuando llegó a la sede de la fundación, la reunión que él mismo había convocado ya había dado comienzo. Sin embargo, los presentes no se lo tuvieron muy en cuenta. Sobre todo uno en concreto:

—Che, el Vico por fin apareció...

El gesto de Mateo se volvió radiante al comprobar que Alejo, fiel a su palabra, ya estaba en Madrid.

—¡Hola a todos! Si me disculpan... —pidió permiso a las compañeras y compañeros que también ocupaban la amplia mesa de la sala de juntas.

El comentario despertó una suave risa generalizada, y Robert Puig, quien desde hacía dos jornadas también formaba parte del equipo organizativo, sonrió al ver cómo sus amigos se abrazaban.

—¿Todo bien, flaco? —preguntó Mateo en cuanto se soltaron.

Alejo, desgarrado como siempre y luciendo la cabeza rapada al igual que Puig, por eso de contrarrestar la alopecia, hizo un mohín que pretendía ser irónico:

—El vuelo *relaaaaargo, jet lag* y venir acá recién nos instalamos la Sofi y yo en el nuevo apartamento, pero todo bien, sí.

—Gracias...

—No me las des tan pronto. —Alejo, tras volver a sentarse en su silla y repantingarse, cruzó una pierna sobre la otra y apoyó las manos sobre el abdomen—. Bien... ¿Qué puede hacer este perro viejo por ustedes?

Entre todos fueron exponiendo las ideas a las que habían ido dando forma en esas semanas frenéticas de principios de año. Puig tomaba notas, escuchaba, aportaba sus puntos de vista. Alejo también les prestó toda su atención, pero se abstuvo de opinar.

Solo cuando pasaban de las dos y media de la tarde y decidieron hacer un descanso, accedió a compartir sus impresiones.

Pero en *petit comité*:

—¿El nuevo papá está muy ocupado, o podrá salir al almuerzo con su antiguo *manager*?

—Dale, flaco, siempre tengo tiempo para vos.

—No estoy tan seguro yo de eso...

Mateo rio, aunque en el fondo se sintió un poquito culpable.

—Lamento si te tuve descuidado.

—Che, ya sé. ¿Podés o no?

—Sí.

Salieron del edificio y el frío de la ciudad los despejó durante los pocos minutos que les llevó meterse en un restaurante de la zona, donde consiguieron mesa para dos. Mientras esperaban a que les sirviesen, Alejo demandó más datos:

—¿Cómo es Rubén? Lo tenemos que ir a conocer pronto... ¿Y Dani y vos? ¿Cómo lo llevan?

—¡No tan deprisa! —Mateo, tras dedicarle una sonrisa afectuosa, respondió—: Es complicado, ¿sabés...?

—Complicado será, pero nunca antes vi ese brillo que tenés en los ojos.

Mateo, sin dejar de sonreír, afirmó:

—No lo cambiaría por nada del mundo.

—He de reconocer que me sorprendió cuando me contaste... ¡Pensé que a estas alturas ya no lo harían!

—Todos dijeron lo mismo, pero acá estamos. Y si mi agenda en la fundación es un caos, esperá a ver la otra. —Hizo un repaso mental de lo que le esperaba aquella tarde—: Hoy Dani lo va a buscar a la escuela, me esperan ambos donde la academia.

—¿Academia?

—Sí, una que trabaja junto con la asociación nacional de invidentes. Él va a sus lecciones, y nosotros a la de braille para familiares.

—¿Y qué tal?

Mateo no tuvo otro remedio que resoplar.

—El horror, Alejo... Soy el último de la clase.

Su antaño representante se echó a reír.

—¿Vos, quejándote por estar aprendiendo algo nuevo a tus cuarenta y...?

—Cuarenta y seis, repelotudo. ¿Ya tan pronto olvidaste?

—*Naaah*, bromeaba. Este..., ¿pero cómo vas a ser el último, si vos fuiste un grandísimo estudiante?

Mateo le sostuvo la mirada, sabiendo que le estaba tomando el pelo otra vez.

—Suerte que me casé con el traga —se mofó Mateo de sí mismo.

—¿Cómo lo dicen acá en España?

—Empollón —replicó el exdelantero, cuyo acento rioplatense permanecía inalterable pese a tantos años viviendo fuera del país de origen de ambos.

—Horrenda palabra...

—Horrenda, sí —volvió a reír Mateo, para a continuación agregar—: Dani ya es capaz de leer palabras cortas, no solo letras. Rubén también.

—El nene te va a dar clases particulares.

—Se esfuerza mucho —afirmó, orgulloso—. En cuanto tenga soltura, podrá usar en la escuela los libros con las mismas materias que los demás alumnos, pero adaptados.

—¿Le enseñan algo más en esa academia?

—Recién empezó las lecciones de bastón, y dos veces en semana vamos con él a que aprenda a nadar. Sumale los traslados, las tareas de la escuela, conseguir que coma, preparar el uniforme del día siguiente... ¡Oh!, ¿sabés que le gusta ayudar en la cocina? —Mateo siguió enumerando—: Las tutorías, que siempre pide que juguemos con él, escuchar una y otra vez el mismo audiolibro manejando porque es su favorito, los desvelos... Y aun así, insisto: no lo cambiaría por nada del mundo.

—Suenan bien apretada esa agenda familiar, Vicovic...

—¿Vos no me ves las ojeras?

—Mmm... No.

—Será porque Tina me enseñó bien a disimularlas, pero creeme, acá están.

—Tengo que ir a visitar a tu hermana... Si se entera de que ya llegué sin decírselo yo antes, se enojará.

—Mucho, sí.

El camarero les sirvió lo que habían pedido, y mientras empezaba a darle cuenta a su almuerzo con hambre canina, Alejo fue al meollo de la cuestión:

—Pasados los prolegómenos, y teniendo en cuenta que nos quedan... treinta minutos —dijo tras echarle un vistazo a su reloj—, decime la verdad: ¿por qué me pediste ayuda?

—Obvio: ya te dije que no puedo hacer esto sin vos.

—Creo que, en el fondo, sos igual de consciente que yo de lo que de veras querés. —Alejo, ejerciendo una última vez como el pseudohermano mayor que siempre había sido para él, añadió con voz suave—: Lo que no podés, o más bien no sabés, hacer sin mí no es llevar a la práctica todas esas ideas y campañas que el equipo propuso antes..., sino cómo prepararlos para que les pasés el testigo.

Mateo, al escucharlo de sus labios, suspiró, aliviado. Y agradeció que Alejo siguiera siendo capaz de leerle como si fuera un libro abierto.

Uno que no estuviera escrito en braille, claro...

—No puedo seguir manteniendo este ritmo, flaco —confesó—. Intenté mil veces antes frenar, pero ahora va bien en serio. Me estoy jugando mucho.

—¿La salud mental, la física, el matrimonio...? —aventuró su amigo.

—Entre otras cosas. —Tras pinchar un poco más de ensalada con el tenedor que estaba manejando, Mateo añadió—: Ahora mi familia es la prioridad máxima, pero al mismo tiempo siento que estoy traicionando todo en lo que tanto creo y por lo que tanto trabajé, y a los que se esfuerzan a diario por la fundación.

—Dale, Vicovic, ¿nunca oíste hablar del clásico CEO que acaba siendo relegado de su propia empresa, esa que fundó? —Alejo, afable, matizó el discurso—: Vos ya hiciste mucho. Yo también, para qué mentir... Así que montemos algo bien grande juntos y pasemos ese testigo.

Porque, mirame bien para memorizarlo, ahora sí que será la última, ¿entendiste? Luego sí que me voy a jubilar.

Mateo rio.

—Dale, sí. En no más laburo te voy a meter...

—¡Es una advertencia! Bien, centrémonos en dos aspectos... Uno: el objetivo principal, consideremos que a medio plazo. ¿Qué fue lo que hizo que todo esto estallase?

El exdelantero lo tuvo claro:

—La elección de la sede del próximo Mundial.

Alejo asintió con un cabeceo.

—¿Y qué aprendiste de mí en todos los años que estuvimos juntos en el *business*?

—Estrategia.

—Exacto: estrategia. Toda la estrategia que nos marquemos, tiene que ir dirigida a ese fin: el Mundial. Este..., vos sabés tan bien como yo que el vuelo hasta acá es largo, tuve tiempo de esbozar algunas ideas.

—Será un placer oírlas.

—No, no las vas a oír, porque cuando terminemos este almuerzo, vos te vas a marchar con tu marido y tu hijo, y yo me volveré a reunir con el equipo para hacer propuestas.

—Pero... —hizo Mateo ademán de protestar.

—El primer paso que tenés que dar para entregarle a otro el relevo, Vico, es no acaparar tanto la pelota, que bien siempre te gustó.

Él volvió a reír.

—¿Y con esto qué querés decirme?

—Que tenés que soltar, confiar en tu gente —afirmó Alejo—. Porque tu misión ahora, es ser la cabeza visible, solo la punta del iceberg. ¿Estás dispuesto a representarnos?

—Obvio que sí.

—Bárbaro, porque te vas a tener que exponer, y bien expuesto, llegado el momento. Y segundo paso: ¿vos ya tenés pensado una candidata o candidato?

—¿Para asumir la presidencia de la fundación, querés decir?

—Ajá.

Mateo lo meditó.

—Minerva lleva con nosotros casi desde los comienzos en Madrid —pensó en voz alta—. Es una gran coordinadora y tiene don de gentes.

Alejo asintió, dando su conformidad.

—Sería la opción más lógica —continuó el exdelantero—, pero me quedaría más tranquilo si supiera que puede contar con un buen consejero.

Aquello hizo que un brillo astuto acudiera a los ojos de su viejo amigo. Al verlo, Mateo añadió, reconfortado:

—¿Por qué tengo la sensación de que ambos estamos pensando en la misma persona?

—¿Alguien que recién llegó a la institución, pero con mucha experiencia en los despachos y los terrenos, y, sobre todo, poderosos motivos personales para involucrarse hasta el final en la causa?

—Exacto. —Esbozó una sonrisa y agregó—: Puig.

Alejo sonrió también.

—Dale, Vicovic, ya tenemos nombres. Pero no les digamos aún, y, sobre todo, dejemos que Puig encuentre su sitio acá y su propia voz.

—Y llegado el momento...

—... se les hará la proposición formal.

Mateo volvió a asentir. Aunque le diera apuro, y mucho, mantener en la ignorancia a los aludidos sobre los planes que con Alejo tenía para ellos, se supo aliviado, tranquilo.

Porque ahora tenía su propia estrategia, una con la que perseguir el único objetivo que realmente le importaba: ser el mejor padre posible para ese niño que había llegado a sus vidas.

\*

Tras haber compartido un par de horas en una cafetería que encontraron cerca del estudio, Andrei y Bea se despidieron de Marina y Eli. La primera le comunicó a su compañera de piso que esa noche la pasaría fuera, en casa de Sabina. En cuanto a Andrei, no veía el momento de campar a sus anchas en sus dominios, sobre todo al dar por hecho que iba a estar un buen rato a solas.

Así que Eli, cargando con la mochila que se había traído para aquel viaje exprés, ocupó el asiento del copiloto en el vehículo de la delantera, y mientras esta se ponía el cinturón de seguridad observó el interior del coche.

—¿Has quitado la L?

—¡Sí! Ya no soy lerda.

—Tía, que es L de *learning* —rio la valenciana.

—Lo sé, pero viene a ser lo mismo. —Marina, tras arrancar, miró por el retrovisor y se incorporó a la carretera—. ¿Te lo has pasado bien?

—Ya te digo... Ha sido una experiencia genial, y me ha encantado estar con vosotros. Aunque me da pena que no hayan podido venir Xabi y Niko.

—Ya... Siguen hasta los topes con lo de su negocio. Van muy en serio con lo de comprar la agencia de mis tíos.

—¿De tus tíos? —se extrañó.

Marina se mordisqueó el labio inferior.

—Mis tíos por parte de padre. No te he hablado de ellos porque no tenemos relación.

Eli permaneció callada unos segundos antes de responder:

—Vaya, lo siento.

—¿Por? En todas las familias hay trapos sucios, la mía no iba a ser menos —se lo tomó de buen humor—. Por lo poco que me ha contado mi padre, se ve que son unos gilipollas prepotentes. Y nunca han tenido interés por vernos a mis hermanas y a mí, así que es como si no existieran.

—¿Y no te resulta violento...? —dudó Eli.

—¿El qué? ¿Que mi novio se pase el día hablando de todos los planes que tiene para cuando los haya absorbido? Violento no, pero raro sí. —Marina, con la atención puesta en el tráfico, murmuró—: Espero que toda esta movida salga bien.

—Ya verás que sí... ¿Les darás un abrazo bien grande a los dos de mi parte? Ojalá os pueda ver pronto.

—Más te vale dejarte ese trasero respingón que tienes sobre el césped durante el próximo mes y medio, que te quiero en la lista de convocadas para el próximo partido de la Roja.

Eli rio y le dio un manotazo en el hombro.

—¿Culito respingón? —hizo amago de protestar.

—¿Vas a negarlo? —la chinchó ella.

—No, si tienes razón. —Divertida, la mediocampista añadió por su parte—: Déjate tú ese redondo que tienes en marcar cuantos más goles, mejor, no sea que el mister prefiera elegir a otra delantera.

—¿Redondo?

—Como un melocotón, sí.

Marina rio con ganas aprovechando que tenía que parar por un semáforo en rojo. De hecho, el último semáforo que había antes de incorporarse a la M40. Cuando se calmó, la acometió una tristeza apabullante.

—Te voy a echar de menos... —musitó.

Eli esbozó una sonrisa.

—Y yo a ti. Pero ya verás lo rápido que pasa el tiempo, entre la competición y los exámenes...

—Joder, los putos exámenes. Me había olvidado...

—Qué malhablada eres cuando quieres —volvió a reír Eli.

—Si me oyese algún machirulo, fijo que diría que es porque me he criado entre tíos y juego al fútbol —trató Marina de avivar sus bajos ánimos.

Sin embargo, no lo consiguió, pues poco después llegaron a la zona de la terminal correspondiente del aeropuerto, donde debía dejarla. Bajaron las dos del coche. Mientras más pasajeros entraban y salían de la T2 de Barajas, se miraron a los ojos primero, se abrazaron con fuerza después.

Y Marina se sorprendió a sí misma aspirando con fuerza para embriagarse con el olor fresco de su piel; el aroma como a cítricos y especias de su pelo.

—Que te sea leve el avión, buen viaje.

—Gracias. Luego te mando un mensaje, cuando llegue a casa.

—Lo mismo digo.

La delantera centro del Juventud se quedó ahí, viendo cómo ella se alejaba en dirección a las puertas automáticas de cristal. Apenas unos segundos antes de entrar por ellas, Eli giró el rostro para mirarla una última vez y le hizo un gesto con la mano. Marina se lo devolvió.

Luego regresó al coche, en donde, tras anclarse el cinturón de seguridad, suspiró. Puso música. Bien alta y machacona.

Todo lo que fuera necesario con tal de no asimilar que Eli acababa de irse y no veía el momento de volver a tenerla cerca.

# Cuadrilla de la muerte

*Yo: Buenasssss. ¿Cómo va todo en la enfermería Hernández-Vicovic?*

*Pon: ¡Hola! ¿Qué ha pasado?*

*Yo: Tú siempre igual, ¿eh? Eres el último en enterarte de las cosas, y eso que ahora trabajas con el argento...*

*Pon: Es que no coincidimos tanto en la oficina como crees. Aunque ahora que lo dices, llevo un par de días sin verle...*

*Yo: Normal, con el trancazo que se ha pillado... Y por trancazo no me refiero a una tranca de gran tamaño, ya me entiendes...*

*Espagueti: Qué bestia eres, collons*

*Yo: Hombreeeee, mira quién está por aquí. ¿Tú tampoco te has enterado?*

*Espagueti: Hablé con Dani antes. Bueno, «hablar»...*

*Pon: ¿Pero de qué?*

*Pepito Grillo: ...*

*Yo: Anda, qué oportuno. Que te lo cuente él*

*Pepito Grillo: Hola. Aquí estoy, a ver si me hace efecto el paracetamol de una puñetera vez.*

*Pon: ¿Estáis malos?*

*Pepito Grillo: Joder, no recuerdo haber pasado un gripazo como este en mi vida...*

*Pon: ¿Y eso?*

*Pepito Grillo: Rubén empezó el martes con fiebre. Mateo se quedó a dormir con él y lleva desde ayer con treinta y nueve. Anoche caí yo.*

*Espagueti: The Walking Deads!*

*Pepito Grillo: Vete a la mierda.*

*Yo: Virus de colegio*

*Pon: Virus de colegio*

*Espagueti: Lo habéis escrito los dos a la vez, menuda sincronía*

*Pepito Grillo: Maldita la gracia que me hace.*

*Yo: No te queda nada, capi, y eso que os habéis saltado la guarde e infantil... Bienvenido a los terribles inviernos escolares. Te lo vas a pillar todo. To-Do*

*Pon: Encima los niños lo pasan rápido, pero los padres nos contagiamos multiplicado por mil*

*Espagueti: Dani, os quiero mucho a los tres, pero no me acerco ahora a vuestra casa ni con una escafandra*

*Yo: Te tocará a ti también, espagueti cabrón... Ya verás cuando el enano de tu hijastro empiece el cole, vas a flipar con los daños colaterales*

*Pon: Dani, ¿necesitáis algo?*

*Pepito Grillo: No, tranquilo. Además, mis padres vinieron esta mañana a dejarnos comida. Qué exagerados son...*

*Yo: No te quejes, coño, encima que ya los tienes cerca... ¿Quieres que nos llevemos a Rubén cuando esté mejor, para que el argento y tú podáis caer como los elefantes?*

*Pepito Grillo: Ya hablamos. Voy a intentar dormir un rato, que anoche no pegué ojo.*

*Pon: ¡Que os mejoréis!*

*Espagueti: Nos vemos dentro de... ¿Cuándo dejaréis de ser contagiosos, en diez días?*

*Yo: Halaaaa, diez días dice...*

*Espagueti: No me apetece retransmitir el próximo partido sin voz. Ahora en serio, avisad si necesitáis algo. Dani, no te hagas el héroe*

*Espagueti: ¿Dani?*

*Yo: Este ha debido de caer K.O. ya*

*Pon: ¡Virus de colegio! Qué recuerdos*

*Yo: Les toca gozárselos, es ley de vida. ¡Vivan los hijos ya criados!*

# Capítulo 27

Xabi se sentó en uno de los sofás de cuero disponibles en la sala de espera y se limitó a eso: a esperar. Con una tranquilidad y una sangre fría que no tanto tiempo atrás le hubiesen parecido imposibles.

De hecho, en los últimos meses no había dejado de sorprenderse a sí mismo, y es que algo en él había cambiado. De forma cruda e inevitable, como si le hubiesen vapuleado hasta hacerle madurar seis o siete años de golpe.

El que había sido su mayor miedo desde que empezó a sentir por Andrei algo más que una amistad terminó por materializarse, y en cuestión de segundos todo cambió. A base de puñetazos e insultos, a base de los gritos con los que su novio, en un intento desesperado por que lo dejaran en paz, le llamaba por su nombre.

Cuando ya en el hospital fue consciente de lo que había ocurrido, en un primer instante creyó que iba a encerrarse en sí mismo. Que ese pavor oscuro lo envolvería hasta ocultarlo del resto del mundo, que lo llevaría a recluirse y ser aun más comedido.

Pero no.

Desde el mismo momento en que les dieron el alta, Xabi ya no tenía miedo. O, mejor dicho, seguíateniéndolo, pero el rencor que albergaba en lo más profundo de su corazón prevalecía. Rencor, dolor, frustración, rabia. Los nuevos motores por los que se movía, esos que se permitía poner en piloto automático cuando las fuerzas flaqueaban.

En esa batalla que parecía haberse reabierto en el seno de la sociedad, se negaba a ser un simple soldado anónimo. Quería intervenir, ser estratega. Con calma, paso a paso, discreto pero certero.

Por eso, la noche en la que Niko le habló por primera vez de la posibilidad de ir a por todas, de entrada no le dijo que era una locura. Se limitó a escucharle, a reflexionar, a sopesar pros y contras.

Habían sido semanas de tensión constante, pero ahí estaba, en pleno mes de marzo tras terminar los exámenes y ya liberado de sus obligaciones como becario, pues tuvo claro que no deseaba continuar.

Sí, ahí se encontraban, en un luminoso despacho en la planta quince de una de las dos icónicas Torres Kio, Plaza de Castilla, uno de los puntos clave en el entramado empresarial de Madrid, aguardando a que llegase el abogado que, hasta ese momento, había mediado en su nombre y en el de Niko.

Ahí estaba, impertérrito, cuando el Xabi de antes no se habría atrevido a acceder al edificio, convencido de que era demasiado joven, demasiado inexperto, y, por qué no decirlo también, demasiado pobre.

Pero el Xabi de ahora veía que era una oportunidad de las que no se volvían a presentar en la vida. Asimilaba que aunque no podía aportar nada en el plano económico, sí que era poseedor de un bien preciado: las ganas de aprender, de trabajar y batallar. Y, sobre todo, la motivación de querer cambiar, aunque fuera un poco, a la sociedad.

El Xabi de ahora no se escandalizaba ante la perspectiva de que su amigo, socio y cuñado estuviera dispuesto a emplear todos sus ahorros, el remanente de la carrera deportiva que le arrancaron de cuajo, en perseguir la ambición de ambos.

El Xabi de ahora, sobre todo, no se pasaba las noches en vela pensando en qué ocurriría si las cosas no iban como esperaban.

«Quien no arriesga, no gana», se dijo aquella noche tras esa primera conversación con Niko, solo que cuando ya se encontraba entre los brazos de Andrei.

Iba vestido con el atuendo más formal de todo su armario: pantalones de pinza, camisa lisa, chaqueta de entretiempo. Unos mocasines que odiaba, y que en cuanto fuese uno de los directivos de aquella agencia pensaba relegar al olvido.

Sí. Porque ya se veía como directivo pese a que aún no había cumplido veinte años.

El gemelo de su pareja regresó tras una rápida visita al servicio y se acomodó junto a él. También vestía elegante aunque informal, y parecía sereno. De hecho, Niko seguía pecando de ser demasiado optimista.

Esa cualidad, que antaño a Xabi le habría puesto de los nervios, le pareció ahora admirable. Y se instó a contagiarse de ella, sobre todo cuando, tras la llegada del abogado, una secretaria los hizo pasar.

Nada más abrirse la puerta del despacho, los dos hombres que estaban junto a un amplio escritorio se empezaron a reír.

—Lo sabía. Si es que lo sabía... —se congratuló uno.

—Era tan evidente que hasta resulta enternecedor —añadió el otro.

—Buenos días —replicó Niko sin amilanarse—. ¿Podemos tomar asiento, y así antes de empezar la reunión nos explican qué es tan divertido?

Jorge y Luis Mínguez los instaron a ocupar las sillas que había ante el escritorio. El abogado eligió la central. Niko ocupó la de su izquierda, y Xabi, por eliminación, la de la derecha. Se quedó observando a sus interlocutores; el parecido que mantenían con su hermano Sergio era notorio, pues los tres compartían estatura y fisonomías semejantes, así como el mismo tono de cabellos e iris. Sin embargo, mientras que el exdefensa del Juventud era todo cercanía y afabilidad, cuanto rodeaba a aquellos hombres parecía hablar de elitismo y altivez.

De hecho, Xabi estuvo seguro de que no lo miraban por encima del hombro porque por la posición que habían adoptado era imposible.

—Vayamos al grano, así nos ahorramos la pantomima —rompió Jorge el hielo—. No estamos interesados en vender.

—¿Por qué, si puede saberse? —replicó Niko tras cruzar una pierna sobre la otra.

—Porque aunque vuestro testafierro ha actuado con una profesionalidad intachable cuando nos hizo llegar la oferta y no desveló nombres, ahora que estamos frente a frente es obvio quién está detrás de todo esto —añadió Luis por su parte.

El mayor de los Mínguez, tras apoyar los codos en la mesa y entrelazar los dedos de las manos, a fin de descansar la barbilla sobre ellos, miró al joven y, con una sonrisa ladina, inquirió:

—Todo el mundo sabe lo vinculado que estás con nuestro hermanito, así que damos por hecho que, en verdad, quien quiere comprar es él. Solo hay que sumar dos y dos. —Sin despegar los ojos de los de Niko, Jorge añadió—: Insisto: no estamos interesados.

Antes de que el abogado pudiera pronunciarse, fue Xabi quien se apoderó del turno de palabra.

El nuevo Xabi, uno que no se apocaba; al que no le daba la gana volver a dejarse golpear.

Uno que se negaba a aceptar que Andrei pudiera sufrir otra agresión, fuera del tipo que fuese, en cualquier momento.

Un Xabi que había analizado con serena frialdad cómo era el ambiente en los despachos, y que quería pertenecer a ellos:

—De todas las ramas de Mínguez y Asociados, la deportiva es la que menos beneficios deja en comparación con las demás, pese a que su rendimiento no ha dejado de crecer desde su creación —recitó de memoria lo que arrojaban los datos—. Es un buen momento para vender, y, sinceramente, caballeros, creemos que nadie les va a hacer una oferta mejor.

—Estás de coña, ¿verdad, niño? —ahogó Luis una carcajada.

—Para nada.

—¿En serio creéis que con la cifra que nos habéis ofrecido es suficiente? —siguió arremetiendo.

Niko, sin inmutarse, se sacó el móvil del bolsillo de la chaqueta en un movimiento que quedó oculto para sus interlocutores gracias a la mesa. Luego envió un mensaje. «La bat-señal», tal y como la había bautizado quien tenía que recibirla.

—Vaya, quizás no fuimos lo suficientemente claros... —hizo Niko ademán de disculparse, fingiendo apuro, y señalando al abogado concretó—: Verán, la oferta que les remitió el señor Jiménez no está completa.

—¿Cómo que no está completa? —inquirió Jorge.

—Es lo correspondiente a lo que mi socio Xabier y yo aportamos, y claro, faltaba incluir el capital de nuestro tercer socio. —Niko esbozó una media sonrisa canalla y añadió—: Ese que ustedes daban por hecho que era el único inversor...

De pronto, todos escucharon la voz de la secretaria tras la puerta cerrada; su tono de apuro, cómo alguien accedía al despacho ignorando sus advertencias.

Xabi, aunque en su fuero interno sonrió también, se mantuvo impertérrito. Como el hombre de negocios que aspiraba a ser.

—¡Muy buenas! Pues sí que habéis dejado bien montado el garito... Lástima que al final me dejé guiar por el sentido común y os mandé a tomar por culo, porque habríais conseguido mucha más clientela —afirmó Sergio Mínguez, dirigiéndose a sus hermanos de sangre, mientras observaba a su alrededor.

—Una entrada digna de telenovela. Muy propio de ti —le echó Luis en cara.

—¿Verdad? Siempre he sido un peliculero —se jactó el espigado exdefensa.

Jorge, visiblemente molesto, le dijo de malos modos a la secretaria que cerrase. Luego lo miró con esos ojos tan parecidos a los suyos.

—¿Qué quieres?

—¿Yo? Nada, echar un vistazo. —Sergio se situó detrás del abogado y apoyó la mano izquierda sobre uno de los hombros de Niko; la derecha sobre uno de los de Xabi—. Y comunicaros así, en plan buen rollo por eso de que se supone que somos familia, que también estoy metido en este asunto.

—Qué sorpresa... —ironizó Luis.

—¿A que sí? —Sergio, disfrutando de su pequeño momento de venganza, anunció—: Vamos a pachas en las acciones. Los chavales de hoy en día lo decís así, ¿no? —le preguntó a Xabi.

—Más o menos.

—Lo que mis clientes quieren decir —intervino el abogado—, es que actualizamos la oferta. —Les tendió un sobre cerrado—. Pueden consultar la cifra en el interior.

Jorge y Luis intercambiaron una mirada, desconfiados. Sergio, radiante, añadió:

—No os podréis quejar, con sobrecito y todo, por eso de seguir siendo peliculeros... Venga, no os cortéis y cotillead a gusto.

Sus hermanos así hicieron, y durante unos segundos fue evidente que se les había helado la sangre.

Porque aquella sí que era una cifra a tener en cuenta, pues doblaba la inicial.

Los más jóvenes de la reunión permanecieron ahí, sin inmutarse ni dar indicios de que llevaban la procesión por dentro. Sin que nadie pudiera leer en sus gestos que estaban haciendo un esfuerzo por recordarse que eran adultos con todas las de la ley, por acallar a la voz interna que les susurraba que no eran más que críos jugando a ser mayores.

E impertérritos siguieron, aunque tuviesen ganas de jalear y celebrar antes de tiempo, cuando los actuales dueños de la agencia empezaron, esta vez en serio, a negociar:

—¿Estáis interesados en absorber la empresa, con todo el entramado del personal y los acuerdos vigentes?

Xabi respiró hondo y tragó saliva.

Supo que iban a conseguirlo. Que aquello iba bien en serio; que iban a convertirse en empresarios cuando la inmensa mayoría de sus compañeros en la uni no aspirarían a algo así en la vida.

Y, a diferencia del chaval tímido e introvertido que había sido, no albergó pudor alguno al decirse a sí mismo que ese era un mundo, el de las simples aspiraciones académicas, que pronto dejarían atrás.

## Capítulo 28

Dani se sentó en uno de los bancos de madera con los que contaba el jardín de la academia, el cual hacía a su vez de patio, y suspiró mientras los tímidos rayos de sol le daban en el rostro.

Empezaba a notarse la llegada oficial de la primavera, pues aunque las temperaturas seguían siendo frescas, poco a poco iba dejándose notar el buen tiempo, algo que agradecía como parte de su nueva rutina.

Contempló cómo, no demasiado lejos, Rubén jugaba con una de sus compañeras y el hermano pequeño de esta en los minutos previos al comienzo de las clases de apoyo. Sin poder evitarlo, esbozó una sonrisa; las horas semanales que pasaban en aquel lugar se habían convertido en un oasis en medio de la aridez con la que, por lo general, el niño se enfrentaba a sus compromisos escolares.

Su tutora afirmaba que iba bien en las materias, que era autónomo y demás tecnicismos, pero desde que arrancó el curso seis meses atrás, no le había visto así de feliz ni una sola vez al dejarlo a la entrada del colegio, y menos al ir a recogerlo. Estaba meditando al respecto cuando la madre de los hermanos estuvo de regreso. Se llamaba Magnolia, y traía consigo dos vasos de papel.

—Lo tomabas solo, ¿verdad?

Dani, sorprendido, aceptó el café que le tendió:

—Muchas gracias.

—De nada, hombre. Parece que lo hayan preparado en el mismísimo infierno, ¿cómo quema!

Dani sonrió y le dio un sorbo. Tras haber tratado con ella durante los últimos meses, podía afirmar que tenían ya cierta confianza. Al menos la suficiente como para compartir lo que esa familiaridad le hacía sentir:

—También quería agradecerte que nos trates a Mateo y a mí como lo haces.

Ella frunció el ceño y se lo quedó mirando con una mueca espontánea y divertida.

—¿Me estás dando las gracias por trataros como a personas civilizadas?

—Ya me entiendes...

Magnolia bebió también de su café y lo imitó al centrar su atención en los juegos infantiles. Dani la observó por espacio de pocos segundos; por lo que ella misma les había contado, era madre soltera. Siempre había querido tener descendencia, más de un retoño a poder ser, así que a falta de pareja con la que compartir ese plan de vida, decidió recurrir a la ciencia y a la sanidad pública.

Gracias a ese primer embarazo tuvo a Malena, invidente de nacimiento como Rubén. Tres años más tarde, y por el mismo procedimiento, llegó Lorenzo. Loren, cuyos ojos curiosos veían por él y por su hermana, a quien adoraba. Loren, que se había convertido en el amigo inseparable de Rubén, y cuyo nombre sonaba en casa de forma continua.

Dani respetaba y admiraba a aquella mujer, pues ahora que tenían al niño a su cargo, podía hacerse una mejor idea de lo duro que debía de resultar pertenecer a una familia monoparental. Estaba de nuevo inmerso en sus divagaciones cuando Magnolia le dio un manotazo en el hombro.

—Ni que fuerais los únicos papis gais del mundo —afirmó, dicharachera.

—No lo decía por eso —puntualizó Dani—, sino más bien por...

—Aaaah, vale... ¿Te refieres a que agradeces que os trate a tu marido y a ti como a cualquier otra pareja, aunque seáis famosos?

Él esbozó una sonrisa a modo de asentimiento.

—Mira, si te consuela, me enteré porque me lo comentó otra madre, que si no, ni idea. Yo de fútbol no entiendo, y acabo tan reventada por las noches que en cuanto acuesto a los enanos me arrastro a la ducha y me meto en la cama. —Tomandoselo con humor, concretó—: Ni veo la tele ni leo la prensa ni nada de nada, así que tranqui, que vuestro secreto está a salvo conmigo.

Dani rio suavemente cuando ella le guiñó un ojo en un amago de gesto cómplice. Luego siguió observando cómo Loren tomaba de las manos a su hermana y a Rubén y les ponía unas hojas que había recolectado del suelo, a fin de que las inspeccionasen.

—¿Qué tal le va a Malena en su colegio?

—Oh, muy bien. Lleva ahí desde infantil, los profesores se implican mucho, y con los materiales adaptados que nos dan puede seguir las asignaturas —replicó, orgullosa—. Confieso que estaba un poco inquieta a principio de curso, porque no le queda tanto para cambiar de ciclo y tiene que pillar ya el hábito del estudio.

—Me imagino...

—Tened paciencia con Rubén. Aún se está adaptando a los cambios.

—Sí, lo sabemos.

—Por cierto, me puedes mandar a la mierda si quieres, pero...

—No te voy a mandar a la mierda.

—¿Seguro? —se la devolvió—. Es que iba a preguntarte sobre lo que me contasteis el otro día. Lo de que sois su tercera familia de acogida.

Dani le dio un largo sorbo al café, ya templado.

—Tampoco sabemos mucho, no te creas... —Desapasionado, repitió lo que les habían contado a Mateo y a él cuando estaban en trámites—: Que su madre biológica lo entregó a los servicios sociales nada más nacer porque no podía hacerse cargo de él. Que una pareja lo acogió cuando tenía pocos meses, pero cuando tras hacerle pruebas se confirmó lo de la invidencia...

—Puedes decir ceguera, ¿eh?

—Lo sé... Pues eso, que cuando los médicos confirmaron que es ciego, decidieron no seguir adelante. Y luego, cuando estaba a punto de cumplir cinco años, más de lo mismo: se fue con otra familia, pero antes de que acabara el acogimiento preadoptivo, la pareja comunicó que no querían adoptarlo en firme.

—¿Por algún motivo en concreto?

—No nos lo dijeron por la protección de datos.

—En resumen: que lo devolvieron al orfanato como si aún estuviera en garantía —observó ella, mordaz.

Dani guardó silencio. No le gustaba esa palabra, «orfanato» —de hecho, procuraba evitarla y emplear cualquier sustantivo que le viniese a la cabeza—, y mucho menos la expresión que Magnolia había empleado, pero el resumen era tan certero que seguía doliendo.

—Lleva con nosotros desde Navidad, y aún a veces, cuando lo acostamos, nos pregunta si va a seguir en casa al día siguiente. —Sacandoselo de dentro también, añadió—: Me destroza

oírle decir eso.

Ella, mientras le rozaba la rodilla con la suya, pues ambos estaban sentados en el banco muy próximos, afirmó:

—Lo estáis haciendo bien.

—¿Tú crees?

—Ya te digo yo que sí... ¡Pero si estáis los tres juntos todas las tardes entre semana y los fines!

—Aún no ha pasado la noche sin nosotros... De hecho, la semana que viene lo dejaremos por primera vez con mis padres.

—¡Irá genial, ya verás! A lo que iba: ¿tú sabes cuánta gente solo ve a sus hijos el rato de locos de las mañanas mientras los preparan para dejarlos en el cole, y luego un par de horas, después de que salgan de no sé cuántas extraescolares, para que hagan los deberes y mandarlos a la cama? Ya te digo yo que muchísima.

—Sabemos que somos unos privilegiados...

—¡Y tanto! —rio ella—. Que conste que no te estoy llamando «ricachón» ni nada por el estilo. Me refiero al privilegio de no tener que estar todo el puto día currando... Perdona el taco. Es que es liberador poder decirlo cuando no están los niños delante.

—Tranquila. Aunque no lo parezca, soy malhablado como el que más.

—Pues eso. Que tenéis el privilegio de pasar todo el tiempo posible juntos, así que aprovechadlo, que casi nadie puede. O quiere, las cosas claras, que conozco a más de una madre y de un padre que hacen lo posible para encasquetárselos de más al sistema educativo, o a una canguro o lo que sea, con tal de perderlos de vista.

Dani guardó silencio, a lo que ella hizo ademán de protestar:

—¿¿Qué?! No me juzgues. Es duro, normal que haya quien a ratos no aguanta a sus propios hijos.

—Si no te juzgo, es solo que no me entra en la cabeza.

—¿El qué? ¿Que haya gente que tenga críos para luego desentenderse de ellos?

—Exacto. Pero insisto, no juzgo a nadie. Cada familia es un mundo y todos lo hacemos como mejor podemos, o eso quiero creer.

—Ahí le has dado. Así que no le des muchas vueltas. Mírame a mí: dos niños, un trabajo que más o menos me gusta pero que, si pudiera, mandaba al cuerno sin pensármelo, mil y un malabares para llegar a todo, pero sigo cuerda.

—Tienes un mérito...

—Todos tenemos mérito. No te menosprecies, ni tu marido tampoco. Métetelo en la cabeza.

Dani volvió a sonreír. Luego le echó un vistazo al reloj.

—Hablando del rey de Roma, va a llegar tarde... —farfulló.

—¿Estás seguro? Porque juraría que es ese que viene por ahí —indicó ella. Luego añadió, dicharachera, como si estuviese cotilleando sobre un conocido en común—: Qué envidia me da, menuda melena que tiene. Seguro que apenas se la cuida. Ya me gustaría ver cómo se las apañaría si tuviese los estrógenos cuesta abajo, como servidora.

El actual seleccionador de la Roja femenina se tuvo que reír al darle la razón:

—Apenas se la cuida, doy fe. Y tendrías que ver los pelos de loco que lleva por las mañanas,

es un espectáculo.

—Serás cabrito —volvió Magnolia a darle un manotazo—, despertándote a diario con semejante monumento... Comparte con las demás, deja que me recree la vista.

Dani no tuvo tiempo de replicar, porque Mateo se situó junto a ellos con la respiración ajetreada, indicio de que había hecho con prisas el trayecto hasta la academia.

—Che, y eso que yo antes atravesaba una cancha en pocos segundos —se mofó de sí mismo.

—Hola y esas cosas —saludó Dani.

El argentino sonrió y depositó un beso en sus labios antes de contestar:

—Hola y esas cosas también para vos... —Luego se centró en ella—. ¿Qué tal, Magno?

—Aquí, divinamente. ¿Quieres un café? Si te lo tomas rapidito te da tiempo antes de entrar a la clase...

—No, gracias. Voy a saludar a los chicos...

—Espera, que vengan ellos. ¡Malenaaaaa, Loreeeen! —los llamó a voz en grito—. ¡Y Rubén, venid!

—Malena... Qué lindo nombre.

—Muy de tu tierra, sí. Se lo puse por la novela, *Malena es un nombre de tango*.

Los tres niños no tardaron en acudir hasta ellos. Iban tomados de las manos; aunque Loren podría haberlos dirigido directamente hacia el banco, se había limitado a avanzar al paso que marcaban su hermana y su amigo.

—¡Hola! Recién llegué, justo a tiempo.

—¡Mateo! —exclamó Rubén, entusiasmado, para a continuación extender ambas manos y empezar a recorrer con ellas los contornos de su rostro, como si quisiera confirmar su identidad.

—¿Qué tal fue la escuela, mi vida?

—Bien. —Rubén, tras la escueta respuesta, se apresuró a preguntar—: ¿Puedo ir a jugar con Malena y Loren el sábado al parque?

—¡Sí, mamá, que venga! —se sumó el otro niño a la petición.

—¡Nos dijiste que nos llevarías si no llueve! —añadió la chiquilla.

El matrimonio intercambió una mirada; luego la dirigieron hacia la otra adulta, que se limitó a encogerse de hombros.

—Si queréis venir, por mí no hay problema.

—¿Podemos? —insistió Rubén.

Dani y Mateo volvieron a mirarse. Luego sonrieron.

Podrían haber propuesto un cambio de planes e invitarlos a pasar el día en su casa y que los niños jugasen en la privacidad del jardín, pero manteniéndose fieles al compromiso de hacer cuanto estuviera en sus manos por que Rubén tuviese una infancia plena en el mundo que lo rodeaba, se abstuvieron.

—Claro, por qué no —replicó Dani.

—Ya lo hablamos, ¿sí? —Mateo le acarició la cabeza a Rubén—. Aún falta para el fin de semana.

—Vale. ¡Antes me dieron esto! —cambió Rubén de tema, hablando con igual entusiasmo.

Dani, al ver que se estaba sacando del bolsillo una pegatina, puso a Mateo al tanto:

—Nos dan luego la etiquetadora, la que escribe en relieve.

—¡Qué bueno! —El exdelantero, tras tomar la etiqueta en cuestión, pasó las yemas de los índices sobre los caracteres en braille, y puso todo su empeño en descifrarlos—: C... E... ¿Cem...?

Rubén se echó a reír por su torpeza.

—Camisetas —lo corrigió.

—Eso es trampa —insinuó Malena—, que antes te dije yo lo que pone.

—Pero si aquí dice C, luego A, luego M... —se defendió el niño.

Loren, quien también iba al curso de braille para familiares, vio que la profesora de apoyo ya venía a por su hermana y su amigo para la clase de autonomía con el bastón, y les dijo:

—¡Luego jugamos un poco más, en el descanso!

Los adultos supieron que era hora de entrar también en el aula correspondiente. Mientras se dirigían al interior, Dani buscó la mano de Mateo para rozarla y decirle:

—Mira que cuando durante todos estos años me contabas que habías sido mal estudiante, pensé que estabas exagerando, pero ya veo que no... Menudo paquete estás hecho.

Mateo rio con ganas.

—Me tendré que aplicar...

—Tú tranquilo, que en cuanto tengas la casa repleta de etiquetas por todas partes, aprenderás a marchas forzadas. Sé de lo que hablo —afirmó Magnolia.

Mateo sonrió. Antes de que empezase la clase, en donde compartiría lección con ellos y cinco adultos más, observó cómo Rubén interactuaba con los otros niños. Y una dulce congoja se apoderó de su corazón.

—¿Vos también te diste cuenta? —le preguntó a Dani en un susurro.

—¿De que es la primera vez que le veo jugar con otros críos? Claro que sí.

—Algo hay que hacer —musitó Mateo.

—Por lo pronto, siéntate, que en nada empieza la clase.

—Sí, mi *capitán*...

—Y cúrratelo, que te recuerdo que en nada te toca venir tú solo una semana entera.

—Y no vale saltarse ni una lección, ¿cierto?

—Ni una.

Se sentaron ocupando uno de los viejos pupitres de hierro y madera, los cuales, aunque habían visto tiempos mejores, seguían resistiendo. Como aquellos hombres y mujeres, representantes de las miles de familias que, a lo largo del país, se esforzaban para que sus hijos pudieran desenvolverse pese a las dificultades impuestas por la vida.

Todas ellas privilegiadas, de una manera u otra, por el mero hecho de ser simplemente eso, familias. Diversas, complejas, pero, en esencia, iguales, aunque a muchos les costase aún asimilarlo.

## Capítulo 29

Marina despertó aquella mañana con la misma ilusión que en cada jornada de desplazamiento con el equipo, pero ese día, víspera de competición en Champions, se le antojó especial. Quizás porque era la primera vez desde que era jugadora profesional que llegaba a disputar unos cuartos de final; tal vez porque la ciudad a la que pondría rumbo junto a sus compañeras y *staff* técnico era una de sus favoritas.

Sus padres le habían contado que la primera vez que viajó a Londres, apenas tenía un año. No recordaba nada de aquello, y menos de haber estado al otro lado de la cabina donde, en riguroso directo, se retransmitió una de las entrevistas más trascendentales de la historia de la radio deportiva. Pero sí recordaba, a modo de retazos, momentos felices de su niñez en la casa donde por aquel entonces vivía Mateo, cada vez que acudían a visitarle.

Mientras se desperezaba, se dijo que bien podía ser ese el motivo por el que tenía tantas ganas de marcharse a la capital británica: no veía el momento de enfrentarse al Westhound. Las azules, consideradas las jugadoras más potentes de toda la liga europea, eran las favoritas para hacerse con el codiciado trofeo esa temporada, pero Marina estaba dispuesta a dejarse la piel con tal de volver a emular aquella mítica final en la que el Juventud se hizo con la copa.

«La de la Champions femenina no es tan orejona como la otra, pero quedará de lujo igualmente en el museo del club», se dijo para sus adentros, ya en pie y tras comprobar de un vistazo al espejo que su melena era un caos.

Abrió la ventana para airear la habitación y salió al pasillo, en donde comprobó que ya estaba ocupado el cuarto de baño.

—¡Bea, ¿vas a tardar?! —preguntó mientras tocaba a la puerta.

—¡Nooooo!

Marina fue a donde había dejado el móvil cargándose, a fin de distraerse para no recordar que tenía la vejiga hasta los topes. Y justo cuando escuchó que Bea le dedicaba un «todo tuyo», se quedó mirando a la pantalla del teléfono con los ojos bien abiertos.

—¿Qué pasa?

La delantera, en lugar de responder, le mostró el aparato. Bea también se quedó mirando, asombrada, la composición final del cartel con el que la fundación lanzaría en breve la campaña.

—Es flipante... —murmuró, en *shock* por no terminar de creerse que esa que posaba con el balón en la fotografía era ella.

—Me dice mi tío que se la va a pasar también a Andrei y a Eli, pero que por ahora no salga de aquí.

—¿Se la puedo enseñar a Sabina? —casi rogó Bea.

—Mejor lo haces en persona a la vuelta de Londres, ¿vale?

—Vaaaaaaaale.

—Ve poniendo la cafetera, que me estoy meando.

Bea rio. Luego recordó que no le había contado cierto detalle:

—Por cierto, capitana.

—Dime.

—Confirmado: mañana no formaré parte del recuento sangriento.

Marina alzó la mano para chocarla con la de ella.

—Lo mismo digo. Que se preparen las *blue*, las vamos a arrasar —afirmó de buen humor.

Poco después desayunaron mientras parloteaban sobre el cartel y el desplazamiento; sobre cuáles creían que iban a ser las alineaciones y demás detalles. Luego comprobaron que tenían todo lo necesario en el equipaje, se vistieron con el chándal oficial de los desplazamientos y pusieron rumbo a la Ciudad Deportiva.

—¡Pon algo *british*! —pidió Bea una vez estuvieron a bordo del coche de Marina.

—A ver, a ver... ¡Ah, ya sé!

Reprodujo una *playlist* en el móvil, arrancó el vehículo y Bea subió el volumen, a fin de cantar juntas a berridos más o menos armónicos la letra de *Spectrum (Say My Name)*, de Florence + The Machine. Pero el *remix* de Calvin Harris, que según Marina motivaba más.

Una vez en el recinto del Juventud, arrastraron sus respectivas maletas de cabina hasta donde se las había citado. Poco a poco las demás componentes de la plantilla se fueron congregando, y Marina sintió que era pura efervescencia. No veía el momento de saltar al césped, de sentir la emoción de ir a por la victoria; la adrenalina de apoderarse del esférico y modelarlo a su antojo mientras escuchaba el siempre ensordecedor griterío del público inglés.

Se lo pasó en grande encadenando una conversación tras otra con sus compañeras primero en el autocar que las trasladó a Barajas, luego en el avión que las llevaría hasta Heathrow tras un vuelo de algo menos de tres horas. Se concentró al máximo durante el entrenamiento que, con el permiso del club local, pudieron llevar a cabo en las instalaciones del Westhound, y acogió con entusiasmo la noticia de que iban a disponer de tres horas libres antes del toque de queda.

Bea y sus habituales propusieron ir a dar un paseo hasta el centro, pero Marina declinó la oferta. Sus compañeras, conscientes de que si querían visitar algo de la ciudad no tenían tiempo que perder, no insistieron, así que en un visto y no visto, la delantera centro se supo a solas en el *hall* del hotel.

Este se hallaba en las inmediaciones de West Kensington, una zona tranquila no demasiado lejana del estadio del Westhound. Como era habitual, se preguntó si algún día llegaría a jugar ahí, y no en el estadio en donde jugaba la división femenina, de menores dimensiones y situado a más de doce kilómetros.

Con las manos metidas en los bolsillos y luciendo la equipación de paseo, Marina paseó sin rumbo por el barrio. Algunas personas se la quedaron mirando con curiosidad, a lo que ella respondió con una sonrisa; se detuvo en un parque para perros y se quedó apoyada en la verja observando cómo jugaban, algo que la llevó a desear que llegase el momento en que sus tíos, por fin, se llevaran a casa al labrador que sus hermanas habían elegido de entre todos los canes que esperaban por un nuevo hogar en la protectora.

El viento fresco le dio en el rostro, y sin perder la sonrisa se dispuso a buscar alguna cafetería por los alrededores. Acabó entrando en un Costa y, tras pedir un *latte* grande, tomó asiento en un taburete situado junto a un ventanal desde el que podía observar el exterior.

Fue en ese instante, con la suave música instrumental de fondo y la bebida calentándola por dentro, cuando Marina fantaseó con cómo sería su vida si viviese en otra ciudad, en otro ambiente. Con otras personas a su alrededor.

Sintió un pinchazo en el pecho y se obligó a profundizar en ese sentimiento.

¿Por qué de pronto había anhelado tantos cambios?

Le gustaba vivir en Madrid. Le gustaba su equipo, aunque estuviese dolida con la directiva

del Juventud por no haberse pronunciado con respecto a la agresión sufrida por Andrei y Xabi. Adoraba a su familia, a sus amigos.

Y, sin embargo, sentía que algo la asfixiaba. Que necesitaba expandirse, crecer, seguir conociéndose, sorprendiéndose a sí misma por estar disfrutando de un rato de soledad ahí, en un entorno que nada tenía que ver con su zona de confort.

Se tomó el café despacio, paladeando tanto aquel paréntesis de intimidad que ni se molestó en consultar las redes sociales. Luego, cuando la noche empezaba a caer sobre Londres, regresó caminando al hotel. La cena transcurrió sin incidentes, y logró dormir pese a que las mariposas de los nervios previos a un partido importante se empeñaron en hacerle compañía.

Despertó con la melena revuelta y llena de entusiasmo. Contó cada hora, cada minuto que las separaba del momento de acudir al estadio, y cuando este llegó, hizo piña con las demás. Disfrutó del ritual de prepararse, de ajustarse la banda elástica para que el cabello, atado en una cola alta, no le molestase. Se puso la banda de capitana, se ató las botas a su gusto, sin prisa pero sin pausa.

El entrenador les dio las últimas indicaciones. Poco antes de salir del vestuario junto a las otras titulares, alzó el brazo donde llevaba el distintivo primero hacia lo alto, luego al centro, acompañando el gesto con un grito de guerra, y sus compañeras la imitaron, coreando el lema, insuflándose fuerzas las unas a las otras.

Se sintió pletórica al ver las gradas repletas, a pesar de que el recinto era notoriamente más modesto que el de sus homónimos masculinos. Eligió cara en la moneda, saludó al cuarteto arbitral y a la otra capitana, posó para las fotos oficiales.

Y ese sonido. Uno de sus favoritos de entre todos los que inundaban el planeta: el del silbato anunciando el inicio del encuentro.

Marina voló sobre la hierba. Peleó cada balón, cada jugada. Dejó que su cabeza trabajase al mismo ritmo que sus pies, y que incluso los sobrepasase a estos en velocidad. Fue la autora del gol del empate, asistió al que marcó otra de sus compañeras. Celebró con éxtasis que estaban con un pie en las semifinales, pues solo debían rematar a las azules en el partido de vuelta.

Coreó, saltó y jaleó como la que más de regreso en el vestuario. Siguió siendo el alma de la fiesta durante el breve paso por el hotel para cenar, recoger los equipajes y poner rumbo al aeropuerto. Y cuando logró que sus compañeras le dejaran un mínimo de privacidad y consiguió sentarse al fondo del autocar que las llevaba a Gatwick, de donde saldría el vuelo nocturno que las dejaría ya de madrugada en Madrid, comprobó que su móvil echaba humo.

Tenía un montón de mensajes sin leer, pero cuando apenas había empezado a revisarlos, el nombre de quien la estaba llamando saltó en la pantalla.

Una gran sonrisa se dibujó en sus labios.

—Hola, koala —saludó tras descolgar.

Marina, vanidades aparte, daba por hecho que su novio no tardaría en felicitarla por el partido, pues el equipo había conseguido una victoria que podría ser crucial para la temporada. Por eso, cuando Niko respondió y empezó a hablar a toda velocidad, sintió de nuevo aquel molesto pinchazo en el pecho.

—¡Lo conseguimos! ¡Ya hemos firmado la compra de la agencia!

Marina se quedó helada, en contraposición con el ambiente festivo del que apenas lograba aislarse.

—¡Xabi es un puto genio! —siguió Niko desde España—. ¿Te acuerdas de aquella reunión

que te contamos, cuando tu padre se puso a partir la pana en el despacho? Pues Xabi después tuvo una idea: entrevistarnos con los empleados en privado, uno a uno, y ofrecerles mejores condiciones de las que tenían.

—Ajá... —logró replicar ella.

—Nos los metimos prácticamente a todos en el bolsillo, y hoy, cuando íbamos a cerrar el acuerdo, les dijimos a tus... ¿tíos? Nah, no se lo merecen. ¡A tus parientes! —concretó Niko— que la cifra final que ofrecíamos era la mitad de lo inicial, pero que si no aceptaban, allá ellos, porque nos montábamos una agencia nueva con todo su personal.

—Quién les viera la cara... —trató ella de sonar entusiasmada, aunque sin lograrlo.

—¡Nos hemos pasado horas con los abogados, pero han cedido! —siguió Niko, pletórico—. Hemos firmado, ya somos socios fundadores los tres. ¿No es una pasada? Estoy ahora en la oficina, ¡no me lo creo! Desde aquí se ve la otra torre, yo flipo. Oye, ¿dónde estás? ¿Y ese escándalo?

A Marina se le formó un nudo en la garganta.

No era de decepción, ni de rabia o pena.

Eran las señales que le mandaba su cuerpo para que comprendiera de una vez que aquella relación estaba muerta. Porque no era solo que Niko se hubiese olvidado de que esa noche ella jugaba, e ignorase que había hecho un partidazo en la competición más importante a nivel de clubes de toda Europa, sino que, a su vez, ella se había olvidado también por completo de que esa tarde él, Xabi y su padre cerraban el acuerdo.

Aun así, cuando logró recomponerse evitó por todos los medios aferrarse a los clichés y soltarle el temido y fatídico «tenemos que hablar».

—Estoy en el autocar del equipo, en Londres. Ya estamos de camino al aeropuerto.

Hubo una pausa al otro lado. Apenas unos segundos de silencio que se le antojaron dramáticos.

—Joder, Marina... Los cuartos de Champions.

—Sí. —Ella, con una sonrisa temblorosa, se secó las lágrimas que le caían por el rostro.

—Lo siento, se me fue la olla.

—Tranquilo, normal con todo lo que tenéis encima.

—¿Cómo ha ido?

—Bien. Hemos ganado. —Siguió sonriendo y llorando.

—No me perderé la vuelta por nada del mundo. Lo siento, ornitorrinco. ¿Quedamos mañana?

Marina se quedó mirando a la oscuridad que había más allá del autocar; la noche urbana de Londres, con las luces de los vehículos y las farolas que bordeaban la autovía, emborronadas por las lágrimas que se empeñaban en llenarle los ojos.

—Sí. Me paso por la agencia y así me la enseñas.

—Genial.

Un último silencio, el cual la delantera centro del Juventud dedicó a desear con todas sus fuerzas que él no pronunciara las dos palabras que, en esos momentos, más temía.

«No lo digas. No lo digas, por favor».

No quería que pronunciara un «te quiero», porque no podía decírselo de vuelta. Al menos,

no de esa forma. Porque quería a Niko. Le adoraba. Pero los dos acababan de echar la primera pala de tierra sobre el cadáver de ese amor que habían compartido.

Escuchó de nuevo su voz, cómo pronunció un par de vocablos. Y soltó el aire, aliviada.

—Nos vemos —se despidió él.

Dos palabras que, aunque dolían, para Marina supusieron una liberación, porque le otorgaron la respuesta. Una respuesta que iba a destrozarlos, porque se debían el uno al otro ser sinceros, aunque fuese un acto terrible y brutal.

Colgaron. Amparada en la algarabía que seguía reinando a su alrededor, se tapó la boca con una mano y ahogó un sollozo. Bea, que llevaba un rato pendiente de ella para instarla a que volviese a la fiesta, se acercó preocupada.

—Tía, ¿qué te pasa?

Marina pronto tuvo a un grupito de compañeras junto a ellas, y aunque agradeció que le prestaran sus atenciones, les pidió que la dejaran sola.

—Dadme un momento, *porfa*... A ver si se me pasa el berrinche.

Bea la tomó del rostro con ambas manos para mirarla a los ojos.

—Luego me cuentas y te desahogas, ¿vale?

—Sí, tranquila.

—Tranquila, no. Ni se te ocurra guardártelo, ¿eh? —hizo ademán de amenazarla.

Marina sonrió, aún con los ojos enrojecidos, y le sacó la lengua. Luego se escurrió en el asiento, a fin de quedar oculta por el reposacabezas del que tenía delante, y recurrió al móvil.

Más de veinte mensajes sin leer. De sus padres. De sus hermanas. De Xabi, que sí que se había acordado. Abrió el de Andrei, que parecía un resumen de su actuación sobre el césped a base de memes, a cada cual más excéntrico.

Sonrió. Y luego el corazón le volvió a doler, porque al abrir el de Eli, nuevas lágrimas se le agolparon en los ojos.

Nunca, en los meses que habían pasado desde que ambas se conocieron en persona, la había echado tanto de menos.

# La tribu de las insomnes

—Ayer una paciente que nos escucha me preguntó por qué no subimos episodios del podcast con una periodicidad fija.

—Ah, ¿pero tenés pacientes que nos escuchan?

—Ya ves... ¡Y eso que no hago publicidad en la consulta!

—Para quienes no lo sepan, Cris es fisio.

—¡No me vayas a hacer publi tú ahora, rubia! A lo que iba. Que me preguntó eso, y le dije la verdad: que grabamos cuando las dos no podemos dormir.

—A veces una pasa la noche como lirón, otras como lechuza, ¿cierto?

—Y a veces no coincidimos... Por ejemplo, no he sabido nada de ti durante las últimas tres noches.

—Mañana cuando te vea vas a tener unas ojeras relindas...

—Lo sé. Últimamente duermo fatal.

—Demasiadas cosas. Carga mental, lo llaman.

—¿Sabes otro tema del que me hablan muchas de mis pacientes y que es un tabú como una casa? Bueno, más que tabú, un gran desconocido. Un desconocido incómodo al que nadie menciona hasta que viene a tocar a tu puerta para hacerte la vida imposible.

—¿A quién te referís?

—A nuestro amigo el suelo pélvico.

(Risas)

—Dale, sí que es el gran olvidado... A mis tres hijas les hablé del desconocido incómodo desde adolescentes.

—Bien hecho. Yo porque me viene de «deformación profesional», pero creo que todas las mujeres deberíamos aprender a cuidarlo desde jóvenes.

—Independientemente de si tenemos partos o no.

—Tú pariste por cesárea.

—Las dos veces, sí. Pero aun así...

—Venga, va, suéltalo. Que estamos en confianza con la tribu.

(Risas y suspiro de resignación).

—Acá la Tina confiesa ante todas ustedes, hermanas de insomnio, que si salto más de la cuenta o estornudo...

—... te meas encima.

—¡Pero bien deslenguada te volviste, boluda!

—Lo he aprendido de ti. Venga, digámoslo en alto sin corte: yo también tengo pérdidas.

—¿Seguro que esto no es un episodio patrocinado por tu consulta?

—Seguuuuuro... Pero sí que hablo como fisioterapeuta: chicas, id a un especialista. Hay soluciones, aunque todas sean un coñazo.

—Nunca mejor dicho...

—Una gran concha, como dirías tú... Pues eso, que soluciones hay, aunque implique hacer

*ejercicios específicos a diario, para siempre.*

*—Hay dispositivos para que no sea tan aburrido mantener esa rutina.*

*—De «dispositivos» tenemos que hablar largo y tendido otra noche...*

*—Dildos, succionadores y demás aparatitos para la vida moderna, pero no nos salgamos del tema: no más silencio, chicas. ¿No están hartas de pensar que son las únicas a las que les pasa esto, y de nada que se sueltan a hablar con otras mujeres, descubren que no?*

*—Para esto estamos aquí, para sentirnos un poco menos solas.*

*—Che, ¿leíste los mensajes en los que nos piden que grabemos un episodio en directo y con público?*

*—Sí. Podría estar bien... ¿Tú crees que a alguien le interesará ir a escucharnos de madrugada a algún auditorio?*

*—El público manda, querida... Lo dejamos en sus manos.*

## Capítulo 30

Mateo no dejaba de repasar, inquieto, la lista mental de todo lo que quería dejar hecho y lo que tenían que llevarse. Iba de un lado para otro, vestido con unos vaqueros y una elegante camisa tras haber pasado por la ducha, comprobando que no se dejaba nada a medias.

Todo ello mientras Lucía, en pantuflas, se tomaba una infusión desde la barra de la cocina y lo observaba con gesto divertido.

—Cielo, de veras que no tienes de qué preocuparte —insistió por tercera o cuarta vez—. Os podéis ir tranquilos, ya verás qué bien os sentará tomaros un descanso.

—¡Pero si seguro que ni os echa de menos de lo entretenido que va a estar! —se unió Esteban.

—¿En serio no les importa pasar la noche acá? —necesitó el exdelantero que sus suegros le confirmasen.

—Que no, hombre. Ni que fuera la primera. ¡Y tenemos experiencia con niños, que criamos dos!

—Y otros tantos de forma indirecta —añadió Lucía sin perder la sonrisa.

Mateo se obligó a relajarse. Luego le devolvió el gesto a ella y se dijo que no había vuelta atrás: iban a pasar la noche fuera. De hecho, aprovecharían para, como decía el refranero, matar dos pájaros de un tiro, pues de paso sanearían su vida social.

Le echó un vistazo al reloj, y supuso que a esa hora los demás ya debían de haber llegado a la casa rural que habían alquilado, después de que un simple comentario en el chat de grupo de la cuadrilla de la muerte derivase en esa especie de escapada conjunta.

Como no quería llegar tarde, pero, sobre todo, porque sabía que cuanto más lo retrasasen, más les iba a costar partir, llamó al otro implicado:

—¡Dani!

—¡Ya voy! —respondió desde el fondo del pasillo.

Poco después, Lucía y Esteban contemplaron cómo su hijo menor aparecía, también vestido para la ocasión, acompañado de Rubén. El niño llevaba puesto el pijama de dinosaurios, con crestas de felpa en la capucha y en la espalda, que le habían regalado unos días atrás.

—¡Te queda perfecto! —afirmó ella.

—¿Es cómodo? —se interesó Esteban.

—¡Sí! —exclamó Rubén.

Dani, igual de estresado que Mateo, se dirigió a sus padres y soltó la cantinela:

—Ya está bañado. No cenéis muy tarde, que luego le cuesta dormir. —Se dirigió al chiquillo—: ¡Y cepíllate bien los dientes!

—Ya lo sé —protestó.

—Y que no se vaya a la cama a las tantas —volvió Dani a referirse a sus padres—, que vale que mañana no hay cole, pero si no, la rutina se nos va a tomar por...

—Que sí, hijo, que sí —replicó Esteban con voz cansina, para a continuación dirigirse al crío—: Es un poco pesado, ¿verdad?

Rubén rio por lo bajo. Dani suspiró y volvió a la carga:

—Para cualquier cosa nos llamáis, que tendremos el teléfono a mano.

—Cariño, está todo controlado. —Lucía tomó ella misma la pequeña maleta que la pareja había preparado y se la tendió a su yerno, indicándole, de forma sutil aunque directa, que sobraban en su propia casa—. Además, ¿no sabes eso que dicen de que los padres crían...?

—...y los abuelos malcrían, sí. —Resignado, Dani constató que Mateo se había agachado frente al niño. Luego lo imitó, hablándole desde su altura—: Pórtate bien, ¿vale?

—Regresaremos a la mañana con los tíos y las primas, ¿sí?

—¿Y Ceci? —preguntó Rubén.

—Ceci también. —Mateo le acarició la cabeza y depositó un beso en su frente—. Pásenla rebién.

Rubén sonrió. Se lo veía tranquilo, tanto que les chocó. Dani, tras besarle también, se dispuso a enfrentarse a la sensación desconcertante de poner en manos de sus propios padres a quien estaba en las suyas.

Nada más se hubo incorporado, recordó que se había dejado algo en el tintero:

—Por lo que pudiera pasar, el termómetro y la Apiret...

—¡Que os vayáis ya, Daniel! —lo abroncó Esteban.

Mateo rio. Luego, sujetando la maleta por el asa, volvió a despedirse y, esta vez sí, se giró y empezó a caminar hacia la puerta del garaje. Dani volvió a imitarle. Una vez dentro de su coche, pues por sorteo le tocaba conducir a él, arrancó el motor mientras afirmaba:

—Todo irá bien.

—Dale, obvio que sí. Además, tienen derecho a pasar su tiempo juntos a solas.

—En fin... —Antes de salir al exterior, Dani le dedicó una sonrisa—: Otra vez los dos solos.

—Parece que pasaron milenios, ¿cierto?

—Exagerado... Bueno, un poco. —Lo besó en los labios; luego puso música—. Diles a estos que ya estamos de camino.

Mateo subió el volumen; por los altavoces sonaba *Get Lucky*, de Daft Punk.

Cerca de media hora después llegaron a destino: una casa terrera rodeada de una extensa parcela privada de terreno, a la que accedieron tras meter un código de seguridad en la verja. No tardaron en distinguir los vehículos de los demás huéspedes, y ya desde el jardín escucharon el jaleo que el grupo tenía montado.

—Solo espero no arrepentirme por el cambio de planes, que me apetecía estar los dos a nuestro aire... —rezongó Dani.

Mateo estuvo a punto de recordarle que no solo a ellos les vendría bien pasar todos juntos esa noche, y tratar de olvidar, aunque fuera por espacio de unas horas, la montaña rusa emocional que habían supuesto los últimos meses. Sin embargo, no llegó a pronunciar ni la primera palabra, pues Sergio no tardó en ponerle una copa de vino en la mano.

—*Argento*, la primera va en mi honor. Para celebrar que ya soy un hombre de negocios hecho y derecho.

—¡Cierto! Enhorabuena por lo de la agencia. —Mateo entrechocó su copa con la que sujetaba su cuñado.

—¿Y tus socios? —se interesó Dani.

—Ahí los dejé antes en la oficina cuando me tocó volver a casa para prepararnos... ¡Tendrías que haberles visto el careto a Jorge y Luis ayer! —se jactó—. Cómo me arrepiento de no haberme pasado por el forro los acuerdos de privacidad grabándolos con una cámara oculta...

Dani puso los ojos en blanco, dándolo por imposible, y fue a saludar a los demás. No tardó en localizar en el amplísimo salón a Tina y Cris, que charlaban con Joan. Gorka hacía más de lo mismo con Robert, y Alejo y Sofía estaban descendiendo por la escalera que llevaba a la planta alta, como si acabasen de terminar el *tour* de reconocimiento.

—Estoy enganchadísimo al *podcast*, lo digo en serio —escuchó Dani que decía Joan.

—¿Vos sos también de la tribu? —ironizó Tina.

—Eso es por la maruja que llevas dentro, *carinyet* —afirmó Cris, sujetando otra copa de tinto—. ¡Anda, si ya están aquí los de la primera noche con canguros!

—*Tortolitos*, os hemos dejado la *suite* del fondo —anunció Joan.

—Es la mejor —apuntó Gorka.

—¡Cierto! ¿No se la pueden cambiar a este par de ancianos? —bromeó Alejo.

—¿A quién llamaste vieja? —se la devolvió Sofi.

Ellos subieron a dejar la maleta y, de paso, comprobaron que el sitio estaba a la altura de las expectativas. Ya de regreso, y no sin asegurarse de que tenían el volumen del móvil al máximo, dejaron cerca ambos teléfonos y ayudaron a preparar la mesa del comedor.

Dispusieron lo que habían contratado a un servicio de *catering*, y tras un nuevo brindis, empezaron a dar cuenta a la cena, no sin que Puig mencionase algo en lo que había pensado desde que empezasen a organizar la velada:

—¿Cuánto hace que no estábamos todos bajo el mismo techo?

Se formó una cacofonía de opiniones. Algunos decían que poco más de diez meses. Otros, que mínimo un año, por eso del tiempo que habían pasado Alejo y Sofía en Montevideo.

Acordaron pasar de puntillas por temas escabrosos, y disfrutar de aquel encuentro que, coincidieron por unanimidad, debían repetir tan a menudo como fuera posible:

—¿Y las nenas? —se interesó Mateo.

—¿Qué nenas, si ya me llegan al hombro? —replicó Sergio—. Pues en casa, primera noche que pasan las dos solas.

—Solas, dice... —murmuró Joan contra su copa, cachondeándose de la buena fe de su compañero de retransmisiones.

—Obvio que aprovecharán para montar una fiesta —contraatacó Tina—. Pero, por su bien, dejarán todo ordenado y sin destrozos.

—Deberíamos llamarlas a las tres de la mañana, a ver si responden tajadas —insinuó Sergio.

—Yo les dejé una nueva caja de forros, por lo que pueda pasar.

—Bien hecho. Mejor prevenir —afirmó Gorka, quien durante los años de adolescencia de su hijo había tenido el mismo gesto.

—Eso no, por *favorrrrrr*... —rogó Sergio—. Dejadlas puras y castas unos años más.

—Puras, dice... —volvió a cachondearse Joan—. Tú a su edad ya te querías tirar cualquier cosa que se moviese.

—Y hablando de sexo... —Cris, quien se había encomiado a soltarse la melena aquella noche, pues tras lidiar con demasiadas preocupaciones necesitaba un respiro, se dirigió a los

nuevos padres—: ¿Qué tal va la «sequía intermitente»?

Antes de responder, Dani se dirigió a Mateo:

—¿Puedo beber yo? A ti no te hace falta para que se te suelte la lengua.

—Dale. Yo solo tomaré esta.

—Ni que os tuvierais que poner otra vez al volante —insinuó Joan.

—En principio no, pero imagínate que me llama mi madre por una emergencia.

—Qué cenizo eres, Daniel. Anda, bebe y calla. Mejor dicho, bebe y habla, que estamos expectantes.

Él se acabó media copa de golpe y contestó:

—La sequía ahí sigue. Tú lo has dicho: intermitente.

—Qué tiempos aquellos en los que te ibas a Londres a follar, ¿eh? —volvió a insinuar Joan.

—Mira que eres plasta con eso.

El exdelantero catalán miró fijamente a quien estaba sentado frente a él, como pidiéndole que se pusiera de su parte:

—*Rubiales*, ¿tengo o no tengo razón?

La pregunta le arrancó una carcajada a Mateo. Luego, este se dirigió a su marido:

—Lo siento, pero no lo puedo negar...

—¿Ya pasamos a la versión *adults only*? —se sumó Alejo al interrogatorio.

—Dale, Mati, contalo en confianza... ¿No batieron su récord allá?

—Eso, en confianza, que estamos en tribu —la apoyó Joan.

Cris rio por el guiño e hizo un poco más de presión:

—¿Récord?

—A la mierda. —Dani, tras darle otro sorbo al vino, concretó—: Fue un día que nos dieron libre en el equipo y me planté allí sin decirle nada.

—Empieza bien la historia —insinuó Gorka.

Mateo, por su parte, siguió riendo. Luego desveló más datos:

—Llegué a casa tras el entreno, abrí la puerta y me lo encontré esperando en el pasillo.

—Empotramiento contra la pared, por favor —rogó Cris.

—¡*Xiqueta*! —se escandalizó Puig.

—Primero, casi un ataque al corazón —reconoció Mateo entre risas—, que pensé que de nuevo me habían asaltado...

—Y luego... Joder, estuvimos sin parar hasta la noche —reconoció Dani.

Para su bochorno, Sergio extendió la mano hacia lo alto. No le quedó más remedio que imitarle y chocársela.

—Qué jóvenes éramos, *collons*... —suspiró Joan teatralmente—. Echo de menos las maratones.

—Eso lo dirás porque eres tú el que ya no las aguanta —puntualizó Gorka.

—Hostias, vosotros dos sí que tendréis batallitas interesantes que contar —dijo Sergio abriendo otra botella.

—Paso, que tu visión de los tríos es demasiado heteronormativa —lo dejó Joan con las ganas.

—Si no quieres contarlo, da igual. A mí con que me hayas vuelto a dirigir la palabra me basta —celebró el madrileño—, porque menudo mosqueo te pillaste con tu viejo colega, ¿eh?

—No es para menos. —Joan, que seguía luciendo la pulsera con la bandera arcoíris, no desaprovechó la oportunidad de tirarle la pulla—: Tienes una imagen pública y una responsabilidad social. Y estás metido en el meollo por varios frentes.

—Hablando del meollo —intervino Puig mirando a Mateo—, luego Alejo y yo te queremos comentar algo.

—Dijimos que nada de trabajo, pelotudos —recordó en general Tina.

Ellos mostraron las palmas de las manos abiertas en un signo de disculpa. En cuanto a Sergio, recuperó el turno de palabra:

—Coño, claro que sé que tengo una responsabilidad. Sois mi familia. ¡Y nadie toca a mi familia! De hecho, no sabéis lo feliz que estoy por tener de socio en la agencia a miniPon —dijo, mirando a Cris y Puig.

—Niko está muy emocionado —sonrió ella.

—Ahora solo falta recordarle que tiene que acabar la carrera sí o sí —apuntó él.

—Dejad en paz al chaval, ya tendrá tiempo de volver a hincar los codos. Ahora que viva el momento de euforia... —Se incorporó para situarse entre la pareja y pasarles los brazos sobre los hombros, para estrujarlos—. Consuegros... ¡Se me llena la boca diciéndolo! Si es que nuestros retoños estaban destinados a juntarse.

—Por cierto, qué partidazo hizo Marina contra el Westhound —opinó Gorka.

—Estuvo rebárbara —secundó Mateo con orgullo.

—Menos mal que Pepito Grillo sabe que mi hija es una *crack* y la ha convocado para la semana que viene —celebró Sergio.

—¿No dijimos que nada de hablar de trabajo? —les cortó Dani el rollo—. Y menos cuando supone mezclar lo personal con lo deportivo.

—Bah, toma, bebe un poco más. —Sergio volvió a llenarle la copa.

Dani rezongó, pero tampoco hizo nada por evitarlo. Cuando escuchó el pitido en su móvil, señal de que le acababa de entrar un mensaje, se sobresaltó.

—¿Puedes cogerlo tú? —le pidió a Mateo.

Él asintió, pero sobre la marcha buscó la mirada de Alejo. Luego, ambos exclamaron:

—¡Cogeme el celular!

Tina se empezó a partir de la risa.

—Es de tu vieja —exclamó Mateo junto al estante donde estaban todos los teléfonos.

—¿Qué dice? —se preocupó Dani.

Gorka se arrimó a Joan y susurró:

—Me fascina que los argentinos llamen «viejos» a sus padres...

—A mí lo que me fascina es que Dani ya ni se inmute. —Dio un sorbo—. ¿Nos llamará Izan viejos a nosotros, pero por lo obvio?

—Estás obsesionado, cariño...

—Ya se me pasará. —Se dirigió él también a Mateo—: ¿Y bien?

El excapitán de la albiceleste regresó a la mesa y anunció:

—Lucía mandó foto de Rubén. Está durmiendo.

—¿Tan pronto? —se sorprendió Dani.

—El niño bobo no es, ya os sabe manipular —se cachondeó Sergio—. Seguro que a vosotros os da la lata para quedarse frito.

—¿Ya estáis convencidos de que va a estar toda la noche como un tronco, y que mañana cuando se despierte ni se acordará de que no estáis en casa? Pues a disfrutar, que yo no pienso irme a la cama como mínimo hasta la medianoche —afirmó Cris.

Dani, haciendo un último esfuerzo, accedió a terminar de relajarse proponiendo un nuevo brindis:

—Por nosotros. Y que estemos juntos muchos años más.

—¡Por nosotros! —replicaron.

—¡A ver si dentro de poco tenemos nuevo bodorrio en la familia! —añadió Sergio por su parte.

—Pero si estamos todos casados... —le recordó Joan.

—¡Me refería a la nueva generación! El nidito Puig-Mínguez, o Mínguez-Puig, que hoy en día se puede cambiar el orden de los apellidos. Lo veo, lo veo...

Tina le dio a su marido una sonora colleja en la nuca.

—¡Pero qué hacés, planificando la vida de la nena!

—Que no planifico —rio—. Solo sueño despierto. Y soñar es gratis, ¿no?

—Anda, déjalos tranquilos, con lo jóvenes que son —apoyó Cris lo dicho por su amiga.

—Pues te recuerdo que no les queda tanto para cumplir la edad en la que tú le echaste el lazo a este... —contraatacó Sergio, frotándole la cabeza rapada a Puig.

—Eran otros tiempos —se defendió el aludido.

—Más bien, eran otras virginidades las que se querían perder —siguió Sergio a lo suyo.

Dani y Mateo intercambiaron una mirada. Luego una sonrisa. El primero dándole las gracias por haberlo convencido para estar esa noche ahí, rodeado de los suyos. El segundo indicándole lo mismo, pues tal y como Sergio había recalcado, eran familia.

Una familia que ignoraba que, en esos precisos instantes, una nueva bomba estaba a punto de estallar en su seno.

# Capítulo 31

Andrei no dejaba de observar aquella oficina desierta. Llevaba media hora escuchando la verborrea excitada de su hermano, y aunque trató de poner de su parte para atender y quedarse con los detalles, desde hacía un buen rato era como tener un molesto zumbido de fondo.

Buscó, sin poder evitarlo, la mirada de Xabi, quien le dirigió una sonrisa de consternación. Así que decidió ampararse en la confianza extrema que tenía con su gemelo y pararle los pies:

—Niko, parece que te hayas metido algo.

—¿Cómo dices? —se extrañó.

—Que pareces un auténtico hombre de negocios de las pelis americanas de los ochenta, esas que le gustan a papá, no sé si pillas la indirecta... —Andrei, a fin de suavizar la comparativa, le pasó un brazo por la cintura y afirmó—: No sabes lo orgulloso que estoy de ti. —Le hizo un gesto a Xabi para que se les uniese; luego le paso el otro brazo por la cintura a él también y lo besó en los labios—. Y de ti. De los dos.

—¿Pero vas a ser nuestro primer cliente? ¿Sí o no? —insistió Niko.

—En cuanto vuelva de jugar con la sub, le comunicaré a mi agente que no quiero renovar.

—Qué tío... —recordó Niko a quien también había sido su representante—. Espero que no me lo tenga muy en cuenta por robarte.

—«Nada de negocios, solo es personal» —bromeó Andrei, alterando la célebre frase de la película *El padrino*—. En serio, este sitio es alucinante.

—Tenemos cada uno nuestro despacho —le contó Xabi—, aunque están conectados por una puerta interior.

—¿Y cómo os las vais a ingeniar?

—Nosotros captaremos clientela y decidiremos estrategias —replicó Niko—. El tercer socio dice que no tiene intención de mover un dedo más allá de poner pasta y escuchar los resúmenes que le hagamos por audio.

—Eso es como muy de Sergio, ¿no? —preguntó Andrei, divertido.

—Y de resto, dejaremos que los expertos hagan su magia —añadió Xabi por su parte—. El personal está motivado, parece que están de acuerdo con nuestra filosofía.

—No vais a acabar la carrera ni en el año 3015... —se mofó Andrei de ellos.

—Que sí voy a acabarla —protestó su novio—. No sé cuándo, pero por supuesto que lo haré. Y la pagaré de mi bolsillo, que ahora tengo sueldo y no me tocará dejarme los codos y las córneas por sacar cada curso del tirón para mantener la beca.

—Antes ya tenías sueldo —aprovechó Niko para tirarle la punta.

—¿La miseria que me daban en el Juventud? —Xabi lo señaló con el dedo, como indicándole que lo que iba a decir era de vital importancia—: Apunta que en la próxima reunión establezcamos que cuando tengamos becarios, se les pague una cantidad digna.

Andrei aprovechó que su hermano se había vuelto a girar en dirección a las cristaleras y estaba diciendo a saber qué sobre las vistas a la otra torre de la Puerta de Europa, para acercarse a Xabi y susurrarle al oído:

—Qué sexi estás cuando partes la pana...

Él, notando que se le erizaba hasta el último vello del cuerpo, y también que ciertas regiones

de su anatomía respondían ante el halago, decidió que ya era hora de volver a casa.

—Niko, por hoy he tenido bastante... ¿Vienes?

—No, marchaos vosotros. Yo me quedo esperando a Marina, me dijo que se pasaría en un rato para que le enseñe todo esto.

Andrei asintió con un cabeceo, y mientras tomaba a Xabi de la mano añadió:

—No vayáis a montároslo tan pronto sobre tu mesa.

—O sí, pero en plan culebrón, tirando primero al suelo todo lo que haya encima —le siguió Xabi el juego.

Niko forzó una sonrisa y los invitó a largarse. Lo que fuera con tal de no reconocer ante ellos que dudaba, y mucho, que semejante situación fuera a producirse.

Y es que desde la jornada anterior, tenía un mal presentimiento. Como si una nube densa y oscura estuviese sobrevolándole y la única manera de centrarse fuera ignorarla, manteniéndose ocupado hasta el extremo con tal de no mirarla y reconocer que ahí estaba.

Se quedó de pie, contemplando las vistas a Plaza de Castilla con las luces de los coches y los edificios colindantes, hasta que notó que el móvil le vibraba por una llamada perdida dentro del bolsillo del pantalón. Un pantalón de pinza, prenda que, hasta hacía un par de años, solo se ponía cuando no le quedaba más remedio.

De hecho, se centró en el pensamiento de que llevaba una buena temporada sin vestir ropas de estilo *sport*, con tal de seguir ignorando la nube. Pero cuando estuvo junto a la puerta de cristal que daba acceso a las dependencias, todo esfuerzo fue inútil.

Marina ya estaba ahí, y solo tuvieron que mirarse unos segundos frente a frente, cara a cara, a los ojos, para que el pánico empezara a abrirse camino en su interior.

—Entraste sin problema, ¿verdad? —le preguntó por romper el hielo.

Ella, ataviada con vaqueros y una de sus habituales sudaderas *oversize*, contestó:

—Le enseñé mi carnet a los del control en la planta baja y me dejaron pasar.

—Te metí en la lista de acreditados.

—Gracias.

De nuevo ese silencio entre ambos. Ni un abrazo ni un beso. Niko, nervioso, le indicó que lo siguiera.

—Ven, que te la enseño. Andrei y Xabi se acaban de ir, no habéis coincidido por poco.

—Lo sé.

—Podrías haber venido con ellos, así lo habríamos celebrado juntos los cuatro.

Marina se detuvo. De sus labios, con un hilo de voz, brotaron las fatídicas palabras:

—Sabes tan bien como yo que eso no era una opción, Niko...

Él, tras escucharla a sus espaldas, también se detuvo. El corazón le latía desbocado, las manos le sudaban.

—¿No quieres ver antes la ofi? —musitó.

—¿Antes de qué?

—Antes de que hablemos. Porque para eso has venido, ¿no?

Marina, luchando contra el nudo que se le había formado en la garganta, se acercó hasta él y, con un movimiento suave, le hizo girar. Cuando volvieron a encararse se perdió en sus ojos oscuros, esos a los que se había asomado desde que tenía uso de razón. Esos que durante tanto

tiempo la miraron como nadie más lo hacía.

Esos que le parecieron tan tristes que algo terminó de resquebrajarse en ella. En él. En ambos.

—La oficina está genial, pero no hace falta que me la enseñes ahora. Me hartaré de verla, que pienso firmar con vosotros en cuanto me libere del contrato que tengo con otra agencia.

—Serás más que bienvenida, que no solo queremos representar a deportistas del colectivo —replicó él.

Marina guardó silencio unos segundos, sin saber por qué se le había secado tanto la boca. Luego, tras buscar las palabras adecuadas, o al menos las que le parecieron las más certeras para describir sus sentimientos, lanzó la primera piedra:

—Tú y yo llevamos toda la vida juntos.

—Y Andrei... —puntualizó él.

—Tú, yo y Andrei. Pero me refería a lo nuestro.

—Bueno, eso no tanto... Vamos para tres años.

—Pues a mí me parece eso. Como si hubiese durado toda la vida... —murmuró ella.

—¿Qué es lo que intentas decirme, ornitorrinco?

Marina notó que los ojos se le llenaban de lágrimas al escuchar el apodo.

—El otro día, en Londres, salí a dar una vuelta durante el tiempo que nos dieron libre —empezó a contarle.

—Siempre te ha encantado esa ciudad.

—Sí, pero el asunto es que... me gustó estar sola. Sentir que estaba en un ambiente nuevo, como si tuviera ante mí un lienzo en blanco.

Niko se la quedó mirando con el ceño fruncido y el corazón en un puño.

Marina, quien era apenas unos centímetros más baja que él, volvió a atravesarle el alma primero con sus iris celestes; luego con su voz estrangulada:

—Más que lo de estar sola, lo que me gustó fue descubrirme así, ¿sabes...? En otro ambiente, sin nada conocido alrededor.

Niko siguió sosteniéndole la mirada, notando que a cada palabra que recibía, el dolor sordo se acentuaba un poco más.

—Tú y yo estamos empezando a vivir, pero a veces tengo la sensación de que soy una vieja.

—Ahogando una carcajada irónica, concretó—: En el mismo club desde los nueve. Familia estable, los mismos amigos desde que no levantaba un palmo del suelo...

—El mismo novio desde los diecisiete —musitó Niko.

—Soy afortunada por teneros a todos, vaya que sí —retomó Marina sus palabras—, y daría lo que fuera por que las cosas pudieran quedarse siempre igual, pero... necesito seguir descubriéndome a mí misma, Niko. Necesito ponerme delante más lienzos en blanco.

Él, también con la voz rota, atinó a murmurar:

—Me estás diciendo con palabras bonitas que no quieres seguir conmigo...

—Lo que no quiero es que tú y yo sigamos juntos porque es lo que siempre hemos hecho.

—Marina notó que una lágrima le resbalaba por la mejilla y se la secó, instándose a mantenerse firme—. Somos muy jóvenes, joder... Y estás en una etapa llena de cambios.

—Pero en lo nuestro no quiero cambiar —replicó él, tratando de que no sonase a ruego

desesperado.

—Yo sí... Lo siento.

«Lo siento». Dos palabras que a Niko le terminaron de resquebrajar por dentro.

—Podemos tomarnos un tiempo si quieres. O abrir la pareja.

—No creo que eso solucione nada, koala.

—¿Por qué estás tan segura? Mira a mis padres... Empezaron casi al mismo tiempo que nosotros, se casaron a los veinte y ahí siguen. —Quemando los últimos cartuchos, añadió—: Si a ellos les ha ido bien, ¿por qué no a nosotr...?

—Porque tus padres son tus padres, y nosotros somos nosotros —replicó Marina sin dejarle acabar la frase.

—Que conste que no te estaba insinuando que nos casásemos ni nada de eso...

—Lo sé. —Marina esbozó una sonrisa temblorosa—. Pero comprendes a qué me refiero, ¿verdad?

Esta vez fue Niko el que no pudo retener el llanto por más:

—¿Seguro que no puedo hacer algo para que cambies de opinión?

Ella lo abrazó con todas sus fuerzas, y tras cerrar los ojos le dijo al oído:

—No nos rebajemos encadenando un cliché tras otro, por favor... Nada de «no eres tú, soy yo» ni frases manidas de esas... Te quiero, Nikolai, y siempre te querré, pero no como se supone que debería una persona que ama a otra.

Niko se aferró más a ella y ahogó un sollozo en su hombro.

—Yo también te quiero. Pero...

—... tampoco me amas, ¿verdad? —aventuró Marina.

—No lo sé... Hasta hace poco creía que sí.

—Quizás tú también necesitas seguir descubriéndote a ti mismo.

Permanecieron un rato más así, el uno en brazos del otro. Cuando se separaron, atinaron a mirarse una última vez. Tras la aceptación, Niko se rindió a la rabia y la frustración. Porque volvía a perder, por segunda vez consecutiva, lo que más quería.

Y estaba harto de tantas pérdidas.

—Vete. Necesito estar solo.

—¿Quedamos cuando vuelva de competir en Praga? —musitó ella.

—Dame tiempo. Ahora mismo no me apetece volver a verte.

Marina mantuvo la cabeza alta pese a que le temblaban los labios. Lo respetó, y comprendió que él necesitase lidiar con el dolor a su manera, al igual que ella lo haría por su parte.

Cuando ya se había alejado unos pasos, escuchó que él le decía, con voz desapasionada:

—Suerte, Marina.

Y mientras se metía las manos en los bolsillos de la sudadera y caminaba con toda la dignidad posible, se sintió orgullosa de sí misma por haber tenido la valentía de priorizarse, de dar el paso.

Pero también se sintió infinitamente desgraciada, porque no dejaba de preguntarse si, además de a un novio, había perdido también a uno de sus mejores amigos.

# Prórroga

# Primera parte

Casi tres meses después de la agresión, las secuelas físicas se habían borrado de los cuerpos de Andrei y Xabi. Pese a todo, las que no eran visibles permanecían ahí, en forma de inquietud cada vez que se encontraban a solas en un espacio público y hasta la más tenue de las sombras resultaba amenazadora.

A veces, cuando Andrei se iba por las mañanas a entrenar, notaba un sudor frío bajándole por la espalda al deshacer los pocos metros que separaban la puerta de acceso a la planta baja del edificio donde vivían y su plaza de garaje. Como si una parte irracional de sí mismo creyera que sus agresores estaban escondidos tras una columna, esperando a que tuviese la guardia baja para acabar lo que se dejaron a medias.

Xabi, más de lo mismo: en la facultad; en la calle cada vez que iba a visitar a sus padres y hermanos, y le llevaba cerca de cinco minutos cubrir la distancia desde la boca de metro hasta el portal donde se ubicaba la vivienda en la que se crio.

Por eso se habían obligado a sí mismos a enfrentarse al miedo. Mirarlo directamente, como había hecho Andrei con el objetivo de la cámara de Sandro. Y dicho coraje los instó esa noche, en lugar de ir directos hasta el apartamento desde las oficinas de NN Agency, a pedirle al taxista que se detuviese frente al pub.

Los camareros celebraron su regreso tras la larga ausencia. Ocuparon el reservado de siempre, Xabi se quitó la chaqueta y se remangó la elegante camisa que llevaba puesta, y Andrei, entre risas, afirmó que parecía que acababa de salir de la celebración de una orla. Cenaron y brindaron con cerveza sin alcohol, porque Andrei entrenaba a la mañana siguiente, antes de marcharse el domingo a primera hora a San Sebastián para el siguiente encuentro de liga del Juventud.

Pidieron su canción. Se besaron mientras Andrea Corr cantaba lo que ambos estaban pensando. «Nunca voy a dejar de enamorarme de ti».

Pasadas las once salieron al exterior para marcharse caminando a casa, armados con sus escudos contra los monstruos. Avanzaron tomados de la mano, ambas pulseras la una junto a la otra. Sus corazones repiqueteaban con fuerza a cada paso, en parte por la tensión de estar enfrentándose a un momento crucial, el de recuperar esa parcela de sus vidas que nunca tendrían que haber perdido; en parte por estar ambos embriagados por la anticipación.

Nada más cerraron la puerta del apartamento, sus labios se buscaron. Sus lenguas se enredaron y las manos se contuvieron para no dejar un reguero de prendas a su paso, en un alarde de consideración hacia el tercer ocupante del piso.

Recalaron en el dormitorio, su refugio sagrado, y resguardados en la privacidad de la habitación dieron rienda suelta al deseo.

Andrei, sintiendo que su piel nívea ardía, gimió y balbuceó mientras le sentía dentro, muy dentro. Xabi, recostado sobre él con una de las piernas del defensa sobre su hombro, embestía a ritmo lento pero conciso, enterrándose más y más a cada estocada, perdiéndose en la mirada enfebrecida que tenía clavada en la suya, en sus labios enrojecidos y la fricción que lo llevaba al límite. Cuando hizo ademán de emplear los dedos que tenía libres en darle más placer, Andrei negó con un cabeceo.

Al interpretar sobre la marcha cuáles eran sus intenciones, Xabi no se contuvo por más. Su

pelvis se movió a ritmo frenético, y Andrei, aferrándose a sus glúteos, siguió mirándole mientras de sus labios entreabiertos escapaba, en forma de nuevos jadeos, su nombre.

Xabi se derramó en su interior de un último golpe de cadera, y tras descansar apenas unos segundos se retiró con lentitud. Luego, tras aplicar una generosa cantidad de lubricante sobre la también generosa erección de Andrei, se sentó a horcajadas sobre él y empezó a penetrarse.

Andrei se aferró a sus caderas para empujarle hacia abajo, facilitando la intromisión. Arqueó la espalda, derritiéndose por aquel calor prieto y punzante, y se dejó llevar cuando Xabi, también sin dejar de mirarle, lo empezó a cabalgar mientras acariciaba su rostro ahí donde habían estado los moratones; mientras Andrei acariciaba su costado, ahí donde le habían fisurado la costilla.

Mientras ambos borraban los resquicios del dolor, el pánico y la impotencia.

El defensa no tardó en rendirse al clímax con un último gemido.

Xabi, tras sacárselo de dentro, se recostó a su lado. Se miraron a los ojos; una maraña de brazos y piernas, dos torsos confrontados. Más palabras susurradas entre sábanas rompiendo la quietud de la noche.

—Se me pasó contarte que mi padre me mandó antes un mensaje... —musitó Andrei mientras le acariciaba la espalda.

—¿No estaban todos de juerga?

—Sí, pero Alejo, Mateo y él se escaquearon para hablar a solas.

—¿Y qué te ha dicho?

—Van a convocar manifestaciones a nivel nacional. La más grande será aquí, en Madrid.

—¿Cuándo?

—Antes de las del orgullo. Seguramente a principios de mayo —volvió a musitar Andrei.

—Ahí estaremos —afirmó Xabi.

—Ahí estaremos —replicó él.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, se arrastraron a la ducha. Regresaron poco después a la cama, donde se deshicieron en más caricias; donde se velaron el sueño; donde despertaron juntos a la mañana siguiente.

Se dedicaron más sonrisas, más miradas cómplices. Se robaron más besos mientras preparaban el desayuno. Xabi vistiendo su «uniforme oficial de ponerme a estudiar», o lo que era lo mismo, un chándal que, aunque estaba notoriamente gastado de tanto uso, le sentaba bien; Andrei luciendo la equipación de paseo del equipo.

Y cuando estaban comentando que a saber cómo habrían pasado la noche los restantes miembros de su cuadrilla, pues no sabían absolutamente nada de ellos desde la tarde anterior, escucharon el sonido de las llaves contra la cerradura, luego cómo se abría la puerta principal.

Se quedaron clavados en el sitio al ver que Niko avanzaba lentamente hacia ellos. Tenía la ropa arrugada, el pelo revuelto y los ojos exageradamente enrojecidos.

Pero, sin duda, lo que los dejó sin habla fue su expresión.

Ni siquiera Andrei le había visto así en sus horas más bajas. Arrasado. Desolado.

—¿Qué te ha ocurrido?

Niko no respondió. Había llegado hasta ahí por inercia, y por inercia dejó que Andrei lo sentase en otro taburete. Xabi, situándose también a su lado, intentó hacerle hablar:

—¿Has estado por ahí de farra...? —Extrañado, arrugó la nariz al notar un penetrante

perfume de mujer adherido a la camisa de Niko.

—No. Bueno, sí... —murmuró el recién llegado.

—Explicate, marsupial —lo apremió Andrei.

Al escuchar aquella palabra, Niko rompió a reír. Una risa amarga, artificiosa.

—Estuve en la oficina hasta la madrugada. Luego salí por ahí, hay un montón de locales por la zona.

—¿Con Marina...? —volvió a extrañarse Xabi.

Fue cuando Niko musitó:

—Lo hemos dejado... Hemos roto.

Andrei y Xabi volvieron a buscarse con la mirada. Sin perder ni un segundo, el primero acunó el rostro de su gemelo entre las manos.

—Joder, Niko... —musitó, apoyando la frente sobre la suya.

Pese a todo, no podía decir que aquello le sorprendiese. Llevaba demasiado tiempo sospechando que las cosas entre ellos no iban como debieran.

—Xabi, ¿cuánto llevas saliendo con mi hermano?

Él, tras la sorpresa inicial por la pregunta, contestó:

—Casi tres años...

—Como nosotros. Empezamos los cuatro al mismo tiempo, ¿no? —De nuevo con amarga ironía, Niko añadió—: ¿Sentís que estáis aburridos el uno del otro, o que necesitáis cambiar, buscar algo nuevo...?

La pareja volvió a mirarse, sin saber qué decir para no herirle. Por suerte, el monólogo apagado de Niko rompió el silencio:

—Ella sí. Cuando se fue, me dije que igual tenía razón, que yo también debía buscar algo nuevo, un cambio... Entré en una discoteca, estaba hasta la bandera. Una chica me pidió que la invitara a algo. Le seguí el rollo y se me fue de las manos. Pensé que así me sentiría mejor, que me ayudaría a dejar de pensar en... —Se le quebró la voz—. Yo nunca... Yo solo me había acostado con Marina hasta ahora... Me siento tan...

Andrei lo atrajo hacia sí y le rodeó con ambos brazos, dejándole llorar. Xabi murmuró que iba a prepararle una infusión y que, de paso, le traería algo del botiquín para el dolor de cabeza.

Niko permaneció contra el torso de su hermano soltando la pena, el asco que sentía hacia sí mismo, el cabreo monumental que lo invadía, dirigido hacia el mundo entero. Para cuando se hubo calmado e hizo un esfuerzo por ingerir lo que Xabi le puso delante, notó que el agotamiento arremetía sin piedad. Se quedó ahí, sentado a la barra, apenas escuchando cómo su hermano y su cuñado hablaban a susurros.

Ellos, que cuando estaban juntos formaban un universo. Ellos, que también habían pasado por una crisis y habían salido fortalecidos de ella.

Esa mañana, Niko apenas fue consciente de cuándo lo arrastraron hasta la ducha, en donde Andrei acabó por lavarle y secarle el pelo él mismo, ni tampoco de cuándo Xabi lo metió en la cama.

Lo único que tuvo claro en un último alarde de lucidez antes de rendirse al cansancio, fue que aquel apartamento que no tanto tiempo atrás había representado para él una nueva etapa repleta de sueños a cumplir, ya no era su hogar, sino el de ellos.

Y si era cierto que se encontraba en el momento de escribir un nuevo capítulo en su vida,

debía empezarlo buscando un piso para él solo.

## Segunda parte

Aunque apenas había dormido, Marina se levantó en cuanto sonó la alarma del móvil. Se vistió de forma mecánica, se cepilló el pelo y cumplió la rutina facial, aunque ni se molestó en disimular las ojeras.

Se obligó a tomarse un café y una tostada por eso de no conducir en ayunas, y justo cuando iba a marcharse escuchó que Bea, con pintas de zombi, salía de su habitación.

—¿Cómo estás?

—Ahí voy.

—Esta noche hacemos maratón de pelis cutres y nos zampamos una tarrina de helado — trató su amiga de consolarla.

—¿A lo Bridget Jones? —trató de seguirle el juego aunque no estuviera de humor.

—Pues mira, podríamos poner esa, que hace siglos que no la veo. A mi madre le encanta.

Marina esbozó una media sonrisa y se encogió de hombros, dándole a entender que la elección le daba igual. En realidad, todo le daba igual. Tanto que si tuviese la oportunidad de elegir entre volver a meterse en la cama y no salir hasta el día siguiente, o pasar aquella jornada con su familia tal y como habían planeado, no sabría por cuál opción decantarse.

¿Por qué, si se suponía que había hecho lo correcto, se sentía tan miserable?

Quizás rodeada de los suyos lo averiguase.

—Hasta luego —se despidió de Bea.

Ella respondió de vuelta algo a lo que ni siquiera atendió, y sin mirar atrás salió a la calle y fue hasta su coche. Arrancó y empezó a circular sin poner música; poco después llegó hasta el portal del edificio en el que creció, en donde sus hermanas, también con cara de no haber dormido lo que se decía demasiado, aunque ellas sí que se habían maquillado con esmero, aguardaban.

—Buenos días... —murmuró Silvia tras ocupar uno de los asientos traseros.

—Buenas... —añadió Luna cerrando la puerta del vehículo.

—Vuestras amigas se acaban de ir, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes? —preguntaron sus hermanas pequeñas al unísono, horrorizadas.

—Será el instinto, que me lo chiva... Tranquis, no diré nada. ¿Habéis dejado todo en orden?

Las gemelas asintieron. Luego bostezaron y se recostaron, como si estuviesen pasando la peor de las resacas.

—No voy a volver a beber nunca... —farfulló Luna.

—Pero nunca jamás... —corroboró Silvia.

Marina las observó un poco más a través del retrovisor antes de centrarse en la carretera. Por espacio de cuarenta minutos condujo en silencio; el saberse el trayecto hasta la casa de sus tíos de memoria le facilitó que su cabeza entrase en modo piloto automático.

Y en piloto automático siguió cuando, al llegar a la vivienda, comprobaron que todos ya estaban ahí: la abuela Ceci, Leti y Emilio; sus padres; Esteban y Lucía; los anfitriones. Y, cómo no, su nuevo primo.

Aunque Marina saludó e intercambió besos con todos, el único con quien se deshizo en

gestos de cariño fue con Rubén. Aprovechó que sus padres estaban interrogando a las gemelas para sentarse en el suelo a su lado, y pedirle detalles sobre cómo había sido la experiencia de quedarse a dormir con los abuelos por primera vez.

El niño, entusiasmado, parloteaba sin cesar, pero aunque mostró interés por lo que le estaba revelando, Marina no pudo evitar prestarle atención a cierto diálogo que estaba teniendo lugar no demasiado lejos de ellos.

En concreto, escuchó cómo Lucía hablaba, de forma más o menos discreta, con sus tíos.

—¿Entonces pasó bien la noche? —preguntaba Dani.

—Sí, todo bien, cariño. Durmió del tirón. Bueno, casi.

—¿Y cómo? ¿Qué ocurrió? —se preocupó Mateo.

—Os llamó de madrugada. Luego recordó que no estabais, así que le dije que podía pedirme a mí lo que necesitase, y empezó a decirme que no quiere ir al colegio.

—No te preocupes por eso, mamá.

—¿Cómo no me voy a preocupar? Parecía tan afligido...

—Lo sabemos. Pero tampoco quiere ir al dentista, ni al peluquero y mil cosas más. Así que...

—Es que insistía una y otra vez.

—Este curso mejor que lo acabe donde está, pero Dani y yo lo hablamos y quizás le propongamos cambiar de escuela al siguiente —intervino el exdelantero.

—Cada cosa a su tiempo. En serio, mamá, no le des más vueltas.

Marina tragó saliva ruidosamente y volvió a centrarse en el niño. Fue solo un instante, pero estuvo tentada de compadecerse de él, de reprocharse que ella misma se sintiese como lo hacía cuando la situación de Rubén era peor.

Pero no. Porque su primo no merecía ningún tipo de compasión. Era un luchador. Lo admiraba. Y lo quería con locura aunque los dos fuesen unos recién llegados a la vida del otro.

—Algún día en que tus padres quieran salir por ahí, me quedo yo a pasar la noche contigo, ¿te parece?

Él se quedó callado, reflexionando. La pregunta con la que rompió su silencio la dejó descolocada:

—Marina, ¿tú cómo llamas a tu padre y a tu madre?

—Los llamo *pa* y *ma*.

—¿Por qué?

—Porque es así como mi madre llama a la suya, y mis tíos también. No porque todo el mundo en Argentina lo haga, claro, pero..., no sé, es algo que llevo escuchando desde siempre, y me gusta.

—Pero tú no hablas como ella —hizo Rubén alusión al acento rioplatense.

—No, porque crecí aquí en España, pero forma parte de mí. —Marina sonrió y se animó a devolverle la pregunta—: ¿Y tú? ¿Cómo vas a llamar a los tuyos?

—Yo los llamo Dani y Mateo.

—Guay. Son sus nombres al fin y al cabo.

—Es que si los llamo papá a los dos, no sabrán a quién me refiero —afirmó Rubén con lógica aplastante.

A Marina se le escapó una risilla. Y fue consciente de cuánto necesitaba seguir riendo.

—Tienes razón. *Mmm...*, ¡idea! ¿Y si llamas papá a Dani y *pa* a Mateo? Así continuas la tradición.

El gesto de Rubén se iluminó.

—¡Sí!

—Pues luego, cuando estéis a solas los tres, pruebas. Seguro que les hace mucha ilusión. — Marina vio por el rabillo del ojo que sus hermanas se acercaban, así que dando por hecho que acababa el paréntesis de paz, rozó su mano con la suya—. Choca esos cinco.

Rubén, tras sentir el roce, volvió a sonreír e hizo lo pedido. Luego escuchó las voces de sus otras dos primas y respondió, encantado, a las preguntas que Luna y Silvia le hicieron.

—¡Tío Dani! —llamó la primera.

—¿Qué?

—¿Cuándo vamos a ir a buscar... eso?

—Eso, ya sabes —recalcó la segunda.

—Más adelante. En verano, ¿vale? Cuando tengamos más tiempo por las vacaciones y nos podamos centrar en la adaptación.

—¿Qué es «eso»? —se extrañó Rubén.

Marina contempló, divertida, cómo Dani les hacía a sus hermanas un gesto para que se estuviesen calladitas, que aún no le habían dicho nada al niño sobre que querían adoptar a un perro. Luego se incorporó y, simplemente, se dedicó a vagar de un grupito a otro, intentando no llamar la atención en exceso.

Conversó con Esteban sobre sus avances tanto en el Juventud como con la Roja. Le aseguró a su madre que estaba bien, solo que cansada, pues Tina, desde que la había visto aparecer por la puerta, no dejaba de mirarla con sospecha; se puso al día con su abuela, se zampó dos de las empanadas que había traído hechas Leti y dejó que esta le recomendase más novelas que muy posiblemente no iba a leer.

Por espacio de un par de horas creyó que iba a salir airosa de esa reunión, pero bastaron apenas unos segundos, cuando estaban todos sentados a la mesa del jardín dándole cuenta al almuerzo, para que sus esperanzas se fueran al traste.

Mejor dicho, bastaron solo unas frases:

—Princesa, tu novio es un currante —afirmó Sergio—. Estoy seguro de que le va a ir de fábula en el negocio. ¡No sabes lo feliz que me hace que todo quede en familia!

Antes de que los presentes comenzaran a hacer preguntas a diestro y siniestro, y sobre todo antes de que su padre siguiera construyendo castillos en el aire, Marina murmuró:

—Ya no es mi novio...

—¿Cómo dices? —se extrañó Sergio.

Notando que tenía encima las miradas de su madre y sus hermanas, así como que se le secaba la boca, la futbolista replicó, con la voz más alta que fue capaz de modular:

—Que Niko ya no es mi novio. Lo hemos dejado.

Se formó un silencio. Marina sintió el roce de la mano de su madre sobre la suya por debajo de la mesa, en un gesto reconfortante. Luego escuchó de nuevo a su padre:

—¿Que lo habéis...? ¿Pero cómo...? ¡Si os conocéis de siempre, sois perfectos juntos!

—Sergio... —lo amonestó Tina.

—¡Niko es de la familia! —siguió el exdefensa, incrédulo—. Yo creía que vosotros...

—Pues si tanto te gusta, ahí lo tienes para ti solito —farfulló Marina, disgustada.

—Princesa, yo...

—¡Que no me llames princesa, *pa*! —replicó, elevando el tono sin poder evitarlo.

Se volvió a formar un tenso silencio a la mesa. Marina, nerviosa, siguió arremetiendo:

—¡Si es que has estado pasando más tiempo con él que yo!

—Estábamos liados con lo de la agencia... —trató él de justificarse.

—¡Claro! ¡Has estado tan liado que ni te has parado a preguntarle a tu hija si también piensa que «somos perfectos» juntos! —Marina se incorporó, arrastrando la silla—. ¿Tú también me vas a salir con esas de que a mi edad los padres de Niko y Andrei ya estaban planeando casarse?

Sergio se quedó helado, incapaz de desmentirlo. Cuando estaba a punto de balbucear algo con lo que salir al paso, un lamento se extendió por todo el jardín:

—¿Por qué están peleando? ¿Es por mí? ¿Por qué gritan? —empezó Rubén a lloriquear, presa del nerviosismo.

Se desató el caos. Mateo y Dani se centraron en tranquilizar al niño bajo la atenta mirada de los tres abuelos; las gemelas, Tina y Leti se volcaron en Marina, y ella, agobiada, solo tenía ojos para su padre.

Ojos, frustración y hartazgo.

—Me has decepcionado, *pa*... Ya veo que solo te importa que «tu familia» sea perfecta.

—Marina... —trató él de retenerla.

—*Ma*, no te preocupes, estaré bien —le dijo a Tina, y comentó en general—: Me marchó ya, que tengo que descansar para el partido. Y el lunes me marchó a la concentración —repasó su agenda en voz alta—. Nos vemos mañana en el estadio. Bueno, a ti no, que te vas fuera a retransmitir —añadió, desapasionada, en referencia a Sergio.

No se despidió de nadie. Ellos tampoco intentaron retenerla, como si así respetasen su dolor.

Nadie, salvo la persona que la reclamó cuando estaba a punto de alcanzar la puerta del jardín:

—¡Capitana!

Marina, tras detenerse, se giró hasta encararle.

—Dime, *míster*.

Dani, obligándose a representar el rol deportivo que a partir de esos momentos predominaba en el vínculo de ambos, contestó, mirándola a los ojos:

—Sé lo duro que es salir ahí fuera y competir con el corazón roto. Así que solo te diré que juega como siempre lo haces, y que de puertas para adentro apóyate en quienes te rodean. No te aísles ni pases por esto tú sola, ¿de acuerdo?

Marina luchó con todas sus fuerzas para que los ojos no se le llenasen de lágrimas. Aun así, no lo consiguió.

—Sí, *míster*.

—Suerte mañana. Nos vemos el lunes en Barajas.

—Sí, *míster* —repitió con la voz estrangulada.

Saltándose las normas que él mismo había fijado para mantener lo deportivo separado de lo

personal, Dani la abrazó. Marina se dejó arropar. Solo unos segundos, los justos para recomponerse y salir cuanto antes de ahí.

Se secó las mejillas, se metió en el coche, puso música a todo volumen y arrancó.

Dejó la mente en blanco para limitarse a conducir, y una vez estuvo de regreso en su apartamento, se permitió el lujo de derrumbarse.

Lloró en el sofá mientras Bea, con una paciencia infinita y dejando entrever que no era la primera vez que consolaba a una amiga en pleno debacle sentimental, le traía pañuelos y escuchaba su verborrea repetitiva.

—Tu padre te adora, Marina —insistió su amiga y compañera de equipo.

—Lo sé, y yo también lo adoro, pero estoy muy cabreada con él. —Recordó las últimas palabras que Niko le había dedicado, y comprendiéndole, algo que la llevó a romper a llorar otra vez, añadió—: Ahora mismo no me apetece volver a verle.

El sonido estridente del portero automático invadió el espacio, y Bea, resoplando, se incorporó.

—¿Quién demonios será ahora? —Miró por la pantalla del monitor, y tras reconocer a quien estaba en la calle esperando a que le abriesen, contestó por medio del aparato—: Hola. Mira, lo siento, pero creo que no es el mejor momento para dejarte caer por aquí.

—Bea, soy Andrei.

Ella, azorada por haberlo confundido con su gemelo, pulsó el botón. Luego fue directamente a abrir la puerta, y en el marco se quedó hasta que el integrante de la primera plantilla del Juventud accedió al rellano por las escaleras.

—Lo siento. Es que sois tan parecidos...

—Tranquila. ¿Está dentro?

Bea asintió e intercambió dos besos con él. Luego se retiró a su habitación para dejarles intimidad.

Andrei fue directo al sofá, en donde su amiga, su mejor amiga, sí que le reconoció. De hecho, le bastó con verlo apenas unos segundos para arrojarle a sus brazos.

Tal y como había hecho con su hermano, Andrei la cobijó contra su pecho y la dejó llorar.

—Entre Niko y tú me habéis dejado bonitas dos camisetas —hizo Andrei ademán de bromear.

—¿Cómo está?

—Hecho una mierda, pero en casa. Xabi se ha quedado con él, dice que mañana vendrá a verte después del partido.

Marina quiso explicarse, contarle el porqué de las decisiones que había tomado, pero guardó silencio. Andrei tampoco le preguntó. Comprendiéndose, respetando los tiempos del otro. Sintiendo que solo con esa cercanía ya empezaban a sanar las heridas.

—Gracias por venir —musitó.

—¿Cómo no iba a hacerlo, ornitorrinco? —Andrei la besó en la frente—. Ahora desconecta y a petarlo en liga y en la clasificatoria para el Mundial, y cuando estés de regreso ya quedamos para que me des una paliza tras otra en la consola mientras tenemos charlas porno, ¿te parece?

—No son charlas porno —rio ella mientras se sorbía los mocos.

—Sí lo son. Por cierto..., creo que no llegué a contarte que nos compramos un juguetito de esos...

—Prometo dejarme este culo de melocotón en el césped y volver a Madrid con las pilas cargadas para que me cuentes detalles —afirmó Marina, solemne y con los ojos rojos, mientras extendía el dedo meñique.

—¿Culo de melocotón? —se la devolvió Andrei mientras entrelazaba su meñique con el suyo.

—Una larga historia. Anda, vete con Xabi y koala, que también te necesitan. Y a por todas mañana tú también en la liga.

Andrei se dejó acompañar hasta el rellano, en donde ambos se fundieron en un último abrazo. Marina, tras regresar al salón, estaba pensando en prepararse un cacao caliente y preguntarle a Bea si quería otro, pero de pronto escuchó que llamaban a la puerta a base de ligeros toques.

Supuso que sería Andrei; que se habría dejado a saber qué en el piso, o que quizás acababa de recordar algo que no le había dicho.

Por eso su sorpresa fue mayúscula cuando, al abrir, comprobó que quien estaba al otro lado era Eli. Eli y su maleta de los desplazamientos, esa inconfundible por estar llena de pegatinas de escudos de fútbol y Hello Kitty.

Marina se quedó sin habla, mirándola como si fuese una aparición. De hecho, tan callada que la mediocampista se apresuró a concretar:

—Me encontré abajo con Andrei cuando él salía del edificio, así que pude entrar sin llamar al portero.

La delantera notó que, otra vez, los ojos se le llenaban de lágrimas. Sonrió y musitó:

—Y yo que iba a llamarte para darte la enhorabuena por ganar con tu equipo, pero ya veo que le has cogido el gusto a pillar el primer tren que salga para Madrid en cuanto te enteras de nuestras movidas...

—Que conste que esta vez he venido en avión.

—¿Avión? ¿Con lo poco que te gusta volar?

—Por ti vendría a Madrid desde Valencia en parapente si hiciera falta —afirmó su amiga.

Marina no se contuvo por más. La abrazó con todas sus fuerzas; nuevas lágrimas resbalaron por su rostro al cerrar los ojos para recrearse en el aroma de sus cabellos, en el calor de su piel y sus formas esbeltas.

En que Eli estaba ahí para darle su apoyo. En que ella había terminado de jugar con su equipo y, sin pensárselo, había preparado el equipaje para la concentración y había recorrido por aire los más de trescientos kilómetros que las separaban.

Y todo por un simple mensaje. El que le había mandado la noche anterior a horas intempestivas, en pleno ataque de insomnio, para contarle que lo suyo con Niko había llegado a su fin.

—Vaya, vaya... Creo que vamos a tener una polizona hasta que nos vayamos las tres a Praga a darles un buen repaso a las checas —escucharon de pronto decir a Bea.

—Que no oiga Sabina eso de que les quieres dar un repaso —bromeó Marina.

—Perdona por no avisarte, Bea, fue todo muy improvisado. —Eli le dio dos besos a su también amiga y compañera de selección—. ¿Me dais algo de comer, *porfa*, si no es mucho pedir? Estoy medio muerta.

—Como si estuvieras en tu casa —replicó Bea, haciéndole un gesto para que terminase de

entrar.

Marina se autonombró encargada de preparar, esta vez sí, cacao caliente, así como de mandar al garete la dieta sacando varios paquetes de magdalenas. Las escuchó parlotear, emocionadas ante la nueva aventura deportiva que tenían por delante.

Y mientras preparaba tres tazas, recordó lo que el mister le había dicho; lo que su tío le había dicho, pues supo que le había hablado como futbolista, pero, sobre todo, como persona.

«Apóyate en quienes te rodean».

Sabía, por lo que le habían contado, que tanto él como Mateo se habían apoyado en sus padres y amigos cuando ambos rompieron, siendo ella un bebé.

Diciéndose que llamaría luego a casa para hablar con su madre y sus hermanas, dejando a su padre fuera de la ecuación por el momento, se dispuso a aplicarse el consejo.

A seguir adelante sin aislarse, sin enfrentarse al mundo sola.

Sintiéndose afortunada y más querida que nunca.

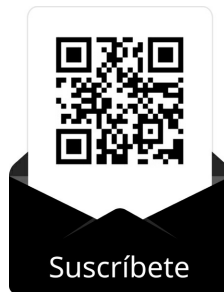
*(¡La historia acabará en el libro 3!)*

# Regalos para ti

¡Muchas gracias por haberte leído esta historia! Si dejas tu valoración y reseña en Amazon, te lo agradezco hasta el infinito.

Aprovecho para animarte a que te suscribas a mi newsletter. Es gratis, y solo por apuntarte **recibirás de regalo la guía 50 novelas de romance LGBT que te recomiendo**, así como un código de un **10 % de descuento** para usar en mi tienda online (donde encontrarás libros de papel dedicados y merchandising).

Cada miércoles te llegará un email con contenido exclusivo, sorteos, anuncio de novedades con antelación al público general, etc. Escanea el código que verás a continuación para suscribirte. También puedes escribirme a: [contacto@nisa-arce.net](mailto:contacto@nisa-arce.net)



# Sobre la autora

Soy Nisa Arce, autora de novela romántica LGBT, y desde hace más de doce años escribo historias de amor y diversidad. Nací y vivo en la isla de Gran Canaria (España), y sí, Nisa es mi nombre real. ¡Mucha gente me pregunta si es un pseudónimo!

Empecé a escribir y publicar pequeños relatos a través de Internet en 2005. Tras publicar mi primera novela en 2007, descubrí que me apasiona la escritura y, sobre todo, la novela romántica LGBT. Desde entonces no he dejado de contar historias. También trabajé durante diez años en el sector editorial como editora y correctora de textos.

La saga *Las reglas del juego*, posiblemente mi obra más popular, ha sido adaptada a audiolibros.

Lo que más me gusta de mi faceta como escritora es mantener un contacto directo y cercano con los lectores. Como devoralibros, ¡me encanta recomendar novelas que me han gustado, y que otras personas me recomienden sus lecturas favoritas!

[www.Nisa-Arce.net](http://www.Nisa-Arce.net)

<sup>1</sup> Expresión catalana que manifiesta un gran enfado. Su traducción literal sería «echo fuego por la boca»

<sup>2</sup> Cariño en euskera